

**HISTORIA UNIVERSAL
BAJO LA REPÚBLICA
ROMANA**

TOMO II

**POLIBIO DE
MEGALÓPOLIS**

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

Filipo recobra la voluntad de los aratos, y logra por su influjo que los aqueos le ayuden para ponerse en campaña.- Decide hacer la guerra por mar.- Conspiración de tres de sus oficiales.- Tala de los campos de Palea. Se dejaban ya ver las Pleiades, cuando concluyó el año de la pretura de Arato el joven (219 años antes de J. C.), Tal es el modo de computar los tiempos entre los aqueos. Efectivamente, Arato depuso el mando, Eperato le sucedió, y Dorimaco era por entonces pretor de los etolios. Para este mismo tiempo, Aníbal declaró públicamente la guerra a los romanos, y a la entrada del verano partió de Cartagena, atravesó el Ebro, y emprendió su propósito y viaje para Italia. Los romanos enviaron a Tiberio Sempronio con ejército al África, y a Publio Cornelio para España. Antíoco y Ptolomeo, desesperanzados de que las negociaciones y conferencias diesen fin a la disputa

que tenían sobre la Cæle-Siria, se disponían a que la decidiesen las armas.

El rey Filipo, falto de víveres y dinero para las tropas, convocó a junta a los aqueos por medio de sus magistrados. Reunido el pueblo en Egio según costumbre, advirtió que los aratos obraban con indolencia, por el tiro que Apeles les había hecho en las elecciones precedentes; y que Eperato era negado por naturaleza, y menospreciado de todos. Por estos antecedentes acabó de conocer lo mal que le habían servido Apeles y Leoncio, y se propuso ganar otra vez el corazón de los aratos. Para ello persuadió a los magistrados que transfiriesen la asamblea a Sición, donde llevada a cabo una conferencia con los dos aratos, y echando la culpa a Apeles de todo lo pasado, les exhortó a permanecer en el afecto que antes le profesaban. Efectivamente, los aratos se rindieron con prontitud y el rey entró en la asamblea, donde con el apoyo de estos dos, logró todo lo que necesitaba para la empresa. Se ordenó que los aqueos contribuyesen por el pronto con cincuenta talentos desde el primer día que el rey se pusiese en marcha, que abonasen a la tropa la

paga de tres meses con diez mil modios de trigo, y para lo sucesivo, mientras que personalmente hiciese la guerra en el Peloponeso, se le entregarían cada mes diecisiete talentos.

Aprobado este decreto, los aqueos se retiraron cada uno a sus ciudades. Así que las tropas salieron de cuarteles de invierno, el rey consultó con sus confidentes, y decidió hacer la guerra por mar. Creía que sólo así podría prontamente atacar por todos lados a sus contrarios, los cuales no podrían socorrerse mutuamente, estando como estaban dispersos en diferentes países, y recelándose cada uno por sí de la incertidumbre y prontitud con que podía venir por mar el enemigo. Era la guerra contra los etolios, lacedemonios y eleos. Tomada esta decisión, el rey reunió los navíos de los aqueos y los suyos en Lequeo, donde a costa de un ejercicio continuado, adiestró y acostumbró la falange al manejo del remo, hallando en los macedonios una ciega obediencia a sus mandatos. Porque esta nación es no sólo la más experta y esforzada en las batallas campales, sino también la más a propósito para los ministerios navales, si la ocasión se presenta. Son

gentes ejercitadas en cavar fosos, levantar trincheras, y en fin, endurecidos con semejantes fatigas, son tales como nos pinta Hesíodo a los eacidas, *más contentos en la guerra que en los banquetes.*

Mientras que el rey y los macedonios se ocupaban en Corinto, éstos en el ejército de la marina, y aquel en el acopio de pertrechos; Apeles, que no podía volver a ganar el corazón de Filipo, ni sufrir el menosprecio de su abatimiento, tramó una conjuración con Leoncio y Megaleas; para que, mientras ellos, presentes a todas las resoluciones del rey, pervertían y frustraban sus propósitos, él ausente en Calcis, cuidase de cortar todas las municiones para sus empresas. Comunicado este aleve trato con sus dos amigos, marchó a Calcis, pretextando al rey algunas vanas excusas para su partida. Durante su estancia en esta ciudad, observó tan religiosamente lo pactado bajo juramento, y se aprovechó tan bien de la privanza anterior para persuadir a los pueblos, que al fin redujo al rey a empeñar la vajilla de su uso para mantenerse. No obstante, después que estuvieron reunidos los

navíos, y los macedonios adiestrados en el manejo del remo, el rey, distribuidos víveres y satisfechas las pagas al soldado, se hizo a la vela y arribó al segundo día a Patras, con un ejército de seis mil macedonios y mil doscientos mercenarios.

Para entonces Dorimaco, pretor de los etolios, había enviado quinientos neocretas, bajo el mando de Agelao y Scopas, para socorrer a los eleos. Éstos, recelando de que Filipo no intentase sitiar a Cilene, habían alistado tropas extranjeras, habían armado las del país, y fortificado la ciudad con gran cuidado. En atención a esto Filipo formó un cuerpo de los extranjeros de Acaia, de los cretenses que tenía consigo, de alguna caballería gálata, y de dos mil infantes aqueos de tropa escogida, y lo dejó en Dimas, para que a un mismo tiempo la guarneciese, y sirviese de barrera contra las empresas de los eleos. Él mientras, habiendo escrito con anticipación a los messenios, epirotas, acarnanios y a Scerdilaidas, para que equipase cada uno sus navíos y acudiesen a Cefalonia, se hizo a la vela de Patras al día señalado, y llegó a Pronos, pueblo de la Cefalonia. La consideración de que esta pequeña

fortaleza era difícil de sitiarse, y el país estrecho, le hizo pasar adelante y fondear en Palea con su armada. Aquí, advirtiendo que el país abundaba en granos y podía sustentar el ejército, desembarcó sus tropas, y acampó frente a la ciudad. Puso después en seco su escuadra, la ciñó con foso y trinchera, y envió a los macedonios al forraje. Entretanto, por dar tiempo a que viniesen los aliados para emprender el ataque, se puso a recorrer la plaza y reconocer por qué parte se podrían aplicar las obras y las máquinas a sus murallas. Su objeto era, primero, quitar a los etolios el puesto más importante, ya que desde aquí, sirviéndose de las naves de los cefalenios, hacían sus desembarcos en el Peloponeso, y talaban las costas del Epiro y la Acarnania; y en segundo lugar, prevenir para sí y para sus aliados una acogida cómoda para hacer correrías sobre el país enemigo. Porque la Cefalenia yace sobre el golfo de Corinto, extendiéndose hacia el mar de Sicilia; domina aquella parte del Peloponeso que mira al Septentrión y ocaso, y especialmente el país de los eleos, y confina hacia el Mediodía y Occidente con el Epiro, la Etolia y la Acarnania.

CAPÍTULO II

Asedio de Palea frustrado.- Disparidad de opiniones sobre el camino que había de tomar el rey.- Decisión de pasar a la Etolia el teatro de la guerra.- Saqueo de esta provincia.- Desprevención de Termas. Atento Filipo a que el sitio era el más oportuno para la reunión de los aliados, y su emplazamiento el más ventajoso para ofender a los enemigos y auxiliar a los suyos, deseaba con ansia reducir esta isla bajo su dominio (219 años antes de J. C.) Habiendo advertido que todos los otros lugares de la ciudad se hallaban defendidos o por el mar, o por los riscos, y que sólo por el lado de Zacinto había un corto espacio de terreno llano, pensó por esta parte arrimar las baterías e insistir en el ataque. Ocupaban estas disposiciones su atención, cuando arribaron quince bergantines de parte de Scerdilaidas, que no había podido enviar más a causa de las sediciones y alborotos que se habían originado en la Iliria entre los principales de la nación. Llegó también el socorro prometido de los epirotas, acarnanios y messenios. Porque éstos una

vez tomada Fialea, ya no tenían excusa para eximirse de la guerra. Dispuesto ya todo para el asedio, y situadas en los convenientes lugares las baterías de ballestas y catapultas para contener a los cercados, el rey animó a los macedonios, avanzó las máquinas a la muralla, y por medio de ellas emprendió las minas. La actividad de los macedonios en estos trabajos fue tal, que en breve quedaron en el aire doscientos pies de muro. Entonces el rey se aproximó a la muralla, e invitó a los de dentro a concertar con él las paces. Mas no haciendo éstos caso, prendió fuego a los puntales, y a su tiempo vino a tierra todo el muro suspendido. Hecho esto, destacó por delante a los rodeleros bajo el mando de Leoncio, divididos en cohortes, con orden de forzar la brecha. Pero este comandante, atentó a lo que había pactado con Apeles, impidió que tres jóvenes que ya habían superado sucesivamente las ruinas, no acabasen de tomar la ciudad. Tenía corrompidos de antemano los principales oficiales, él obraba con indolencia, y aparentaba peligro a cada paso; y así, aunque pudo cómodamente apoderarse de la plaza, al fin fue arrojado de la brecha con mucha pérdida. El rey,

viendo tímidos los oficiales y cubiertos de heridas los macedonios, desistió del asedio y consultó con sus confidentes sobre lo que se había de hacer en lo sucesivo.

Para entonces Licurgo irrumpió por la Messenia, y Dorimaco, con la mitad de los etolios, hizo una penetración en la Tesalia, persuadidos uno y otro a que retraerían a Filipo del cerco de Palea. Con este mismo objeto llegaron al rey embajadores de parte de los acarnanios y messenios. Los acarnanios le instaban a que entrase por la Etolia, corriese talando impunemente todo el país, y de este modo haría desistir a Dorimaco de la invasión de la Macedonia. Los messenios, por medio de su embajador Gorgos, imploraban su auxilio y le manifestaban que mientras reinasen los vientos Etesios era fácil pasar en un solo día desde Cefalenia a Messenia, de cuyo repentino y eficaz ataque sobre Licurgo le aseguraban un buen resultado. Leoncio, atento a su propósito, coadyuvaba con empeño la pretensión de Gorgos. Veía que Filipo vendría a estar mano sobre mano todo el estío, pues aunque la navegación a la Messenia era fácil, el regreso durante los vientos

Etesios era imposible. De aquí infería por seguro que Filipo, encerrado en la Messenia con su ejército, se vería forzado a pasar el resto del verano en inacción, mientras que los etolios, corriendo la Tesalia y el Epiro, talarían y arrasarian uno y otro país sin obstáculo. Tales y tan perniciosos eran los consejos que sugerían al rey Gorgos y Leoncio. Arato, que se encontraba presente, era del sentir opuesto. Aconsejaba al rey que convenía dirigirse a la Etolia y pasar allá el teatro de la guerra, pues habiendo salido los etolios con Dorimaco a una expedición, era la ocasión más oportuna de invadir y arrasar su país. El rey, que ya se hallaba poco satisfecho de Leoncio por lo mal que se había portado en el sitio de Palea, y había llegado a conocer la perfidia con que le había consultado, se atuvo al parecer de Arato. Efectivamente, escribió a Eperato, pretor de los aqueos, para que, tomando tropas de su nación, viniese al socorro de los messenios; él mientras salió de Cefalonia, y abordó al segundo día a Leucades con la escuadra durante la noche. Dispuestas todas las cosas en el istmo de Doricto, hizo pasar los navíos y tomó el rumbo por el golfo de Ambracia, que corriendo desde el mar de

Sicilia, se introduce hasta el corazón de la Etolia, como ya hemos apuntado. Al fin de su viaje, fondeó poco antes de amanecer en Limnea, donde mandó a las tropas que comiesen, se aligerasen de la mayor parte del equipaje, y estuviesen dispuestas para la marcha. Entretanto, reunió guías del país, se informó del terreno, y enteró de las ciudades próximas.

A la sazón vino Aristofantes, pretor de la Acarnania, con todas las tropas de su nación. Este pueblo había tenido en el pasado mucho que sufrir de parte de los etolios, y deseaba con ansia vengarse y desquitarse de cualquier modo. Por eso entonces, abrazando con gusto la ocasión de auxiliar a los macedonios, habían tomado las armas no sólo los que estaban obligados por la ley a alistarse, sino también algunos ancianos. Igual impulso estimulaba a los epirotas por semejantes causas, bien que por la extensión del país y repentina llegada de Filipo, no habían tenido tiempo de reunir sus tropas. Dorimaco había salido a la expedición con la mitad de los etolios, como hemos mencionado, y había dejado la otra mitad, en la inteligencia de que sería lo bastante

para guarnecer las ciudades y el país en un caso imprevisto. El rey, habiendo dejado el equipaje con una buena escolta, marchó por la tarde de Limnea, y al cabo de sesenta estadios de camino, hizo alto para que cenase y descansase un rato la tropa; después volvió a emprender la marcha, y sin cesar de andar en toda la noche, llegó a las márgenes del Aqueloo al rayar el día, entre Conope y Strato, con el anhelo de arrojarse de repente y de improviso sobre Termas.

Dos motivos hacían creer a Leoncio que Filipo conseguiría su propósito y los etolios no podrían evitar el golpe: uno era la pronta e inopinada venida de los macedonios; otro, el que no habiendo sospechado jamás que llegase la temeridad del rey a arrojarse sobre una plaza tan fuerte como Termas, los cogería descuidados y desprovistos del todo para la defensa. Atento a estas consideraciones, y firme en la traición que había tramado, persuadía a Filipo que acampase sobre el Aqueloo y diese descanso a la tropa, fatigada con la marcha de toda una noche. Su propósito en esto era dar a los etolios una tregua, aunque corta, de prevenirse para la defensa. Arato,

por el contrario, conocía que el logro de la expedición era instantáneo, que el consejo de Leoncio era un manifiesto retardo, y así protestaba al rey no malograrse la ocasión ni se detuviese. Efectivamente, el rey, ofendido ya de Leoncio, abrazó este partido y prosiguió su camino sin detenerse. Atravesó el Aqueloo y avanzó en derecha a Termas, quemando y talando de paso la campaña. Durante su marcha dejó sobre la izquierda a Strató, Agrinio y Testita, y sobre la derecha a Conope, Lisimaquia, Triconio y Foiteo. Una vez llegado a Metapa, ciudad situada sobre las gargantas mismas del lago Triconis, y distante poco menos de sesenta estadios de Termas, la tomó por haberla desamparado sus moradores, e introdujo dentro quinientos hombres con el fin de servirse de ella como de presidio para la entrada y salida de los desfiladeros. Todas las proximidades del lago son montuosas, ásperas y cubiertas de árboles, de suerte que sólo franquean un paso del todo estrecho y difícil. Atento a esto, emprendió el paso de los desfiladeros, situando a la vanguardia los extranjeros, detrás los ilirios, en seguida los rodeleros y la falange y cerrando la retaguardia con

los cretenses. Por el lado derecho marchaban fuera del camino los truces y armados a la ligera, y por el izquierdo iban defendidos del lago que se extiende casi treinta estadios.

Pasadas estas gargantas llegó el rey a un lugar llamado Panfia, donde, puesta igualmente guarnición, prosiguió hacia Termas por un camino no sólo arduo y demasiado áspero, sino cortado entre elevadas rocas, que a veces sólo permitían un sendero en extremo peligroso y estrecho, cuya subida se extendía casi a treinta estadios. La actividad de los macedonios atravesó estos desfiladeros en tan poco tiempo que llegaron a Termas con muchas horas de día. Sentado aquí su campo, permitió a la tropa que talase los pueblos circunvecinos, que corriese los campos de Termas y que saquease las casas de la ciudad, donde se encontró no sólo cantidad de trigo y demás provisiones, sino inmensidad de muebles preciosos. Porque como los etolios celebraban aquí cada año las ferias y juegos más solemnes y era este el sitio determinado para sus comicios, había traído cada uno lo más precioso que tenía para su hospedaje y

aparato de las festividades. Esto lo hacían prescindiendo de su propia conveniencia, porque creían no poder hallar lugar más seguro. Jamás enemigo alguno había tenido la osadía de poner el pie en semejante sitio, tan fuerte por su naturaleza, que estaba reputado por la ciudadela de toda la Etolia. He aquí por qué después de una paz de tantos años, estaban llenas de inmensas riquezas las casas próximas al templo y los lugares circunvecinos. Cargados los macedonios de un botín inmenso, pasaron allí la noche. Al día siguiente decidieron llevar consigo lo más precioso y rico del despojo; de todo lo demás hicieron un montón a la vista de las tiendas, y lo quemaron. Igual diligencia practicaron con las armas que estaban colgadas en los pórticos; las de más valor las arrancaron y llevaron consigo, otras las cambiaron, y del resto, que ascendía a más de quince mil, hicieron una cima y la prendieron fuego.

CAPÍTULO III

*Profanación de los lugares sagrados en que
incurre el ejército de
Filipo en Termas.- Consideraciones sobre estos
excesos.*

No hay hasta este momento algo que desdiga de la justicia y de las leyes de la guerra; mas lo que se sigue, no sé cómo calificarlo. Los macedonios, recordándose de los excesos que los etolios habían cometido en Dío y Dodona, prendieron fuego a los pórticos del templo, hicieron pedazos los donativos restantes, entre los cuales existían algunos de una hechura costosa, de exquisito gusto y de mucho valor. No se contentaron únicamente con quemar los techos, echaron también por tierra el edificio, derribaron pocas menos de dos mil estatuas e hicieron pedazos las más, a excepción de las que tenían alguna inscripción o imagen de los dioses, que de éstas se abstuvieron. Se escribió sobre las paredes aquel célebre verso, obra del ingenio que empezaba ya a descubrirse en Samos, hijo de Crisógono, y educado con el rey. Dice así:

Repara *en* *Dío,*
y verás de dónde el rayo se fulmina.

Aun al rey mismo y a sus amigos asombraba tal estrago; bien que creían que obraban con justicia, y vengaban con castigo igual la crueldad cometida en Dio por los etolios. Mas yo opino de diverso modo, y si mi juicio es recto o no, está a la vista. No me valdré de otros ejemplos que los de la misma casa real de Macedonia. Antígono, después de haber vencido en batalla ordenada, y haber hecho huir a Cleomenes rey de Lacedemonia, se apoderó de Esparta; y aunque en absoluto pudo disponer de esta ciudad y de sus moradores a su antojo, distó tanto de tratar con rigor a los que había sojuzgado, que al contrario, les restituyó su antiguo gobierno, les concedió la libertad, y no regresó a su corte hasta que hubo derramado las mayores gracias en general y en particular sobre los lacedemonios. De este modo, pasó no sólo entonces por bienhechor, sino después de muerto por libertador, y adquirió, tanto entre los lacedemonios como en toda la Grecia, una estimación y gloria inmortal con estas acciones.

Aquel Filipo que primero ensanchó los límites de su imperio, y que fue el fundamento del esplendor de la casa real de Macedonia, vencidos los atenienses en Queronea, no logró tanto por sus armas, cuanto por la equidad y templanza de sus costumbres. La guerra y las armas le sujetaron y le hicieron señor únicamente de sus contrarios; mas la benignidad y moderación le conquistaron todos los atenienses y la misma Atenas. No dominaba la cólera a sus acciones, perseguía sí sus enemigos y émulos, hasta que se presentaba ocasión de manifestar su mansedumbre y beneficencia. Por eso remitió los prisioneros sin rescate, ofreció los últimos honores a los atenienses muertos, encomendó a Antipatro la traslación de sus huesosa Atenas, vistió la mayor parte de los que se salvaron, y con esta política consiguió a poca costa la mayor conquista. Pues rindiendo su magnanimidad la altivez de los atenienses, de enemigos que eran, los convirtió en aliados los más sacrificados en su servicio. Y ¿qué diré de Alejandro? Irritado contra Tebas, hasta poner a sus moradores en pública subasta y arrasar la ciudad, sin embargo no se olvidó al tomarla del respeto debido a los dioses; por el

contrario, puso el mayor cuidado para que no se cometiese, aun por imprudencia, la más leve falta contra los templos y demás lugares sagrados. Asimismo, cuando pasó al Asia a vengar a los griegos de la crueldad de los persas, procuró obtener de los hombres un castigo condigno a sus excesos; pero se abstuvo de todo lo consagrado a los dioses, siendo así que contra los santuarios era contra quienes más se habían encruelecido los persas en la Grecia. Estos ejemplos debiera Filipo haber grabado en su corazón eternamente, y preciarse, no tanto de ser heredero de tales personajes en el imperio, cuanto de ser su sucesor en las costumbres y grandeza de alma. Fue nimio en el transcurso de toda su vida en ostentar que era pariente de Alejandro y de Filipo; mas hizo muy poco caso de ser su imitador en las virtudes. Por eso a proporción que su conducta fue opuesta a la de estos príncipes, fue también contraria la reputación que obtuvo entre los hombres, cuando ya grande.

Sirva de prueba, entre otras, lo que entonces hizo. No obstante de que la cólera le hacía incurrir en iguales excesos que a los etolios, y remediaba un

mal con otro, jamás creyó que obraba con injusticia. Afeaba a cada paso la insolencia e impiedad de Scopas y Dorimaco, por los sacrilegios que habían cometido en Dodona y Dío; y él, autor de iguales excesos, no echaba de ver que se adquiría el mismo concepto entre los que le oían. Quitar y arruinar los castillos de nuestros enemigos, cegar sus puertos, tomar sus ciudades, matar su gente, apresar sus navíos, talar sus frutos y otras cosas semejantes, por donde se consiga debilitar las fuerzas del contrario, aumentar las nuestras y dar nuevo vigor a nuestros propósitos, estas son leyes indispensables y permitidas por el derecho de la guerra; pero lo que no puede traer o acarrear ventaja a nuestros intereses, ni disminución a los de los contrarios cuanto a la guerra presente, esto es, por un exceso de venganza quemar templos, romper estatuas, y profanar otros adornos semejantes, esto nadie negará que es efecto de una conducta depravada y de una cólera rabiosa. Los buenos reyes no hacen la guerra para ruina y exterminio de los que los han ofendido, sino para corrección y arrepentimiento de sus faltas; ni envuelven en el castigo indistintamente a delincuentes y no delincuentes, sino que conservan

y entresacan a los inocentes de los culpados. Es propio de un tirano aborrecer y ser aborrecido de sus súbditos, y a fuerza de malos tratamientos exigir por el miedo un vasallaje forzado; pero un rey, derramándose en gracias para con todos, debe hacer que a costa de su munificencia y dulzura le tribute el pueblo un respeto y obediencia voluntaria. Se echará de ver mejor el yerro que cometió entonces Filipo, al considerar qué concepto era regular hubiesen hecho los etolios si observando la conducta opuesta no hubiera quemado los pórticos, quebrado las estatuas ni profanado los demás ornamentos. Yo no dudo que le hubieran reputado por el rey mejor y más humano. Su conciencia les hubiera representado las profanaciones hechas en Dío y Dodona, y hubieran confesado que Filipo, aunque, como dueño de obrar a su antojo, los hubiera tratado con el máximo rigor, no había hecho más de lo que debía atento a sus merecimientos; pero que por un efecto de su clemencia y magnanimidad no echó mano de semejantes medios.

De aquí se infiere que los etolios verosímilmente se hubieran condenado a sí mismos, y hubieran

alabado y admirado en Filipo el ánimo regio y magnánimo con que había ostentado a un tiempo su respeto para con los dioses y su cólera para con ellos. Efectivamente, no es menos, antes es más ventajoso, vencer al enemigo con la generosidad y justicia, que con las armas en la mano. Este se rinde por necesidad, aquél por inclinación. En el uno se consigue la corrección a mucha costa, en el otro se encuentra el arrepentimiento sin dispendio. Y lo principal, que en el vencimiento de aquel tienen la mayor parte los vasallos, y en el rendimiento de éste el príncipe por sí solo se lleva todo el lauro. Acaso pretenderá alguno no echar a Filipo toda la culpa de estas impiedades, atento a su tierna edad, sino que sus consejeros y confidentes, entre otros Arato y Demetrio de Faros, tuvieron la principal parte. Mas aun en este caso no será difícil descubrir, sin haberse hallado en el lance, de cuál de los dos pudo dimanar tal consejo. Prescindiendo del método de vida de Arato, en el que no se hallará resolución alguna temeraria ni inconsiderada, y en Demetrio muchas, tenemos pruebas incontestables del carácter de uno y otro en iguales casos, de que haremos la correspondiente memoria a tiempo oportuno.

CAPÍTULO IV

*Hostilizan los etolios la retaguardia de Filipo.-
Ofrenda que efectúa*

*este príncipe a los dioses en acción de gracias, y
convite con que obsequia a los oficiales.- Motín en
el campamento, y escarmiento de los promotores.*
Habiendo cogido Filipo cuanto pudo llevar y
conducir (aquí interrumpimos la narración), marchó
de Termas, y regresó por el mismo camino por
donde había venido. Puso en la vanguardia el botín
y los pesadamente armados, y dejó en la retaguardia
los acarnanios y extranjeros. Todo su anhelo era
atravesar cuanto antes los desfiladeros, porque
presumía que los etolios se aprovecharían de las
dificultades del camino para picarle la retaguardia,
como en efecto ocurrió al instante. Se reunieron
hasta casi tres mil etolios al mando de Alejandro
Triconiense para acudir al socorro. Mientras el rey
estuvo sobre las cumbres, no se aproximaron,
permanecieron sí quietos en ciertos lugares ocultos,
pero lo mismo fue moverse la retaguardia, se

echaron sobre Termas, y atacaron las últimas líneas. Cuanto mayor era la confusión en la retaguardia, tanto con mayor brío los etolios, favorecidos del terreno, les cargaban y mataban. Mas el rey, que tenía previsto este lance, había apostado al bajar al pie de cierta colina un trozo de ilirios y rodeleros escogidos; los cuales, acometiendo y cargando sobre el enemigo que venía en su seguimiento, mataron ciento treinta, cogieron prisioneros pocos menos, y el resto emprendió la huida sin orden por senderos extraviados. Después de esta victoria, la retaguardia prendió fuego de paso a Panfio, atravesó sin riesgo los desfiladeros, y se incorporó con los macedonios. Filipo tenía sentado el campo alrededor de Metapa, donde esperaba el último tercio del ejército. Al día siguiente que llegó, ordenó arrasar esta ciudad, echó a andar, y acampó alrededor de Acras. Al día después prosiguió su marcha talando de paso la campiña, y sentó sus reales en Conope, donde permaneció el día inmediato. Al siguiente levantó el campo, y marchó a orillas del Aqueloo hasta Estrato; donde, atravesado el río, situó el ejército fuera de tiro, para inquietar a los de dentro.

Tenía noticia de que habían entrado en esta plaza, tres mil infantes etolios, cuatrocientos caballos, y quinientos cretenses. Mas viendo que nadie osaba salir fuera, volvió a emprender su viaje, ordenando a la vanguardia marchase a Limnea, donde estaba su escuadra. Lo mismo fue separarse de la ciudad la retaguardia, que salir por el pronto algunos caballos etolios a inquietar las últimas líneas. A éstos vinieron a reunirse los cretenses y algunos infantes etolios, los cuales, dando mayor vigor a la acción, forzaron la retaguardia macedonia a hacer frente, y venir a las manos. Al principio se peleó por ambas partes con igual fortuna; pero acudiendo los ilirios a sostener los extranjeros de Filipo, la caballería etolia y los mercenarios volvieron la espalda, y emprendieron la huida en desorden. La mayor parte fue perseguida por los del rey hasta las puertas y muros de la ciudad, en cuyo alcance mataron cien personas. Después de este choque ya no se atrevieron a moverse los de dentro, y la retaguardia se incorporó sin peligro con el ejército y los navíos. En Limnea el rey, después de haber acampado cómodamente, hizo un sacrificio a los dioses en acción de gracias por la dicha

concedida a su empresa, y dio un convite a los oficiales. Se tenía por temeridad el que el rey se hubiese arrojado en un terreno tan escabroso, donde hasta entonces nadie había osado penetrar con sus armas; pero él entró y salió sin riesgo, después de haber conseguido sus propósitos. Por eso ahora, alegre en extremo, hacía este obsequio a los oficiales. Sólo Megaleas y Leoncio, que tenían tratado con Apeles embarazar todas las ideas de este príncipe, se dolían de la felicidad que había alcanzado. Pero viendo frustrados sus esfuerzos, y que las cosas habían salido al contrario, aunque tristes, concurrieron al fin con los demás convidados.

A poco rato dieron que sospechar al rey y a los demás, de que no se interesaban tanto como ellos en la felicidad de las armas. Mas prontamente descubrió sus interiores la continuación de los brindis y la intemperancia en la comida y bebida, a que se vieron precisados por acompañar a los demás. No bien se había concluido el convite, cuando locos y enajenados con la borrachera, echan a buscar a Arato, le encuentran cuando se retiraba, le

llenar por el pronto de improperios, y emprenden después acabar con él a pedradas. Al instante acudieron muchos a sostener uno y otro partido, y se levantó un alboroto y conmoción en el campamento. La vocería llegó a oídos del rey, quien mandó gentes para que se informasen y remediasen el desorden. Llegaron éstos, Arato les cuenta lo sucedido, pone por testigos a los circunstantes, redime la vejación, y se retira a su tienda. Por lo que hace a Leoncio, escapó entre la confusión sin saber cómo. El rey, informado del hecho, envió a llamar a Megaleas y Crinon, y los reprendió ásperamente. Pero ellos, lejos de someterse, prorrumpieron en nuevas amenazas, diciendo que no desistirían del propósito hasta haber dado a Arato su merecido. El rey, irritado con este desacato, los mandó multar al instante en veinte talentos, y llevarlos a la cárcel.

Al día siguiente envió a llamar a Arato, y le exhortó a que viviese seguro de que pondría el remedio conveniente en el asunto. Leoncio, informado de lo que pasaba con Megaleas, vino a la tienda del rey acompañado de alguna tropa. Estaba persuadido a que este príncipe se atemorizaría por su

poca edad y mudaría prontamente de resolución. Lo mismo fue presentarse que preguntar: «¿Quién ha tenido osadía para echar mano a Megaleas, y llevarle a la cárcel? - Yo», respondió el rey con entereza; palabra que aterró a Leoncio, le hizo dar un gran suspiro y retirarse enfurecido.

Después el rey se hizo a la vela con toda la escuadra, atravesó el golfo, y arribó en breve tiempo a Leucades. Aquí, dada orden a los que estaban encargados de la distribución del botín para que la evacuasen cuanto antes, reunió mientras sus confidentes, para examinar la causa de Megaleas. Arato entabló la acusación de éste y de sus compañeros, recorriendo la serie de sus excesos desde el principio. Hizo ver claramente que eran autores de una muerte que se había perpetrado después de la partida de Antígono, que tenían tramada una conjuración con Apeles, y que por ellos no se había tomado Pelea. A todos estos cargos, que Arato hizo palpables y demostró con testigos, no tuvo qué responder Megaleas, por lo que fue condenado a una voz por todos. Crinón permaneció en la prisión, y Leoncio salió por fiador de la multa

de Megaleas. He aquí el estado de la conjuración de Apeles y Leoncio, cuyo éxito vino a ser distinto de lo que se habían prometido al principio. Creyeron que aterrarían a Arato, que dejarían al rey solo, y que obrarían después según su conveniencia; pero les salió al contrario.

CAPÍTULO V

Correrías de Licurgo, de los eleos y de Dorimaco.- Invasión y talas por Filipo en Laconia.- Pretenden los messenios unirse a Filipo, pero Licurgo se apodera de su bagaje, y los obliga a retirarse a su patria. Al mismo tiempo (219 años antes de J. C.) regresó Licurgo de la Messenia, sin haber realizado cosa que merezca la pena de relatarse. Poco después volvió a salir a campaña, tomó a Elea, y emprendió sitiar la ciudadela, donde se habían refugiado los moradores; mas frustrados sus esfuerzos, tuvo que retirarse otra vez a Esparta.

Los eleos hicieron también correrías en el país de los dimeos. Éstos enviaron alguna caballería para su

defensa, pero cayó en una emboscada y con facilidad fue puesta en huida. Muchos gálatas quedaron sobre el campo, algunos de la ciudad fueron hechos prisioneros, entre otros Polimedes, Egeo, y Agesipolis y Megacles, dimeos.

Dorimaco al principio salió a campaña con los etolios, persuadido, como hemos dicho antes, a que talaría impunemente la Tesalia y haría levantar a Filipo el cerco de Palea; pero hallando en esta provincia a Ghrisógono y Patreo dispuestos a hacerle frente, no se atrevió a bajar al llano, y se contentó con costear las laderas, hasta que, informado de la irrupción de los macedonios en Etolia, dejó la Tesalia y se dirigió con diligencia al socorro de su patria. Pero llegó cuando ya los macedonios habían salido de la Etolia: tan tarde y pesado era en todas sus cosas.

Filipo, habiéndose hecho a la vela de Leucades, taló de paso la costa de los hianteos y abordó a Corinto con toda la escuadra. Hizo pasar los navíos a puerto Lequeo, donde desembarcó los soldados, y

despachó correos a las ciudades aliadas del Peloponeso, señalándolas día en que deberían todas hacer noche con sus tropas en Tegea. Dadas estas órdenes, sin detenerse un instante en Corinto ordenó marchar a los macedonios, y pasando por Argos llegó a Tegea al segundo día. Aquí tomó los aqueos que habían acudido, y condujo su ejército por las montañas con el fin de penetrar en el país de los lacedemonios sin ser apercebido. Después de cuatro días de marcha por lugares desiertos, se dejó ver sobre unas eminencias situadas frente por frente de la ciudad, y dejando a la derecha a Menelea llegó hasta la misma Amicla. Los lacedemonios, que vieron desde la ciudad pasar por delante aquel ejército, quedaron atónitos y asombrados. Se hallaban aún suspensos sus espíritus con la noticia del saqueo de Termas y demás acciones de Filipo en la Etolia. A más de esto corría cierto rumor de que Licurgo salía al socorro de los etolios; y así ni aun por el pensamiento se les había pasado el que con tanta precipitación viniese a descargar el golpe sobre ellos, mediando tanta distancia y siendo aún muy despreciable la edad del rey para semejantes empresas. Por eso un suceso tan inesperado les tenía

sobrecogidos con motivo. En igual desvelo e inquietud estaban todos los enemigos de este príncipe, porque conducía sus propósitos con un ardor y viveza superior a su edad. Efectivamente, sale del corazón de la Etolia, como hemos dicho, atraviesa en una noche el golfo Ambraceo y arriba a Leucades. Después de dos días de estancia en esta ciudad, se hace a la vela en la madrugada del tercero, tala en el siguiente la costa de la Etolia y fondea en Lequeo. Prosigue sin detenerse su viaje, y se deja ver al séptimo sobre las eminencias inmediatas a Menelea; de suerte que los más de los lacedemonios, sin dar crédito a lo que veían, aterrados con la novedad dudaban qué partido tomar en tales circunstancias.

El primer día acampó Filipo alrededor de Amiclas, plaza de la Laconia abundante en árboles y sazoados frutos, distante de Lacedemonia como veinte estadios. Se ve en ella un edificio consagrado a Apolo, casi el más célebre de cuantos templos tiene la provincia. La situación de la ciudad está mirando a la parte del mar. Al día siguiente hizo la tala del país y llegó al real que llaman de Pirro.

Después de haber saqueado en los dos días siguientes los lugares próximos, sentó su campo delante de Carnio; de allí marchó para Asina, donde viendo cuán inútiles eran los esfuerzos que hacía contra esta plaza, levantó el sitio y corrió talando todo el país que mira al mar de Creta hasta Tenaro. Torció después la ruta y se encaminó a un astillero de los lacedemonios, llamado Gitio, que tiene un puerto seguro y dista de la ciudad treinta estadios. Dejado éste a la derecha, fue a acampar alrededor de Elia, país que, atendidas todas sus circunstancias, es el mayor y más bello que tiene la Laconia. De aquí destacó las tropas al forraje, llevó a sangre y fuego los frutos de toda la comarca, y llegó con la tala hasta Acria, Leuca y Boea.

Los messenios, así que recibieron las cartas de Filipo que los llamaba para la guerra, no cedieron en afecto a los demás aliados. Salieron a campaña con toda diligencia, y enviaron dos mil infantes y doscientos caballos de tropas escogidas; pero lo largo del camino hizo que llegasen a Tegea más tarde que Filipo. Por el pronto dudaron qué partido tomar en tales circunstancias; mas temiendo que,

por las sospechas que ya de ellos se tenía, no se atribuyese esto acaso pensado, marcharon por el país de Argos a la Laconia para incorporarse con Filipo. Llegados al castillo de Glimpia, situado sobre las fronteras de estas dos provincias, acamparon a su vista con imprudencia y descuido. Porque ni rodearon el campamento con foso y trinchera, ni eligieron lugar ventajoso, sino que satisfechos de la benevolencia de los habitantes hicieron alto sin malicia al pie de sus murallas. Licurgo, informado de la llegada de los messenios, marchó con los extranjeros y algunos lacedemonios, llegó allá al rayar el día y atacó con vigor su campamento. Los messenios, aunque en todo lo demás habían consultado mal sus intereses y sobre todo en haber pasado de Tegea sin tener el número suficiente de soldados ni querer escuchar el parecer de los peritos, con todo hicieron en el lance lo posible para defenderse. Lo mismo fue descubrirse el enemigo que abandonar al instante todo el equipaje y refugiarse prontamente al castillo. Es cierto que Licurgo se apoderó de la mayor parte de la caballería y del bagaje, pero a excepción de ocho caballeros que mató, todos los demás se salvaron.

Después de este descalabro, los messenios regresaron por Argos a su patria. Licurgo, soberbio con la victoria, vino a Lacedemonia para prevenirse a la defensa, y consultó con sus amigos cómo no se dejaría salir del país a Filipo sin forzarle al trance de una batalla. Pero este príncipe, habiendo levantado el campo de Elia, continuó talando el país, y después de cuatro jornadas llegó por segunda vez a Amiclas con todo el ejército a la mitad del día.

Licurgo, dadas las órdenes a los oficiales y amigos para el combate que les aguardaba, salió de la ciudad con dos mil hombres a lo más, y se apoderó de los puestos contiguos a Menelea. Recomendó a los que quedaban dentro que estuviesen atentos para cuando se les diese la señal, y entonces se echasen fuera con prontitud por muchas partes, y ordenasen sus gentes de frente al Eurotas por la parte que este río se halla menos distante de Esparta. Tal era el estado de Licurgo y de los lacedemonios.

Pero para que la ignorancia de los lugares no confunda y oscurezca la narración, será conveniente describir la naturaleza y situación del terreno. Ésta ha sido una costumbre que hemos observado en toda la obra, para unir y conciliar los lugares desconocidos con los que ya se conocen y de que se tiene noticia. Porque como en las guerras, bien sean por mar, bien por tierra, se engañan los más por no hacer distinción de los lugares, y nuestro propósito es el que todos sepan, no tanto lo que pasó, cuanto el cómo se hizo; creemos que en ningún acontecimiento se debe omitir la descripción del sitio, y mucho menos en asuntos militares, ni dejar de expresar ciertas señales, ya de puerto, mar o isla, ya de templo, monte, denominación de país, o por último diferencia de clima, puesto que éstas son las nociones más comunes a todos los hombres, y el único medio de conducir los lectores al conocimiento de lo que ignoran, como ya hemos mencionado. La naturaleza del país de que ahora hablamos, es como sigue.

CAPÍTULO VI

espacio que hay entre la ciudad y las montañas, con cuyo ardid, no digo la caballería, pero ni aun la infantería podía afirmar el paso. De, suerte que al rey no le quedaba otro recurso que hacer desfilar su ejército a todo lo largo del camino por la falda misma de las montañas, posición que imposibilitaba la defensa, y era entregarse en manos del enemigo. Atento a esto Filipo, después de haber consultado con los demás oficiales, determinó como lo más oportuno a la presente coyuntura desalojar ante todas las cosas a Licurgo de los puestos próximos a Menelea. Para esto tomó los extranjeros, los rodeleros y los ilirios, y cruzó el río avanzando hacia las montañas. Licurgo, que advirtió el intento de Filipo, ordena sus tropas, las anima para la acción, y da la señal a los de la ciudad. Inmediatamente los jefes de éstos sacan sus soldados, los forman en batalla delante los muros, y cubren el ala derecha con la caballería.

Así que Filipo se halló cerca de Licurgo, destacó por el pronto contra él los extranjeros, de que provino ser más ventajosos los inicios del combate a los lacedemonios, a quienes favorecían no poco las

armas y el terreno. Pero apenas envió los rodeleros para sostener a los combatientes, y él con los ilirios atacó en flanco al enemigo, cuando los extranjeros, alentados con este socorro, volvieron a la carga con redoblado espíritu; y las tropas de Licurgo, temiendo la impresión de los pesadamente armados, retrocedieron y volvieron la espalda. Ciento quedaron sobre el campo, pocos más fueron los prisioneros, y el resto se refugió en la ciudad. El mismo Licurgo, seguido de pocos, escapó de noche por caminos extraviados, y penetró en Esparta. Los ilirios ocuparon las eminencias, y Filipo con la infantería ligera y los rodeleros regresó al ejército. Mientras venía Arato conduciendo la falange desde Amiclas, y ya se hallaba cerca de la ciudad cuando el rey cruzó el río para cubrirla con la infantería ligera, los rodeleros y la caballería, y dar tiempo a que los pesadamente armados desembocasen por el pie de las montañas mismas aquellos desfiladeros sin peligro. Los de la ciudad emprendieron atacar la caballería que venía al socorro; la acción fue viva, los rodeleros pelearon con arrojo, Filipo consiguió aun cuanto a esta parte una conocida ventaja, y persiguió la caballería lacedemonia hasta las puertas

de la ciudad. Después el rey pasó el Eurotas sin obstáculo, y marchó a la espalda de su falange. Como era ya tarde, se vio precisado a acampar en la salida de aquellos desfiladeros.

Por casualidad las guías habían elegido este lugar para campamento, puesto que no se podía dar más a propósito para hacer una irrupción en la Laconia a la vista de la misma Esparta. Está situado a la entrada de los desfiladeros que hemos mencionado, y bien se venga de Tegea, bien de cualquiera otra parte mediterránea a Lacedemonia, se ha de pasar por él a distancia de dos estadios cuando más de la ciudad, y sobre la margen del río. El lado que mira a Esparta y a el Eurotas está defendido todo de una cordillera elevada y del todo inaccesible, sobre cuya cumbre se halla una llanura de buen terreno, abundante de aguas, y cómodamente situada para la entrada y salida de las tropas. De suerte que el que llegue a apostarse en este sitio, y a apoderarse de la colina que le domina, puede decir que está acampado a cubierto de todo insulto de parte de la ciudad, y que tiene la llave de la puerta y paso de los desfiladeros.

Filipo, después que hubo sentado aquí el real con toda seguridad, al día siguiente envió por delante el bagaje, y sacó sus tropas al llano en orden de batalla a la vista de la ciudad. Permaneció algún tiempo en esta postura; pero después doblando hacia un lado tomó la ruta de Tegea. Cuando llegó a aquel lugar donde Antígono y Cleomenes se dieron la batalla, hizo alto; y después de haber reconocido al día siguiente los puestos y haber sacrificado a los dioses sobre uno y otro monte, llamados Olimpo y Eva, fortificó la retaguardia y continuó su camino. En Tegea hizo vender el botín, y pasando por Argos, llegó a Corinto con todo el ejército. Aquí se encontró con los embajadores de Rodas y Chío, enviados para concluir la guerra. El rey, después de haber conferenciado con ellos, disimulando su intención, les dijo que siempre había estado dispuesto, tanto ahora como antes, a un ajuste con la Etolia, y los despidió encargándoles tratasen el asunto con los etolios. Él después bajó a Lequeo y se dispuso para pasar a la Focida, donde tenía que tratar asuntos más importantes.

CAPÍTULO VII

*Nuevas maquinaciones de Leoncio, Megaleas,
Ptolomeo y Apeles.
Escarmiento de estos traidores.*

Para entonces, Leoncio, Megaleas y Ptolomeo, persuadidos aún que amedrentarían a Filipo y de este modo ocultarían sus anteriores delitos, difundieron la voz entre los rodeleros y las guardias macedonias, de que ellos se exponían a los peligros por la salud común, y con todo no se les guardaba justicia ni se les entregaba en el botín apresado la parte que tenían de costumbre. Estos discursos inflamaron la juventud, y dividida en bandos emprendió saquear las habitaciones de los cortesanos más distinguidos, forzar las puertas del palacio del rey, y quebrar las tejas. Este accidente puso en conmoción y alboroto la ciudad, y Filipo advertido vino de Lequeo con diligencia. Reúne los macedonios en el teatro, y ya con dulzura, ya con amenazas, les reprende el hecho. En medio del motín y confusión, unos eran de parecer que se

echase mano y castigase a los autores, otros que se sosegase la sedición y no se tomase en cuenta lo pasado. El rey, que estaba bien enterado de las cabezas del alboroto, disimulando por entonces, afectó estar satisfecho y se retiró a Lequeo, después de haber exhortado a todos a la unión. Sosegado este tumulto, ya hubo sus dificultades en los negocios de la Focida, cuyo logro se tenía por seguro.

Leoncio, destituido de recurso por habérsele malogrado todos sus propósitos, acudió a Apeles. Le envió frecuentes cartas para hacerle venir de Chalcida, y le dio cuenta de las penas y trabajos que se le habían seguido de la desavenencia con el rey. Apeles, durante su estancia en Chalcida, había usado del poder a su antojo. Había dado a entender que el rey, joven aún, estaba sujeto en lo más a su arbitrio, que no era dueño de hacer nada, que el manejo de los negocios y la disposición de todo corría por su mano, que los magistrados e intendentes de Macedonia y Tesalia le daban a él cuentas, y que las ciudades de la Grecia, bien fuese en la formación de decretos, bien en la dispensa de honores, bien en la distribución de premios, contaban poco con la

persona del rey, y sólo él era árbitro y autor de todo. Hacía tiempo que Filipo, informado de estos excesos, se lamentaba y sufría con impaciencia semejante conducta; y aunque Arato, que estaba a su lado, le instaba con maña a que pusiese remedio, él no obstante se contenía y ocultaba a todos su intención y modo de pensar. Apeles, que lejos de saber lo que contra él se maquinaba, se hallaba persuadido a que sólo con ponerse en presencia del rey lo manejaría todo a su arbitrio, partió de Chalcida a socorrer a Leoncio. A su llegada a Corinto, Leoncio, Ptolomeo y Megaleas, comandantes de los rodeleros y otros cuerpos del ejército los más distinguidos, hicieron grandes esfuerzos para empeñar la juventud a que saliese a recibirle. Efectivamente, entró en la ciudad a manera de un general, por medio de la multitud de oficiales y soldados que salieron al encuentro, y marchó sin detenerse a palacio. Quiso entrar al cuarto del rey, según tenía por costumbre; pero le contuvo un lictor que ya se hallaba prevenido, diciendo que no era hora de hablarle. Apeles extrañó la novedad, quedó suspenso por mucho tiempo, y al fin se retiró confuso. Todo aquel lucido acompañamiento

desapareció al punto, de suerte que entró en su casa acompañado sólo de su familia. De este modo el hombre pasa en un instante desde la elevación al abatimiento; pero donde esto se ve con más frecuencia es en los palacios de los reyes. Ciertamente los cortesanos se asemejan a los cálculos en las mesas de los aritméticos, que reciben ya el ínfimo, ya el sumo valor, a gusto del que calcula. De igual modo los palaciegos, según la voluntad del rey, son felices o miserables en un momento. Megaleas, viendo frustrado el auxilio de Apeles contra lo que esperaba, lleno de turbación pensó ausentarse. Apeles continuó disfrutando de la conversación del rey, consejo y del número de los que ordinariamente frecuentaban su mesa. Sin embargo, pocos días después, teniendo el rey que pasar de Lequeo a la Focida a ciertos asuntos, se le llevó consigo; pero no saliéndole las cosas como pensaba, se volvió atrás desde Elatesa.

Entonces fue cuando Megaleas se retiró a Atenas, abandonando a Leoncio que había salido por su fiador en los veinte talentos; pero mal admitido por los magistrados de esta ciudad, tuvo

que volver de nuevo a Tebas. El rey se hizo a la vela de Cirra, y fondeó con sus guardias en el puerto de Sción. De aquí pasó a la ciudad, donde sus magistrados le ofrecieron alojamiento; pero él no aceptó sino el de Arato, con quien trataba de continuo, y ordenó a Apeles marchase para Corinto, Habiendo sabido después la fuga de Megaleas, despachó a Trifalia, bajo las órdenes de Taurión, a los rodeleros, en quienes mandaba antes Leoncio, aparentando que necesitaba allí de su servicio. No bien habían partido estas tropas, cuando mandó prender a Leoncio por el pago de la fianza. Los rodeleros, informados de lo que sucedía por un mensajero que éste les destacó, despacharon al rey diputados, con el ruego de que, si la prisión de Leoncio era por algún nuevo crimen, no pasase a la sentencia sin estar ellos presentes; de lo contrario, lo reputarían por un gran desprecio y notable injuria (tal era la libertad con que los macedonios hablaban siempre a sus reyes); pero que si era por la fianza que había hecho por Megaleas, ellos satisfacerían la deuda repartiéndola entre todos. Este afecto de los rodeleros no hizo sino avivar la cólera del rey y

acelerar la muerte de Leoncio antes de lo que tenía pensado.

A la sazón volvieron de la Etolia los embajadores de Rodas y Chío con la noticia de haber alcanzado una tregua por treinta días y quedar dispuestos los etolios para un ajuste. Habían también señalado día fijo para el cual suplicaban al rey se encontrase en Río, asegurándole que los etolios harían cuanto estuviese de su parte por efectuar el convenio. Filippo aceptó la tregua, y escribió a los aliados previniéndoles enviasen a Patras sus diputados para tratar de la paz con los etolios. Él se hizo a la vela de Lequeo, y arribó allá al segundo día. Para entonces recibió unas cartas de la Focida, que Megaleas enviaba a los etolios, en las que les exhortaba a proseguir la guerra con tesón, pues Filippo se hallaba en el último extremo por falta de municiones; y añadía a esto varias acriminaciones y burlas, que manifestaban su rencor contra este príncipe. Leídas estas cartas, el rey conoció que Apeles era el motor de todos estos disturbios, y al punto mandó llevar preso a Corinto con buena escolta a él, a su hijo y a un joven a quien amaba. Destacó después a

Alejandro para Tebas, con orden de perseguir en juicio a Megaleas por la fianza ante los magistrados. Alejandro cumplió tan exactamente su comisión, que Megaleas, sin esperar a la decisión, se dio la muerte. Por estos mismos días murió también Apeles, su hijo y el querido joven. Así terminaron estos traidores, fin proporcionado a sus delitos, y principalmente a la insolencia con que habían tratado a Arato.

CAPÍTULO VIII

Propósitos de los etolios frustrados.- Prosecución de la guerra.- Retorno de Filipo y sus tropas a Macedonia.- Situación de Aníbal, Antíoco, Licurgo y los aqueos. Todos los etolios se hallaban ansiosos que la paz se concertase (219 años antes de Jesucristo) Estaban cansados de una guerra que había desmentido en todo sus esperanzas. Llegaron a presumir que manejarían a Filipo como a un niño sin juicio, debido a su tierna edad y escasa experiencia; pero se hallaron con un hombre cabal, tanto en la empresa como en la ejecución de sus

propósitos, y ellos se acreditaron en todas sus acciones públicas y particulares de hombres despreciables y pueriles. Luego que llegó a su noticia el alboroto de los rodeleros y la muerte de Apeles y Leoncio, dilataron y difirieron el día señalado para ir a Río, con la esperanza de que se originaría algún grave y peligroso trastorno en el palacio del rey. Filipo abrazó tanto con mayor gusto este pretexto, cuanto que fiaba del buen éxito de la guerra y había venido con ánimo de dificultar el convenio. Y así, lejos de inducir a la paz a los aliados que habían concurrido, los alentó para la guerra, y vuelto a hacerse a la vela, se dirigió a Corinto. Aquí dio licencia a todos los macedonios para marchar por la Tesalia a invernar a sus casas. Él partió de Cencras, y costeando el Ática, vino por el Euripo a fondear en Demetriades, donde hizo cortar la cabeza en un consejo de macedonios a Ptolomeo, único cómplice que quedaba de la conjuración de Leoncio.

Por entonces Aníbal, invadida la Italia, acampaba sobre el Po al frente de las legiones romanas; Antíoco, sojuzgada la mayor parte de la Cæle-Siria,

había licenciado para invernar sus tropas; y Licurgo, rey de Lacedemonia, se había refugiado en la Etolia por temor de los eforos, quienes informados falsamente de que quería perturbar el Estado, se habían reunido una noche y asaltado su casa; pero él, presintiendo el golpe, había huido con su familia.

Llegado el invierno, Filipo regresó a Macedonia. Eperato, pretor de los aqueos, era aborrecido de las tropas de la república y menospreciado hasta el máximo de las extranjeras. Nadie obedecía sus órdenes, ni había disposición alguna para la defensa de las fronteras. Pirrias, a quien los etolios habían enviado por pretor de los eleos, advirtió este descuido, y tomando mil cuatrocientos etolios, los extranjeros de los eleos, y hasta mil infantes y doscientos caballos de su república, de suerte que el total ascendía a tres mil hombres, saqueó no sólo el país de los dimeos y fareos, sino también los campos de Patras. Por último, acampado sobre el monte Panachaico, que domina la ciudad de Patras, talaba todo el país que se extiende hasta Río y Egio. Las ciudades aqueas, maltratadas con la guerra y sin poder defenderse, pagaban con dificultad los

impuestos. Los soldados, dilatadas y retenidas sus pagas, cumplían del mismo modo con su ministerio. De estos dos atrasos resultaron en cambio dos desórdenes: ir las cosas a peor, y desertarse las tropas extranjeras, efecto todo de la indolencia del jefe. En este estado estaban las cosas de los aqueos, cuando cumplido el año, Eperato dejó la pretura, y Arato el viejo fue puesto en su lugar al inicio de la primavera. Hasta aquí de los negocios de la Europa. Y puesto que la distinción de los tiempos y la conclusión de los asuntos nos ofrecen bella proporción de pasar al Asia a relatar los hechos ocurridos en la misma olimpiada, convirtamos la narración a aquella parte.

CAPÍTULO IX

Razones del historiador para no juntar los asuntos de la Grecia con los del Asia.- Conveniencia de sentar un buen principio a una obra. Presunción de los escritores superficiales refutada. En primer lugar expondremos, según nuestro primer propósito, la guerra que hubo entre

Antíoco y Ptolomeo con motivo de la CæleSiria. No ignoramos que esta guerra duraba aún en la misma época en que se hacía la de la Grecia; pero preferimos dar a la ilación de nuestra historia este orden y esta distribución. Porque para librar de error a los lectores en la exactitud del tiempo en que cada cosa había ocurrido, creímos que les dábamos una instrucción suficiente con haberles apuntado en cada año de la dicha olimpíada, y entre las acciones de los griegos, el principio y fin de lo que sucedía en el Asia. Nada me pareció más importante para la inteligencia y claridad de la narración, que el no mezclar en esta olimpíada los hechos de la Grecia con los del Asia, sino separarlos y distinguirlos en lo posible; hasta llegar a las siguientes, en que empezaremos a tratar de cada cosa por años promiscuamente. Efectivamente, como nos hemos propuesto escribir no un hecho particular, sino todos los del universo; y en cuanto a historia, casi estoy por decir, y lo he repetido anteriormente, hemos tomado a cargo la mayor empresa que jamás se ha visto, nos ha parecido conducente poner el mayor esmero en la distribución y economía, para que en el discurso de la obra no se encuentre género de duda,

ni en el todo ni en las partes. En este supuesto, recorramos ahora desde un poco más arriba los reinados de Antíoco y Ptolomeo, y procuremos sentar principios incontestables y notorios de lo que se va a decir, circunstancia la más esencial en tales casos.

Los antiguos, cuando dijeron que el principio es la mitad del todo, nos quisieron recomendar el máximo cuidado que se ha de poner en dar a cualquier obra un buen principio. Ellos creyeron haber dicho una exageración, pero en mi concepto aun se quedaron muy cortos. Cualquiera puede asegurar sin rubor que el principio no sólo es la mitad del todo, sino que tiene concernencia con el fin. Y si no, ¿cómo comenzar bien una obra sin haber comprendido antes mentalmente el todo de la empresa, ni haber examinado de dónde la comenzará, hasta dónde la proseguirá, y con qué motivo la dará principio? ¿Cómo recapitular los hechos de un modo conveniente, sin que haya tal analogía entre el fin y el principio, que se sepa de dónde, cómo y por qué grados han llegado las cosas a tal extremo? Convengamos, pues, en que los que

escriben o leen una historia universal deben poner su principal estudio en que los principios tengan no sólo conexión con los medios, sino también con los fines. Esto es lo que ahora procuraremos observar.

No ignoro que otros muchos escritores han dicho como yo, que escribían una historia universal y emprendían la mayor obra que hasta entonces se había visto. Pero a excepción de Eforo, el primero y único que se ha puesto a escribir una historia universal, de todos los demás se me dispensará el hablar o mentar sus nombres. Sólo sí diré que algunos historiadores de nuestro tiempo presumen haber hablado de todos los acaecimientos del mundo, con sólo haber referido en tres o cuatro páginas la guerra de los romanos y cartagineses. Pero ¿habrá alguno tan necio que no sepa que al mismo tiempo se realizaron muchas y sobresalientes acciones en España, África, Sicilia e Italia, y que la guerra de Aníbal, la más célebre y larga de todas, a excepción de la de Sicilia, fue de tanta consideración que puso en expectativa a todos, recelándose cada uno del éxito de sus consecuencias? Con todo, se encuentran escritores

que, tocando las cosas aun con más superficialidad que la que acostumbran los pintores en ciertas repúblicas cuando simbolizan algún hecho en las paredes, presumen haber comprendido todos los acontecimientos de los griegos y de los bárbaros. La causa de esto es, que de palabra es muy fácil emprender la mayor acción, pero de obra muy difícil llevarla a cabo. Por eso lo primero, como consiste en una medianía, lo consiguen casi todos sólo con intentarlo; pero lo segundo, que raya con la perfección, es muy arduo, y aun apenas se alcanza al cabo de la vida. No he tenido otro fin en decir esto, que la jactancia con que algunos admiran sus propias producciones. Pero ahora volvamos a nuestro propósito.

CAPÍTULO X

Comportamiento lamentable de Ptolomeo Filopator, opuesto al de sus antecesores.- Ruego de Cleomenes, rey de Esparta, a Ptolomeo para su regreso a la patria, no concedido. Apenas murió su padre, Ptolomeo Filopator quitó la vida a su

hermano Magas y a sus parciales, y se apoderó del trono de Egipto (220 años antes de J. C.) Creía que su maña y el dicho fratricidio le habían liberado de los celos domésticos, y que la fortuna le ponía a cubierto de todo insulto exterior, después de haber llevado de esta vida a Antígono y Seleuco, y haber puesto en su lugar a Antíoco y Filipo, jóvenes por cierto y casi niños. Satisfecho de estas esperanzas, pasaba su reinado en continuas diversiones. No se dejaba ver ni tratar de los cortesanos y demás gobernadores de Egipto. Miraba con desprecio y descuido las potencias vecinas: asunto cabalmente sobre que sus predecesores habían velado más que sobre el gobierno interior de su propio reino. Efectivamente, dueños de la Cæle-Siria y de Chipre, tenían en respeto al rey de Siria por mar y tierra; despóticos en las ciudades, puestos y puertos más considerables que hay por toda la costa desde la Panfilia hasta el Helesponto y lugares próximos a Lisimaquia, observaban a los potentados de Asia y aun a las mismas islas; señores de Eno, Maronea y otras ciudades más remotas, estaban a la vista de lo que pasaba en Tracia y Macedonia. Así, extendiendo sus miras a más de lo que daba de sí el Egipto, y

poniendo por delante de sus límites una dilatada barrera de estados, no tenían que cuidar de su propio reino. He aquí justamente por qué ponían tanta intensidad en lo que pasaba exteriormente. Pero este rey por el contrario, entregado a indecentes amores y a locas y continuas borracheras, miraba con abandono estos asuntos. ¡Qué mucho se levantasen en breve tiempo contra su vida y corona infinitos enemigos! Efectivamente, el primero de todos fue Cleomenes Espartano.

Éste, mientras vivió Ptolomeo Evergetes con quien tenía contraída alianza, estuvo quieto, persuadido a que siempre lograría de su favor el auxilio competente para recobrar el reino de sus padres. Pero así que pasó de esta vida, y andando el tiempo, vio que los intereses de la Grecia casi le estaban llamando por su nombre; pues Antígono había muerto, los aqueos habían tomado las armas, y los lacedemonios, según su primer propósito y designio, se habían asociado con los etolios contra los aqueos y macedonios; entonces ya se vio forzado a insistir con mayor empeño en salir de Alejandría. Para esto tuvo una conferencia con el rey, a fin de

que le enviase con la tropa y municiones correspondientes; pero desatendida su instancia echó mano del ruego, para que al menos le dejase ir solo con su familia, puesto que el tiempo le proporcionaba una ocasión favorable de recobrar el reino paterno. Ptolomeo, a quien los desórdenes le retraían del conocimiento de los asuntos y de extender sus vistas hacia adelante, necio e imprudente, hacía poco caso de la súplica de Cleomenes. Pero Sosibio, en quien residía la suma autoridad de los negocios, reunió un consejo, en el que después de varias contestaciones se decidió que no se dejase salir a Cleomenes con armada ni provisiones. Creían que, muerto Antígono, eran de poca importancia los negocios extranjeros, y por consiguiente sería superfluo un gasto semejante. A más de esto, temían que Cleomenes, no teniendo quien se opusiese a sus ideas después de la muerte de Antígono, sojuzgaría prontamente y sin trabajo la Grecia, y vendría a ser para el Egipto un rival poderoso y formidable, principalmente cuando conocía a fondo el estado de los negocios, estaba lleno de desprecio contra el rey, y veía muchas provincias del reino separadas y a larga distancia

que le ofrecerían mil ocasiones de obrar con ventaja. Porque en efecto había en Samos bastantes navíos, y en Efeso buen número de soldados. He aquí por qué desaprobaban el pensamiento de enviar a Cleomenes con el aparato correspondiente. Por otra parte, despachar a un príncipe de su consecuencia sin haberle atendido, era adquirirse un enemigo declarado e irreconciliable, paso que no les podría traer cuenta alguna. No quedaba más arbitrio que detenerle contra su voluntad. Pero este medio fue desechado al instante de todos sin más examen, persuadidos a que no era seguro abrigar en un mismo redil al león y a las ovejas. Sobre todo, quien más temía se tomase este partido era Sosibio, por el motivo que se sigue.

CAPÍTULO XI

Razones que tuvo Sosibio, ministro de Ptolomeo, para arrestar a Cleomenes.- Ardid de que se valió para este fin.- Encarcelamiento y muerte de este príncipe. En el tiempo en que se estaba fraguando la muerte de Magas y Berenice (220 años antes de J.

C.), temerosos los autores de este atentado de que la audacia principalmente de esta princesa no malograra sus propósitos, procuraron cohechar a todos los cortesanos con ofertas que les hicieron si salían con la empresa. Entonces Sosibio, advirtiendo que Cleomenes necesitaba del auxilio del rey y que era hombre de prudencia y habilidad para asunto de importancia, lisonjeó sus esperanzas y le reveló el proyecto. Cleomenes, viendo que el principal sobresalto y recelo de Sosibio provenía de los extranjeros y mercenarios, procuró animarle, y le prometió que estas tropas, lejos de dañarle, coadyuvarían su intento. Advirtió que le había sorprendido aún más esta promesa, y le dijo: «¿No ves que entre los extranjeros hay aquí hasta tres mil peloponesiacos y mil cretenses, que a la menor señal mía ejecutarán mis órdenes? ¿Puestos éstos de tu lado, a quién temes? Sin duda a los soldados de Siria y Caria.» Este discurso agradó a Sosibio y le dio redoblado espíritu para lo que maquinaba contra Berenice; pero de allí adelante cada vez que consideraba la indolencia de Ptolomeo se acordaba de esta conversación y se le representaba a lo vivo la audacia de Cleomenes y el afecto que le profesaban

los extranjeros. Por eso ahora principalmente incitaba al rey y a sus amigos a que prendiesen y encerrasen su persona. Contribuyó también a la consecución de su proyecto esta casualidad.

Había cierto Nicágoras en Messenia que por su padre tenía derecho de hospitalidad con Arquidamo, rey de Lacedemonia. En los primeros tiempos de su amistad existió poco trato entre los dos; mas cuando Arquidamo tuvo que huir de Esparta por temor de Cleomenes y acogerse a Messenia, Nicágoras no sólo le franqueó con gusto su casa y demás necesario, sino que con el continuo trato vino a haber después entre los dos la unión y amistad más estrecha. De suerte que en la consecuencia, habiendo Cleomenes dado esperanzas a Arquidamo de que volvería y se reconciliaría con él, fue Nicágoras quien compuso estas diferencias y salió por garante de este tratado. Ratificadas sus condiciones, Arquidamo regresó a Esparta bajo la fe del convenio concertado por la mediación de Nicágoras; pero Cleomenes salióle a recibir y le quitó la vida, perdonando a Nicágoras y demás que le acompañaban. Nicágoras aparentó exteriormente

que era deudor a Cleomenes de haberle perdonado, mas en su interior sintió en el alma esta perfidia, como que se le podía achacar a él la causa.

Transcurrido poco tiempo este Nicágoras llegó a Alejandría con una conducción de caballos, y al desembarcar encontró a Cleomenes Panteo e Hippitas que se andaban paseando a la orilla del muelle. Lo mismo fue verle Cleomenes que al instante le abrazó, le saludó amistosamente y le preguntó a qué venía. Y respondiendo éste que a traer caballos, «cuánto mejor hubiera sido, le dijo Cleomenes, que en vez de caballos trajeras bellos jóvenes y cantarinas, pues esto es lo que más aprecia el rey de hoy día.» Nicágoras se sonrió sin hablar una palabra. Pocos días después, habiéndosele proporcionado con motivo de los caballos alguna más familiaridad con Sosibio, le contó el cuento que hemos dicho, y advirtiéndole que lo escuchaba con gusto, le descubrió todo su antiguo odio contra Cleomenes.

Sosibio, conociendo la enemistad que existía entre los dos, con dádivas que le hizo por el pronto y otras que le ofreció para el futuro, le indujo a que escribiese una carta contra Cleomenes y la dejase cerrada, para que a pocos días después de su mancha se la viniese a traer un criado de parte suya. Efectivamente, Nicágoras cumplió lo prometido; la carta fue entregada por el criado a Sosibio después de su salida, y éste, acompañado del portador, se la presentó al rey sin detenerse. El criado confesó que Nicágoras le había dejado aquella carta con orden de entregarla a Sosibio. Ésta contenía que Cleomenes pensaba conmover el reino si no se le enviaba con el aparato y auxilio correspondiente. De este bello pretexto se sirvió al momento Sosibio para incitar al rey y a los demás amigos a que sin dilación se custodiase y encerrase a Cleomenes. Efectivamente, se puso en ejecución y se le dio una gran casa, donde se hallaba bien custodiado, con la sola diferencia, respecto de otros prisioneros, de que vivía en una cárcel más espaciosa. En vista de esto, Cleomenes, perdida la esperanza de salvarse, decidió arriesgarlo todo, no tanto porque presumiese salir con su intento, pues se veía privado de los

medios proporcionados para la empresa, cuanto porque quería morir gloriosamente y no sufrir cosa que desdijese de su valor heredado. En mi concepto, le vino también a la imaginación y le ocurrió aquel sentimiento tan frecuente en las personas magnánimas:

No moriré de manera vil y oscura, será mi muerte decorosa y noble, de que siempre hablará la gente futura. Efectivamente, observó el tiempo en que el rey debía partir para Canobo, y esparció la voz entre los guardias que prontamente el rey le pondría en libertad. Con este motivo dio un convite a sus criados, y distribuyó carnes, coronas y vino entre los que le custodiaban. Éstos comieron y bebieron sin sospechar malicia alguna; y cuando ya estuvieron borrachos, Cleomenes toma a los amigos y familiares que allí tenía y salen todos a la mitad del día con sus puñales en la mano, sin que lo adviertan los guardias. Conforme iban andando encontraron en la plaza a Ptolomeo, gobernador que era entonces de la ciudad, y pasmados los que le acompañaban de tanto arrojo, le sacan a él de su carro, le encierran y exhortan al pueblo a la libertad.

Pero viendo que nadie les seguía ni se ponía de su parte por lo arriesgado de la empresa, cambian de intento y se dirigen a la ciudadela. Su ánimo era forzar las puertas y valerse de los prisioneros; pero los oficiales, que habían presentido este lance, fortificaron las puertas, por lo que, malogrado también este propósito, se dieron la muerte a sí mismos con un ánimo varonil y propio de lacedemonios. De este modo acabó Cleomenes, príncipe de un trato insinuante, sagaz para manejar asuntos, y, en una palabra, nacido para mandar y dar leyes.

CAPÍTULO XII

Pacto que hizo Teodoto, gobernador por Ptolomeo de la Cæle-Siria para entregarla a Antíoco.- Subida de este príncipe al trono. Sublevación de Molón.- Modo de ser de Hermias, ministro de Antíoco. Opinión de Epigenes sobre la sublevación de Molón no aprobada. Boda de Antíoco.- Primera campaña de Molón.- Descripción de la Media. Transcurrido poco tiempo

después de este acontecimiento, Teodoto, gobernador de la Cæle-Siria, de nación etolio, decidió verse con Antíoco y hacerle entrega de las plazas de su gobierno. Dos motivos le movían a esta traición: el uno el poco aprecio que hacía del rey por su liviandad y vida afeminada; el otro, lo poco satisfecho que se hallaba de la Corte, pues no obstante de que había hecho poco antes importantes servicios a su príncipe, ya en otras materias, ya en la invasión que Antíoco acababa de realizar contra la Cæle-Siria, lejos de remunerarle con alguna gracia, por el contrario se le había llamado a Alejandría y había estado cerca de perder la vida. Efectivamente, Antíoco abrazó con gusto la propuesta, y en pocos días se arregló el convenio. Pero para proceder con la casa real de Antíoco del mismo modo que hemos hecho con la de Ptolomeo, recorreremos los tiempos desde que este príncipe entró a reinar, y proseguiremos sumariamente la narración, hasta el principio de la guerra que vamos a exponer.

Antíoco, hijo menor de Seleuco Callinico, después que por muerte de su padre entró a reinar su hermano Seleuco, se retiró desde luego al Asia

superior, donde vivió algún tiempo; pero muerto a traición su hermano de parte allá del monte Tauro, a donde había pasado con ejército, según hemos mencionado, volvió a ocupar el trono. Confío a Aqueo el gobierno de esta parte del monte Tauro (222 años antes de J. C.), y encomendó el mando de las provincias superiores del reino a Molón y a Alejandro, su hermano, de suerte que aquél vino a quedar por sátrapa de la Media y éste de la Pérsida.

Estos dos hermanos, llenos de desprecio por la poca edad del rey, fiados de que Aqueo entraría en sus miras, y sobre todo temerosos de la crueldad y perfidia de Hermias, que se hallaba entonces a la cabeza de los negocios, emprendieron desmembrar y sustraer de la dominación de Antíoco los gobiernos del Asia superior. Hermias, cario de nación, gobernaba el Estado, por confianza que de él había hecho Seleuco, hermano de Antíoco, cuando se dirigía a la expedición del monte Tauro. Elevado a tan alta dignidad, envidiaba a todos los otros cortesanos que estaban en alguna altura. Cruel por naturaleza, interpretaba como atroces las más leves faltas y las castigaba con rigor. En los falsos

crímenes que con facilidad forjaba y achacaba, se mostraba juez inexorable y severo. Pero lo que más deseaba y anhelaba era perder a Epígenes, que había vuelto a traer las tropas alistadas en favor de Seleuco. Conocía que era hombre de decir y hacer y que tenía grande autoridad entre las tropas; por eso, firme en su propósito, andaba acechando siempre cómo aprovecharse de cualquier motivo o pretexto para malquistarle. Oportunamente se reunió un consejo para tratar de la rebelión de Molón, y el rey ordenó que cada uno dijese su sentir sobre los medios que convenía tomar contra los rebeldes. Epígenes, el primero de todos, opinó de este modo: que sin dilación alguna se pusiese pronto remedio en el asunto, para lo cual debía el rey dirigirse allá ante todas cosas y presenciar por sí mismo los momentos de obrar con ventaja. De este modo los rebeldes, o no osarían, a la vista de su rey y de su ejército competente, perturbar el Estado, o dado el caso se atreviesen y persistiesen en su resolución los mismos pueblos los contendrían prontamente y reducirían a la obediencia.

Aun no había concluido de hablar Epigenes, cuando arrebatado de cólera Hermias, dijo: «Mucho tiempo ha que habéis sido oculto enemigo y traidor del reino, pero felizmente os habéis descubierto con el consejo que acabáis de dar, deseando entregar al rey, acompañado de pocos, en manos de los rebeldes.» Hermias, satisfecho por entonces con haber dado un bosquejo de la calumnia, despidió a Epigenes, aparentando que más era esto efecto de una dureza intempestiva que de un odio inveterado. Su voto se redujo a desaprobando la expedición contra Molón, ya que, poco instruido en el arte militar, se temía algún riesgo por este lado; pero insistió en que se tomasen las armas contra Ptolomeo, persuadido a que ésta era una guerra sin peligro, a la vista de la indolencia en que el rey vivía. De este modo, atemorizado el consejo, hizo nombrar a Jenón y a Teodoto Hemiolio, por conductores de la guerra contra Molón, e incitó sin cesar a Antíoco a que debía pensar en el recobro de la Cæle-Siria. De este solo modo creía que el joven rey, rodeado por todas partes de guerras, combates y peligros, y necesitado de sus servicios, no pensaría en castigar sus delitos pasados ni en removerle de la privanza presente. Por

último, fingió que le había llegado una carta de Aqueo y la presentó al rey, esta contenía que Ptolomeo instaba a Aqueo a que se apoderase del gobierno, y que él le ayudaría con navíos y dinero para la empresa si tomaba la diadema y aspiraba abiertamente a la soberanía que ya tenía en efecto, pero que, faltándole el título, parecía que rehusaba la corona que la fortuna le presentaba. El rey dio crédito a esta carta, y prontamente se dispuso para la expedición contra la Cæle-Siria.

Durante su estancia en Seleucia, cerca de Zeugma, llegó de Capadocia contigua al Euxino el almirante Diognetes, conduciendo a Laodice, hija del rey Mitrídates, doncella que venía destinada para mujer de Antíoco. Mitrídates blasonaba descender de uno de los siete persas que mataron al mago, y de haber conservado la dominación que desde el principio sus ascendientes habían recibido de Darío junto al Ponto Euxino. Antíoco salió a recibir la princesa con un lucido acompañamiento, y celebró sin dilación sus bodas con la magnificencia y aparato propio de un rey. Finalizados que fueron estos festejos, fue a Antioquía, dio a reconocer por

reina a Laodice, y después sólo pensó en disponerse para la guerra.

Durante este tiempo, Molón había ya atraído a su devoción todos los pueblos de su gobierno, parte con las esperanzas que les había dado de un rico botín, parte con el terror en que había puesto a los próceres fingiéndoles cartas llenas de amenazas de parte del rey. Había también hecho entrar en sus miras a Alejandro, su hermano, y estaba asegurado de parte de los sátrapas vecinos, cuya amistad había ganado a fuerza de presentes. Con estas precauciones salió a campaña con un poderoso ejército contra los generales del rey. Jenón y Teodoto temieron su venida, y se retiraron a las ciudades. Con esto Molón, a más de que ya era antes formidable por la extensión de su gobierno, dueño ahora del país de los apoloniatas, tenía todo género de víveres en abundancia. Efectivamente, todas las crías de caballos del rey se hallan en la Media. Es infinito el número de granos y ganados que allí se encuentra. Cuanto a la fortaleza y extensión del país, toda ponderación es poca. Porque la Media está situada en el corazón del Asia, pero considerada en

particular, excede a todas las otras partes en extensión y altura de montañas de que está rodeada. Señorea las naciones más fuertes y populosas. Por el lado de Oriente tiene por aledaños las llanuras de un desierto que existe entre la Pérsida y la Parrasia, domina y manda a lo que llaman las *Puertas Caspias*, y confina con los montes Tapiros, próximos al mar de Hircania. La parte que mira a Mediodía, toca con la Mesopotamia y los Apoloniatas, parte límites con la Pérsida, y está defendida por el monte Zagro, cuya elevación es de cien estadios. Este monte contiene en sí muchas y diversas concavidades, formadas en parte por cavernas, y en parte por valles que habitan los cosseos, corbrenas, carchos, y otras muchísimas naciones bárbaras, recomendables para el servicio de la guerra. Por la parte de Occidente linda con los Atropatios, pueblos poco alejados de los que confinan con el Ponto Euxino. Finalmente, al Septentrión la rodean los elimeos, ariaraces, caddusios y matianos, y predomina la parte del Ponto que toca con la laguna Meotis. De Oriente a Poniente la cruzan varios montes, entre los cuales yacen campos cubiertos de ciudades y aldeas.

CAPÍTULO XIII

Adelantamientos de la sublevación de Molón.- Nombramiento de Jenetes por generalísimo de las tropas.- Cruce del Tigris y exigua ventaja que logra este general.- Derrota total que sufre más tarde por Molón, y conquistas de este rebelde. Una vez dueño Molón de este país tan acomodado para establecer su trono (222 años antes de J. C.), a más de que ya antes era formidable por la magnitud de su gobierno, ahora con la cesión que acababan de hacerle los generales del rey de todo el país abierto, y el ánimo que habían cobrado sus tropas con el buen éxito de los primeros ensayos, había esparcido el terror por todas partes y todos los pueblos del Asia desconfiaban poder hacerle resistencia. Su primer propósito fue pasar el Tigris y poner sitio a Seleucia; mas estorbado el paso del río por Zeuxis, que había quitado todos los barcos, tuvo que retirarse al campo que llaman de Ctesifón, donde acumuló víveres para pasar el invierno.

Así que el rey supo los progresos de Molón y la retirada de sus generales, hizo ánimo a desistir de la guerra contra Ptolomeo, y volver sus armas contra este rebelde, por no dejar pasar la ocasión. Pero Hermias, tenaz en su primer propósito, envió por generalísimo de las tropas contra Molón a Jenetes Aqueo. «Basta, decía, que los generales hagan la guerra contra los rebeldes; pero contra los reyes es preciso que el mismo rey presencie las deliberaciones y los combates, como que en ellos va el sumo imperio.» Como gobernaba al joven rey a su arbitrio, continuó adelante, reunió las tropas en Apamea, desde donde levantó el campo, y se dirigió a Laodicea. De aquí el rey partió con todo el ejército, y cruzando el desierto penetró en un valle llamado Marsia, que situado entre los pies del Líbano y el Antilíbano, viene a quedar reducido a un desfiladero por estos montes. En lo más estrecho de este paso se hallan unos pantanos y lagunas, donde se cogen cañas odoríferas.

Este desfiladero está dominado por ambos lados de dos castillos, el uno llamado Brochos, y el otro Gerra, que no dejan más que un estrecho camino. El

rey, tras de muchos días de marcha por este valle, y haber reducido a la obediencia las ciudades vecinas, llegó a Gerra, donde hallando que Teodoto el Etolio tenía tomados con anticipación los dichos castillos, había fortificado el estrecho de la laguna con fosos y trincheras, y guarnecido con piquetes los sitios ventajosos; al principio pensó atacarle, pero como la fortaleza del lugar y la entereza en que estaba aún Teodoto le ocasionaban a él más daño que el que hacía, tuvo que desistir de su empeño. Y así, en medio del grande embarazo en que se hallaba, lo mismo fue recibir la noticia de que Jenetes había sido completamente derrotado y Molón había sometido todos los gobiernos del Asia superior, al instante dejó esta empresa, y marchó al socorro de sus propios estados. Jenetes, que como hemos dicho anteriormente había sido enviado por generalísimo de las tropas, apenas se vio con mayor poder que el que esperaba, empezó a tratar con desprecio a los amigos y a proceder temerario con los enemigos. Mudó, sin embargo, el campo a Seleucia, y habiendo llamado a Diógenes y a Pitiades, el uno gobernador de la Susiana, y el otro del mar Rojo, sacó sus tropas a campaña; y atrincherado con el

Tigris, se apostó al frente del enemigo. Supo por muchos desertores que pasaban a nado desde el campo de Molón al suyo, que si cruzaba el río, todo el ejército de Molón se pondría de su parte, porque las tropas aborrecían a éste y amaban entrañablemente a Antíoco. Alentado con estas esperanzas, pensó pasar el río, simulando querer tenderle un puente por cierto sitio que formaba una especie de isla; pero como no disponía nada de lo necesario para este efecto, Molón cuidaba poco del propósito que fingía. Después puso gran empeño en reunir y aparejar barcos, entresacó de todo el ejército la gente más esforzada de infantería y caballería, y dejando a Zeuxis y a Pitiades para defensa del real, marchó de noche como ochenta estadios por bajo del campamento de Molón, pasó sus tropas sin obstáculo en los bateles, y se apostó antes del día en un lugar ventajoso, bañado por todas partes del río, a excepción de una que estaba defendida por lagunas y pantanos.

Molón, que advirtió lo que pasaba, destacó su caballería para impedir a los que pasaban y acabar con los que ya habían pasado. Mas el poco

conocimiento del terreno la hizo aproximar tanto a Jenetes, que no precisó de enemigos para su ruina. Ella misma se sumergió y precipitó en los pantanos, con lo que, imposibilitada de obrar, pereció en gran parte. Jenetes, persuadido a que con sólo acercarse se pondrían de su parte las tropas de Molón, echó a andar lo largo del río, y acampó contiguo al enemigo. Entonces Molón, bien fuese por estratagema, bien por sospecha de que no sucediese en efecto lo que Jenetes se prometía, deja en el real todo el bagaje, levanta el campo durante la noche, y hace una marcha forzada hacia la Media. Jenetes, que creyó que Molón huía temeroso de su llegada, y poco satisfecho de la fe de sus soldados, se apodera con prontitud del campamento de los contrarios, y hace pasar a él su caballería y bagajes desde el otro campo que cuidaba Zeuxis. Reúne después el ejército; le exhorta a que confíe y conciba buenas esperanzas de la empresa, pues Molón había vuelto la espalda. Finalmente, les ordena que se cuiden y prevengan, porque al amanecer ha de seguir el alcance del enemigo.

La tropa, llena de confianza y abundante en todo género de provisiones, se entrega a la glotonería y borrachera, y, por consiguiente, al abandono que traen consigo estos excesos. Pero Molón, tras de haber andado un largo espacio, hace que tomen un bocado las tropas, vuelve sobre sus pasos, halla los enemigos desmandados y borrachos y ataca al amanecer su campamento. Jenetes, aunque le sobrecogió lo inopinado del caso y le fue imposible despertar a sus soldados aletargados con el vino, él, sin embargo, salió al enemigo con imprudencia y perdió la vida. A la mayoría de los que dormían sirvió de sepulcro su propia cama, el resto se arrojó al río e intentó pasar al campamento que estaba a la margen opuesta, pero los más fueron despojo de las aguas. En una palabra, todo era confusión, todo tumulto en los dos campos. Los soldados se hallaban aterrados y muertos de miedo, y como el campamento de la margen opuesta estaba a la vista y no había más distancia entre uno y otro que lo ancho del río, el amor a la vida hacía olvidar el ímpetu y peligro de la corriente. Era tal la enajenación y el deseo de salvarse, que todos se arrojaban al agua y echaban allá las bestias con sus equipajes, como si

el río, por una cierta providencia, hubiese de coadyuvar sus intentos y pasarlos sin peligro al otro lado. De esto provenía que el río representaba el espectáculo más trágico y extraño, pues entre los nadadores fluctuaban los caballos, las bestias, las armas, los cadáveres y todo género de equipajes.

Dueño Molón del campo de Jenetes, cruzó después el río sin riesgo ni impedimento por haber huido Zeuxis, y se apoderó asimismo del campamento de éste. Realizado esto, marchó con el ejército para Seleucia, y tomándola por asalto por haberla abandonado Zeuxis y Diomedón, su gobernador, pasó adelante y sojuzgó las provincias del Asia superior sin hallar resistencia. Señor de Babilonia y del gobierno del mar Rojo, fue a Susa, de la que se apoderó también por asalto, pero fueron inútiles sus esfuerzos contra la ciudadela. Diógenes se había adelantado y metido en ella, por lo cual tuvo que desistir del empeño. Sin embargo, dejó gentes que la sitiase, y él con el ejército volvió a tomar el camino de Seleucia sobre el Tigris. Aquí, después de haber refrescado sus tropas con grande esmero y haberlas animado para las expediciones

ulteriores, sojuzgó toda la ribera del río hasta Europa y toda la Mesopotamia hasta Duras.

CAPÍTULO XIV

Determina Antíoco marchar contra Molón por consejo de Epigenes. Asesinato de éste por Hermias.- Opinión de Zeuxis por la cual se decide el rey a cruzar el Tigris.- Propósito de Molón de sorprender de noche el ejército del rey, pero sin resultado. El conocimiento de esta derrota (221 años antes de J. C.), hizo renunciar a Antíoco las esperanzas que tenía sobre la Cæle-Siria y convertir sus miras contra este rebelde. En esta situación volvió a reunir el consejo y ordenó que cada uno dijese su parecer sobre el modo de disponer la guerra contra Molón. Epigenes tomó también el primero la palabra, y dijo que ya hacía tiempo que, según su sentir, se había de haber marchado contra el enemigo antes que hubiese hecho tales progresos; pero, esto no obstante, aun ahora insistía en lo mismo. Hermias, arrebatado como antes de una cólera inconsiderada y audaz, le llenó de oprobios,

sin olvidarse al paso de hacer vanamente el elogio de sí mismo. Formuló mil cargos improbables y falsos a Epigenes, y suplicó al rey no hiciese caso de un consejo tan imprudente, ni desistiese del proyecto que había formado contra la Cæle-Siria. Esto chocó a todos y enfadó a Antíoco, quien, aun después de muchas instancias para conciliarlos, apenas pudo sosegar la contienda. Aprobado por todos el parecer de Epigenes, como más urgente y ventajoso, se decidió llevar las armas contra Molón y preferir este partido. No bien fue tomada la decisión, cuando de repente condescendió Hermias, y como si fuera diverso hombre dijo que, pues estaba decidido era indispensable ejecutarlo todo sin excusa, y dedicó todos sus cuidados a las prevenciones de la guerra.

Así que se congregaron las tropas en Apamea, se originó un levantamiento por ciertas pagas que se les estaban debiendo. Hermias, observando cuán consternado y temeroso se hallaba el rey con una conmoción en tan críticas circunstancias, se ofreció a satisfacer las raciones al ejército con sola la gracia de que no fuese a la expedición Epigenes, pues no

era dable obrar de concierto en esta campaña habiendo precedido tal enemistad y discordia entro los dos, El rey escuchó la propuesta con indignación, como que apreciaba infinito el que le acompañase Epigenes, a causa de su pericia en el arte militar; pero rodeado y prevenido de los tesoreros de ejército, de las guardias y demás sirvientes que la malicia de Hermias había ganado, no fue dueño de sí mismo, cedió a las circunstancias y concedió lo que le pedía. Retirado Epigenes según la orden de Apamea, los que componían el consejo se consternaron con este golpe; pero las tropas, por el contrario, lograda su pretensión, cambiaron de ánimo e inclinaron su afecto al autor de la satisfacción de sus sueldos. Solos los cirrestas, en número de seis mil, se amotinaron, se separaron del ejército y dieron bien que hacer a Antíoco durante mucho tiempo; pero finalmente, vencidos en batalla por uno de los generales del rey, perecieron los más, y los que sobrevivieron se rindieron a discreción. Hermias, después de haber intimidado los confidentes del rey y haberse granjeado el afecto de las tropas, levantó el campo y marchó con Antíoco. No satisfecho con esto, fraguó después otra traición

contra Epigenes, valiéndose de Alexis, a cuyo cargo se hallaba la ciudadela de Apamea. Fingió una carta como enviada por Molón a Epigenes, y habiendo cohechado a uno de los criados de éste con grandes promesas, le persuadió la llevase a su amo y se la mezclase entre otros papeles. Realizado esto, fue allá al instante Alexis y le preguntó si había recibido alguna carta de Molón. Epigenes negó el hecho con indignación. Entonces Alexis, sin más ni más, entra a registrar la casa, encuentra la carta, y bajo este pretexto mata al punto a Epigenes. Esta muerte se la describió al rey como justa; pero a los cortesanos, aunque les contenía el miedo, les pareció sospechosa.

Luego que llegó Antíoco al Éufrates y se incorporó con las tropas, volvió a proseguir su marcha y llegó a Antioquía, en la Migdonia, a la entrada del invierno, donde permaneció hasta pasar la fuerza y rigor de la estación. Después de cuarenta días de estancia, pasó a Liba, donde tuvo un consejo para saber por qué camino se había de ir contra Molón, que se hallaba entonces acampado en los alrededores de Babilonia, y cómo y de dónde se

habían de acarrear víveres para el viaje. Hermias fue de parecer que se marchase a lo largo del Tigris, a fin de llevar el ejército apoyado por un lado de este río, y por el otro del Licos y el Capros. Zeuxis, aunque le aterraba la viva imagen de la muerte de Epigenes para dar libremente su voto, sin embargo, a la vista de ser tan clásico el error de Hermias, se aventuró, aunque con repugnancia, a aconsejar que se debía pasar el Tigris. Para esto alegaba que, de hacerse la marcha por la orilla del río, a más de otras dificultades, había la de que, tras de haber anclado un largo camino y haber cruzado un desierto durante seis días, por precisión se había de venir a parar al foso real, al cual, una vez tomado con anticipación por los enemigos, el pasar adelante sería imposible y el volver atrás por el desierto infaliblemente ruinoso, por la escasez de víveres que sufría el ejército. Pero por el contrario, de pasar del otro lado del Tigris, era indudable que los moradores del país apoloniático, arrepentidos, llamarían a su rey, pues la obediencia que ahora prestaban a Molón no era efecto de la voluntad, sino de la necesidad y temor: que la fertilidad del país proveería al ejército abundantemente de lo necesario; y lo principal que,

cortada a Molón la retirada para la Media, y privado de víveres, se le forzaría a venir a un riesgo, y cuando no quisiese abrazar este medio, las tropas se pasarían al momento al partido de su rey.

Aprobado el parecer de Zeuxis, al punto se dividió el ejército en tres trozos, y por otras tantas partes del río pasó la gente y el bagaje. Después se tomó el camino de Duras, que a la sazón se hallaba sitiada por uno de los generales de Molón, y al instante se la liberó del cerco. Se levantó el campo sin dilación de esta plaza, y superado el Orico al octavo día, se llegó a Apolonia. Molón, advertido de la llegada del rey, poco satisfecho por una parte de la fe de los pueblos de Susiana y Babilonia, que acababa de someter recientemente y de un modo extraordinario; por otra, receloso de que no le cortasen la retirada a la Media, decidió tender un puente al Tigris y pasar del otro lado sus tropas, a fin, si podía, de prevenir a Antíoco en las montañas de la Apoloniátida, por la mucha confianza que tenía en los honderos llamados cirtios. Efectivamente, puso en ejecución lo decidido, y marchó allá con diligencia y sin detenerse. Pero al tiempo mismo que

él se iba aproximando a aquellos lugares, venía también marchando el rey desde Apolonia con todo el ejército, de que provino que los armados a la ligera, que uno y otro habían destacado por delante, se encontrasen a un tiempo sobre aquellas eminencias. Al principio vinieron a las manos y probaron mutuamente sus fuerzas, pero al avistarse las dos armadas desistieron, y retirados a sus respectivos campamentos hicieron alto a cuarenta estadios los unos de los otros. Llegada la noche, Molón, considerando cuán aventurado y repugnante era a unos rebeldes pelear cara a cara y a la luz del día contra su rey, pensó atacar a Antíoco por la noche. Para ello entresacó los más aptos y esforzados de todo el ejército, y reconoció varios puestos, con el fin de caer sobre el enemigo desde parte superior; pero sabiendo en el camino que diez jóvenes se habían pasado al cuartel de Antíoco, desistió del intento. Volvió prontamente sobre sus pasos, y con su llegada al amanecer al campo, todo el ejército se llenó de confusión y alboroto. Poco faltó para que los que habían quedado en el real, asombrados entre sueños con la vuelta de sus compañeros, no abandonasen el campamento.

Molón hizo cuanto pudo para sosegar este sobresalto.

CAPÍTULO XV

*Disposición de los dos ejércitos para la batalla.-
Victoria lograda por*

el rey, y castigo de los rebeldes. Incurción de Antíoco contra Artabazanes y sumisión de éste.- Castigo de los crímenes de Hermias. Hallándose ya el rey resuelto a pelear, lo mismo fue rayar el día (221 años antes de J. C.), que sacar sus tropas de los reales. Situó sobre el ala derecha, primero la caballería de lanza al mando de Ardis, personaje de acreditado valor en las funciones militares; contiguo a ésta puso los aliados de Creta, después los tectosages gálatas, sucesivamente los extranjeros y mercenarios griegos, y finalmente la falange. Sobre el ala izquierda colocó la caballería llamada los compañeros del rey. Los elefantes, en número de diez, fueron dispuestos al frente del ejército a cierta distancia. La tropa subsidiaria de infantería y

caballería fue distribuida sobre ambas alas, con orden de cercar al enemigo, después de empeñada la acción. Recorrió después las líneas, animándolas brevemente a cumplir con su obligación, dio el mando del ala izquierda a Hermias y Zeuxis, y se encargó él de la derecha.

Molón, a pesar de que sacó sus tropas con disgusto y las formó tumultuariamente, a causa del desorden de la noche precedente; no obstante dividió su caballería sobre las dos alas, adaptándose a la formación del enemigo; situó en el centro los rodeleros, los gálatas, y, en una palabra, toda la infantería pesadamente armada: colocó sobre una y otra ala a los lados de la caballería los flecheros, honderos y todo género de infantería ligera; y puso al frente del ejército los carros armados de hoces a cierta distancia. Encargó el mando de la izquierda a su hermano Neolao, y él se tomó el de la derecha.

Después de esto se empezó la acción. El ala derecha de Molón conservó la fidelidad, e hizo una defensa vigorosa contra Zeuxis; pero la izquierda, lo

mismo fue verse a presencia de su rey que pasarse a su partido: acción que, al paso que abatió al ejército de Molón, infundió nuevo espíritu al del rey. Molón, considerando que los suyos le habían abandonado, y que ya se veía atacado por todos lados, se le representaron los castigos que le esperaban si era hecho prisionero y vivo, y se dio la muerte a sí mismo. Igualmente todos los que habían tenido parte en la rebelión se retiraron a sus casas, y tuvieron el mismo fin. Neolao, así que escapó del combate, se fue a la Pérsida a casa de Alejandro, hermano de Molón, degolló a la madre e hijos de éste, hizo consigo lo mismo y persuadió igual acción a Alejandro. El rey, saqueado el campo del enemigo, ordenó poner sobre una picota el cadáver de Molón en el lugar más manifiesto de la Media. Los comisionados ejecutaron al punto la orden, lo llevaron a la Calonítida, y lo clavaron a una cruz en la subida del monte Zagro. Antíoco, después de hecha una severa reprensión a las tropas, las dio su mano en señal de perdón, y las señaló gentes que las condujesen a la Media y tranquilizasen el país. Él, mientras, bajó a Seleucia, y sosegó los gobiernos del contorno, usando con todos de suavidad y

prudencia. Por lo que hace a Hermias, siempre cruel según su costumbre, acumuló varios delitos a los de Seleucia, multó la ciudad en mil talentos, desterró a los magistrados llamados *Diganes*, mutiló, mató, atormentó y perdió a muchos de sus moradores. El rey en parte aprobó, aunque con repugnancia, lo dispuesto por Hermias; en parte tomó por su cuenta los negocios, con lo que sosegó la ciudad, y con la multa de solos ciento cincuenta talentos que les impuso en castigo de su yerro, restableció la tranquilidad. Arreglados estos asuntos, dejó a Diógenes por gobernador de la Media, y a Apolodoro de la Susiana. Tuchón, primer secretario y comandante de ejército, fue enviado a las inmediaciones del mar Rojo. Así calmó la rebelión de Molón, y se aquietaron las alteraciones que de ella se siguieron en el Asia superior.

Soberbio Antíoco con tan feliz suceso, y deseoso de amedrentar y aterrar los príncipes bárbaros confinantes con sus dominios, para que en la consecuencia no tuviesen atrevimiento de tomar las armas ni auxiliar a sus rebeldes, decidió salir a campaña contra ellos. Su primer propósito fue

contra Artabazanes, que parecía el más poderoso y sagaz, y dominaba a los atropatios y otras naciones próximas. Hermias, aunque recelaba de la expedición contra estos pueblos del Asia superior, por el peligro que podría resultar, y deseaba con ansia convertir las armas contra Ptolomeo según su primer propósito; sin embargo, al punto que supo que al rey había nacido un hijo, consintió en la expedición, presumiéndose que podría muy bien ocurrirle alguna fatalidad en esta guerra contra los bárbaros, o que se le podrían presentar ocasiones de quitarle la vida. Se hallaba persuadido a que, quitando de en medio a Antíoco, sería tutor de su hijo, y dueño absoluto del gobierno. Decidida la expedición, se pasó el monte agro, y se invadió el país de Artabazanes. Esta región toca con la Media, y sólo hay de por medio unas montañas. Domina al Ponto por aquel lado por donde desemboca el río Fasis. Confina con el mar de Hircania. Sus naturales son robustos, y sobre todo los caballos. Abunda en todo género de aparatos para una guerra. Este reino se había conservado desde los persas, porque no se había hecho caso de él en tiempo de Alejandro. Artabazanes, que a la sazón era muy viejo, temió la

llegada del rey, cedió al tiempo, y concertó un tratado con las condiciones que quiso Antíoco.

Firmada esta paz, Apolofanes, médico a quien el rey tenía en gran estima, viendo que ya no se podía sufrir la soberbia y poder de Hermias, llegó a temer por la vida del rey, y mucho más a recelar la suya propia. Por eso, cuando halló ocasión de sacar la conversación al rey, le exhortó a que no se descuidase a que viviese con temor de la audacia de Hermias, y a que no difiriese tanto el remedio que acaso le sobreviniese igual fatalidad que a su hermano. Le aseguró que el peligro se hallaba lejos, que debía atender y acudir con prontitud a su salud y a la de sus amigos. Antíoco confesó que aborrecía y temía a Hermias, y dio gracias al médico porque, solícito de su salud, se había atrevido a hablarle sobre el asunto. Apolofanes cobró nuevo aliento al ver que no había desagradado al rey la noticia, antes bien era conforme a sus ideas. Y así, no bien le rogó Antíoco que contribuyese no sólo con las palabras, sino con las obras a la conservación de su salud y la de sus amigos, cuando le halló pronto para todo. Después de conferenciado el asunto, Fse pretextó

que el rey padecía vahídos de cabeza, para separar de su lado por unos días las guardias y demás gentes que solían servirle. De este modo hubo proporción para que entrasen a visitarle aquellos amigos con quienes se quería comunicar privadamente el negocio. Ya que hubo la gente conveniente para jugar el lance (bien que todos se ofrecían con gusto por el odio que tenían a Hermias), se pasó a la ejecución. Para ello mandaron los médicos que saliese el rey a paseo al amanecer para tomar el fresco. Hermias y todos los confidentes que tenían noticia de la conjuración vinieron a la hora señalada; pero los demás vinieron tarde, por ser tan irregular la salida del rey respecto de lo que acostumbraba. Efectivamente, sacaron a Hermias del campamento, y cuando estuvieron en un sitio desamparado, el rey se separó un poco del camino, como para hacer una diligencia, y le dieron de puñaladas. Así acabó la vida Hermias, castigo que aún no igualaba a sus excesos. Libre Antíoco de tanto sobresalto y embarazo, tomó la ruta para la corte. En todos los pueblos por donde pasaba no se oía sino elogios de sus acciones y empresas, pero sobre todo de haberse deshecho de Hermias. Al mismo tiempo, en Apamea

las mujeres quitaron la vida a su esposa, y los muchachos a sus hijos.

CAPÍTULO XVI

Sublevación de Aqueo contra Antíoco y sus primeras conquistas. Consejo de guerra sobre la incursión contra Ptolomeo.- Voto de Apolofanes sobre que se debía en primer lugar tomar a Seleucia. Ubicación y escalada de esta ciudad. De regreso en la corte Antíoco (220 años antes de J. C.), y puestas sus tropas en cuarteles de invierno, despachó una embajada a Aqueo para reprenderlo y afearle, en primer lugar la osadía de haber ceñido la diadema y haberse proclamado rey, y en segundo para advertirle que estaba enterado de la alianza que tenía con Ptolomeo, y de otros muchos excesos a que le ha-bía conducido su injusticia. Efectivamente, Aqueo se había llegado a persuadir que en la expedición contra Artabazanes podría muy bien ocurrir a Antíoco alguna fatalidad, o caso que no le ocurriese, se prometía, por la gran distancia que mediaba, invadir con anticipación la Siria, y con

la ayuda de los cirrestas que habían abandonado el partido del rey, apoderarse rápidamente del reino. Con este propósito había salido de Lidia al frente de su ejército, llegó hasta Laodicea en Frigia, se ciñó la corona, tuvo la osadía de proclamarse rey y escribir como tal a las ciudades, estimulándole a esto principalmente un desterrado llamado Siniris. Iba continuando sin interrupción su camino, y ya se hallaba cerca de Licaonia, cuando se amotinaron las tropas, disgustadas de que se las llevase contra su rey natural. Aqueo, que advirtió la mudanza de espíritus en sus soldados, desistió de la idea proyectada; y para persuadirles que jamás había sido su ánimo invadirla Siria, torció el camino y taló la Pisidia, donde hecho un rico botín, con que ganó el afecto y confianza de su ejército, regresó a la corte.

Antíoco, bien instruido de todos estos excesos, despachaba continuos pliegos para Aqueo, llenos de amenazas, como hemos apuntado; pero le llevaban toda la atención las prevenciones de la guerra contra Ptolomeo. Con este fin, llegada la primavera, reunió sus tropas en Apamea, y consultó con sus amigos sobre él cómo se había de atacar la Cæle-Siria.

Después de haberse disertado largamente sobre este particular, sobre la naturaleza de los lugares, sobre los preparativos y lo mucho que podría contribuir para esto una armada, Apolofanes, de quien anteriormente hicimos mención, natural de Seleucia, refutó todos los votos precedentes. Dijo que era una necesidad anhelar tanto por la conquista de la Cæle-Siria, y entretanto mirar con indiferencia que Ptolomeo poseyese a Seleucia, silla y domicilio, digámoslo así, de los dioses Penates del imperio; que prescindiendo de la ignominia que causaba al reino verla guarnecida por los reyes de Egipto, podía acarrear grandes y conocidas proporciones para el buen éxito de los negocios; que mientras estuviese en poder de los contrarios sería un obstáculo invencible a todos los propósitos, pues a cualquier parte que el rey pensase llevar sus armas, no menos debería providenciar y cuidar de poner en buen estado las plazas de su reino, por el daño que le podía provenir de esta ciudad, que de hacer preparativos contra los enemigos. Pero una vez tomada Seleucia, su bella situación era tal, que no sólo serviría de defensa al reino, sino que contribuiría muchísimo al logro de cualquier otro

designio o proyecto por mar o tierra. Aprobado unánimemente el parecer de Apolofanes, se decidió tomar ante todo a Seleucia, plaza que hasta entonces había tenido guarnición egipcia, desde que Ptolomeo Evergetes, irritado contra Seleuco por la muerte de Berenice, había marchado contra la Siria y se había apoderado de ella.

Tomada esta decisión, Antíoco ordenó al almirante Diognetes que marchase con una escuadra a Seleucia; él, mientras, partió de Apamea con el ejército y acampó junto al circo, a cinco estadios de distancia de la ciudad. Despachó también a Teodoto el Hemiolio con las fuerzas correspondientes a la Cæle-Siria, para que si, apoderase de los desfiladeros y estuviese a la mira de sus intereses. La situación de Seleucia y naturaleza de sus alrededores es como se sigue.

Yace esta ciudad sobre el mar, entre la Sicilia y la Fenicia. Tiene contiguo a ella un monte muy elevado, llamado Corifeo. En la falda occidental de esta montaña vienen a estrellarse las olas del mar,

que separan a Chipre de la Fenicia; y la oriental domina el país de Antioquía y Seleucia. La ciudad está mirando hacia la parte meridional, separada de la montaña por un barranco profundo e impenetrable. Uno de sus lados toca con el mar, y por casi todas las demás partes está rodeada y ceñida de precipicios y peñascos escarpados. Por la parte que la baña el mar se encuentra una llanura, donde está la plaza del comercio y el arrabal bien guarnecido de murallas. El restante espacio de la ciudad se halla igualmente defendido de costosos muros, y por dentro adornado de magníficos templos y edificios. Por el lado del mar sólo tiene una entrada a manera de escalera, hecha a mano y cortada con frecuentes y continuas gradas y escalones. A poca distancia de la ciudad desagua el Orontes, río que tomando su origen en las inmediaciones del Líbano y Antilíbano, transcurre por el llano de Amica, viene a Antioquía por donde cruza, y recogiendo en sus aguas todas las inmundicias de esta ciudad, desemboca por último en el antes mencionado mar no lejos de Seleucia.

El primer paso de Antíoco fue enviar emisarios, que ofreciesen dinero y magníficas esperanzas a los principales, si de buenas a primeras le entregaban a Seleucia. Fueron inútiles sus persuasiones para con los magistrados principales, pero corrompió algunos de los subalternos, bajo cuya confianza dispuso su armada, como que iba a atacar la ciudad por el lado del mar con la escuadra, y por el lado de tierra con las tropas del campo. Dividió su ejército en tres trozos, y después de haberlos animado como lo pedía la ocasión, y haber publicado grandes premios y coronas, tanto a los simples soldados, como a los oficiales que se señalasen, encargó a Zeuxis y a las tropas de su mando la puerta que conduce a Antioquía, apostó a Hermógenes junto al templo de Cástor y Pólux, y comisionó el ataque del puerto y del arrabal a Ardis y Diognetes, a causa de haberse convenido entre Antíoco y los de dentro que, una vez ganado por fuerza el arrabal, ellos le entregarían después la ciudad. Dada la señal, se avanzó por todas partes con vigor y esfuerzo; pero el ataque más vivo fue el de Ardis y Diognetes, porque por las demás partes no se podía llegar a la escalada, si no se iba gateando y peleando al mismo tiempo; al

revés de lo que pasaba por el lado del puerto y del arrabal, que se podía llevar, fijar y arrimar sin riesgo las escalas. Y así atacado con vigor el puerto por la escuadra, y escalado el arrabal por Ardis, al punto se rindió éste a la vista de la imposibilidad que había de ser socorrido por los de la ciudad, a quienes amenazaba por todas partes el mismo riesgo. Tomado el arrabal, sin dilación los magistrados inferiores que Antíoco había sobornado, acudieron a Leoncio, en quien residía la suprema autoridad, para que enviase a tratar de paces con el rey antes que fuese tomada la ciudad por asalto. Leoncio, ignorante del soborno de sus subalternos, y asombrado de ver su consternación, envió diputados para que tratasen con el rey sobre la seguridad de todos los que se hallaban dentro de la plaza. El rey aprobó la condición, y prometió no hacer daño a las personas libres, en número de seis mil. Tomada después la ciudad, no sólo perdonó a los libres, sino que restituyó a su patria los desterrados y los restableció en el goce de su gobierno y haciendas; mas puso una buena guarnición en el puerto y en la ciudadela.

CAPÍTULO XVII

Conquistas de Antíoco en la Cæle-Siria.- Medio que emplean los ministros de Ptolomeo para contener los adelantamientos de Antíoco. Número de tropas que éstos reclutan. Todavía no había concluido de solucionar el rey estas cosas (219 años antes de J. C.), cuando llegó un correo de Teodoto, que le llamaba con instancias para entregarle la Cæle-Siria. Este aviso dejó perplejo y dudoso al rey sobre el partido que había de tomar y uso que había de hacer de la noticia. Ya hemos dicho que Teodoto, de nación etolio, a pesar de haber hecho señalados servicios al rey Ptolomeo, lejos de haber merecido alguna recompensa, había estado cerca de perder la vida; y que cuando Antíoco se dirigía a la expedición contra Molón, este Teodoto, no esperando ya cosa buena de parte de su rey, y con desconfianzas de parte de los cortesanos, después de haberse apoderado por sí de Ptolemaida y haber matado a Tiro por medio de Panetolo, había llamado a Antíoco con grandes instancias. Bajo este supuesto, Antíoco desistió de los propósitos que

tenía contra Aqueo, y dejando todo otro pensamiento, levantó el campo y echó a andar con el ejército por el mismo camino que anteriormente. Cruzó el valle de Marsias, y sentó su campo en los desfiladeros próximos a Gerra, junto al lago que está de por medio. Aquí, con la noticia que tuvo que Nicolao, comandante de las tropas de Ptolomeo, iba marchando a Ptolemaida a sitiar a Teodoto, dejó la infantería pesadamente armada, con orden a sus jefes de que pusiesen sitio a Brocos, castillo situado entre el lago y el camino; y él, seguido de los armados a la ligera, marchó a Ptolemaida a liberarla del asedio. Nicolao, que ya se hallaba informado anteriormente de la llegada del rey, se retiró del cerco, y destacó a Lagoras, cretense, y a Dorimenes, etolio, para que se apoderasen de los desfiladeros de Berito. Mas Antíoco marchó allá al momento, los derrotó y sentó allí su campo.

Allí le llegaron las demás tropas, y después de una exhortación conveniente a los propósitos que premeditaba, echó a andar con todo el ejército, lleno de confianza y engréido con las bellas esperanzas que se le presentaban. Teodoto, Panetolo y sus

amigos le salieron al encuentro. El rey los recibió benignamente, y ellos le entregaron a Tiro y Ptolemaida con todos los pertrechos que existían en estas dos ciudades: entre otros se contaban cuarenta navíos; de éstos, veinte con puente, bien equipados, y el que menos de cuatro órdenes; los restantes eran de tres, dos y un solo orden de remos. Todos estos navíos fueron entregados al almirante Diognetes. Después, con la noticia que tuvo que Ptolomeo se había retirado a Menfis, había reunido sus tropas en Pelusio, había abierto los diques al Nilo, y cegado los manantiales de agua dulce, desistió del empeño de marchar contra esta plaza. Sin embargo, recorrió las ciudades y procuró reducirlas, unas por fuerza y otras por halagos. Los pueblos abiertos, aterrados con su llegada, se le rindieron; pero los que se creyeron bien pertrechados y defendidos, persistieron firmes; y a éstos fue preciso ponerles sitio, en lo que gastó mucho tiempo. Ptolomeo, no obstante una perfidia tan manifiesta, ni aun pensaba siquiera poner pronto remedio a sus intereses como convenía: tanta era la desidia y el desprecio con que miraba lo perteneciente a la guerra.

De aquí se siguió que Agatocles y Sosibio, que gobernaban a la sazón el reino, tuvieron que tomar el mejor arbitrio que pudieron, según las actuales circunstancias. Decidieron que mientras se hacían los preparativos para la guerra, se enviasen embajadores a Antíoco, que contuviesen su ardor, y en la apariencia le confirmasen en el concepto que tenía hecho de Ptolomeo, a saber: que jamás este príncipe se atrevería a medir con él sus armas; que antes echaría mano de las conferencias, y le rogaría por sus amigos a que se retirase de la CæleSiria. Tomada esta decisión, y encargados de ella Agatocles y Sosibio, se cuidó de despachar una embajada a Antíoco, y se enviaron otras a los rodios, bizantinos, cizicenos y etolios, convidándoles con la paz. Mientras que iban y venían estas embajadas, uno y otro rey tuvo oportunidad y tiempo de prevenirse para la guerra. Era Menfis el congreso donde se fraguaban estas negociaciones; era allí donde se recibía y se daba honestas respuestas a las demandas de Antíoco. Pero al mismo tiempo era Alejandría a donde se convocaba y congregaba la tropa mercenaria que el rey tenía a sueldo en las ciudades fuera de Egipto; de donde salían emisarios

a reclutar tropas extranjeras; donde se almacenaban raciones para las que ya había, y para las que habían de venir; y en fin, donde se acopiaban todo género de preparativos; de suerte que se cruzaban de continuo los correos de Menfis a Alejandría, para que no faltase cosa a los designios proyectados. Para la fábrica de armas y para la elección y distribución de los hombres, comisionaron a Equecrates de Tesalia, a Fosidas de Melita, a Euriloco de Magnesia, a Sócrates de Beocia y a Cnopias de Alora. Fue la mayor dicha para el Egipto encontrar hombres que, habiendo militado bajo Demetrio y Antígono, tuviesen un mediano conocimiento de lo que era la guerra, y de lo que se requería para poner un ejército en campaña. Efectivamente, éstos, tomando a su cargo las tropas, las enseñaban en lo posible el arte militar.

Ante todo los dividieron por naciones y por edades, dieron a cada uno sus armaduras proporcionadas, y desecharon las que antes tenían. Abolieron el antiguo modo de formarse, y las matrículas que antes había para distribuir la ración al soldado, sustituyendo una ordenanza propia a la

actual urgencia. Con los frecuentes ejercicios que cada cuerpo hacía, no sólo se acostumbraba a la obediencia, sino al manejo peculiar de su arma. A veces los hacían poner a todos sobre las armas, donde se advertía a cada uno su obligación. En esta reforma militar tuvieron la mayor parte Andrómaco de Aspenda y Polícrates de Argos; personajes recién llegados de Grecia, ambos llenos de aquel ardimiento y sagacidad tan naturales a los griegos, ambos ilustres por su patria y riquezas; bien que Polícrates excedía al otro en la antigüedad de su casa y en la gloria que su padre, Mnasiades, había ganado en los combates públicos. Efectivamente, estos extranjeros, a fuerza de exhortaciones que hicieron a los soldados en particular y en público, supieron inspirarles valor y ardimiento para la lid que esperaban.

A cada uno de estos personajes que acabo de nombrar se dio el cargo más adecuado a su talento. Euriloco el magnesio mandaba un cuerpo de casi tres milhombres, llamado entre los reyes la *Guardia Real*; Sócrates el beocio tenía bajo sus órdenes dos mil rodeleros; Foxidas Aqueo, Ptolomeo hijo de

Traseas y Andrómaco Aspendio adiestraban la falange y los griegos mercenarios; pero el mando de aquella, compuesta de veinticinco mil hombres, se hallaba a cargo de los dos últimos, y el mando de éstos, en número de ocho mil, residía en el primero. Los setecientos caballos de que se compone la guardia del rey, la caballería de África y la que sacó del Egipto, su total hasta tres mil caballos, estaba a las órdenes de Polícrates. La caballería griega y toda la mercenaria en número de dos mil, después de bien disciplinada por Equecrates, a cuyas órdenes se hallaba, sirvió de muchísimo en la batalla. Ninguno tuvo más esmero que Cnopias Alorita en instruir las tropas de su mando, compuestas de tres mil cretenses, entre los cuales había mil neocretas, al mando de Filón de Cnosia. Se armaron tres mil africanos a la manera de Macedonia, y estaban a cargo de Ammonio Barceo. La falange egipcia, compuesta de veinte mil, se hallaba a las órdenes de Sosibio. De trases y gálatas, tanto de los que había en el país, como de los que recientemente habían sido enganchados, aquellos en número de cuatro mil, y éstos de dos mil, se formó un cuerpo, cuyo mando se dio a Dionisio el tracio. Tal era el ejército

que Ptolomeo había prevenido, y tan diversas las naciones que lo componían.

CAPÍTULO XVIII

Suspensión temporal de hostilidades entre los dos reyes, y retirada de Antíoco a Seleucia.- Respuesta sobre la pertenencia de la Cæle-Siria sin resultado.- Nicolao es convertido en general de las armas de Ptolomeo.- Penetración de Antíoco por la Cæle-Siria. Al mismo tiempo Antíoco estrechaba el cerco que tenía puesto a Duras (219 años antes de J. C.) Mas viendo que la fortaleza del lugar y los socorros de Nicolao inutilizaban sus esfuerzos, aproximándose el invierno, convino con los embajadores de Ptolomeo en concertar una tregua por cuatro meses, y que en lo demás se avendría a todo lo razonable. Hacía esto, al paso que se hallaba muy ajeno de cumplirlo; pero cansado de estar tanto tiempo ausente de su casa, deseaba llevar su ejército a Seleucia a pasar el invierno; porque ya no dudaba de las asechanzas de Aqueo contra sus intereses, y de que auxiliaba abiertamente a Ptolomeo.

Concertado este armisticio, Antíoco despachó los embajadores de Ptolomeo, con orden de que cuanto antes le trajesen la respuesta de la voluntad de su rey, y le viniesen a buscar a Seleucia. Él, así que puso guarnición en los puestos oportunos, y dejó a Teodoto la incumbencia de todo, regresó a su reino; y llegado a Seleucia, distribuyó su ejército en cuarteles de invierno. De allí adelante cuidó muy poco de disciplinar sus tropas. Se hallaba persuadido de que, siendo como era señor de algunas provincias de la Cæle-Siria y Fenicia, no necesitaría ya tomar las armas; lisonjeándose de que las restantes entrarían en la obediencia o de voluntad o por negociación, y que Ptolomeo jamás osaría aventurar una batalla campal. Los embajadores de uno y otro príncipe estaban en el mismo concepto: los de Antíoco, por la humanidad con que Sosibio había admitido en Menfis sus representaciones; los de Ptolomeo, porque se les había despachado sin dejarlos enterar de los preparativos que se hacían en Alejandría.

A más de esto, por relación de los embajadores de Antíoco se sabía que Sosibio se hallaba dispuesto

a todo; y en las conferencias que Antíoco tenía con los de Ptolomeo, ponía sumo cuidado en excederles, tanto en la justificación de su causa, como en el poder de sus armas. Efectivamente, después que llegaron a Seleucia y se procedió a tratar por menor del convenio, según las instrucciones que tenían de Sosibio, el rey, en la justificación de su causa, lejos de considerar el agravio y ofensa manifiesta que acababa de cometer en haberse apoderado de parte de la Cæle-Siria, por el contrario, ni aún reputaba ésta por injusticia, en el concepto de que sólo había recobrado lo que le pertenecía. Hacía mucho mérito de que Antígono el Tuerto había conquistado el primero esta provincia, que Seleuco la había dominado, y que éstos eran los más valederos y justificativos títulos de posesión, por donde le pertenecía a él la Cæle-Siria con preferencia a Ptolomeo. Pues aunque este príncipe había llevado sus armas contra Antígono, no había sido por apropiársela para sí, sino para Seleuco. Sobre todo apoyaba su dictamen en el convenio general de los reyes Casandro, Lisímaco, y Seleuco, cuando vencido Antígono, unánimes todos decidieron en un consejo que se adjudicase a Seleuco toda la Siria.

Los embajadores de Ptolomeo insistían en lo contrario. Exageraban la injusticia presente. Reputaban por cosa indigna el que se violase así la fe por la traición de Teodoto y la invasión de Antíoco. Alegaban la posesión en que había estado Ptolomeo hijo de Lago; pues si había unido sus armas con Seleuco, había sido para adjudicar a éste el imperio del Asia, mas con la condición de retener para sí la CæleSiria y Fenicia. Se disputaba largamente de una y otra parte sobre estos y otros puntos semejantes, en los congresos y conferencias. Pero no se concluía nada; a causa de que como la controversia se trataba por amigos comunes, no había entre ellos uno que pudiese moderar y reprimir el ímpetu del que parecía perjudicar al otro. Lo que servía de mayor embarazo a unos y otros era el asunto de Aqueo. Ptolomeo tenía empeño en incluirle en el tratado. Antíoco, por el contrario, ni aun sufrir podía que se tratase de esto; teniendo por cosa indigna que Ptolomeo sirviese de capa a un rebelde, y se atreviese a hacer mención de semejante hombre.

Durante esta contextación donde cada uno proponía sus defensas, y al fin nada se decidía sobre el convenio, llegó la primavera, y Antíoco reunió sus tropas, con ánimo de atacar por mar y tierra, y reducir la parte de la Cæle-Siria que le faltaba. Ptolomeo hizo generalísimo de sus armas a Nicolao, acumuló en Gaza víveres con abundancia, y destacó allá sus ejércitos de mar y tierra. Con la llegada de éstos, lleno de confianza Nicolao se dispuso para la guerra, teniendo en todo sujeto a sus órdenes al almirante Perigenes, a quien Ptolomeo había enviado por comandante de las fuerzas navales, y cuya escuadra consistía en treinta naves con puente, y más de cuatrocientas de carga. Nicolao era de nación etolio, mas en la experiencia y ardor militar no cedía ventaja a los otros generales de Ptolomeo. Efectivamente, ocupó anticipadamente con una parte de su ejército los desfiladeros de Platano, y con la restante, a cuya cabeza él se hallaba, se apoderó de los contornos de la ciudad de Porfireón; con lo cual y el auxilio que al mismo tiempo le prestaba la escuadra, cerró al rey el paso por esta parte.

Antíoco pasó a Moratho, a donde habiendo acudido los aradios a ofrecerle su alianza, no sólo les admitió a su amistad, sino que sosegó y cortó las diferencias antiguas que había entre los insulares y los habitantes de tierra firme. Después entró en la Siria por Teoprosopo, tomó de paso a Botris, prendió fuego a Trieres y Calamo, y vino a Berito. De aquí destacó por delante a Nicarco y Teodoto, con orden de ocupar con anticipación los desfiladeros inmediatos al río Lico. Él, mientras, echó a andar con el ejército y acampó en las márgenes del Damura, acompañándole al mismo tiempo por la costa la escuadra del almirante Diognetes. Ahí, habiendo vuelto a tomar la infantería ligera del mando de Teodoto y Nicarco, marchó a reconocer los desfiladeros, de que con anticipación se había apoderado Nicolao; y después de inspeccionada la naturaleza del terreno, regresó al campamento. Al día siguiente, dejando en el campo la infantería pesadamente armada bajo las órdenes de Nicarco, marchó con el resto del ejército a ejecutar lo que tenía proyectado.

CAPÍTULO XIX

Batalla por mar y tierra entre Nicolao y Antíoco.- Victoria por éste y conquista de muchas ciudades.

Además que la falda del monte Líbano en este lugar viene a reducir la costa a un estrecho y corto espacio, sucede que este mismo se halla coronado de una cordillera áspera e inaccesible que sólo franquea un pasaje angosto y difícil a orillas de la misma mar. Ahí acampado Nicolao (219 años antes de J. C.), después de ocupados varios puestos con buen número de soldados, y fortificados otros con obras que había levantado, creía que con facilidad prohibiría la entrada a Antíoco. Este príncipe, dividido el ejército en tres trozos, había dado el uno a Teodoto, con orden de atacar y forzar al enemigo sobre la falda misma del monte Líbano; el otro lo tenía Menedemo, con orden expresa de intentar el paso por medio de la colina; el tercero, a cuya cabeza se hallaba Diocles, gobernador de la Parapotamia, estaba situado a la orilla del mar; él

con sus guardias ocupaba el centro para presenciario todo y acudir a donde fuese necesario. Al mismo tiempo Diognetes y Perigenes se habían dispuesto para un combate naval. Se acercaron a la costa cuanto era dable, y procuraron hacer que las dos armadas de mar y tierra no presentasen más que un frente. Dada la señal, se atacó a un tiempo por todas partes. En el mar, como el número y los aparatos de una y otra armada eran iguales, se peleaba con igual fortuna. Pero en tierra, aunque al principio Nicolao, valido de la fortaleza del sitio, consiguió alguna ventaja, poco después desalojados por Teodoto los que se hallaban al pie del monte, y atacados desde lo alto, toda la gente de Nicolao emprendió la huida a banderas desplegadas. Dos mil hombres fueron muertos en el alcance, otros tantos se hicieron prisioneros, los restantes se refugiaron en Sidón. Perigenes, que empezaba a esperar un feliz éxito del combate naval, lo mismo fue advertir la derrota del ejército de tierra que, abatido el espíritu, retirarse a la misma ciudad.

Antíoco tomó el ejército, y vino a acampar frente a Sidón, mas no tuvo a bien intentar el asedio de la

plaza, ya por la abundancia de provisiones que había dentro, ya por el gran número de habitantes y gentes que en ella se habían refugiado. Echó a andar con el ejército hacia Filoteria, y ordenó al almirante Diognetes que navegase a Tiro con la escuadra. Filoteria está situada sobre el lago mismo donde entra el Jordán y de donde, volviendo a salir, transcurre por los llanos próximos a Escitopolis. Dueño de estas dos ciudades por convenio, concibió mejores esperanzas para los propósitos que maquinaba. Porque como todo el país estaba sujeto a estas dos plazas, podía mantener con facilidad aquí el ejército, y acopiar con abundancia lo necesario para cualquier urgencia. Efectivamente, asegurados con guarnición estos puestos, pasó las montañas y fue a Atabirio; plaza situada sobre una eminencia, que elevándose poco a poco, tiene de subida más de quince estadios. Para apoderarse de esta ciudad, se valió de una estratagema. Tendió una emboscada, empeñó a los de la plaza en una escaramuza, y cuando ya los tuvo a larga distancia, ordena que hagan frente los que huían, y que salgan los que estaban emboscados; con lo que mata a muchos, persigue a los demás, e infunde en ellos tal terror,

que se apodera también de esta ciudad al primer intento.

A la sazón, Kereas, uno de los gobernadores de Ptolomeo, se pasó al partido contrario. La honrosa acogida que éste consiguió de Antíoco excitó a la deserción a otros muchos oficiales del rey de Egipto. De este número fue Ipoloco de Tesalia, que llegó poco después con cuatrocientos caballos de su mando. Antíoco, puesta guarnición en Atabirio, levantó el campo y tomó de paso a Pela, Camus y Gefrún. Este feliz suceso conmovió de tal suerte los pueblos de la vecina Arabia, que estimulados unos de otros, fueron todos a rendírsele de común acuerdo. El rey con este nuevo auxilio aumentó sus esperanzas, y continuó adelante. Fue a la Galátida y se apoderó de Abila, y de todos los que habían acudido a su socorro, a cuya cabeza se hallaba Nicias, amigo y pariente de Meneas. Sólo le faltaba Gadara, plaza que pasaba por la más fuerte de aquella comarca. Acampó a su vista, hizo sus aproches, y al punto se aterraron y rindieron sus vecinos. Después, informado de que en Rabatamana, ciudad de la Arabia, se habían congregado buen

número de enemigos, que talaban y arrasaban el país de los árabes que habían abrazado su partido; propuestos todos los designios, marcha allá, y acampa en unos collados, donde está situada la ciudad. Andando recorriendo la colina, advirtió que por solas dos partes tenía subida, y por ahí hizo avanzar sus gentes y asestar sus máquinas. Dio la inspección de las obras, parte a Nicarco, parte a Teodoto; entretanto él cuidaba con igual diligencia de lo que uno y otro hacía, y observaba la emulación de ambos en su servicio. Efectivamente, hacían estos dos capitanes los más vivos esfuerzos, e incesantemente competían a porfía sobre cuál de los dos derribaría antes con las máquinas la parte de muro que tenía delante; cuando de repente, y sin saber cómo, se vino abajo uno y otro lienzo. Después de esto, todo fue asaltos noche y día, todo ataques, sin interrupción de tiempo. Pero a pesar de los frecuentes rebatos que daban a la ciudad, nada conseguían, por la mucha gente que se había retirado dentro; hasta que mostrada por un prisionero tina mina, por donde bajaban a coger agua los sitiados, y cegada y tupida ésta con madera, piedras y otras cosas semejantes, la escasez de agua

al fin obligó a los moradores a rendirse. Dueño el rey de Rabatamana por este medio, dejó a Nicarco dentro de la ciudad con una guarnición competente, y envió a Ipoloco y Kereas, dos capitanes que habían abandonado a Ptolomeo, con cinco mil hombres a los alrededores de Samaria, para cubrir y asegurar la quietud de los pueblos que se le habían sometido. Él mientras movió el campo hacia Ptolemaida, con ánimo de pasar allí el invierno.

CAPÍTULO XX

Asedio de Pedneliso por los selgenses.- Socorro que envía Aqueo a los sitiados, bajo la conducción de Garsieris.- Derrota de los selgenses por este general.- Alevosía de Logbasis, descubierta y castigada por los selgenses.- Convenio entre éstos y Aqueo.- Conquistas de Attalo. En el transcurso del mismo verano (220 años antes de Jesucristo), los pedneliseos sitiados y estrechados por los selgenses, enviaron a Aqueo por auxilio; y oída por éste favorablemente su embajada, sufrían el asedio con constancia, fiados en la esperanza del socorro.

Efectivamente, Aqueo les envió sobre la marcha seis mil infantes y quinientos caballos, bajo la conducción de Garsieris. Mas los selgenses, que supieron la llegada de este refuerzo, ocupan anticipadamente las gargantas próximas a Climax con la mayor parte de sus tropas, se apoderan de la entrada de Saporda, y cortan todos los caminos y travesías que a ella conducían. Garsieris entró por fuerza en Miliada, y sentó su campo a la vista de Cretópolis; pero advirtiendo que tomados los puestos por el enemigo, era imposible pasar adelante, usó de este ardid de guerra. Volvió sobre sus pasos, aparentando que desistía de llevar el socorro, a la vista de estar tomados los desfiladeros. Los selgenses, creyendo incautamente que Garsieris se retiraba desesperanzado, unos se fueron al campamento, otros a la ciudad, porque instaba la recolección de las mieses. Mas éste vuelve pies atrás, y después de una marcha forzada llega a aquellas cordilleras, las encuentra sin defensa, las guarnece con piquetes, y deja a Falio para su custodia. Él, mientras marcha con el ejército a Perga, y envía desde allí varias embajadas a los otros pueblos de la Pisidia y Panfilia, para

representarles el insufrible poder de los selgenses, animarles a contraer alianza con Aqueo, y acudir al socorro de los pedneliseos.

Entretanto los selgenses, confiados en el conocimiento que tenían del país, creyeron que, con destacar allá un capitán con un cuerpo de tropas, aterrarían a Failo, y le desalojarían de sus puestos. Pero lejos de conseguir el intento, perdieron mucha gente en los ataques; de suerte que renunciando a esta esperanza, insistieron en el asedio y construcción de las obras, con más empeño que hasta entonces. Los etennenses, pueblo de la Pisidia que habitan las montañas por cima de Sida, enviaron a Garsieris ocho mil hombres pesadamente armados, y los aspendios cuatro mil. Los siditas, bien fuese por respeto a la amistad de Antíoco, o más bien por el odio que profesaban a los aspendios, no entraron a la parte en el socorro. Garsieris, con estos refuerzos y las tropas que él tenía, se aproximó a Pedneliso, persuadido de que con sólo presentarse haría levantar el sitio; mas viendo que no había hecho impresión su venida en los selgenses, se atrincheró a una distancia proporcionada.

Entretanto, como el hambre hostigaba a los sitiados, dispuso introducir por la noche en la plaza dos mil hombres con una medida de trigo cada uno, para remediar la escasez en lo posible. Los selgenses que supieron el propósito, sálenles al encuentro, y se apoderan de todo el convoy, después de haber dado muerte a la mayor parte de los que le traían. Fieros con este suceso, intentaron no sólo continuar el cerco de Pedneliso, sino sitiar a Garsieris en su mismo campamento: tan temerarias y arriesgadas son siempre en la guerra las decisiones de los selgenses. Para ello, dejada en su campo la guarnición necesaria, distribuyen los restantes en varios puestos, y atacan con vigor el del enemigo. Garsieris, que se vio invadido de improviso por todas partes, y aun por algunas arrancada ya la empalizada, desesperanzado de todo remedio, destacó la caballería a cierto puesto que no estaba custodiado. Los selgenses creyeron que estas gentes se retiraban atemorizadas y por evitar el peligro, y sin hacer caso, los dejaron ir simplemente. Pero a poco rato esta caballería rodea al enemigo, le ataca por la espalda, y carga sobre él toscamente. Con este suceso recobra el ánimo la infantería de Garsieris,

que aunque ya deshecha, vuelve a defenderse de los que la atacaban; y los selgenses rodeados tienen que emprender la huida.

Al mismo tiempo los pedneliseos dan sobre los que habían quedado en el real, y los desalojan. Finalmente, declarada la fuga por todas partes, quedaron diez mil sobre el campo. De los que se salvaron, los aliados se retiraron a sus casas, y los selgenses escaparon por las montañas a su patria. Garsieris levantó el campo, y siguió el alcance. Todo su anhelo era cruzar los desfiladeros y aproximarse a Selga antes que los fugitivos le detuviesen o deliberasen sobre su llegada. Efectivamente, llegó con sus tropas a la vista de la ciudad. Los selgenses, sin esperanzas de socorro en sus aliados por el común desastre, y abatidos con la precedente derrota, temían por sí y por su patria. Bajo esta consideración llamaron a junta, y decidir enviar por embajador a Logbasis, uno de sus ciudadanos. Este personaje había sido muy amigo y huésped de aquel Antíoco que murió en Tracia; había tenido en depósito a Laodice, mujer que había sido después de Aqueo, la había criado como a hija,

y la había amado tiernamente. Por eso ahora los selgenses le disputaron, creyendo no podían elegir mejor intercesor en tales circunstancias. Efectivamente, fue a una conferencia privada con Garsieris, y lejos de procurar la salud de su patria, como era de su obligación, por el contrario exhortó a Garsieris a que diese parte cuanto antes a Aqueo de que él se encaraba de poner la ciudad en sus manos. Garsieris abrazó con gusto la propuesta, y escribió a Aqueo dándole cuenta de lo que sucedía para que viniese. Entretanto, concertada una tregua con los selgenses, difería siempre la conclusión del tratado, moviendo dificultades y pretextos sobre cada una de sus condiciones, para esperar mientras a Aqueo, y dar tiempo a Logbasis de conferenciar y disponer su propósito.

En el transcurso de estas sesiones, la frecuente comunicación que había entra unos y otros engendró cierta libertad en las tropas de pasar del campo a la plaza para tomar víveres; libertad que, después de repetida ya tantas veces, ha sido causa a muchos de su ruina. De suerte que, en mi concepto, el hombre no obstante pasar por el animal más astuto, es el más

fácil de ser engañado. ¿Cuántos campamentos cuántas guarniciones, cuántas y cuán grandes ciudades se han perdido por esta poca cautela? Y a pesar de haber sucedido ya a muchos esta calamidad tan frecuente y notoria, permanecemos, sin saber cómo, siempre bisonños e inexpertos contra estos arbitrios. La causa sin duda es el que no cuidamos tener presentes los infortunios en que incurrieron nuestros mayores. Sufrimos fatigas, hacemos gastos para acumular víveres, reunir dinero, levantar murallas y fabricar armas para un caso extraordinario; y despreciamos la historia, que es el medio más fácil y el que nos provee de más recursos en las circunstancias desesperadas; y esto cuando de ella y de su manejo podríamos enriquecernos de estos conocimientos a costa sólo de un honesto recreo y entretenimiento. Efectivamente, Aqueo llegó al tiempo señalado. Los selgenses, después de haber conversado con él, concibieron magníficas esperanzas de que conseguirían el convenio más ventajoso. Pero entre tanto, Logbasis iba reuniendo poco a poco en su casa los soldados que entraban desde el campo en la ciudad, y aconsejaba a sus ciudadanos que no dejasen pasar la ocasión; antes

respecto a la humanidad que les había mostrado Aqueo, conferenciasen y llevasen a su conclusión el tratado. Así fue; se convocó a junta todo el pueblo para tratar del negocio presente, y aun se decidió llamar a los que estaban de guardia, ya que iban a finalizar el asunto.

Entonces Logbasis, haciendo señal a los enemigos, prepara los soldados que tenía reunidos en su casa. Al mismo tiempo se dispone él, y arma a sus hijos para la acción. Aqueo, con la mitad de las tropas, se aproxima a la misma ciudad. Garsieris con la parte restante avanza hacia Cesbedio, templo de Júpiter, que domina ventajosamente la plaza y la sirve de ciudadela. Un cabrero advirtió por casualidad lo que pasaba, y dando cuenta a la junta, unos acuden rápidamente a Cesbedio, otros a los cuerpos de guardia, y el pueblo ciego de ira a la casa de Logbasis; donde descubierta la traición, parte suben al tejado, parte fuerzan las puertas del vestíbulo y degüellan a Logbasis sus hijos y todos los demás que se hallaban dentro. Después publicaron libertad para los esclavos, y repartieron sus fuerzas para ir a defender los puestos ventajosos.

Garsieris, así que vio a los sitiados apoderados de Cesbedio, no continuó adelante. Aqueo intentó romper las puertas de la ciudad; mas con una salida que hicieron los cercados, la mataron setecientos hombres, e hicieron a los demás desistir del empeño; con lo cual Aqueo y Garsieris tuvieron que retirarse a su propio campo. Los selgenses, temerosos de alguna otra sedición intestina y del poder enemigo que tenían sobre sí, enviaron los ancianos de la ciudad con señales de paz para concertar un convenio. Efectivamente, acabó la guerra con estas condiciones: *que pagarían de contado cuatrocientos talentos, restituirían a los pedneliseos sus prisioneros, y pasado algún tiempo, añadirían a la suma otros trescientos talentos.* De este modo los selgenses liberaron con su favor la patria del peligro en que la había puesto la maldad de Logbasis, sin deslucir la nobleza y parentesco que tenían con los lacedemonios.

Aqueo, después de haber reducido a Miliada y la mayor parte de la Panfilia, levantó el campo y marchó a Sardes, donde sostuvo una guerra continua con Attalo, amenazó a Prusias, y se hizo temer y

respetar de todos los pueblos de esta parte del monte Tauro. Mientras que Aqueo se hallaba ocupado en la expedición contra los selgenses, Attalo con un cuerpo de gálatas tectosages corría las ciudades de la Eólida y todos los pueblos próximos que por temor se habían puesto antes bajo la obediencia de Aqueo. La mayor parte de éstas se le rindieron voluntariamente y con gusto; pero algunas esperaron a la fuerza para entregarse. Entre las que se le rindieron de grado, fueron las primeras Cumas, Smirna y Focea. Ægea y Temnita, temiendo que viniese sobre ellas, siguieron después el mismo ejemplo. Los teios y colofonios le enviaron embajadores para ofrecerle sus personas y ciudades. Attalo los recibió a su amistad bajo los mismos pactos que anteriormente, y les exigió rehenes; pero a los diputados de Smirna los trató con particular agasajo, por haber excedido a todos en la fidelidad que le guardaron. Prosiguió después su camino, y atravesado el río Lico, penetró por los pueblos de la Misia. De aquí fue a Carsea, a cuya guarnición, así como a la de Didma, aterró tanto su llegada, que Temístocles, a quien Aqueo había dejado por gobernador de estos puestos, le entregó ambas a dos

fortalezas. Por último, entró talando los campos de Apia, y superado el monte Pelecante, sentó su campo en las márgenes del Megisto.

Durante su estancia en este lugar, se produjo un eclipse de luna, y los gálatas que ya sufrían con impaciencia las molestias del camino, ya que hacían la guerra seguidos de sus mujeres e hijos conducidos en carros, se valieron de este presagio para no querer pasar adelante. Attalo no había obtenido de ellos servicio alguno importante; pero el marchar separados, el acampar aparte, su total inobediencia, y su mucha altanería, le pusieron en grande embarazo. Por un lado recelaba que, inclinándose al partido de Aqueo, no perjudicasen sus intereses; por otro temía cobrar mala fama si, cogidas como en una red, pasaba a cuchillo aquellas gentes que sólo por afecto habían pasado con él al Asia. Por eso valiéndose del pretexto que la ocasión le presentaba, les prometió por el pronto que los restituiría a donde los había sacado, que los asignaría terreno conveniente para establecerse, y para adelante que les concedería cuantas solicitudes estuviesen en su mano, si fuesen justas. De este modo restituyó estos

tectosages al Helesponto, y tratados con agasajo los lampsacenos, alejandrinos e ilienses, porque le habían sido fieles, se retiró después a Pérgamo con su ejército.

CAPÍTULO XXI

Las fuerzas de Antíoco y de Ptolomeo.- La intrepidez de Teodoto contra la vida de este príncipe.- Disposición de uno y otro ejército.

Al iniciarse la primavera (218 años antes de J. C.), Antíoco y Ptolomeo tenían ya hechas todas sus prevenciones para decidir la guerra al trance de una batalla. Ptolomeo partió de Alejandría con setenta mil infantes, cinco mil caballos y setenta y tres elefantes. Antíoco, con la nueva de que el enemigo se aproximaba, reunió su ejército, en el que había cinco mil hombres armados a la ligera, daaos, carmanios y cilices, cuya inspección y mando tenía Bittaco el macedonio; veinte mil escogidos de todo el reino, armados a la manera macedonia, los más

con broqueles de plata, mandados por Teodoto el etolio, aquel que había desertado de Ptolomeo; veinte mil de que se componía la falange, que conducía Nicarco y Teodoto el hemiolio; dos mil flecheros y honderos agrianos y persas; mil traces que mandaba Menedemo el alabandense; cinco mil medos, cisios, caddusios y carmanios, que obedecían a Aspasio el modo; diez mil hombres de Arabia y otros países cercanos, a las órdenes de Zabdifilo; cinco mil griegos mercenarios bajo las órdenes de Hippoloco de Tesalia; mil quinientos cretenses bajo Euriloco; mil neocretas y quinientos flecheros de Lidia, mandados todos por Zeles de Gortinia; y mil cardaces gobernados por Lisímaco el gálata. La caballería consistía en seis mil caballos, mandados por Antípatro sobrino del rey, y los restantes por Temesión; de suerte que todas las fuerzas de Antíoco ascendían a sesenta y dos mil infantes, seis mil caballos y ciento dos elefantes.

Ptolomeo se dirigió primero a Pelusio y sentó su campo en esta ciudad. Allí aguardó a los que venían detrás, y distribuidos víveres al ejército por la escasez y falta de agua que había en aquellos países,

continuó su marcha a lo largo del monte Casio y lo que llaman los Abismos. Así que llegó a Gaza esperó el resto del ejército, y prosiguió adelante a lento paso. Al quinto día llegó a donde se había propuesto, y acampó a cincuenta estadios de distancia de Rafia, la primera ciudad de la Cæle-Siria que se encuentra saliendo de Egipto, después de Rinocorura. Al mismo tiempo Antíoco, habiendo pasado de parte allá de esta ciudad, fue de noche con su ejército a acamparse a diez estadios del enemigo: esta fue la primera distancia que hubo entre los dos campamentos. Pocos días después, con el fin de mudar a otro terreno más ventajoso, y al mismo tiempo infundir aliento a sus soldados, se atrincheró a la vista de Ptolomeo, a la distancia sólo de cinco estadios. Entonces ya fueron frecuentes las refriegas de los forrajeadores y de los que salían al agua, como también comunes las escaramuzas, ya de caballería, ya de infantería, que se produjeron entre los dos campos.

Por este tiempo Teodoto emprendió una hazaña propia de un etolio, y por lo mismo de mucho valor. Bien enterado de la manera y método de vida de

Ptolomeo, ya que había vivido mucho tiempo en su palacio, penetró al amanecer acompañado de otros dos en el real de los enemigos. Como era de noche, no se le conoció por el rostro; y como había diversidad de trajes en el campo, tampoco se hizo reparo en el vestido y demás compostura. Se dirigió resuelto a la tienda del rey, cuyo sitio tenía observado, con motivo de haber sido allí cerca las escaramuzas de los días anteriores. Efectivamente, después de haber pasado por todas las primeras guardias sin ser conocido, entra en la tienda donde acostumbraba el rey a cenar y dar audiencia, registra todos los rincones, no le halla por haber dado la casualidad de estar descansando en otra diferente, cose a puñaladas a dos que se hallaban durmiendo, mata a Andreas, su médico, y se retira a su campo sin más estorbo que el de haberse conmovido un poco la gente cuando ya iba a salir del real enemigo. Por el valor hubiera conseguido sin duda su propósito, pero le faltó la prudencia, por no haber examinado bien dónde acostumbraba a descansar Ptolomeo.

Después de haber estado al frente los dos reyes cinco días, decidieron uno y otro que las armas resolviesen el asunto. Lo mismo fue empezar Ptolomeo a mover sus tropas del campamento, que al punto sacar Antíoco las suyas. Ambos formaron sus respectivas falanges y la flor de las tropas armadas a la macedónica, al frente unas de otras. En cuanto a las alas, Ptolomeo las ordenó de este modo: Polícrates con la caballería de su mando ocupaba la izquierda; entremedias de éste y la falange se hallaban los cretenses al lado de la misma caballería; seguíanse las guardias del rey; después los rodeleros al mando de Sócrates, y junto a éstos los africanos armados a la macedónica. En la derecha estaba Equecrates de Tesalia con la caballería de su mando, a la izquierda de ésta se hallaban formados los gálatas y los traces, después los mercenarios de Grecia conducidos por Foxidas, que tocaban con la falange egipciaca. De los elefantes cuarenta estaban situados sobre el ala izquierda, donde Ptolomeo en persona había de pelear; y treinta y tres cubrían la derecha, delante de la caballería extranjera.

Antíoco puso sesenta elefantes, que mandaba Filipo, su hermano de leche, al frente del ala derecha, en donde él había de pelear con Ptolomeo. Detrás de éstos situó dos mil caballos mandados por Antípatro, y otros dos mil que formó a manera de media luna. Contiguos a la caballería colocó de frente a los cretenses, después ordenó los extranjeros de Grecia, y entre éstos y los armados a la macedónica entremetió los cinco mil que mandaba Bittaco el macedonio. El ala izquierda la cubrió con dos mil caballos al mando de Temisón; a su lado estaban los flecheros cardaces y lidios; después tres mil infantes a la ligera conducidos por Menedemo; sucesivamente los cisios, medos y carmanios; e inmediato a éstos los árabes y sus vecinos que tocaban con la falange. Los restantes elefantes los situó sobre el ala izquierda, a las órdenes de, un joven llamado Myisco, paje del rey.

CAPÍTULO XXII

Acción de Rafia.- Victoria lograda por Ptolomeo.- Suspensión temporal de hostilidades entre éste y Antíoco.

Puestos en orden de batalla de este modo los ejércitos (218 años antes de J. C.), ambos reyes acompañados de sus generales y amigos se presentaron al frente de sus líneas para exhortar a los soldados. El mayor empeño de uno y otro era alentar sus respectivas falanges, ya que en estas tropas fundaba cada uno sus mayores esperanzas. Andrómaco, Sosibio y Arsinoe, hermana del rey, como jefes, animaban también la falange de Ptolomeo; y Teodoto y Nicarco por su parte procedían del mismo modo con la de Antíoco. Las arengas de una y otra parte se redujeron a lo mismo. Pues como ninguno de estos príncipes tenía ejemplo peculiar ilustre o memorable que proponer a sus soldados porque ambos acababan de subir al trono, sólo se valieron de recordarles la gloria y hechos de sus mayores, para excitar en ellos el espíritu y ardimiento. Y así rogaron y exhortaron para que se portasen con valor y esfuerzo en la ocasión presente, y para esto ofrecieron principalmente premios en

particular a todos los oficiales, y en general a todos los soldados que habían de pelear. A esto o cosa parecida se redujo lo que dijeron los reyes, ya por sí, ya por sus intérpretes.

Después que Ptolomeo con su hermana estuvo de vuelta en el ala izquierda de toda su formación, y Antíoco acompañado de sus guardias en su derecha, se dio la señal de acometer, y los elefantes dieron principio a la acción. Algunos de los de Ptolomeo hicieron resistencia a los de Antíoco; sobre cuyas torres era de ver el vivo choque de los combatientes, disparando lanzas, e hiriéndose mutuamente tan de cerca. Pero aun admiraba más ver batirse y herirse de frente los mismos elefantes; porque el reñir de estos animales es de este modo: se enredan, se tiran dentelladas haciendo hincapié con todas fuerzas para no perder el terreno, hasta que el más poderoso aparta a un lado la trompa de su antagonista. Una vez está torcida, le coge por el flanco y le hiere a mordiscos, al modo que hacen los toros con las astas. La mayor parte de los elefantes de Ptolomeo temieron el combate. Esto es muy ordinario en los elefantes de África. A mi entender, consiste en que

no pueden sufrir el olfato y bramido de los de la India, y asustados de su magnitud y fuerza, emprenden la huida antes que aquellos se acerquen, como efectivamente sucedió entonces. Porque alborotadas las bestias, desordenaron las líneas que tenían al frente, y oprimiendo a la guardia real de Ptolomeo la hicieron volver la espalda. Antíoco entonces pasó de parte allá de las bestias, y atacó la caballería que mandaba Polícrates. Al mismo tiempo los extranjeros griegos que se hallaban cerca de la falange, invadieron por entremedias de los elefantes los rodeleros de Ptolomeo, cuyas líneas habían ya confundido sus bestias. De este modo fue forzada y puesta en huida toda el ala izquierda de Ptolomeo.

Equécrates, que mandaba la derecha, al principio estuvo esperando el éxito de esta contienda. Mas así que vio que el polvo iba a parar a los suyos, y que sus elefantes no se atrevían a acercarse a los contrarios, ordena a Foxidas, comandante de los griegos mercenarios que ataque a los que tenía al frente; él, mientras, hace desfilar por la punta del ala su caballería y la que estaba detrás de los elefantes, con cuya maniobra evita la impresión de las fieras; y

cargando por la espalda y en flanco sobre la caballería enemiga, la derrota en un instante. Lo mismo hizo Foxidas y los que se hallaban a su lado. Dieron sobre los árabes y medos y los forzaron a tomar una fuga precipitada; de suerte que Antíoco venció en el ala derecha y quedó vencido en la izquierda.

Ya no quedaban intactas más que las dos falanges, que desnudas de sus respectivas alas permanecían en medio del llano, fluctuando entre el temor y la esperanza. Mientras que Antíoco proseguía la victoria en el ala derecha, Ptolomeo, que se había refugiado en su falange, se presenta en medio, se deja ver de los dos ejércitos, con lo que aterra a los contrarios e infunde ardor y espíritu a los suyos. A su ejemplo Andrómaco y Sosibio ponen en ristre sus lanzas y se dirigen al enemigo. La flor de las tropas de Siria sostuvo el choque por algún tiempo, pero las que mandaba Nicarco cedieron y se retiraron. Entretanto Antíoco, como joven y poco experimentado, juzgando del resto de su ejército por la ventaja que él había conseguido en el ala derecha, seguía el alcance de los que huían; hasta que un

anciano le advirtió, aunque tarde, que reparase en que el polvo de la falange enemiga iba a parar a su propio campo. Entonces conociendo el yerro, acudió rápidamente con sus guardias al campo de batalla; pero hallando a los suyos que habían emprendido la huida, se retiró él también a Rafia, con el consuelo de haber vencido por su parte, y en la inteligencia de que si le había desmentido lo demás de la acción había sido por la flojedad y timidez de los otros oficiales.

Después que la falange decidió la batalla, y la caballería del ala derecha unida a los extranjeros mató gran número de enemigos en el alcance, Ptolomeo se retiró a pasar la noche al campamento que antes tenía. Al día siguiente, después de recogidos y enterrados sus muertos, y despojados los de los enemigos, levantó el real y avanzó hacia Rafia. El primer pensamiento de Antíoco después de la derrota fue reunir todos los cuerpos de tropas que venían huyendo y acampar fuera de la ciudad; pero como la mayor parte de las gentes se había metido dentro, se vio forzado también a retirarse. Salió después al amanecer con las reliquias de su ejército

y se encaminó a Gaza, donde acampó; y obtenida licencia de Ptolomeo para el recobro de sus muertos, les hizo los últimos honores. Ascendían éstos por parte de Antíoco a poco menos de diez mil infantes, más de trescientos caballos, más de cuatro mil prisioneros, tres elefantes que quedaron sobre el campo, y dos que murieron después de sus heridas. De parte de Ptolomeo se redujo la pérdida a mil quinientos infantes, setecientos caballos, dieciséis elefantes muertos, y casi todos los demás tomados. Este fue el éxito de la batalla de Rafia, que se dio entre los dos reyes con objeto de la Cæle-Siria.

Antíoco, después de sepultados los muertos, se retiró a su reino con el ejército. Ptolomeo tomó sin oposición a Rafia y otras ciudades, esmerándose a porfiar sus ayuntamientos sobre cuál volvería primero a su poder y pasaría más pronto a su dominio. Cosa muy ordinaria entre los hombres acomodarse al tiempo en semejantes revoluciones; pero sobre todo los pueblos de la Cæle-Siria son muy inclinados y dados a este género de obsequios. En esta ocasión no hay que extrañar usasen de esta política, pues les guiaba el afecto que profesaban de

antemano a los reyes de Egipto; porque en todo tiempo estos pueblos han tenido cada vez más veneración por esta casa. Así fue que no omitieron especie de agasajo para captar la voluntad de Ptolomeo: coronas, sacrificios, altares y todo género de cultos se tributaron en su obsequio.

Antíoco, así que llegó a la ciudad que lleva su nombre, envió sin dilación a Antípatro, su sobrino, y Teodoto Hemiolio por embajadores a Ptolomeo para tratar de paz y alianza. Temía la invasión del enemigo; desconfiaba de sus pueblos después de la derrota que acababa de sufrir, y recelaba que Aqueo no se aprovechase de la ocasión. Con nada de esto echaba cuentas Ptolomeo. Alegre con la extraordinaria victoria que había logrado, y sobre todo con la inesperada conquista de la Cæle-Siria no tan sólo no aborrecía el reposo, sino que lo amaba más de lo que convenía, arrastrado de la vida afeminada y voluptuosa que siempre había llevado. Y así no bien hubo llegado Antípatro, cuando hechas algunas amenazas y dadas unas leves quejas de los procederes de Antíoco, le concedió treguas por un año, y despachó a Sosibio para ratificar el

tratado. Él permaneció tres meses en la Siria y Fenicia para restablecer la quietud de las ciudades; pasados los cuales, dejó a Andrómaco el aspendio por gobernador de estos países, y levantó el campo con su hermana y confidentes para Alejandría, causando admiración a sus vasallos que, atento su modo de vivir, hubiese puesto a la guerra fin tan dichoso. Concluido el tratado con Sosibio, Antíoco volvió a su primer propósito, y se previno para la guerra contra Aqueo. Tal era el estado de los negocios de Asia.

CAPÍTULO XXIII

Regalos que los reyes y potentados concedieron a los rodios a causa de un terremoto que sufrieron.

En el transcurso de este mismo tiempo, los rodios, con motivo de haber sufrido poco antes un terremoto que había arruinado su gran Coloso y la mayor parte de sus muros y arsenales, se supieron conducir con tal arte y prudencia en el desastre, que

en vez de perjuicio les sirvió de provecho el accidente. Tanta es la diferencia que hacen los hombres de la necedad y desidia a la actividad y prudencia, bien sea en los asuntos privados, bien en los públicos. Con aquellos vicios, las dichas se nos convierten en infortunios; y con estas virtudes, sacamos partido aun de las desgracias. Efectivamente, los rodios tuvieron tal proceder en la exagerada y lastimosa descripción que hicieron de su desastre; se portaron con tanta majestad y entereza, bien fuese en las conferencias públicas de sus embajadores, bien en las conversaciones privadas; y supieron interesar de tal modo a las ciudades, y sobre todo a los reyes, que no sólo recibieron magníficos presentes, sino que quedaron reconocidos los mismos que los hicieron.

Hierón y Gelón les dieron setenta y cinco talentos de plata, parte de contado, parte dentro de un breve plazo, para el gasto de aceite que se hacía en las luchas de los atletas; calderos de plata con sus pies, algunos cántaros, diez talentos para los sacrificios, otros tantos para fomento de la población; de suerte que todo el donativo ascendía a

cien talentos. Eximieron de impuestos a todos los que navegasen a Rodas, y les enviaron cincuenta catapultas de tres codos. Por último, después de tan magnífico presente, como si fuesen deudores del beneficio, levantaron dos estatuas un la plaza pública, que representaban al pueblo de Rodas coronado por el de Siracusa.

Ptolomeo les prometió trescientos talentos de plata, un millón de medidas de trigo, madera de construcción para diez navíos de cinco órdenes y otros tantos de a tres, cuarenta mil codos de vigas de pino cuadradas, mil talentos de monedas de bronce, tres mil de estopa, tres mil velas y mástiles de navío, tres mil talentos para reedificar el Coloso, cien arquitectos, trescientos cincuenta artesanos, catorce talentos anuales para su manutención, doce mil artabas de trigo para juegos y sacrificios, y veinte mil para la provisión de diez trirremes. La mayor parte de estas cosas fueron dadas de contado, y la tercera parte de todo el dinero.

Igualmente Antígono les dio diez mil vigas desde dieciséis codos hasta ocho para cuñas y estacas, cinco mil tablas de siete codos, tres mil talentos de hierro, mil de pez, mil metretas de resina por cocer y cien talentos de plata. Criseis, su mujer, les hizo un presente de cien mil medidas de trigo y tres mil talentos de plomo.

Seleuco, padre de Antíoco, a más de haber eximido de tributo a todo rodio que arribase a sus puertos, y a más de haberles provisto de diez navíos de cinco órdenes y de doscientas mil medidas de granos, les regaló diez mil codos de madera y mil talentos en resina y pelo.

Iguales donativos les hicieron Prusias, Mitrídates y todos los potentados que a la sazón había en el Asia, como el de Lisania, Olímpico y Limnaio. Son innumerables las ciudades que contribuyeron a su alivio, según sus facultades. De suerte que si se considera el tiempo desde que esta ciudad comenzó a ser restaurada y poblada, causará grande admiración que en tan corto espacio hayan tomado

tal ascendente las fortunas de sus ciudadanos y los edificios públicos de la ciudad; pero si se atiende a su bella situación, a lo mucho que le entra de fuera y al conjunto de comodidades que consigue, lejos de admirarse, se hallará que está menos floreciente de lo que debía.

Hemos apuntado estas liberalidades, en primer lugar, para hacer ver el celo de los rodios por su República, digno por cierto de emulación y aplauso; y en segundo, para mostrar la mezquindad de los reyes de hoy día y lo poco que reciben de ellos las ciudades y pueblos. De este modo, los reyes no presumirán que han hecho alguna gran cosa con derramar cuatro o cinco talentos, ni pretenderán de los griegos igual reconocimiento y honor al que tributaron a sus predecesores. Igualmente las ciudades griegas, teniendo a la vista las inmensas generosidades que en otro tiempo recibieron, no se equivocarán en dispensar los más sublimes honores por mercedes tan despreciables como las que hoy día se acostumbran; antes bien, acordándose del grande exceso que existe de un griego a los demás hombres, sabrán dar a cada gracia su justo precio.

Pero ahora volvamos a continuar el hilo, desde donde nos separamos de la guerra de los aliados.

CAPÍTULO XXIV

Preparativos de Arato para la guerra.- Penetración de Licurgo y Pirrias por la Messenia, sin resultado.- Discordias de los megalopolitanos aplacadas por Arato.- Derrota de los eleos por Lico, propretor de los aqueos. Se había iniciado ya el estío, Agetas mandaba a los etolios, y Arato obtenía la pretura de los aqueos, cuando Licurgo el espartano regresó de la Etolia a su patria (218 años antes de J. C.) Los eforos le habían enviado a llamar, desengañados de la falsa acusación que había dado motivo a su destierro. Éste, pues, había tratado con Pirrias el etolio, pretor que era a la sazón de los eleos, de hacer una irrupción en la Messenia. Arato había encontrado corrompida la tropa extranjera de los aqueos, y hallado las ciudades con pocas disposiciones de contribuir a sus gastos. La causa de esto era la malicia e indolencia con que Eperato, su predecesor, había manejado los asuntos

públicos. A pesar de estos atrasos, convocó los aqueos, consiguió un decreto para remedio de estos males, y pensó con actividad sobre las disposiciones de la guerra. He aquí lo que contenía el decreto de los aqueos: que se mantendrían ocho mil infantes de tropa extranjera y quinientos caballos, y que se alistarían en la Acaia tres mil hombres de a pie y trescientos caballos, entre los cuales habría quinientos infantes megalopolitanos con escudos de bronce, cincuenta caballos y otros tantos argivos. Se ordenó también que cruzasen tres navíos hacia Acta y el golfo de Argos, y otros tres por las costas de Patras, Dima y mares próximos.

Mientras que Arato se ocupaba de hacer estos preparativos, Licurgo y Pirrias, convenidos ambos en salir a campaña a un mismo tiempo, avanzaron hacia la Messnia. El pretor aqueo, que comprendió su propósito, acudió con los mercenarios y un cuerpo de tropa escogida a Megalópolis, para socorrer a los messenios. Licurgo, apenas salió de Esparta, tomó por traición a Calamar, castillo de la Messenia, y se dirigió después con diligencia a incorporarse con los etolios. Mas Pirrias, que había

partido de la Elida con muy poca gente, tuvo que volver atrás por el obstáculo que halló en los ciparisseos, a la entrada de la Messenia. De suerte que Licurgo, imposibilitado de unirse con Pirrias, y sin fuerzas para obrar por sí solo, después de hechas algunas pequeñas correrías para subvenir a las necesidades del ejército, se volvió a Esparta sin haber hecho cosa de provecho. Frustrados los propósitos de los enemigos, Arato, como prudente y pródigo en lo porvenir, persuadió a Taurión y a los messenios a que cada uno por su parte alistase cincuenta caballos y quinientos infantes. Su mira era guarnecer con esta gente a Messenia, Megalópolis, Tegea y Argos, países que, limítrofes de la Laconia, se hallaban más expuestos que el resto del Peloponeso a las incursiones de los lacedemonios, y cubrir él con la flor de Acaia y los mercenarios las fronteras de esta provincia que miran a la Elea y a la Etolia.

Arreglados estos asuntos, Arato, atento al decreto de los aqueos, reconcilió entre sí a los megalopolitanos, que arrojados recientemente de su patria por Cleomenes, y arruinados por el pie, como

se suele decir, necesitaban de muchas cosas y estaban escasos de todas. Como siempre los espíritus se hallaban en las mismas disposiciones, siempre se encontraba imposibilidad para contribuir a los gastos, ya públicos, ya privados. Todo era contestaciones, todo disputas y todo rencor de unos a otros, como de ordinario sucede, tanto en las repúblicas como entre los particulares, cuando faltan los medios para completar los propósitos. El primer motivo de disensión era sobre el restablecimiento de los muros. Decían unos que se debía estrechar la ciudad y reducir sus muros a tal extensión que fuese asequible la empresa y la posibilidad de defenderla en caso de ataque; pues si ahora se había perdido, había sido por su magnitud y despoblación. A más de esto pedían que los propietarios contribuyesen con el tercio de sus fondos para aumentar el número de moradores. Los del bando opuesto ni podían sufrir que se estrechase la ciudad, ni consentían en la contribución del tercio de sus posesiones. El segundo y principal objeto de división eran las leyes que les había dado Pritanis, personaje ilustre entre los peripatéticos, y de esta secta, a quien Antígono había enviado por su legislador. No obstante tales

desavenencias, Arato hizo todos los esfuerzos posibles para sosegar la contienda, y consiguió al cabo cortar las disputas. Las condiciones de esta concordia fueron grabadas sobre una columna que se puso junto al altar de Vesta en Omario.

Después de esta reconciliación, Arato levantó el campo, fue a la asamblea de los aqueos y dio el mando de los extranjeros a Lico de Faros, por ser éste a la sazón propretor del territorio asignado a su patria. Los eleos, disgustados con Pirrias, volvieron a pedir a los etolios por pretor a Euripidas. Éste esperó a que llegase la asamblea de los aqueos, y poniéndose en campaña a la cabeza de sesenta caballos y dos mil infantes, atravesó los campos de Faros, corrió talando el país hasta Ægea, y hecho un rico botín, se retiró a Leoncio. Lico, con esta nueva, marchó al socorro con diligencia. Encuentra al enemigo, le ataca de repente, mata cuatrocientos y hace doscientos prisioneros, entre los cuales los más ilustres eran Fissias, Antanor, Clearco, Androloco, Evanoridas, Aristogitón, Nicasippo y Aspasio. Las armas y el equipaje quedó todo por el vencedor. Por el mismo tiempo el almirante aqueo, haciéndose a la

vela para Molicria, trajo consigo pocos menos de cien prisioneros, y volviendo a salir, se dirigió a Calcea, donde, vencida la oposición de los moradores, apresó dos navíos largos con sus tripulaciones, y cogió un bergantín etolio junto a Río, con todo el equipaje. De suerte que la concurrencia por mar y tierra a un tiempo de despojos, y la abundancia de dinero y provisiones que éstos rindieron, dio confianza a los soldados aqueos de recobrar sus pagas, y a las ciudades esperanza de que no serían cargadas en el futuro con impuestos.

CAPÍTULO XXV

Diversos sucesos de la guerra de los aliados.- Ocupación de Bilazora por Filipo.- Escalada de Melitea frustrada.- Consideraciones sobre este punto. Mientras tanto Scerdilaidas (218 años antes de J. C.), creyéndose ofendido de Filipo por no haberle satisfecho aún cierta suma de dinero en que estaban convenidos por un tratado, destacó quince bergantines con ánimo de hacerse cobro

fraudulentamente de este débito. Efectivamente, habiendo arribado a Leucades estos buques, fueron recibidos como amigos, en virtud de la alianza que mediaba, y aunque no se propusieron a hacer daño alguno, ni pudieron, sin embargo atacaron contra la fe de los tratados a Agatino y Cassandro, corintios que habían llegado y fondeado allí como amigos con cuatro navíos de Taurion; y apresados ellos y sus buques, los remitieron a Scerdilaidas. De allí se hicieron a la vela, y tomando el rumbo hacia Malea saquearon a sus comerciantes y los forzaron a tomar tierra. Con motivo de acercarse la siega, y no cuidar Taurión de custodiar las mencionadas ciudades, Arato se propuso cubrir con sus tropas escogidas la recolección de granos de los argivos. Euripidas, por su parte, salió a campana a la cabeza de los etolios, con ánimo de talar el país de los Tritaios. Pero Lico y Demodoco, comandantes de la caballería aquea, con la noticia que tuvieron de que los etolios habían salido de la Elida, congregaron los dimeos, pratenses, fareos, y unidos a éstos los extranjeros, hicieron una irrupción en Elea. Llegado que hubieron a Fixio, destacaron la infantería ligera y la caballería a talar la campiña, y dejaron emboscados

en torno a esta fortaleza los pesadamente armados. El pueblo eleo salió al encuentro de los que saqueaban el país, y siguió el alcance de los que se retiraban. Entonces Lico sale de la emboscada, ataca a los que encuentra, y los eleos, sin poder sostener el ímpetu, vuelven la espalda al primer choque, quedan doscientos sobre el campo, ochenta hechos prisioneros, y los aqueos sacan impunemente el botín que habían cogido. Al mismo tiempo el almirante aqueo, hechos varios desembarcos en las costas de Calidonia y Naupacta, arrasó el país, venció dos veces la oposición de sus naturales, y trajo prisionero a Cleoncio de Naupacta, quien por ser huésped público de los aqueos no fue vendido al punto, sino remitido poco después sin rescate.

Hacia este mismo tiempo el pretor Agetas alistó todo el pueblo etolio, y después de haber saqueado el país de los acarnanios, y haber talado impunemente todo el Epiro, se retiró a su patria y despidió los etolios a sus ciudades. Los acarnanios, en venganza invadieron las tierras de Strato; mas poseídos de un terror pánico se retiraron vergonzosamente, aunque sin pérdida, porque los

stratenses no se atrevieron a perseguirles, temiendo que el retiro no encubriese alguna emboscada.

En Fanote hubo una traición simulada, que ocurrió de este modo. Alejandro, gobernador por Filipo de la Fócida, fraguó un engaño a los etolios, por medio de un cierto Jasón, su lugarteniente en la ciudad de Fanote. Este envió un correo a Agetas, pretor de los etolios, ofreciéndole que le entregaría la ciudadela de Fanote. Concertado el convenio con los juramentos ordinarios, Agetas va al día señalado con sus etolios durante la noche, destaca cien hombres escogidos y esforzados a la ciudadela, y él se queda encubierto con el resto a cierta distancia. Jasón confiado en que Alejandro tenía puestas sobre las armas sus tropas dentro de la ciudad, recibe los cien etolios en la ciudadela, según había jurado. No bien éstos habían entrado, cuando Alejandro los atacó y cogió prisioneros. Llegado el día, Agetas conoció lo que pasaba, y se retiró a su patria, cogido en un lazo poco diferente de los que él había tendido tantas veces.

Mientras que esto sucedía en Grecia, el rey Filipo tomó a Bilazora, ciudad la más importante de la Peonia, y situada ventajosamente para contener las correrías desde la Dardania a la Macedonia. Con esta conquista ya casi no tenía que temer de parte de los dardanios; pues no les era fácil atacar la Macedonia, siendo él dueño de la entrada con la toma de esta plaza. Puesta en ella una buena guarnición, despachó a Crisógono con diligencia a alistar tropas en la alta Macedonia mientras que él, con las que había recogido de la Bottia y de la Anfajitida, iba marchando a Edesa. Incorporado aquí con la gente que había conducido Crisógono, se puso en camino con todo el ejército y se dejó ver al sexto día delante de Larissa. Prosiguió su marcha sin descansar día y noche, y al amanecer llegó a Melitea, a cuyos muros intentó aplicar las escalas. Los melitenses se sobresaltaron tanto con un ataque tan repentino y extraordinario, que pudiera haber tomado con facilidad la ciudad; pero por ser las escalas mucho más cortas que lo que pedía la urgencia, se le frustró el golpe.

He aquí casos en donde no se puede menos de culpar a los generales. Efectivamente, ¿no se increpará la temeridad de ciertos comandantes, que sin haber tomado precaución alguna, sin haber medido los muros, sin haber reconocido la altura de los precipicios y otros lugares semejantes, por donde piensan hacer sus aproches, se presentan sin reflexión a tomar una plaza? ¿Y no son reos de un justo vituperio, si después de haber tomado por sí mismos las medidas, encargan luego sin más consideración al primero que se presenta la construcción de las escalas y otras parecidas máquinas, cuyo trabajo, aunque de poca meditación, es de suma importancia en el lance? Esta es una clase de empresas donde no existe parvidad en las omisiones. Descuidarse y seguirse el castigo, todo es uno, y esto de muchas maneras. Porque si se ejecuta la acción, expone al peligro sus más valientes soldados y si se retira, incurre en otro mayor, que es el desprecio del enemigo. Esto se justifica con muchísimos ejemplos. Pues se hallará que entre aquellos a quienes se han malogrado semejantes empresas, más son los que han quedado en la estacada, o han estado cerca de perder la vida, que

los que han escapado sin lesión. A más de que éstos adquieren para el futuro una general desconfianza y aborrecimiento, van anunciando a todos la precaución, y llevan en cierto modo un sobrescrito de cautela y reserva que habla con todos, tanto los que presenciaron el lance, como los que después le oyeron. Convengamos, pues en que los que están a la cabeza de los negocios no deben emprender parecidos propósitos sin una premeditación escrupulosa. El modo de medir las escalas y fabricar otros instrumentos de guerra es muy fácil y seguro si se tiene principios. Pero sobre esta materia se nos ofrecerá ocasión y tiempo más oportuno en el discurso de la obra, en que haremos ver cómo se ha de evitar todo error en las escaladas. Ahora volvamos a continuar la narración.

CAPÍTULO XXVI

Asedio y ocupación de Tebas por Filipo.- Demetrio de Faros propone al rey que se convenga con los etolios y piense trasladarse a Italia. Buena acogida que encuentra en Filipo esta sugerencia. Al

haberse malogrado esta empresa (218 años antes de Jesucristo), Filipo sentó su campo en las márgenes del Enipeo, a donde hizo venir de Larissa y de otras ciudades los aparatos de guerra que había hecho durante el invierno para sitiar a Tebas en Phtiotida. Todo el objeto de su expedición era la toma de esta ciudad, situada no lejos del mar y a trescientos estadios de Larissa. Esta plaza domina por un lado la Magnesia y por otro la Tesalia, pero con especialidad aquella parte de la Magnesia que habitan los demetrienses, y aquella otra de la Tesalia que ocupan los farsalios y Feraios. Mientras los etolios poseyeron esta ciudad, no cesaron con continuas correrías de causar grandes perjuicio, a los demetrienses, farsalios y larisseeos. Pasaron muchas veces con sus talas hasta el campo Amirico. Por eso Filipo, atento a la importancia de la plaza, ponía todo su ahínco en tomarla por la fuerza. Cuando ya tuvo reunidas ciento cincuenta catapultas y veinticinco mil pedreros, avanzó hacia Tebas, y dividido el ejército entres trozos, ocupó los puestos próximos. Situó el uno alrededor de Scopio, otro cerca de Heliotropio y el tercero acampaba sobre un monte que domina la ciudad. Los espacios que

mediaban entre los tres campos los rodeó con un foso y dos empalizadas, y los fortificó de cien en cien pasos con torres de madera, donde puso la guarnición competente. A consecuencia de esto acumuló en un sitito todas sus municiones, y empezó a acercar las máquinas contra la ciudadela.

En los tres primeros días, como hacía la plaza una generosa y obstinada resistencia, no se pudieron adelantar las obras. Pero después que las continuas escaramuzas y la multitud de tiros acabó con una parte de la guarnición e inutilizó la otra, relajado algún tanto el valor de los sitiados, se aplicaron los macedonios a las minas y aunque tenían por contrario el terreno, la continuación hizo que al cabo de nueve días llegasen a los muros. Se turnó en los trabajos día y noche sin cesar, de suerte que en tres días quedaron socavados y apuntalados doscientos pies de muro. Pero como estos puntales eran muy débiles para sostener tanto peso, el muro se vino abajo antes que los macedonios les prendiesen fuego. Se trabajó después con actividad en desembarazar la brecha y disponerla para el avance, pero cuando ya se iba a dar el asalto, consternados

los sitiados, entregaron la ciudad. Filippo, puestas a cubierto la Magnesia y la Tesalia con esta conquista, privó a los etolios de una gran ventaja e hizo ver a sus tropas la justa razón que había tenido para quitar la vida a Leoncio por haber dado antes tan mala cuenta de su persona en el cerco de Palea. Dueño de Tebas, puso en subasta los moradores que tenía, la pobló de macedonios, y en vez de Tebas la llamó Filippopolis.

Arreglado todo lo perteneciente a esta plaza, le vinieron por segunda vez embajadores de Chío, Rozas Bizancio y del rey Ptolomeo, para tratar de paz. Filippo les respondió, como había hecho antes, que estaba pronto a concertarla si iban primero a explorar las intenciones de los etolios, pero interiormente cuidaba poco de convenirse y sólo pensaba en llevar adelante sus proyectos. Así fue que habiendo tenido noticia de que la escuadra de Scerdilaidas pirateaba alrededor de Malea, que trataba a todos los comerciantes como enemigos y que contra la fe de los tratados había apresado algunos de sus buques anclados en Leucades, equipó doce navíos con puente, ocho sin él y treinta de dos

órdenes y atravesó el Euripo. Su cuidado era sorprender a los ilirios; pero todas sus miras iban dirigidas contra los etolios, ya que no sabía nada de lo acaecido en Italia. Pues no había pasado aún a la Grecia la noticia de que los romanos habían sido derrotados en la Toscana por Aníbal al tiempo mismo que él estaba sitiando a Tebas.

Filipo, no habiendo podido alcanzar los navíos de Scerdilaidas, fondeó en Cencras. De allí destacó los navíos con puente, con orden de tomar el rumbo de Malea para ir a Egio y Patras, y mandó pasar los demás por el istmo del Peloponeso, para que todos anclasen en Lequeo. Él, acompañado de sus amigos, partió con diligencia a Argos para asistir a los juegos Nemeos. Allí mientras que se hallaba viendo uno de los combates gímnicos, le llegó un correo de la Macedonia con la nueva de que los romanos habían perdido una gran batalla y de que Aníbal era dueño de todo el país abierto. El rey mostró al momento la carta a sólo Demetrio de Faros y le previno el secreto. Demetrio se valió de esta ocasión para aconsejarle a que dejase cuanto antes la guerra de la Etolia y pensase en llevar sus armas contra la

Iliria, y de allí pasar a Italia. «La Grecia toda, decía, obedece ya ahora vuestras órdenes y las obedecerá en adelante; los aqueos han entrado de voluntad en vuestros intereses; los etolios entrarán de miedo con lo que han sufrido en la guerra presente; con que sólo el paso a Italia puede seros el principio para la monarquía universal. El proyecto a nadie cuadra mejor que a vos, y la ocasión es ahora, que están arruinados los romanos.»

Un discurso semejante no podía menos de inflamar el corazón de un rey joven, afortunado en sus empresas, intrépido en sumo grado y, sobre todo, descendiente de una casa que, con preferencia a otras, había ambicionado siempre el imperio del universo. Efectivamente, aunque por entonces no descubrió el contenido de la carta sino a Demetrio, reunió después sus confidentes y tuvo un consejo para concertar la paz con los etolios. Arato gustaba de que se compusiesen las cosas, en el concepto de que, superiores como eran en la guerra, concluirían una paz ventajosa. Por eso el rey, sin esperar a los embajadores con quienes había de tratar en general del convenio, despachó al punto a la Etolia a

Cleónico de Naupacta, personaje que desde que había sido hecho prisionero estaba aguardando la asamblea de los aqueos. Él, mientras, tomando los navíos que tenía en Corinto y un ejército de tierra se dirigió a Egio, donde, para no parecer que deseaba demasiado la conclusión de la guerra, se aproximó a Lasió tomó una torre situada sobre las ruinas de esta ciudad y simuló querer atacar a Elea. Después de haber ido y venido Cleónico dos o tres veces, los etolios pidieron se les admitiese a una conferencia. Filipo consintió, y suspendidas todas las hostilidades, escribió a las ciudades aliadas, exhortándolas envasen sus diputados para que interviniesen y deliberasen en común sobre el tratado. Él pasó con el ejército a acampar alrededor de Panormo, puerto del Peloponeso, frente por frente de Naupacta donde aguardó a los plenipotenciarios de los aliados. Mientras éstos se reunían, se hizo a la vela para Zacinto, y arreglado que hubo por si mismo los asuntos de esta isla regresó a Panormo.

CAPÍTULO XXVII

Reunión de Naupacta, donde se concierta la paz de los aliados. Parlamento de Agelao para persuadirles a la unión.

Así que estuvieron reunidos los plenipotenciarios (218 años antes de J. C.), Filipo despachó a la Etolia a Arato y Taurión con algunos otros que los acompañasen. Éstos llegaron allá a tiempo que toda la nación celebraba una asamblea en Naupacta. A las primeras conferencias que tuvieron, advirtieron los deseos que todos tenían por la paz, y al punto volvieron a dar cuenta a Filipo de lo sucedido. Los etolios, con el anhelo de acabar la guerra, enviaron con éstos sus embajadores a Filipo, rogándole viniese a Naupacta con sus tropas, para que tratados más de cerca los asuntos, se concluyesen con más conveniencia. El rey cedió a sus instancias, y pasó a la cabeza de su ejército a lo que llaman los valles de Naupacta, distantes veinte estadios de la ciudad. Allí acampó, levantó una trinchera alrededor de sus navíos y campamento, y esperó el tiempo del congreso. Los etolios acudieron todos sin armas, y separados dos estadios del campo de Filipo, trataban y conferenciaban sobre lo que ocurría. Lo primero

que envió a decir el rey a los diputados de los aliados, fue que concertasen la paz con los etolios, bajo la condición de que unos y otros retuviesen lo que al presente poseían. Esto lo aprobaron los etolios. Sobre los demás artículos particulares hubo de una y otra parte frecuentes legaciones que omitimos por no contener cosa que merezca la pena de referirse. Sólo haremos mención del discurso que tuvo Agelao de Naupacta en la primera sesión, a presencia del rey y de los aliados que habían concurrido.

«Lo que más importa a la Grecia, dijo, es no tener guerras intestinas, y sería un gran favor de los dioses, si con unos mismos sentimientos y cogidos de las manos como los que vadean los ríos, consiguiésemos rebatir los insultos de los bárbaros y conservar nuestras ciudades y personas. Pero ya que no se pueda cimentar esta concordia para siempre, al menos en las actuales circunstancias nos conviene conspirar y velar por la salud común, si echamos la vista sobre los formidables ejércitos e importancia de la guerra que se está haciendo al presente. Pues no habrá alguno, por medianamente instruido que se

halle en la ciencia del gobierno, que no advierta que los vencedores, bien sean cartagineses, bien romanos, jamás se contendrán verosímilmente dentro de la Italia y la Sicilia, sino que extenderán y alargarán sus miras y fuerzas más allá de lo justo. Bajo este supuesto, a todos nos conviene estar atentos al peligro, pero sobre todo a vos, Filipo. El medio de estar a la mira es, si en vez de arruinar la Grecia y facilitar su conquista a los invasores, la miráis como a vuestro propio cuerpo, y tomáis a cargo la defensa de todas sus partes como miembros y pertenencias de vuestro reino. Si de este modo manejáis sus intereses, los griegos os estarán afectos y os serán socios inviolables en vuestros propósitos; y los bárbaros, asustados de la fe que la Grecia os profesa, no podrán maquinarse contra vuestro reino. Sin embargo, si os arrastra la ambición de mandar, volved los ojos al Occidente, y considerad la guerra que abrasa la Italia; que como espíeis con cuidado la ocasión, ello os abrirá camino para el imperio del universo, pensamiento nada extraño en las actuales circunstancias. Pero si tenéis alguna contestación o guerra que hacer a los griegos, os suplico la remitáis a otro tiempo más desocupado; y ahora anheléis

sobre todo a que esté en vuestra mano la potestad de hacer la paz o la guerra con ellos a vuestro antojo. Porque si permitís que la nube que ahora se descubre al Occidente venga a descargar sobre la Grecia, temo con sobrado fundamento que de tal modo nos corte la libertad de hacer treguas, tomar las armas y terminar las disputas que ahora tenemos, que tengamos que suplicar a los dioses nos concedan la facultad de hacer la guerra a nuestro arbitrio, concertar la paz entre nosotros, y, en una palabra, ser árbitros de nuestras contestaciones.»

Este razonamiento de Agelao inflamó a todos los aliados para la paz, pero especialmente a Filippo, a cuyo deseo, dispuesto de antemano por las exhortaciones de Demetrio, fue más conforme el discurso. Y así, convencidos sobre los artículos particulares se firmó el tratado y se retiró cada uno a su casa, llevando a su patria la paz en vez de la guerra. Todos estos acaecimientos, a saber, la batalla perdida por los romanos en la Toscana, la de Antíoco sobre la Cæle-Siria, y la paz de los aqueos y Filippo con los etolios sucedieron en el tercer año de la ciento cuarenta olimpíada. Ésta fue la primera

época, ésta la primera asamblea en que los intereses de Italia y África se mezclaron con los de Grecia. De aquí adelante, bien se hiciese la guerra, bien se concertase la paz, ni Filipo ni los jefes de las repúblicas griegas reglaban sus asuntos con respecto solo a la Grecia, sino que todos tornaban sus miras a la Italia. Los insulares y los pueblos del Asia siguieron poco después el mismo ejemplo. Porque si tenían algún disgusto con Filipo o alguna diferencia con Attalo, ya no acudían a Antíoco y a Ptolomeo, ni miraban al Mediodía y Levante; volvían sí sus ojos al Occidente; y bien a Cartago, bien a Roma, todos dirigían allá sus embajadas. Del mismo modo los romanos, conociendo la audacia de Filipo, enviaban sus legados a la Grecia, por temor que en circunstancias tan calamitosas no se les añadiese este nuevo enemigo.

Pero puesto que hemos manifestado claramente, según ofrecimos al principio, el cuándo, cómo y con qué motivo los intereses de Grecia vinieron a mezclarse con los de Italia y África; y que consecutivamente hemos referido las acciones de los griegos, hasta aquellos tiempos en que los romanos

perdieron la batalla de Cannas, época en que acaba la narración de los hechos de Italia, será bien finalicemos igualmente este libro, una vez que lo hemos igualado con aquella data.

CAPÍTULO XXVIII

Situación de todos los pueblos de Grecia y Asia.
Así que dejaron las armas los aqueos (217 años antes de J. C.),

eligieron por pretor a Timoxeno, y restablecieron sus antiguos usos y costumbres. Asimismo las demás ciudades del Peloponeso entraron en el goce de sus haciendas, cultivaron sus campos e instauraron sus sacrificios, juegos y demás ritos con que cada pueblo daba culto a sus dioses; funciones todas que por la continuación de las guerras precedentes, casi las más habían sido olvidadas. Ciertamente yo no sé cómo los peloponesios, inclinados por naturaleza más que otro pueblo a la vida quieta y sosegada, han gozado hasta ahora de este reposo menos que ninguno, antes bien, según

Eurípides, han estado siempre *rodeados de trabajos y con las armas en la mano*. En mi concepto, es justo castigo porque amantes por naturaleza del mando y de la libertad, viven en una continua guerra, por disputarse sin cesar la primacía. Los atenienses, por el contrario, apenas se vieron libres del terror de la Macedonia, creyeron ya gozar de una libertad constante. Gobernados por Euriclidas y Mición, no se mezclaron en los asuntos de los demás griegos. Siguieron sí ciegamente la conducta e impulsos de sus dos magistrados: fueron pródigos en honrar a todos los reyes, y sobre todo a Ptolomeo; y no hubo especie de decreto o encomio por que no pasasen, ajando en cierto modo la decencia por indiscreción de sus dos jefes.

Poco después del tiempo en que vamos (217 años antes de J. C.), Ptolomeo tuvo que tomar las armas contra sus vasallos. Ciertamente que este rey, en el hecho de haber armado los egipcios contra Antíoco, tomó por el pronto un arbitrio conveniente, pero para adelante le fue pernicioso. Porque ensoberbecidos con la victoria de Rafia, ya no se dignaban obedecer sus órdenes; al contrario,

creyéndose capaces de hacerle resistencia, andaban buscando sólo una cabeza o jefe para rebelarse, como en efecto hicieron transcurrido poco tiempo.

Antíoco, después de hechos grandes preparativos durante el invierno (217 años antes de J. C.), superó el monte Tauro a la entrada del verano, y asociado con el rey Attalo, emprendió la guerra contra Aqueo.

Los etolios (217 años antes de J. C.) ya que no les había salido la guerra conforme a sus ideas, al principio aprobaron la paz contraída con los aqueos, y por eso eligieron por pretor a Agelao de Naupacta, atento a que había sido el autor principal del ajuste. Mas no pasó mucho tiempo sin que se disgustasen y quejasen de su pretor, porque habiendo hecho la paz, no con un pueblo particular, sino con la Grecia toda, les había quitado todas las proporciones de enriquecerse a costa de sus vecinos, y aun les había cortado las esperanzas para el futuro. Pero Agelao sufrió con constancia estas quejas indiscretas, y supo reprimir tan bien sus impulsos, que tuvieron que tolerar la paz, aunque con repugnancia.

Filipo, después de la paz, regresó por mar a Macedonia (217 años antes de J. C.) Allí encontró a Scerdilaidas, quien, bajo el mismo pretexto que tuvo para atacar contra los tratados los navíos en Leucades, había saqueado ahora la villa de Piseo en la Pelagonia, ganado las ciudades de la Dassarétida, sobornado con promesas las de Antipatria, Crisondión y Gertún en la Foibatida, y talado muchos campos de la vecina Macedonia. El rey salió a campaña sin dilación para recobrar las plazas perdidas, y resuelto a medir sus armas con Scerdilaidas. Nada creía era de mayor importancia para otros propósitos que meditaba, y sobre todo para pasar a Italia, como el arreglar primero las cosas de la Iliria. Demetrio incitaba tan de continuo el ánimo del rey a este proyecto, que aun durmiendo soñaba y pensaba en esta expedición Filipo. Esto no lo hacía por amor que le tuviese, apenas tocaba a la amistad un tercer lugar en este asunto; sino por odio que profesaba a los romanos, y principalmente por conveniencia propia, pues sólo así esperaba volver a mandar en Faros. Efectivamente, Filipo recobró las ciudades que hemos dicho y ocupó a Creonión y Gerún, en la Dassarétida; a Enquelanas, Cerace,

Sación y Boios, junto al lago Lichnidio; a Bantia, en el país de los calicoenos, y a Orgiso, en el de los pissantinos. Finalizada la campaña, envió a invernar sus tropas. En este mismo invierno fue cuando Aníbal, arrasados los más bellos países de Italia, fue a acuartelarse en torno a Gerunio en la Apulia, y cuando los romanos crearon cónsules a Aulo Terencio y L. Emilio.

Filipo durante el cuartel de invierno reflexionó que para sus propósitos necesitaba navíos y marinería; esto no tanto porque esperase poder medir sus fuerzas por mar con los romanos, cuanto porque de este modo transportaría con más comodidad sus tropas, llegaría más pronto a donde se había propuesto y se presentaría al enemigo cuando menos lo pensase. Para este proyecto creyó no había mejor construcción de buques que la de los ilirios, y ordenó fabricar cien bergantines, siendo en esto casi sin segundo entre los reyes de Macedonia. Ya que tuvo equipados estos navíos, reunió sus tropas a la entrada del estío, ejercitó algún tanto sus macedonios en el remo y se hizo a la vela al mismo tiempo que Antíoco superaba el monte Tauro.

Habiendo atravesado el Euripo y doblado hacia Malea, arribó a las costas de Cefalonia y Leucades, donde fondeó, y puesto de observación se informó acerca de la escuadra romana. Enterado de que se hallaba anclada en Lilibea, salió del puerto lleno de confianza y dirigió la proa hacia Apolonia.

Ya iba a tocar con la embocadura del Loío, río que baña a Apolonia, cuando un terror pánico, semejante a los que tienen a veces los ejércitos de tierra, se apodero de sus tropas. Algunos barcos de los que venían a la retaguardia, habiendo fondeado en Saso, isla situada a la entrada del mar Jonio, vinieron por la noche a decirle que al mismo tiempo que ellos, habían abordado unos navíos procedentes del Estrecho, y éstos les habían contado cómo dejaban en Regio diez navíos romanos de cinco órdenes que navegaban hacia Apolonia a dar socorro a Scerdilaidas. Filippo creyendo que ya tenía sobre sí tan grande escuadra, lleno de miedo ordenó sin dilación levar anclas y tomar el camino que había traído. Después de una retirada sin orden ni concierto y una navegación de un día y una noche sin cesar, abordó al siguiente a Cefalonia, donde,

alentado algún tanto, dio a entender que había vuelto arreglar ciertos negocios del Peloponeso. Efectivamente, el terror del rey... no era del todo mal fundado. Porque Scerdilaidas, con la noticia de que Filipo hacía construir durante el invierno gran número de buques, pronosticando que vendría contra él, había participado a los romanos esta noticia para rogar su socorro, y éstos le habían enviado diez navíos de la escuadra que estaba en Lilibea, los mismos que se habían avistado delante de Regio. Ciertamente si Filipo aterrado no hubiera tomado inconsideradamente la huida, sin duda hubiera conseguido sus propósitos en la Iliria; pues ocupada toda la atención y fuerzas de los romanos con Aníbal y la batalla de Cannas, verosímilmente se hubiera apoderado de los diez navíos. Pero amedrentado con el aviso, se retiró a la Macedonia sin lesión, mas no sin ignominia.

Por este mismo tiempo realizó Prusias un hecho memorable. Los gálatas que Attalo, por la reputación de su valor, había traído de Europa para hacer la guerra contra Aqueo, habiéndose separado de este rey por los temores que ya hemos apuntado,

fieros e insolentes talaban las ciudades del Helesponto. Por último, ya habían emprendido el asedio de los ilienses, cuando los alejandrinos que habitan la Troada hicieron una hazaña esclarecida. Destacaron allá a Temistes, quien con cuatro mil hombres los hizo levantar el sitio, los cortó los víveres, frustró sus proyectos y los desalojó de toda la Troada. Los gálatas después se apoderaron de Arisba, en el país de los abidenos, desde donde insidiaban y mantenían guerra continua con las demás ciudades de aquellos alrededores. Prusias salió contra ellos y les dio la batalla. Los hombres quedaron todos tendidos sobre el campo de batalla, los hijos y las mujeres fueron degollados casi todos dentro de los reales, y los equipajes abandonados a los vencedores. Con esta acción libertó Prusias de un gran miedo y sobresalto las ciudades del Helesponto, y dio una buena lección a los bárbaros venideros para que no aventurasen otra vez con tanta facilidad el tránsito de Europa al Asia. Tal era el estado de los negocios de Grecia y Asia. En Italia, después de la batalla de Cannas, la mayor parte de los pueblos se pasaron al partido de Cartago, como hemos mencionado antes. Ahora, puesto que hemos

expuesto todo lo que contiene la olimpiada ciento cuarenta concerniente a los asiáticos y griegos, daremos fin a la narración en esta época. En el libro siguiente, después que hayamos recordado en pocas palabras lo que hemos anticipado, en éste convertiremos la palabra al gobierno de los romanos, según prometimos al principio.

LIBRO SEXTO CAPÍTULO PRIMERO

Sobre la fundación de Roma.- Antiguas costumbres.- Licio, hijo de

Demarates, en Roma.- Su amistad con el rey Anco Marcio.

Persuadido estoy de que fue fundada Roma en el segundo año de la séptima olimpiada.
... ..
... El monte Palatino tomó este nombre del de un joven llamado Palante, que allí fue muerto.

... ..
... .. Los romanos prohibían beber vino a las mujeres. Permitíanlas, sin embargo, beberlo cocido. Hacíase este vino con uva cocida y asemejaba en el gusto al vino ligero de Agosthenes o de Creta. Cuando las mortificaba la sed, apagábanla con esta bebida; pero la que bebía vino no podía ocultarlo, primero por no tener a su cuidado y libre disposición la despensa o bodega donde era guardado, y además porque la costumbre obligaba a besar en la boca a sus allegados y a los de su esposo, hasta los hijos de sus primos, siempre que los veía, aunque fuera diariamente; de suerte que, ignorando a quien encontraría, evitaba beber vino, porque el aliento era indicio seguro de la falta

... .. Anco Marcio fundó también a Ostia, ciudad fortificada junto al Tíber

... .. Lucio, hijo de Demarates el Corintiano, fue a Roma con grandes esperanzas, fundadas en su propio mérito y en su riqueza, y persuadido de que encontraría ocasión de probar que no era inferior a ningún ciudadano de la república. Estaba casado con mujer que, a otras

dotes, unía la de ánimo apropiado para secundarle en las empresas que exigen prudencia y astucia. Llegó a Roma; concediósele derecho de ciudadanía; hizo alarde del mayor respeto a las órdenes del rey, y al poco tiempo, debido en parte a su liberalidad, en parte a la agudeza de su ingenio, y especialmente a las artes que aprendió desde la niñez, tanta influencia adquirió en el ánimo del rey, que tuvo con él gran confianza. Andando el tiempo, convirtiéndose en estrecha amistad con el rey Anco Marcio, hasta el extremo de habitar en su palacio y despachar con él los asuntos de Estado. Velando con celo en esta administración por el interés público, ayudaba al mismo tiempo con su crédito y esfuerzos a quienes alguna merced le pedían, y a las veces usaba sus propias riquezas con magnificencia, logrando con los beneficios la adhesión de muchos ciudadanos y la benevolencia de todos por su reputación de honradez: por tales medios consiguió ser elevado al trono.

CAPÍTULO II

Diversas clases de gobierno.- Origen y cambio natural de una en otra.- El mejor sistema de gobierno es el que participa de todos. Así es la República Romana. Si sólo se hubiera de tratar de las repúblicas griegas, del acrecentamiento de unas y de la ruina total de otras, a poca costa se daría cuenta de lo pasado y se juzgaría de lo porvenir. Repetir lo que se sabe, es fácil; y pronosticar lo futuro por conjeturas de lo pasado, no es difícil. Pero habiéndose de hablar de la República Romana, no es lo mismo. Porque ni es fácil analizar su estado presente, por la variedad de gobierno, ni adivinar el futuro, por la ignorancia de las costumbres que, en general y en particular, usó este pueblo antiguamente. Y así, si se han de investigar con precisión las ventajas que en sí encierra esta República, es empresa de un estudio y atención nada común.

Los más que escriben con método de política, asignan tres especies de gobierno: Real, Aristocrático y Democrático. Me parece se les pudiera preguntar con justo motivo si nos las proponen como solas o como las mejores. Pero sea

lo que fuese, a mi entender pecan en uno y otro extremo. No son las mejores; pues que es evidente, y lo comprueba no sólo la razón, sino la experiencia, que la mejor forma de gobierno es la que se compone de las tres sobredichas, tal como la que estableció Licurgo el primero en Lacedemonia. No son tampoco las únicas: vemos ciertos gobiernos monárquicos y tiránicos que se distinguen muchísimo del real, bien que tengan con éste alguna semejanza, bajo la cual todos los monarcas y tiranos procuran en lo posible paliar y colorear el nombre de reyes. Se encuentran también muchos Estados gobernados por un corto número, que aunque parecen tener alguna conformidad con la aristocracia, es infinita la diferencia que entre ellos se halla. Lo mismo se debe decir de la democracia.

Para convencimiento de lo que digo, nótese que no toda monarquía es reino, sino sólo aquella que está formada de vasallos voluntarios y que es gobernarla más por razón que por miedo y violencia; ni toda oligarquía merece el nombre de aristocracia, sino aquella donde se eligen los más justos y prudentes para que la manden. Asimismo no

es democracia aquella en que el populacho es árbitro de hacer cuanto quiera y se le antoje, sino en la que prevalecen las patrias costumbres de venerar a los dioses, respetar a los padres, reverenciar a los ancianos y obedecer a las leyes entre semejantes sociedades sólo se debe llamar democracia donde el sentimiento que prevalece es el del mayor número.

Sentemos, pues, que hay seis especies de gobiernos tres que todo el mundo conoce y nosotros acabamos de proponer, y tres que tienen relación con las antecedentes, a saber: el gobierno de uno solo, el de pocos y el del populacho. El gobierno de uno solo o monárquico se estableció sin arte, sólo por impulso de la naturaleza: de éste se deriva y trae su origen el real, si se añade el arte y la corrección. El real, si degenera en los vicios que le son connaturales, viene a parar en tiranía, y de las ruinas de ésta y aquél nace la aristocracia. De ésta, que por naturaleza se inclina al gobierno de pocos, si el pueblo se llega a irritar y vengar las injusticias de los próceres, se origina la democracia, y si llega a ser insolente y menospreciar las leyes, se engendra la olocracia o gobierno del populacho. Que es cierto

lo que digo, lo conocerá cualquiera fácilmente si reflexiona sobre los principios naturales, origen y alteraciones de cada especie de gobierno. Sólo el que conozca la constitución natural de cada Estado es el que podrá conocer a fondo sus progresos, su auge, su mutación, su ruina, cuándo y cómo sucederá y en qué forma se cambiará. Me presumo que si a alguna república es adaptable este género de examen, es en especial la romana, porque su primer establecimiento y sus progresos son conformes a la misma naturaleza.

Se me dirá acaso que este cambio natural de Estados se halla tratado con más exactitud en Platón y algunos otros filósofos. Pero como esta materia es oscura, prolija y entendida de pocos, nosotros extractaremos lo que convenga a una historia verdadera y sea adaptable a la comprensión de todos; pues caso que esta idea general no satisfaga en un todo el examen individual que se hará adelante, satisfará plenamente las dudas que ahora se formen.

CAPÍTULO III

Origen de las sociedades, y especialmente de las monarquías y de los reinos.

¿Cuál es, pues, el principio de las sociedades, y de dónde diremos que traen su origen? Cuando por un diluvio, una enfermedad epidémica, una escasez de frutos u otras calamidades análogas viene la ruina del género humano, como ya ha ocurrido y dicta la razón que ocurrirá aún muchas veces, con los hombres perecen también los inventos y las artes. Pero después que de las semillas que se han salvado se vuelve a multiplicar con el tiempo la especie humana, entonces sucede a los hombres lo que a los demás animales. Se asocian, se congregan, como es regular a los de una misma especie y lo dicta la debilidad de su misma naturaleza; y entonces por necesidad el que excede a los otros en fuerzas corporales, espíritu y atrevimiento, se pone a su cabeza y los gobierna. Esto debemos creer que es obra puramente de la naturaleza; pues que vemos en

los otros animales que no se gobiernan sino por instinto, que los más fuertes sin disputa hacen oficio de conductores, como el toro, el jabalí, el gallo y otros semejantes. Es muy probable que al principio fuese así la vida de los hombres, juntarse en una grey a manera de animales, y dejarse conducir de los más fuertes y poderosos. Mientras la autoridad se mide por las fuerzas, se llama monarquía; pero después que con el transcurso del tiempo se introduce en la sociedad una educación común y un trato mutuo, ya entonces pasa a ser reino; y este es el momento en que el hombre comienza a formar idea de lo honesto y de lo justo, así como de los vicios contrarios.

Tal es el origen y modo de formarse las sociedades. Todos nos inclinamos naturalmente al coito, y de aquí nacen los hijos. Cuando éstos llegan a la pubertad y no proceden reconocidos, ni socorren a los que los han criado, sino al contrario los tratan mal de palabra u obra, es claro que ofenden y dan en rostro a los que lo ven y son sabedores de los cuidados y desvelos que han tenido los padres en la educación y crianza de los hijos. Y como el hombre

se distingue de los demás animales en que él solo piensa y discurre, no es verosímil deje de considerar una cosa que advierte aún en los otros animales; por el contrario, le hará eco tal ingratitud, le chocará por el pronto tal procedimiento, y previendo el futuro, hará su cuenta de que podrá sucederle a él igual dificultad. Lo mismo digo de un hombre que es socorrido y aliviado de otro en un peligro: si este tal, en vez de dar las gracias al libertador, intenta agraviarle, es constante será odiado y aborrecido de los que lo sepan, y al paso que se compadecerán del prójimo, se temerán no les ocurra a ellos otro tanto. De aquí nace en el hombre una idea de la obligación, contempla la fuerza que tiene, y en esto consiste el principio y fin de la justicia.

Asimismo ¿por qué al que se expone a los peligros por la salud de todos, al que sufre y resiste el ímpetu de los animales más bravos, se le aplaude, se le venera y se le mira como a patrono, y al que hace lo contrario se le desprecia y aborrece? Esto no puede provenir sino de la consideración que hace el vulgo sobre lo torpe y honesto, y sobre la diferencia que hay entre uno y otro extremo; de donde se

deduce, lo honesto merece nuestro celo e imitación, por la utilidad que nos procura; lo torpe nuestra aversión y desprecio. Cuando el que manda y supera en fuerzas a los demás llega a adquirir en el pueblo el concepto de perpetuo favorecedor y recto distribuidor del premio entre sus súbditos según el mérito; de allí adelante, como ya deja de temerse la violencia y hace su oficio la razón, se someten, se unen para conservar la autoridad; y aunque llegue a la decrepitud, unánimes le defienden y conspiran contra los que quieren atacar su poder: y de esta manera, cuando la razón llega a ejercer su imperio sobre la ferocidad y la fuerza, de monarca pasa a rey insensiblemente y sin que nadie lo perciba.

Tal es la primera noción que naturalmente adquiere el hombre de lo honesto y de lo justo, y de los vicios opuestos. Tal el principio y origen del verdadero reino. Los súbditos no sólo conservan a éstos la dignidad real, sino que la continúan a sus descendientes por largo tiempo: porque se persuaden que ramas de semejante tronco, y educadas por tales padres, tendrán también iguales costumbres. Mas desde que el pueblo se disgusta

con los sucesores, pasa a elegirse magistrados y reyes; y entonces ya no recae la elección sobre el brío y la fuerza, sino sobre la prudencia y sabiduría, desengañado por la experiencia de las ventajas de los dotes de espíritu sobre los del cuerpo.

Antiguamente los que una vez eran puestos sobre el trono, envejecían en la dignidad. Sus cuidados eran fortificar puestos ventajosos, rodearlos de murallas y extender sus dominios, tanto para seguridad propia, como para abundancia de lo necesario en sus vasallos. Mientras se ocupaban en esto, como no se diferenciaban ni en el vestido ni en la mesa, sino que traían igual porte y método de vida que los demás, estaban exentos de los tiros de la calumnia y de la envidia. Pero después que sus herederos y sucesores hallaron prevenido todo lo concerniente a la seguridad, y aun más de lo que necesitaban para satisfacer las necesidades de la vida, entonces lisonjeadas sus pasiones con la abundancia, creyeron que la majestad debía fundarse en traer un vestido más rico, mantener una mesa más opípara, gastar un tren más costoso que sus súbditos, y en que ninguno pudiese contradecirles en

sus amores y pasiones aunque ilícitas. De estos desórdenes, unos se suscitaron la envidia y ofensa, otros el odio e ira implacable, y de reyes pasaron a tiranos; pero al mismo tiempo se echaron los cimientos de su ruina, y se conspiró contra su autoridad; propósito que nunca fue de hombres despreciables, sino de los más ilustres, más magnánimos y más esforzados; porque éstos son los que menos pueden sufrir la insolencia de los tiranos.

CAPÍTULO IV

Orígenes de la aristocracia, la oligarquía, la democracia y la olocracia.- Sucesión de unas en otras hasta tornar a la monarquía.

Así que se ve el pueblo con jefes, cuando les presta su poder contra los reyes; y abolida hasta la sombra de reino y monarquía, pasa a fundar y establecer la aristocracia. El pueblo, reconocido a los que le han liberado de los monarcas, se entrega sin reflexionar su conducta, y les fía sus personas.

Éstos, pagados de tal confianza, al principio reputan por principal obligación el bien de la república, y dan toda su atención y cuidado al manejo de los negocios, tanto particulares como del Estado. Pero suceden sus hijos en las mismas dignidades, gentes poco acostumbradas a trabajos, sin la más mínima noción de la igualdad y de la libertad constitutivos de una república, criados desde la infancia entre los honores y dignidades de sus padres; y abandonándose unos a la avaricia y torpe deseo de riquezas, otros a las borracheras y comilonas insaciables, otros a los adulterios y amores infames, transforman la aristocracia en oligarquía; pero al mismo tiempo excitan en el pueblo los mismos sentimientos que anteriormente había tenido, y vienen a lograr el mismo fin que lograron los tiranos.

Si después alguno, vista la envidia y odio de que el pueblo está animado, tiene la audacia de decir o hacer alguna cosa contra los jefes, y halla a la multitud en disposición de coadyuvar sus intentos, las consecuencias son la muerte de unos... y *el destierro de otros*. En este caso a nombrar rey ya no

se atreven; dura aun el temor de la injusticia de los pasados. Para confiar el gobierno a muchos no tienen ánimo; está aun muy reciente la memoria de sus anteriores yerros. Sólo les queda salvo el recurso que hallan en sí mismos, a éste se atienen, y he aquí transformado el gobierno de oligarquía en democracia, y sustituido el poder y cuidado de los negocios en sus personas.

Mientras duran algunos que sufrieron la insolencia y despotismo del gobierno anterior, contentos con el presente estado, prefieren a todo la igualdad y la libertad. Pero suceden jóvenes, entra el gobierno en manos de sus nietos, y ya entonces la misma costumbre desestima la igualdad y la libertad, y sólo se anhela por dominar a los otros: escollo donde comúnmente tropiezan los que exceden en riquezas. De aquí adelante, arrastrados de esta pasión, como no pueden satisfacerla ni por sí propios ni por sus virtudes personales, emplean sus bienes en cohechar y corromper el pueblo de todas maneras. Una vez enseñado éste a dejarse sobornar y vivir a costa de la loca ambición de honores de sus jefes, desde aquel punto desaparece la democracia, y

sucede en su lugar la fuerza y la violencia. Porque acostumbrada la plebe a mantenerse de lo ajeno y a fundar la esperanza de subsistencia sobre el vecino; si a la sazón se la presenta un jefe esforzado, intrépido y excluido por la pobreza de los cargos públicos, se asocia con él, se entrega a los últimos excesos, y todo son muertes, destierros, repartimientos de tierras, hasta que al fin encrucelecida vuelve a hallar señor y monarca que la domine.

Tal es la revolución de los gobiernos, tal el orden que tiene la naturaleza en mudarlos, transformarlos y tornarlos a su primitivo estado. Conocidos a fondo estos principios, bien podrá uno engañarse sobre la duración que ha de tener el presente estado; perorara vez le desmentirá el fallo que eche sobre el grado de elevación o decadencia en que se halla, ni sobre la forma de gobierno en que vendrá a cambiarse, si lo forma sin pasión ni envidia. Con esta investigación fácilmente se conocerá el establecimiento, progresos, elevación y trastorno que vendrá a tener la República Romana. Pues aunque, como acabo de decir, esta República está fundada desde el principio

y acrecentada según las leyes de la naturaleza tan bien como otra, con todo sufrirá igualmente su trastorno natural. Pero esto lo aclarará mejor la consecuencia. Ahora disertaremos brevemente sobre la legislación de Licurgo; asunto que no desdice de nuestro propósito.

CAPÍTULO V

Alabanza del gobierno de Licurgo. Ciertamente Licurgo había llegado a comprender que todos los

trastornos que hemos dicho eran naturalmente inevitables. Se hallaba persuadido que toda especie de gobierno simple y constituida sobre una sola autoridad era peligrosa, por degenerar rápidamente en el vicio familiar y consiguiente a su naturaleza. A la manera que el orín en el hierro, la polilla y la carcoma en la madera son pestes connaturales que, sin necesidad de otros males exteriores corroen estos cuerpos, porque fomentan en sí mismos la causa de su destrucción; de igual modo cada especie de gobierno alimenta dentro de sí un cierto vicio que es

la causa de su ruina. Por ejemplo, la monarquía se pierde por el reino, la aristocracia por la oligarquía, la democracia por el poder desenfrenado y violento; en cuyas transformaciones es imposible, como poco ha manifestábamos, dejen devenir a parar con el tiempo todas las especies de gobierno mencionadas. Atento a esto, Licurgo formó su república, no simple ni uniforme, sino compuesta de lo bueno y peculiar que encontró en los mejores gobiernos, para que ninguna potestad saliese de su esfera y degenerase en el vicio connatural. En su república estaban contrapesadas entre sí las autoridades, para que la una no hiciese ceder ni declinar demasiado a la otra, sino que todas se hallasen en equilibrio y balanza, a la manera del barco que por todas partes es impelido igualmente de los vientos. El miedo del pueblo, que tenía su buena parte en el gobierno, contenía la soberbia de los reyes. Al pueblo, para que no se atreviese contra el decoro de los reyes, refrenaba el respeto del Senado, cuerpo formado de gentes escogidas y virtuosas, que siempre se habían de poner de parte de la justicia. De suerte que la parte más flaca, pero que conservaba en vigor la disciplina, venía a ser la más fuerte y poderosa con

la agregación y contrapeso del Senado. Con este género de gobierno conservaron los lacedemonios su libertad por más tiempo que otro pueblo de que tengamos noticia; y con esta política, Licurgo, previendo de dónde y cómo se originan los males, estableció la mencionada república sin peligro.

Los romanos, aunque en el establecimiento de su república se propusieron el mismo objeto, no fueron conducidos por la razón, sino por los muchos combates y peligros, a cuya costa aprendieron la forma de gobierno que más bien les convenía. De este modo llegaron al mismo fin que Licurgo y fundaron una república la más perfecta que conocemos.

El recto juez no debe calificar los escritores por lo que omiten, sino por lo que manifiestan. Si en ellos encuentra alguna cosa falsa, se debe persuadir que aquélla se les escapó por ignorancia; pero si todo es verdadero, les debe hacer el favor de que el silencio, en ciertas cosas, más proviene del juicio que de la ignorancia.

CAPÍTULO VI

Diversas potestades que forman la República Romana y derechos propios de cada una.

Como hemos dicho antes, el gobierno de la República Romana estaba refundido en tres cuerpos, y en todos tres tan equilibrados y bien distribuidos los derechos, que nadie, aunque sea romano, podrá decir con certeza si el gobierno es aristocrático, democrático o monárquico. Y con razón; pues si atendemos a la potestad de los cónsules, se dirá que es absolutamente monárquico y real; si a la autoridad del Senado, parecerá aristocrático, y si al poder del pueblo, se juzgará que es Estado popular. He aquí, con poca diferencia los derechos propios que tenía en lo antiguo y tiene ahora cada uno de estos cuerpos.

Los cónsules, mientras se hallan en Roma y antes de salir a campaña, son árbitros de los negocios públicos. Todos los demás magistrados, a excepción

de los tribunos, les están sujetos y obedecen. Ellos conducen los embajadores al Senado, proponen los asuntos graves que se han de tratar, y les pertenece todo derecho de formar decretos. A su cargo están todos los actos públicos que se han de expedir por el pueblo, convocar asambleas, proponer leyes y decidir sobre el mayor número de votos. Tienen una autoridad casi soberana en los aparatos de la guerra y en todo lo concerniente a una campaña, como mandar en los aliados a su antojo, crear tribunos militares, alistar ejércitos y escoger tropas. En campaña pueden castigar a su arbitrio y gastar del dinero público cuanto gusten, para lo cual les acompaña siempre un cuestor, que ejecuta prontamente todas sus órdenes. Al considerar la República Romana por este aspecto, se dirá con razón que su gobierno es simplemente monárquico y real. Si no obstante alguno de estos derechos, o de los que diremos después, se cambiase en la actualidad o dentro de poco, no por eso dejará de ser nuestro juicio menos verdadero.

Lo primero en que manda el Senado es en el erario. Nada entra ni sale de él sin su orden. Ni aun

los cuestores pueden expender alguna suma en los usos particulares sin su decreto, a excepción de lo que gasta para los cónsules. Aun para aquellas grandes y considerables sumas que tienen que gastar los censores todos los lustros en reparo y adorno de los edificios públicos, es el Senado quien les da su autorización para tomarlas. Asimismo, todos los delitos cometidos dentro de Italia, que requieren una corrección pública, como traiciones, conjuraciones, envenenamientos y asesinato, son de la jurisdicción del Senado. Es también de su inspección ajustar las diferencias que se originen entre particulares o ciudades de Italia, castigarlas, socorrerlas y defenderlas si lo precisan. Si es menester despachar alguna embajada fuera de Italia para reconciliar las potencias, exhortarlas o mandarlas que emprendan o declaren la guerra, es el Senado quien tiene esta incumbencia. De igual modo da audiencia a los embajadores que vienen a Roma, delibera sobre sus pretensiones, y da la conveniente respuesta. En nada de cuanto hemos manifestado tiene que ver el pueblo; de suerte que si uno entra en Roma a tiempo que no estén los cónsules, le parecerá su gobierno una pura aristocracia; concepto en que están también

muchos griegos y reyes a la vista de que casi todos sus negocios dependen de la autoridad del Senado.

En este supuesto no será extraña la pregunta: ¿qué parte es la que queda al pueblo en el gobierno? Por un lado el Senado dispone de todo lo que hemos dicho, y lo principal, maneja a su arbitrio el cobro y gasto de las rentas públicas; por otro, los cónsules son absolutos en los aparatos de guerra, e independientes en campaña. Sin embargo, el pueblo tiene su parte, y muy principal. Él es el solo árbitro de los premios y castigos, únicos polos en que se sostienen los imperios, las repúblicas y toda la conducta de los hombres. En el Estado donde no se conoce diferencia entre estos dos resortes, o reconocido se hace de ella mal uso, no puede existir cosa arreglada. Y si no, ¿qué equidad donde el bueno está a nivel del malo? El pueblo juzga e impone multas cuando lo merece el delito, y éstas recaen principalmente sobre los que obtienen los primeros cargos. Él sólo condena a muerte, en lo cual hay una costumbre laudable y digna de recordar, por la que el reo de pena capital, mientras se le sigue la causa, tiene facultad de ausentarse

públicamente y acogerse a un destierro voluntario, aunque falte alguna tribu que no le haya prestado su voto. El reo puede vivir con seguridad en Nápoles, Preneste, Tibur u otra ciudad con quien se tenga derecho de asilo. El pueblo distribuye los cargos entre los que lo merecen; la más bella recompensa que se puede conceder a la virtud en un gobierno. Es dueño de aprobar o reprobado las leyes; y lo principal, se le consulta sobre la paz y sobre la guerra; y bien se trate de hacer alianzas, bien de terminar una guerra, bien de concertar un tratado, él es el que ratifica y aprueba estos proyectos, o los anula y desprecia. A la vista de esto cualquiera dirá con razón que el pueblo tiene la mayor parte en el gobierno, y que es popular el Estado.

CAPÍTULO VII

Contrapeso y conexión que poseen entre sí las tres potestades que forman la República Romana.

Una vez expuesto cómo la República Romana esta dividida en tres especies de gobierno, veamos ahora de qué forma se pueden oponer la una a la otra, o auxiliarse mutuamente. El cónsul, después que revestida de esta dignidad sale a campaña al frente de un ejército, aunque parece absoluto quanto al éxito de la expedición, sin embargo necesita del pueblo y del Senado, sin los cuales no puede llevar a cabo sus propósitos. Al ejército por precisión se le han de estar remitiendo, provisiones sin interrupción, pues sin orden del Senado; no se le puede enviar ni víveres, ni vestuario, ni sueldo, de suerte que los propósitos de los cónsules quedarán sin efecto si el Senado se propone no entrar en sus miras o hacer oposición. El consumir o no los cónsules sus ideas y proyectos depende del Senado, pues en él está enviar sucesores concluido el año, o continuarle el mando. En él estriba también exagerar y pondera sus expediciones u oscurecerlas y disminuirlas. Lo que entre los romanos se llama *triumfo*, ceremonia que representa al pueblo una viva imagen de las victorias de sus generales, o no lo pueden celebrar con decoro los cónsules, o no lo obtienen, si el Senado no consiente y da para los

gastos. Por otra parte, como el pueblo tiene autoridad para concluir la guerra, por más distantes que se hallen de Roma, precisan, no obstante, su favor. Porque, como hemos manifestado antes, el pueblo es el que puede anular o ratificar los pactos y tratados. Y lo que es más que todo, una vez depuestos del mando, toca al pueblo el juicio de sus acciones. De suerte que de ninguna forma pueden sin peligro desatender ni la autoridad del Senado, ni el favor del pueblo.

Por el contrario, el Senado, en medio de ser tanta su autoridad, necesita sin embargo atender y tener gran consideración al pueblo en el manejo de los negocios públicos. No puedo proceder en los juicios graves y arduos, ni castigar los delitos de Estado que merezcan muerte si el pueblo antes no los confirma. Lo mismo es de las cosas que respectan al Senado mismo; porque si alguno propone una ley que hiera de algún modo la autoridad de que están en posesión los senadores, o que coarte sus preeminencias y honores, o que disminuya sus haberes, de todo esto toca la aprobación o reprobación al pueblo. A más de esto, si un tribuno se opone a las resoluciones del

Senado, no digo pasar adelante, por ni aun reunirse o congregarse pueden los senadores. El cargo de los tribunos es ejecutar siempre la voluntad del pueblo y atender principalmente a su gusto. A la vista de lo que hemos dicho, no es extraño que el Senado tema y respete al pueblo.

De igual modo el pueblo se halla sujeto al Senado y necesita contemporizar o con todo el colegio o con alguno de sus miembros. Son innumerables las obras que hay por toda Italia, cuyo asiento está a cargo de los censores, como construcción y restauración de edificios públicos, impuestos sobre ríos, puertos, jardines, minas, tierras, y, en una palabra, cuantas gabelas comprende el Imperio romano. Todas estas cosas pasan por manos del pueblo; de suerte que casi desde el primero hasta el último está implicado o en estos ajustes o en el cuidado de estos ministerios. Unos hacen por sí el arriendo con los censores, otros se forman en compañía, aquél sale por fiador del asentista, éste asegura con sus haberes al erario, y de todo esto es árbitro el Senado. Porque él da moratorias, él remite en parte la deuda si sobreviene

algún caso fortuito, y en caso de imposibilidad él rescinde enteramente el asiento. En fin, tiene mil ocasiones en que puede hacer un gran perjuicio o favor a los que manejan las rentas públicas, porque toda inspección de esto atañe al Senado. Y, sobre todo, de este cuerpo es de donde se sacan jueces para los más de los contratos, tanto públicos como particulares, que son de alguna importancia. Convengamos, pues, en que todo el pueblo tiene puesta su confianza en el Senado, y por temor de que con el tiempo necesite su amparo no se atreve a resistir ni oponerse a sus órdenes. Asimismo se guarda bien de hacer oposición a los propósitos de los cónsules, porque todos, en particular y en general, están sujetos en campaña a sus preceptos.

Tal es el poder que tiene cada una de estas potestades para perjudicarse o ayudarse mutuamente, y todas ellas están tan bien enlazadas contra cualquier evento, que con dificultad se encontrará república mejor establecida que la romana. Sobreviene del exterior un terror público que pone a todos en la precisión de conformarse y coadyuvarse los unos a los otros; es tal el vigor y

actividad de este gobierno que nada se omite en cuanto es necesario. Todos los cuerpos contribuyen a porfía a un mismo propósito. No halla dilaciones lo decidido, porque todos en general y en particular cooperan a que tenga efecto lo proyectado. He aquí por qué es invencible la constitución de esta república, y siempre tienen efecto sus empresas. Por el contrario, sucede que los romanos, libres de toda guerra exterior, disfrutaban la buena fortuna y abundancia que les han procurado sus victorias, y que el logro de tal dicha, la adulación y el ocio los hace, como es regular, soberbios e insolentes; entonces principalmente es el ver a esta república sacar de su misma constitución el remedio de sus males. Porque al punto que una de las partes pretende ensoberbecerse y arrogarse más poder que el que la compete, como ninguna es bastante por sí misma, y todas, según hemos dicho, pueden contrastar y oponerse mutuamente a sus propósitos, tiene que humillar su altivez y soberbia. Y así todas se mantienen en su estado, unas por hallar oposición a sus deseos, otras por temor de ser oprimidas de las compañeras.

CAPÍTULO VIII

*Reglamentos militares del pueblo romano.-
Nombramiento de
tribunos.- Recluta de tropas naturales y aliadas.*

Después que eligen cónsules, los romanos pasan a crear tribunos militares. Se nombran catorce de los que ya han servido cinco años, y diez de los que ya han militado diez. Todo ciudadano, hasta la edad de cuarenta y seis años, tiene por obligación que llevar las armas, o diez años en la caballería o dieciséis en la infantería. Sólo se exceptúan aquellos cuyo haber no llega a cuatrocientas dracmas, que éstos los destinan a la marina. Aunque si urge la necesidad, las gentes de a pie prosiguen hasta los veinte años. A ninguno es ilícito obtener cargo de magistrado si no ha cumplido diez años en la milicia. Cuando los cónsules tienen que efectuar levadas de soldados, cosa que se practica todos los años, anuncian primero al pueblo el día en que se deberán reunir todos los que puedan llevar las armas. Venido el día, llegados a Roma los de la

edad competente y congregados en el Capitolio, los más jóvenes de los tribunos, por el orden que los ha elegido el pueblo, o los cónsules les prescriben, se dividen en cuatro partes, porque entre los romanos la total y primaria división de sus tropas es de cuatro legiones. Los cuatro primeros nombrados son para la primera legión, los tres siguientes para la segunda, los cuatro consecutivos para la tercera y los tres últimos para la cuarta. Entre los más ancianos, los dos primeros los aplican a la primera legión, los tres segundos a la segunda, los dos siguientes a la tercera y los tres últimos a la cuarta.

Llevada acabo la división y elección de tribunos de forma que cada legión tenga igual número de jefes, los tribunos, sentados separadamente, sortean las tribus y las llaman una por una conforme van saliendo. De la primera tribu que ha salido por suerte sacan cuatro jóvenes, iguales con poca diferencia de edad y fuerzas, los hacen venir a su presencia y los primeros tribunos escogen los soldados de la primera legión, los segundos de la segunda, los terceros de la tercera y los últimos de la cuarta. Vuelven a llamar otros cuatro, y entonces los

tribunos primeros eligen los soldados de la segunda legión, los segundos y terceros cada uno de la suya y los últimos de la primera. Vienen otros cuatro, los primeros tribunos sacan los soldados para la tercera legión y los últimos para la segunda; de suerte que turnando de este modo la elección por todos, cada legión viene a estar formada de hombres de una misma talla y de unas mismas fuerzas. Una vez completo el número necesario (que a veces es de cuatro mil doscientos infantes para cada legión, y a veces de cinco mil, si amenaza mayor peligro), se pasa a la caballería. Antiguamente había la costumbre de escogerse ésta después de completo el número de gentes de a pie, y para cada cuatro mil se daban doscientos caballos; pero al presente se saca primero la caballería, según la estimación de rentas que tiene hecha el censor, y para cada legión asignan trescientos caballos.

Finalizada la leva del modo manifestado, los tribunos congregan cada uno su legión, escogen uno entre todos, el más idóneo, y le toman juramento *de que obedecerá y ejecutará en lo posible las órdenes de los jefes*. Todos los demás van pasando uno por

uno y prestan el mismo juramento. Al mismo tiempo los cónsules despechan a los magistrados de las ciudades aliadas de Italia, de donde quieren sacar socorro, para hacerles saber el número, día y lugar donde han de concurrir las tropas elegidas. Las ciudades, efectuada la leva y juramento de las tropas de igual modo que hemos dicho, nombran un jefe y un cuestor y las envían. En Roma los tribunos, después de tomado el juramento a los soldados, señalan a cada legión día y lugar donde han de presentarse sin armas y les dan su licencia. Reunidos éstos el día señalado, se escoge de los más jóvenes y más pobres para los que se llaman *vélites*, de los que siguen para *hastatos*, de los que están en el vigor de su edad para *príncipes* y de los más ancianos para *triarios*. Así es que entre los romanos hay cuatro clases de gentes en cada legión, diferentes en nombre, edad y armas. La repartición se hace de este modo: seiscientos los más ancianos para *triarios*, mil doscientos para *príncipes*, otros tantos para *hastatos* y el resto, que se compone de los más niños, para *vélites*. Si la legión pasa de cuatro mil hombres, se reparten a

proporción entre las clases, menos en la de los *triarios*, que ésta nunca varía.

CAPÍTULO IX

Armas utilizadas por los romanos. Por lo que se refiere a los *vélites* están armados de espada, flecha

y broquel, especie de escudo, fuerte por su estructura y bastante capaz para la defensa. Es de figura redonda y tiene tres pies de diámetro. Llevan en la cabeza un adorno humilde. Éste a veces es una piel de lobo o cosa parecida, que sirve a un tiempo de reparo y distintivo para dar a conocer a los oficiales subalternos los que se distinguen o no en los combates. La flecha es una especie de arma arrojadiza, cuya asta mide cuando menos dos codos de largo y un dedo de grueso. El casquillo es un gran palmo de largo, pero tan agudo y afilado, que se tuerza sin remedio al primer golpe y no puedan volverle a arrojar los contrarios: o de otro modo ya es un género común de dardo.

Los de más edad, llamados *hastatos*, portan armadura completa. Ésta, entre los romanos, se compone primero de un escudo, cuya convexa superficie tiene dos pies y medio de ancho y cuatro de largo, o cuando más, el mayor excede un palmo. Está hecho de dos tablas encoladas, y cubiertas por fuera primero con lienzo y después con piel de becerro. Tiene toda la circunferencia guarnecida de alto abajo de un cerco de hierro, para defenderse de los tajos de las espadas y para que no se pudra fijado en tierra. Está asimismo el convexo cubierto de hierro, para liberar los golpes mortales de piedras picas y todo tiro violento. A más de esto tienen espada los *hastatos* que llevan al muslo derecho y llaman española, cuya hoja fuerte y estable es excelente para herir de punta y cortar de tajo por ambos lados. Llevan a más dos picas, un morrión de bronce y botas. Las picas unas son gruesas, otras delgadas; las de más grosor unas son redondas, otras cuadradas; aquellas miden cuatro dedos de diámetro y éstas el diámetro de uno de sus costados. Las delgadas se asemejan a los dardos medianos, que portan también los *hastatos*. La longitud del asta de unas y otras es casi de tres codos. La hoja de hierro

a manera de anzuelo que tienen pegada es de la misma longitud que el asta, cuya unión y encaje está tan bien asegurado, que entra hasta la mitad de la madera y está atravesado con frecuentes clavos; de suerte que, en un apuro, antes se hará pedazos el hierro que falsee el encaje, a pesar de que al final, en aquella parte donde se une con la madera, sólo tenga dedo y medio de grueso: tanto y tan particular es el cuidado que ponen en esta trabazón. Adornan a más de esto el morrión con un penacho de tres plumas derechas, encarnadas o negras, casi un codo de altas; añadidura sobre la cabeza que, junto con las otras armas, los hace parecer el doble mayores, los hermosea y hace terribles al enemigo. El común de soldados añade a lo dicho una plancha de bronce de doce dedos por todos lados, que ponen sobre el pecho, y llaman pectoral, con lo cual quedan armados completamente. Pero los que están regulados en más de diez mil dracmas, en vez de pectoral llevan una cota de malla.

De igual modo están armados los *príncipes* y *triarios*, a excepción de que en vez de picas los *triarios* portan lanzas. De cada una de estas clases

de soldados, menos de la de los *vélites*, se sacan diez capitanes, con respecto al valor. Después de éstos se escogen otros diez, y todos se llaman *centuriones*, de los cuales el primer elegido tiene entrada en el consejo. Éstos vuelven a elegir otros tantos tenientes. Síguese después la división de cada cuerpo, a excepción de los *vélites*, por edades en diez partes, y a cada una la asignan dos jefes de los escogidos y dos tenientes. Los *vélites*, a proporción del número, están divididos por igual en todas las otras partes. Cada una de éstas se llama *centuria*, *cohorte* o *manípulo*, y sus jefes *centuriones* o *capitanes*. Cada uno de éstos escoge en su manípulo dos, los más esforzados y valientes, para llevar las banderas. No es sin motivo el poner dos capitanes a cada centuria. Pues no sabiéndose lo que hará uno solo o lo que le podrá ocurrir, y por otra parte en materias militares no tengan lugar las excusas, no quieren que la centuria esté jamás sin quien la mande. Cuando los dos jefes se hallan presentes, el primer elegido manda la derecha de la cohorte y el segundo la izquierda; pero si uno de ellos está ausente, el que resta la conduce toda. En la elección de centuriones no tanto se mira a la audacia e

intrepidez como al talento de mandar, constancia y presencia de ánimo. No se quiere que sin más ni más vengan a las manos y den principio al combate, sino que perseveren en la prepotencia y opresión del enemigo, y perezcan antes que abandonar el puesto.

La caballería se divide del mismo modo en diez compañías; de cada una se nombran tres capitanes y éstos eligen tres tenientes. El primer capitán manda la compañía, los otros dos hacen veces de *decuriones* y tienen este nombre. En ausencia del primero, entra el segundo en el mando. Las armas de la caballería actualmente son parecidas a las de los griegos; pero antiguamente no traían lorigas, sólo peleaban con túnicas: compostura que para montar y apearse de un caballo les daba mucha agilidad y desembarazo; pero para el combate eran muy peligrosas, porque peleaban desnudos. Las lanzas les eran inútiles por dos razones: la primera, porque haciéndolas delgadas y flexibles no podían acertar directamente con el objeto que estaba delante, y antes de entrar la punta por el contrario las más se hacían pedazos, blandiéndose con el movimiento mismo del caballo; la segunda, porque no las

construían con punta en la parte posterior, y así si al primer golpe se quebraba la punta de delante, el resto venía a serles inútil e infructuoso. Tenían a más un broquel de cuero de buey, parecido a aquellas tortas ovaladas que sirven de oblación en los sacrificios. Esta era una especie de arma que no servía para reparar los golpes por no tener firmeza, y si se llegaba a ablandar y humedecer con las lluvias, la que antes era poco útil, ahora venía a ser de ningún provecho. He aquí por qué desechadas sus propias armas sustituyeron las de los griegos. Efectivamente, con éstas el primer bote de lanza es recto y eficaz, porque la construcción del asta es inflexible y estable, y vuelta al revés es firme y violento. De igual modo, los broqueles son duros y sólidos, ya para la defensa, ya para el ataque. A la vista de esto, los romanos al punto siguieron el ejemplo, porque es el pueblo que más bien cambia de usos y emula lo mejor.

Después que los tribunos han efectuado esta distribución y dado las órdenes convenientes sobre las armas, envían los soldados a sus casas. Llegado el día en que juraron todos reunirse en el lugar

señalado por los cónsules (por lo regular cada uno señala sitio separado para sus soldados, que son la mitad de los aliados, y dos legiones romanas), todos los alistados asisten indefectiblemente, sin que se admita otra excusa a los juramentados que los auspicios y la imposibilidad. Así que están reunidas las tropas aliadas y romanas, doce oficiales, creados por los cónsules y llamados *prefectos*, se encargan de la economía y manejo de toda la armada. Primeramente apartan de todos los aliados que han venido la caballería e infantería más esforzada en un lance apurado, para asistir a los cónsules. Éstos se llaman *extraordinarios*, que equivale en griego a α . El total de aliados de infantería es igual por lo común a las legiones romanas; pero el de caballería es dos veces mayor. De éstos toman para *extraordinarios* la tercera parte, poco más o menos, de la caballería y la quinta de la infantería; el resto lo dividen en dos partes, una llamada ala derecha, otra ala izquierda. Arreglado todo esto, los tribunos forman las tropas romanas y aliadas y las hacen acampar. Como en todo tiempo y lugar es una y sencilla la ordenanza que tienen los romanos en sus campamentos, me ha parecido oportuno dar aquí a

los lectores, en cuanto alcancen mis fuerzas, una idea de la disposición de las tropas en sus marchas, campamentos y formaciones de batalla. Porque ¿quién será tan indolente sobre materias bellas y curiosas, que no quiera detener un rato la consideración en un asunto que, oído, le ha de instruir en un método laudable y digno de saberse?

CAPÍTULO X

Forma de acampar de los romanos. He aquí cómo acampan los romanos. Una vez señalado lugar para

el campo, se toma para tienda del cónsul o *pretorio* el terreno de donde con más facilidad pueda ver y expedir sus órdenes. Plantada una señal en donde se ha de poner la tienda, alrededor se mide un espacio cuadrado, de suerte que todos los lados se disten de la señal cien pasos y toda el área sea de cuatrocientos. A la una de las fachadas y lados de esta figura, aquel que parece más a propósito para salir al agua y al forraje, se sitúan las legiones

romanas de este modo. Ya hemos manifestado que hay seis tribunos en cada legión, y que dos de éstas componen el ejército de un cónsul, conque por precisión han de acompañar doce tribunos a cada cónsul. Las tiendas de éstos se ponen todas sobre una línea recta, paralela a uno de los lados del cuadro que se ha elegido antes y distante de él cincuenta pies. Este espacio sirve para los caballos, bestias de carga y demás equipaje de los tribunos. Las tiendas se sitúan de manera que estén de espaldas al pretorio y mirando al campamento. Está entendido el lector que esta línea es el frente de todo el campo, y así la llamaremos siempre en adelante. Puestas a igual distancia unas de otras las tiendas de los tribunos, ocupan de través tanto espacio como las legiones. Se vuelven a medir hacia delante otro espacio de cien pies, y tirada una línea recta que termine este terreno y venga a estar paralela con las tiendas de los tribunos, se comienza a alojar las legiones, que es de este modo.

Se divide por medio la línea que hemos dicho, y desde este punto se tira otra que haga dos ángulos rectos, donde se aloja frente por frente la caballería

de ambas legiones, a distancia una de otra de cincuenta pies, que forman el espacio del intervalo. La disposición de tiendas en la caballería y en la infantería es igual y parecida; porque bien sea de un manípulo, bien de un escuadrón, la figura es cuadrada, su vista hacia las calles, su longitud de cien pies a lo largo de la calle, y regularmente se procura que la profundidad sea la misma, a excepción del alojamiento de los aliados. Cuando las legiones son más numerosas, se aumenta a proporción lo largo y ancho del terreno. Efectuado el alojamiento para la caballería hacia el centro de las tiendas de los tribunos, viene a figurar como una calle transversal respecto de la línea recta que hemos manifestado y del espacio que se halla delante de las tiendas de los tribunos. Todas las calles están divididas por igual en manzanas, donde de uno a otro lado a lo largo están acampados, bien manípulos, bien escuadrones.

A espaldas de la caballería están puestos los triarios de ambas legiones; detrás de cada escuadrón un manípulo en la misma forma; de suerte que unos y otros están unidos en la misma manzana, pero los

manípulos miran al lado opuesto de la caballería, y ocupa cada uno la mitad de ancho respecto de lo largo; porque por lo común son la mitad menos que los otros cuerpos. Por lo cual, aunque son desiguales en número, como va-ría la anchura, igualan siempre en longitud con los otros.

A cincuenta pies de distancia de los triarios se hallan alojados, frente por frente, los príncipes. Miran a este intervalo, y forman otras dos calles, que principian desde la misma línea recta, tienen su entrada, como la dela caballería, desde el espacio de cien pies que hay delante de los tribunos, y terminan en aquel lado del campo opuesto a las tiendas de éstos, que al principio pusimos por frente de todo el campamento.

A espaldas de los príncipes están los hastatos, mirando a la fachada opuesta, pero unidos en la manzana. Como los trozos de una legión, según la dividimos al principio, se componen cada uno de diez manípulos, ocurre que las calles todas son igualmente largas, y todas finalizan en el lado

opuesto al frente del campo, donde están de través los últimos manípulos.

Desde los hastatos se vuelve a dejar otro espacio de cincuenta pies, donde se halla colocada frente por frente la caballería de los aliados, que principia desde la misma línea recta y finaliza en la misma calle. Ya hemos manifestado antes que el número de aliados de infantería es igual al de las legiones romanas, pero se apartan de aquí los extraordinarios; y que el de caballería es doblado, pero se quita una tercera parte para los extraordinarios. No obstante esta desigualdad, aunque en el terreno que ocupan se les aumenta a proporción la profundidad, se procura que en la longitud igualen con las legiones romanas. Efectuadas estas cinco calles, a espaldas de la caballería aliada se sitúa la infantería de los aliados, dándoles una anchura proporcionada, pero mirando hacia el atrincheramiento, de suerte que forman por uno y otro lado los lados del campo.

A la cabeza de cada manípulo de una y otra fachada están las tiendas de los centuriones. De

igual modo que en la caballería se deja por uno y otro lado un espacio de por medio de cincuenta pies desde el quinto al sexto escuadrón, igualmente se observa en los manípulos de la infantería; de suerte que viene a formarse al promedio de las legiones otra nueva calle, de través respecto a las manzanas, pero paralela con las tiendas de los tribunos. Esta calle se llama la *quinta*, porque corre por los quintos manípulos. Del espacio que cae a espaldas de las tiendas de los tribunos y confina por los lados con la tienda del cónsul, una parte sirve para mercado, y la otra para el cuestor y las municiones.

Desde las últimas tiendas de los tribunos, tirando por detrás de uno y otro lado una línea transversal respecto de estas tiendas, se halla el alojamiento de los escogidos entre la caballería extraordinaria, y otros voluntarios que militan por amistad con el cónsul. Toda esta caballería está alojada a los lados del campo, una parte mirando a la plaza del cuestor, otra al mercado. Por lo común sucede que esta tropa no sólo acampa próxima al cónsul, sino que en las marchas y otros ministerios ejecuta sus órdenes y las del cuestor, y está siempre a su lado.

A espaldas de esta caballería, mirando a la trinchera, se halla la infantería extraordinaria, que hace el mismo servicio. Después de estas tropas se deja una calle, de cien pies de ancho, paralela con las tiendas de los tribunos, que atraviesa de un lado a otro el campamento, por la parte de allá del mercado, la tienda del cónsul y la plaza del cuestor. De parte allá de esta calle acampa la caballería extraordinaria de los aliados, con las vistas hacia el mercado, el pretorio y el tesoro. Al promedio del alojamiento de esta caballería, y frente por frente del pretorio, parte una calle de cincuenta pies, que conduce a la parte posterior del campamento, y viene a desembocar directamente en la calle de cien pies de que acabamos de hablar. Detrás de esta caballería está situada la infantería extraordinaria de los aliados, mirando hacia la trinchera y a la fachada posterior de todo el campamento. El espacio vacío que queda de uno y otro lado está destinado para los extranjeros y aliados que casualmente vienen al campo con algún motivo. Arreglado todo del modo dicho, se ve que la figura de todo el campamento representa un cuadro igual por todos sus lados, y tanto en la división particular de manzanas como en

la disposición de todo lo demás, se asemeja a una ciudad.

Desde la trinchera a las tiendas se deja un espacio por todos lados de doscientos pies. Este vacío es de grande utilidad y provecho, y se halla cómodamente situado para la entrada y salida de las legiones. Porque cada cuerpo tiene la salida a este espacio por su calle respectiva, con lo que se evita que, concurriendo todos a una, se confundan y atropellen unos con otros. A más, los ganados que se traen del campo y los que se cogen al enemigo, se ponen en este sitio y se custodian durante la noche. Pero la principal ventaja es que en las invasiones nocturnas, ni el fuego ni los tiros alcanzan adonde están ellos, a no ser una rarísima casualidad; y dado que ésta ocurra, casi no causan detrimento, por la gran distancia y defensivo de las tiendas.

Sentado el número de infantes y caballos en cada legión, bien se componga ésta de cuatro mil, bien de cinco mil hombres; dada una idea de la profundidad, longitud y latitud de las cohortes, y asignado el

intervalo de calles, plazas y demás sitios, es fácil comprender la magnitud del terreno y circunferencia de todo el campo. Si desde el principio de la campaña es mayor el número de aliados, o se aumenta después por alguna urgencia, a éstos recién llegados, a más del terreno dicho, se les da alojamiento en la inmediación del pretorio, y entonces el mercado y la plaza del cuestor se unen en un lugar, el que parezca más conveniente, y a los que acompañaron el ejército desde el principio, si el número es excesivo, se les hace una calle al tenor de las otras, de uno y otro lado de las legiones romanas a los lados del campo. Para el caso de que se hallen unidas todas cuatro legiones, y los dos cónsules en un mismo recinto, no hay más que figurarse dos ejércitos situados del modo dicho, vueltos el uno hacia el otro y pegados por el lado donde acampan los extraordinarios de uno y otro ejército, los cuales hemos manifestado que se hallan mirando a la espalda del campamento. Cuando esto ocurre, el campo representa un cuadro oblongo, de doble terreno que ante y vez y media mayor de circunferencia. Tal es la manera de acampar los dos cónsules cuando están juntos; pero cuando están

separados, a excepción de que el mercado, el tesoro y las tiendas de los dos cónsules se ponen entre los dos campos, todo lo demás es lo mismo.

CAPÍTULO XI

Servicios de los soldados romanos en sus campos. Una vez concluido el campamento, se reúnen los tribunos, y

toman juramento, uno por uno, a todos los hombres libres y esclavos de cada legión. El juramento consiste *en que no robarán nada del campamento, y lo que se encuentren lo llevarán a los tribunos.* Después distribuyen los manípulos de príncipes y hastatos de cada legión de esta forma: dos para que cuiden del espacio que hay delante del cuartel de los tribunos; porque como la mayoría de los romanos pasan todo el día en esta calle, se procura que esté siempre regada y barrida. De los dieciocho manípulos restantes (hemos sentado antes que los manípulos de hastatos y príncipes son veinte en cada legión, y seis tribunos), sortea cada tribuno

tres, cuyo servicio por turno es éste. Fijar la tienda del tribuno luego de asignado lugar para el campamento; allanar el terreno de alrededor; cuidar de rodear, si es necesario, alguna pieza para seguridad de los utensilios, y dar dos cuerpos de guardia, cada uno de cuatro hombres, uno para el frente y otro para la espalda de la tienda junto a la caballería. Como cada tribuno tiene tres manípulos, y en cada uno de éstos hay más de cien hombres, sin contar con los triarios y los vélites, que éstos no hacen servicio, la fatiga es llevadera, pues no toca la guardia a cada manípulo sino de cuatro en cuatro días. Todo esto, al paso que contribuye para la comodidad de los tribunos en lo necesario, da lustre y autoridad a sus empleos.

Los triarios se hallan exentos del servicio de los tribunos, pero cada manípulo tiene que dar diariamente un cuerpo de guardia al escuadrón de caballería correspondiente que tiene a su espalda. Su obligación, entre otras, es cuidar principalmente de que los caballos no se enreden con los ronzales y se manquen, o que sueltos no acocean a los otros y originen algún alboroto y conmoción en el

campamento. Entre todos los manípulos uno hace diariamente la guardia por turno en la tienda del cónsul, guardia que a un tiempo le asegura de cualquier asechanza y autoriza la majestad del mando.

El levantar el foso y la trinchera por los dos lados toca a los aliados, a cuya intermediación acampan sus dos alas; los otros dos incumben a los romanos, uno a cada legión. Cada lado se divide en partes a proporción de los manípulos; el mecanismo particular de la obra lo presencian los centuriones, y la aprobación de toda ella pertenece a dos tribunos. Asimismo están encargados del restante cuidado del campo los tribunos, que distribuidos de dos en dos turnan en el mando por dos meses durante el semestre, y aquellos a quienes cupo la suerte, autorizan todo lo que pasa en el campo. El mismo mando obtienen los prefectos entre los aliados. Lo mismo es amanecer, que los caballeros y centuriones acuden a las tiendas de los tribunos, y éstos a la del cónsul. El cónsul comunica lo que urge a los tribunos, los tribunos a los caballeros y centuriones, y éstos a los soldados cuando es su

tiempo. Para evitar toda falta en la forma de dar el santo por la noche, se hace de esta suerte: en cada cuerpo, bien sea de caballería, bien de infantería, el décimo manípulo acampa a lo último de la calle, de éste se saca un soldado que está exento de toda fatiga; éste va todos los días, al ponerse el sol, a la tienda del tribuno, donde recibe el santo, que es una tablilla con alguna señal o inscripción y se vuelve. Llegado a su manípulo, entrega la tablilla y la señal delante de testigos al centurión de la cohorte inmediata, éste al de la siguiente, y así sucesivamente hasta llegar a los primeros manípulos que acampan junto a los tribunos. La tablilla, antes que acabe el día, ha de estar de vuelta en poder del tribuno, el cual, si halla suscritas todas las cohortes, conoce que el santo se ha dado a todos, y que para llegar a él ha pasado por manos de todos. Pero si falta alguna, al punto por la inscripción conoce a qué cohorte no se ha dado la tablilla, averigua en qué consiste, y al que tiene la culpa le impone el castigo correspondiente.

Cuanto a las centinelas de por la noche, se distribuyen de esta manera: un manípulo hace la

guardia al cónsul y su tienda. Los nombrados de cada cohorte, según tenemos ya manifestado, la hacen a las tiendas de los tribunos y a los escuadrones de caballería. Asimismo, cada cuerpo saca una guardia de sí propio. Todas las demás se distribuyen a gusto del general. Por lo regular da tres hombres al cuestor, y dos a cada uno de los legados y consejeros. El exterior del campo se halla a cargo de los vélites, que hacen sus centinelas durante el día a todo lo largo de la trinchera. Este es el servicio que hace este cuerpo, a más de otros diez hombres que pone en cada puerta del campo.

De cada cuerpo de guardia destinado a la fatiga, el primero que la ha de montar es conducido por un teniente de cada manípulo al ponerse el sol a la tienda del tribuno; quien entrega a todos estos una tablilla muy pequeña, marcada con alguna nota, y una vez recibida se marchan a sus puestos respectivos.

El cargo de rondar las centinelas es de la caballería. El primer capitán de cada legión

comunica por la mañana a uno de sus subalternos la orden de que nombre cuatro jóvenes de su mismo escuadrón, para hacer la ronda antes de comer. A más de esto, debe prevenir por la tarde al jefe del segundo escuadrón, que a él toca rondar el día siguiente. Éste, advertido, da la misma orden que hemos dicho para el día inmediato, y así sucesivamente. Aquellos cuatro soldados del primer escuadrón elegidos por el oficial subalterno, después que han sorteado entre sí las guardias, se dirigen a la tienda del tribuno donde reciben por escrito la orden de cuántos y cuáles cuerpos de guardia han de visitar. Después, estos mismos cuatro caballeros montan la guardia al primer manípulo de los triarios, cuyo centurión tiene el cuidado de mandar tocar la trompeta a cada vigilia.

Llegado el tiempo, ronda la primera vigilia aquel a quien cupo la suerte, acompañado de algunos amigos que lleva por testigos. Visita no sólo las guardias apostadas en la trinchera y las puertas, sino las de cada manípulo y cada escuadrón. Si halla despiertas y alerta las de la primera vigilia, recibe de ellas la tablilla; pero si encuentra alguna dormida, o

que ha abandonado el puesto, pone por testigos a los que lleva consigo, y se marcha. La misma diligencia se hace en la ronda de las vigilias restantes. El cuidado de tocar la trompeta a cada vigilia, para que tanto los que han de rondar como las centinelas estén acordes, incumbe por días a los centuriones del primer manípulo de los triarios de cada legión.

CAPÍTULO XII

Castigos de los delitos y premios al valor.
Apenas amanece, que al punto los que han estado de ronda llevan

al tribuno las tablillas; quien si encuentra todas las que antes había entregado, los deja ir sin castigo, pero si falta alguna respecto el número de centinelas, inquiere por la nota de qué cuerpo de guardia es la que falta y averiguado, llama al centurión. Éste hace venir a los que estaban nombrados, para la guardia, y los carea con la ronda. Si la falta reside en las centinelas, la ronda pone por testigos a sus compañeros. Por eso es necesario que

los lleve; de lo contrario, recae sobre ella toda la culpa. Se forma al instante un consejo de guerra, el tribuno sentencia, y al que sale condenado se le da una paliza.

La *paliza* es de esta forma: coge el tribuno una varita, con la que no hace más que tocar al reo, y al punto todos los de la legión dan sobre él a palos y pedradas, de suerte que los más pierden la vida en el suplicio. Pero si alguno escapa, no por eso queda salvo, porque ni se le permite tornar a su patria, ni se atreverá pariente alguno a acogerle en su casa. Y así el que una vez ha venido a tan triste estado, no le queda más arbitrio que la muerte. El mismo castigo existe para el oficial subalterno y el jefe del escuadrón, si aquella la ronda y éste al decurión del escuadrón siguiente no les advierte a tiempo su obligación. De este modo, un castigo tan severo e irremisible mantiene en su vigor la disciplina de las centinelas nocturnas.

Los soldados reciben las órdenes de los tribunos, y éstos de los cónsules. El tribuno puede imponer

multas, exigir fianzas y aplicar castigos. Igual potestad tienen los prefectos entre los aliados. Se castiga asimismo con paliza al que roba en el campamento, al que jura en falso, al que en la flor de la edad abusa de su cuerpo, y al que ha sido multado tres veces por una misma cosa. Tales son los delitos que se castigan con pena corporal. Hay otros que sólo tienen una nota de timidez e ignominia; como si uno, por lograr premio, cuenta al tribuno una hazaña que no ha realizado; Si apostado de centinela, desampara por miedo el sitio, o si cobarde arroja las armas en el .combate. Por eso se ven soldados que, temerosos del castigo que les espera, prefieren antes perecer visiblemente en el puesto ,aunque sea superior el número de los enemigos, que no abandonar la línea. Otros que, perdido durante la acción el escudo, la espada u otra cualquier arma, se lanzan temerarios en manos de los contrarios, o para recobrar lo que han perdido, o para evitar con la muerte la manifiesta vergüenza y escarnio de sus compañeros.

Si tal vez son muchos los que han incurrido en la misma falta, y manípulos enteros han sido forzados

a dejar sus puestos, entonces no imponen la pena de palos o muerte a todos, pero se valen de un expediente no menos útil que terrible. Reúne la legión el tribuno, hace salir al medio los culpados, y luego de una severa reprensión, sortea unas veces de cinco en cinco, otras de ocho, otras de veinte, y en una palabra, ateniéndose al número, procura que salga siempre el décimo. A aquellos a quienes cupo la suerte, se les da la paliza sin remedio. A los demás en vez de trigo se les distribuye ración de cebada, y se les hace acampar fuera del real y de las fortificaciones del campamento. De esta forma, como el peligro y el miedo de salir por suerte amenaza por igual a todos, como que no se sabe a quién tocará, y por otra parte la ignominia de mantenerse con cebada recae sobre todos; de esta disciplina se saca un preservativo, que infunde terror para el futuro, y corrige al mismo tiempo el daño pasado.

Para inspirar valor a la juventud, tienen un excelente medio. Después de una batalla, si algunos se han señalado, el cónsul convoca el ejército, coloca a su lado los que se han distinguido, hace

primero un elogio de cada uno sobre aquella hazaña particular y sobre cualquiera otra digna de recordar que haya realizado durante el resto de su vida y después los recompensa. Si ha herido al enemigo, le obsequia con una lanza; si le ha muerto o despojado, al de pie le da una copa, y al de a caballo un jaez, bien que antiguamente no se daba más que una lanza. Pero esto se debe entender, no de aquellos soldados que en una batalla campal o en la toma de una plaza hubiesen dado muerte o despojado algunos contrarios, sino de aquellos que en una escaramuza o cualquier otro encuentro particular, donde no es obligado acudir personalmente, de voluntad y por gusto se arrojan al peligro.

En la toma de una ciudad, los que primero montan el muro tienen una corona de oro. Asimismo existen premios para el que pone en libertad o salva la vida de un ciudadano o aliado. Regularmente el mismo libertado corona a su libertador; y si no quiere, le compele el tribuno por sentencia, y a más tiene que respetarle durante toda su vida como a padre, y prestarle todos los oficios como a hacedor.

Con estos estímulos se excita la contienda y emulación, no sólo de los que se hallan presentes en las batallas, sino de los que han quedado en sus casas. Porque los que han conseguido estos premios, a más de la gloria que disfrutan en el campo y fama que alcanzan en su patria, de regreso de la campaña se presentan en las fiestas y juegos con estos distintivos del valor, que no es permitido llevar sino a los que el cónsul ha honrado. A más de esto cuelgan en el sitio más visible de sus casas los despojos que han tomado al enemigo, para que sean monumentos y testimonios de su esfuerzo. Pueblo que con tanto cuidado y esmero dispensa el premio y el castigo en la milicia, no es extraño logre un éxito feliz y brillante en sus empresas.

La infantería tiene al día dos óbolos de sueldo; los centuriones doble, y la caballería una dracma. Al soldado de a pie se le entrega una ración de trigo, que es poco más de dos partes del medimno ático; a la caballería siete medimnos de cebada por mes, y dos de trigo. La infantería aliada está igual con la romana; mas la caballería tiene un medimno y un tercio de trigo, y cinco de cebada. Todo esto se da

gratuitamente a los aliados; pero respecto de los romanos, el cuestor les descuenta de sus sueldos una cierta suma de víveres, vestuario y armamento si se necesita.

CAPÍTULO XIII

Forma de abandonar el campo, marchar el ejército y asentar las tiendas.

He aquí cómo levantan el campo. Al primer toque, descuelgan las tiendas y lían el bagaje. Mas a nadie es lícito quitar o poner tienda, sin haberlo hecho antes con la del cónsul y las de los tribunos. Al segundo toque, se coloca el bagaje sobre las bestias; y al tercero empiezan a marchar los primeros, y se mueve todo el campo. Regularmente van en la vanguardia los extraordinarios, síguese después el ala derecha de los aliados, y a su inmediación los bagajes de unos y otros. Marcha luego la primera legión de los romanos y detrás todo su equipaje. A continuación va la segunda legión,

seguida de su propio bagaje y del de los aliados, que cierran la marcha. Porque siempre en éstas ocupa la retaguardia el ala izquierda de los aliados. La caballería, unas veces marcha detrás de su cuerpo de infantería respectivo, otras camina a los lados de las bestias de carga, para contenerlas y eximirlas de un insulto. Cuando amenaza el enemigo por la retaguardia, todo permanece en el mismo estado; sólo los extraordinarios de los aliados, desde la vanguardia pasan a la retaguardia. Entre las legiones y las alas hay alternativa; un día por su turno marchan a la cabeza, y otro a la cola, para que todos participen igualmente del agua y de los forrajes.

Existe otro género de marcha, para cuando se recela algún peligro y se camina por lugares descampados. Se sitúa los hastatos, los príncipes y los triarios a igual distancia unos detrás de otros en forma de falange triple, y se coloca el bagaje de los primeros por delante, el de los segundos detrás de los primeros, y el de los terceros detrás de los segundos, de suerte que los bagajes y los diferentes cuerpos de tropas estén mezclados alternativamente. Dispuesta así la marcha, cuando surge el peligro,

por una conversión bien a izquierda, bien a derecha, se hace avanzar el ejército fuera de los equipajes, hacia el lado donde se presenta el enemigo. De esta forma, en un momento y con un solo movimiento, todo el ejército viene a quedar formado en batalla, a no ser que tengan que hacer alguna evolución los hastatos, que entonces los bagajes y toda su comitiva vienen a quedar a espaldas de la formación de batalla, en una posición defendida de todo peligro.

Cuando ya se aproximan al lugar destinado para campamento, se adelantan el tribuno y los centuriones nombrados para este efecto. Estos, después de reconocido todo el terreno donde se ha de acampar, escogen lo primero un sitio donde se ha de instalar la tienda del cónsul, y hacia qué fachada o lado del pretorio han de estar alojadas las legiones. Señalados estos lugares, miden el ámbito que ha de ocupar el pretorio; tiran después una línea recta, sobre la cual han de estar situadas las tiendas de los tribunos; y de aquí otra paralela, desde donde ha de comenzar a acampar el ejército. De igual modo, del otro lado del pretorio hacen sus dimensiones, de que

ya hemos hablado anteriormente muy por menor. Como todos los espacios se hallan determinados y sabidos por el largo uso, todas estas medidas se toman con facilidad en poco tiempo. Después de lo cual fijan cuatro banderas; la primera donde ha de estar la tienda del cónsul, la segunda hacia la fachada que se ha elegido, la tercera en el promedio de la línea donde se han de alojar los tribunales, y la cuarta donde han de acampar las legiones. Todas estas banderas son de color encarnado, menos la del cónsul que es blanca. De parte allá del pretorio, unas veces se fijan simples estacas, otras banderas de diversos colores. Realizado esto, se pasa a tomar las dimensiones de las calles, y en cada una se clava una lanza; de suerte que lo mismo es estar a tiro el ejército de poder echar una ojeada sobre el lugar del campamento, que al punto se le representan distintamente todas sus partes, conjeturándolas e infiriéndolas por la bandera del general. Finalmente, como todos saben a ciencia cierta en qué calle y en qué parte de la misma ha de estar su tienda, porque cada una ocupa siempre un mismo sitio, viene esto a parecerse a cuando un regimiento entra en una ciudad de donde es natural. Entonces, como todos

en general y en particular saben en qué parte de la ciudad se halla su morada, desde la misma puerta, sin extraviarse a un lado ni a otro, se dirigen y llegan a su propia casa sin equivocarse. Igual cosa ocurre en los campamentos de los romanos.

En mi opinión, si los romanos han seguido diferente método que los griegos cuanto a esta parte, ha sido principalmente por consultar a la facilidad. Los griegos en sus campamentos prefieren siempre atenerse a la fortaleza del terreno, ya por ahorrarse el trabajo de levantar la trinchera, ya porque piensan que no es igual la seguridad que presta el arte a la que ofrece la naturaleza. De aquí la necesidad en que se ven de dar al campamento la figura que da de sí el terreno; de aquí la variación de sus partes, ya de una, ya de otra forma, según los diferentes sitios y de aquí, finalmente, la incertidumbre que tiene el soldado de su lugar respectivo y del do su cuerpo; en vez de que los romanos, a costa del trabajo de un foso y otras fatigas ajenas, consiguen la ventaja de la facilidad y del método sabido y único de acampar siempre de un mismo modo. Esto es lo principal que

hay que observar sobre las legiones romanas, y en especial sobre sus campamentos.

CAPÍTULO XIV

Gobiernos famosos en la antigüedad y comparación de unos con otros.- Gobierno de Creta, ni parecido ni digno de alabanza como el de Licurgo. Aproximadamente todos los escritores han hablado con elogio de las repúblicas de Lacedemonia, Creta, Mantinea y Cartago. Las de Atenas y Tebas han tenido asimismo sus admiradores. Cuanto a las cuatro primeras, vaya en hora buena; pero respecto de las dos últimas, como sus progresos no han sido proporcionados, ni su elevación permanente, ni sus reformas realizadas con moderación, creo no es preciso que nos detengamos. Si tal vez estos pueblos florecieron, fue como una luz pasajera, que al tiempo mismo que los representaba el colmo de la gloria y felicidad que disfrutarían después, los redujo al extremo opuesto. Los tebanos, si han adquirido reputación entre los griegos, ha sido porque uno u otro de sus

ciudadanos, informados del estado de los lacedemonios, les han atacado a tiempo que la imprudencia de éstos les había conciliado el odio de sus aliados. Prueba clara de que no es la causa de sus prósperos sucesos la constitución del gobierno, sino el mérito de los que gobernaban, es que todas sus proezas crecieron, florecieron y finalizaron durante la vida de Epaminondas y Pelópidas. Convengamos en que no al gobierno, sino a las cabezas se debe atribuir el brillante papel que entonces hizo la República de Tebas.

El mismo juicio se ha de hacer de la República de Atenas. Feliz de tiempo en tiempo, pero en el colmo de su elevación cuando la gobernaba Temístocles, en un instante decayó de aquel grado de poder por la in-constancia de sus costumbres. El pueblo de Atenas ha sido siempre como una nave sin piloto. En ésta, bien por temor de un enemigo, bien por peligro de una tempestad, si a los marineros les place conformarse, y obedecer al piloto, todos cumplen con sus ministerios exactamente; mas si recobrados del miedo pasado, empiezan a despreciar a sus jefes, a amotinarse y a no convenirse,

entonces, como uno quiere que se prosiga el viaje, otro insta a que se tome puerto, aquel manda que se desplieguen las velas, éste que se recojan, semejante división y trastorno representa un espectáculo horrible a los navíos próximos, y es una constitución peligrosa a los mismos que la tripulan. Así se ve, que después de haber recorrido espaciosos mares, y haber escapado de furiosas borrascas, vienen a naufragar en el puerto y sobre la misma costa. He aquí cabalmente lo que ha ocurrido ya muchas veces por la República de Atenas. Puesta a salvo tal vez de los mayores y más terribles vaivenes por el valor del pueblo y de los que la gobernaban, la hemos visto otras estrellarse en su mayor bonanza y cuando no existe peligro, por no sé qué temeridad e imprudencia.

Esto supuesto, se me dispensará hablar más de estas dos repúblicas, donde el pueblo dispone de todo a medida de sus pasiones. En la primera, todo se hace con precipitación y encono; y en la segunda, con fuerza y violencia. Pasemos a la de Creta, y examinemos los dos puntos que nos refieren los más hábiles escritores de la antigüedad, Eforo, Jenofonte,

Calístenes y Platón. Primeramente sientan que esta república es similar y una misma con la de Lacedemonia; y en segundo lugar dicen que es digna de alabanza. En mi opinión, ni uno ni otro es verdadero, y si no, véase la prueba. Empieza por la semejanza. Tres cosas caracterizan el gobierno de Lacedemonia: primera, la posesión de bienes raíces, de los cuales no es lícito tener un ciudadano mas que otro, sino que todos han de poseer igual porción de tierra concejil; segunda, el ningún valor del dinero, por cuyo medio se logra cortar de raíz en el gobierno la disputa del más y del menos; tercera, la perpetua sucesión en el reino de padres a hijos, y la constante autoridad de los que llaman viejos durante su vida por cuyas manos pasan todos los negocios del Estado. Todo lo contrario ocurre entre los cretenses. Las leyes les permiten tener bienes raíces cada uno según sus facultades, sin que haya límites prescritos. El dinero se halla entre ellos en tanta estima, que su adquisición no sólo se tiene por necesaria, sino por muy honrosa. En una palabra, las costumbres sórdidas y avaras tienen allí tal imperio, que de todas las naciones en solo Creta ninguna ganancia se reputa por torpe y vergonzosa. En fin, la

magistratura es anual, y se ejerce como en el estado popular; de suerte que muchas veces he llegado a dudar cómo de dos repúblicas diametralmente opuestas han podido decir estos escritores que se asemejan y son entre sí conformes. Estos autores, después de no advertir tan evidentes diferencias, se ponen a tratar, en un largo suplemento, que Licurgo solo entre todos los mortales es el que ha conocido que los dos principales polos donde se sostiene todo gobierno son el valor en la guerra, y la unión entre los ciudadanos; que este legislador, con haber cortado de raíz la avaricia, había desterrado de su república toda doméstica discusión y alboroto; y que por eso la Lacedemonia, libre de esta peste, era el gobierno mejor de toda la Grecia para conservar la unión. Luego de haber dicho semejantes expresiones, y haber realizado cotejo con la República de Creta, donde la ambición natural al dinero ha producido, no digo particulares discordias, sino generales sediciones, muertes y guerras civiles; sin reparar en esto, se atreven a proferir que son semejantes estos gobiernos. Eforo, en la descripción que efectúa de estas dos repúblicas, usa de unos mismos términos, a excepción de los nombres

propios; de suerte que a no prestar atención a esta diferencia, no se podrá conocer de cuál de las dos habla. Esta es la diversidad que a mi entender se encuentra en ellas, ahora se explicará cómo la de Creta ni es digna de elogio, ni de emulación.

En mi opinión, dos son los fundamentos de todo gobierno, las leyes y las costumbres, y de éstas depende la estimación o menosprecio de su fuerza y constitución. Aquellas leyes y costumbres merecen aprecio, que hacen la vida de los particulares inocente y casta, y forman los institutos públicos humanos y justos, y aquellas otras son dignas de aversión, que producen los efectos contrarios. Así como cuando advertimos en un pueblo costumbres y leyes justas, afirmamos sin reparo que su gobierno y los miembros que le componen son laudables; así también cuando vemos que la avaricia reina en los particulares y la injusticia en las acciones públicas, podremos decir con razón que sus leyes son malas, sus usos particulares perversos, y su estado despreciable. Es así que en pueblo ninguno, exceptuando a muy pocos, se hallarán hombres de más dolo y mala fe que los cretenses, ni estado de

designios más inicuos que el de Creta. Luego reprobada semejante comparación, sentemos que ni es semejante al de Lacedemonia, ni merece aplauso ni emulación.

No tuve por conveniente proponer aquí la república de Platón, a pesar de que entre los filósofos tiene sus panegiristas. Porque así como en los combates públicos no se admite a los cortesanos y atletas que no están matriculados, o han dado alguna prueba de su valor, tampoco se debe traer a colación esta república en una disputa sobre precedencia, si antes no presenta de propia cosecha algún efecto real y verdadero. Hasta el presente, si se quisiese compararla con la de Esparta, Roma o Cartago, sería lo mismo que proponerse hacer un parangón entre una estatua y un hombre vivo y animado; por mucho realce que se quiera dar al arte en la estatua, los espectadores siempre hallarán excesiva desproporción y desemejanza en el cotejo. Dejemos, pues, esta república, y pasemos a la de Lacedemonia.

CAPÍTULO XV

Gobierno de Licurgo, apto por sí solo para mantener la libertad. Superior bondad y eficacia que encierra en sí la constancia de la República Romana para extender sus fronteras. En mi opinión, Licurgo estableció tales leyes y tomó tan sabias providencias para mantener la concordia entre los ciudadanos, poner a cubierto la Laconia, y conservar a Esparta una libertad permanente, que más la juzgo esta obra divina que humana. Aquella igualdad de bienes raíces, aquella simplicidad y frugalidad de vida común, por precisión había de formar hombres sobrios y un estado exento de toda discordia. Aquel ejercitarse en los trabajos, aquel endurecerse en las penalidades, sin remedio había de producir lacedemonios robustos y esforzados. Y desengañémonos, que concurriendo en un hombre o en un Estado estas dos virtudes, la fortaleza y la templanza, ni es fácil que nazca vicio dentro de casa, ni la conquista por el vecino es así como quiera. He aquí por qué Licurgo, fundada su república sobre estas dos bases, procuró a toda la

Laconia una seguridad sólida, y dejó a sus moradores una libertad permanente. Sin embargo, me parece que este legislador, ni en el derecho privado de la república, ni en el público del Estado, dejó cosa dispuesta cuanto a la extensión de límites, mando y arrogación de autoridad sobre los países próximos. Y así le faltó, o haber impuesto a la nación esta cortapisa, o haberla inspirado este deseo, para que así como formó sobrios y parcos a los particulares, hubiese hecho asimismo moderado y contenido a todo el Estado. Y no que ahora, viviendo el particular sin codicia y con mucha moderación en sus derechos públicos y privados, el conjunto de la nación es el más ambicioso, el más amante de dominar y enriquecerse a costa de los otros griegos.

Porque, ¿quién no sabe que los lacedemonios fueron casi los primeros de toda la Grecia que, codiciosos del país vecino, declararon la guerra a los messenios, por vender los prisioneros en almoneda? ¿Quién ignora que la obstinación les empeñó entonces en el juramento de no levantar el sitio antes que Messena fuese tomada por fuerza? Fuera de que

es notorio al mundo que por mandar en la Grecia tuvieron la debilidad de someterse a las órdenes de aquellos mismos a quienes con anterioridad habían vencido con las armas. Pues en la invasión de los persas en la Grecia, después de haberlos vencido y haberlos hecho volver y retirar a su patria, les entregaron bajamente por la paz de Antalcida aquellas mismas ciudades por cuya libertad habían tomado las armas, únicamente por reunir dinero para sujetar a los griegos. Entonces fue cuando supieron que su legislación era defectuosa. Porque mientras se limitó su ambición a los países próximos y a mandar dentro del Peloponeso, la misma Laconia les sufragó suficientemente tropas y provisiones, dándoles proporción para tener todas las municiones necesarias, y comodidad para regresar rápidamente a sus casas y transportar sus aprestos. Pero desde que pensaron en poner escuadras sobre el mar y mantener ejércitos en el exterior del Peloponeso, ya entonces se desengañaron que ni su moneda de hierro, ni la permuta de frutos anuales que Licurgo había establecido, eran bastantes; y que sin una moneda común, y sin auxilios extranjeros no podía el Estado sufragar a sus necesidades.

De aquí la necesidad de mendigar el favor de los persas; de aquí la imposición de tributos sobre los insulares; de aquí, finalmente, se siguió la exacción de dinero de toda la Grecia; como que ya se hallaban persuadidos a que con solas las leyes de Licurgo no podían no digo imperar sobre Grecia, pero ni aun emprender cosa considerable. Pero ¿a qué efecto esta digresión? Para que los mismos hechos den a conocer que el gobierno de Licurgo es suficiente por sí para la propia defensa del Estado, y para la conservación de la libertad. Pues es preciso conceder a los que aplauden la forma y constitución del gobierno lacedemonio, que en cuanto a este punto, ni existe, ni ha existido jamás otro que se le iguale. Mas si se ambiciona empresas mayores, si se tiene por glorioso y brillante aquello de mandar a muchos súbditos, someter y señorear muchas provincias, y atraerse sobre sí las miras y atención de todos; se debe confesar que la República de Lacedemonia es defectuosa, y que la romana la lleva muchas ventajas, por poseer una constitución más poderosa. Los hechos mismos evidencian lo que digo. Los lacedemonios, por aspirar al mando sobre la Grecia, estuvieron cerca de perder la libertad; los

romanos por el contrario, después de sujeta la Italia, sometieron en poco tiempo todo el universo, contribuyendo no poco al logro de la empresa la abundancia y facilidad que en sí mismos hallaron de proveerse de pertrechos.

CAPÍTULO XVI

Paralelismos de la República cartaginesa y la romana. En mi concepto, la República de Cartago en sus principios fue

muy bien establecida, por lo que se refiere a los puntos principales. Porque había reyes o *sufetes*, existía un senado con una autoridad aristocrática, y el pueblo era dueño acerca de ciertas cosas de su inspección. En una palabra, el enlace de todas estas potestades se asemejaba al de Roma y Lacedemonia. Pero en tiempo de la guerra de Aníbal era inferior la cartaginesa, y superior la romana. Esta es una ley de naturaleza, que todo cuerpo, todo gobierno y toda acción tengan sus progresos, su apogeo y su ruina; y que de todos el segundo sea el más poderoso. En

este estado es cuando se ha de ver lo que va de gobierno a gobierno. Todo cuanto tuvo de anterior el estado de perfección y vigor de la República de Cartago respecto de la de Roma, otro tanto tuvo de anticipada su decadencia; en vez de que la de Roma se hallaba entonces en su mayor auge. Ya el pueblo se había arrogado en Cartago la principal autoridad en las deliberaciones, cuando en Roma estaba aún en su vigor la del senado. Allí era el pueblo quien resolvía, cuando aquí eran los principales quienes deliberaban sobre los asuntos públicos. Y he aquí por qué a pesar de la entera derrota de Cannas, las sabias medidas del senado vencieron finalmente a los cartagineses.

Sin embargo, si reflexionamos sobre ciertos puntos particulares, por ejemplo, sobre el arte militar, encontraremos que los cartagineses tenían más disposición e inteligencia de la guerra de mar que no los romanos, ya porque desde la antigüedad habían heredado esta ciencia de sus mayores, ya porque la habían ejercitado más que otro pueblo. Mas sobre la guerra de tierra eran muchísimas las ventajas que los romanos llevaban a los

cartagineses; puesto que Roma ponía sobre este ramo el mayor esmero, mientras que Cartago lo tenía del todo abandonado, aunque cuidase algún tanto de su caballería. La causa de esto es porque esta República se sirve de tropas extranjeras y mercenarias, y aquella, por el contrario, saca las suyas del país y de la misma Roma. Cuanto a esta parte, es más plausible el gobierno romano que no el cartaginés. Porque el uno tiene puesta siempre su libertad en manos de tropas venales, y el otro en su propio valor y en el auxilio de sus aliados. Por eso, bien que tal vez reciba un golpe mortal el estado, los romanos en la hora recobran sus fuerzas, pero los cartagineses se levantan con trabajo... Además de que, como los romanos pelean por su patria y por sus hijos, jamás se enfría en ellos aquel primer ardor, por el contrario, permanecen resueltos hasta triunfar del contrario. He aquí por qué, no obstante ser muy inferiores en habilidad sus tropas de mar, como manifestábamos antes, con todo han salido vencedores por el valor de sus soldados. Pues aunque la ciencia náutica contribuye muchísimo para los combates navales, sin embargo, el esfuerzo de la marinería hace un gran contrapeso para la

victoria. A más de que la naturaleza ha diferenciado a los italianos de los cartagineses y africanos tanto en la fuerza corporal como en el ardor y espíritu, tienen asimismo ciertos institutos que excitan infinito el valor en la juventud. Un solo ejemplo bastará para dar una idea del cuidado que tiene el ministerio en formar hombres que arrosten todo peligro por lograr aplauso en su patria.

Cuando muere en Roma algún personaje de consideración, a más de otros honores que se le tributan en el entierro, se le lleva a la tribuna de las arengas, donde se le expone al público comúnmente en pie, y rara vez echado. En medio de una innumerable concurrencia sube a la tribuna su hijo, si ha dejado alguno de edad competente y se halla en Roma, o cuando no un pariente, y hace el panegírico de las virtudes del difunto y demás acciones y exponer a la vista de la multitud los hechos del muerto; de que proviene que no sólo los partícipes en sus acciones, sino aun los extraños toman parte en el sentimiento, que más parece luto general del pueblo que particular de su familia. Después de enterrado el cadáver y hechos los sufragios, se hace

un busto que representa a lo vivo el rostro con sus facciones y colores, y se coloca en el lugar más visible de la casa, dentro de una urna de madera. Regularmente en las funciones públicas se descubren estos bustos y se adornan con esmero. Cuando fallece otro personaje de la misma familia los llevan al entierro, y para que iguale en la estatura al que representa, se les pone un tronco de madera. Todos estos simulacros están con sus vestidos. Si el muerto ha sido cónsul o pretor, con la pretexta; si ha sido censor, con una ropa de púrpura; si ha logrado el triunfo o algún otro honor parecido, con una tela de oro. Se les lleva sobre sus carros, precedidos de las fasces, hachas y demás insignias propias de la dignidad que obtuvo en la República en el transcurso de su vida. Así que se ha llegado a la tribuna, se sientan todos en sus sillas de marfil, lo cual representa el espectáculo más agradable a un joven amante de la gloria y de la virtud. Efectivamente, ¿habrá alguno que a la vista de tantas imágenes de hombres recomendables por la virtud, vivas, digámoslo así, y animadas, no se sienta inflamado del deseo de imitarlas? ¿Se puede representar espectáculo más patético? Después, que

el orador ha finalizado el panegírico del que ha de ser enterrado, pasa a hacer el elogio de las gloriosas acciones de los otros, empezando por la estatua más antigua de las que tiene delante. Con esto se renueva la fama de los ciudadanos virtuosos; con esto se inmortaliza la gloria de los que se han distinguido; con esto se divulga el nombre de los beneméritos de la patria y pasa a la posteridad; y lo más importante de todo, con esto se incita a la juventud a pasar por todo, si media el bien público, por conseguir la gloria que se concede a la virtud. Sirva de prueba para todo lo que he manifestado, a ver a muchos romanos que voluntariamente han salido a un combate particular por la decisión de los asuntos del Estado; no pocos que han apetecido una muerte inevitable; unos en la guerra por la salud de sus compañeros, otros en la paz por la defensa de la República. Aun ha habido algunos que, teniendo en sus manos el poder, han sacrificado sus hijos contra toda ley y costumbre, pudiendo más en ellos el bien de la patria que los vínculos de la naturaleza y de la sangre. Muchos casos se pudieran referir de esto entre los romanos; pero por ahora bastará uno, que sirva de ejemplo y comprobación de lo que digo.

Cuentan que Horacio llamado el Tuerto, estando peleando con dos enemigos (506 años antes de J. C.) a la entrada del puente que se halla junto a Roma sobre el Tíber, luego que advirtió que venían más en su socorro, temiendo que, forzado el paso, no penetrasen en la ciudad, se volvió a los que tenía a la espalda, y a grandes voces les dijo que se retirasen y cortasen el puente. Obedecida la orden, mientras que éstos lo desbarataban, él, a pesar de las muchas heridas que había recibido, sostuvo el choque, y contuvo el ímpetu de los enemigos, que quedaron admirados no tanto de sus fuerzas, cuanto de su constancia y atrevimiento.

Arrancado el puente, y frustrado el empeño del contrario, Horacio se lanza con sus armas en el río, prefiriendo una muerte voluntaria por la salud de la patria, y la gloria que después le redundaría, a la vida presente y los años que le quedaban. Tanto es el ardor y emulación que inspiran en la juventud las costumbres de los romanos para las bellas acciones.

CAPÍTULO XVII

Continúa la comparación entre las dos repúblicas.- Influencia que posee en la de Roma la superstición.- Decadencia y perturbación que la espera. Hasta las formas de ganar la vida son más legítimas entre los romanos que entre los cartagineses. En Cartago no existe torpeza donde hay ganancia; en Roma no hay cosa más indecorosa que dejarse corromper, y enriquecerse con malas artes. Todo lo que tiene de honroso entre ellos ganar de comer honestamente, tiene de abominable atesorar riquezas con malos tratos. Prueba de esto es que en Cartago se compran públicamente los cargos a fuerza de dádivas; en Roma es un crimen capital. A la vista de esto no hay que extrañar que, siendo tan contrarios los premios que se proponen a la virtud en uno y otro pueblo, sean también diferentes los medios de conseguirlos.

Pero la principal excelencia de la República Romana sobre las otras, consiste en el concepto que se tiene de los dioses. En mi juicio la superstición que en cualquier otro pueblo es reprehensible, aquí es la que sostiene el Imperio romano. Ella tiene tal imperio y tal influencia en los asuntos, tanto

particulares como de Estado, que toda ponderación es poca. Esto sin duda causará admiración a muchos; pero, a mi modo de entender, se halla introducido por causa del pueblo. Si fuera dable que un Estado se compusiese de sabios, tal vez no sería preciso semejante instituto; mas como el pueblo es un animal inconstante, lleno de pasiones desarregladas, y en quien domina la ira, la inconsideración, la fuerza y la violencia, es necesario refrenarle con el temor de las cosas que no ve, y con otras parecidas ficciones que le horroricen. He aquí por qué, a lo que yo alcanzo, no sin motivo ni al aire introdujeron en el pueblo los antiguos estas ideas y opiniones acerca de los dioses y de las penas del infierno, y sería una locura e inconsideración que nuestro siglo las desechase. Porque sin meterme en otras consecuencias de la irreligión, en Grecia por ejemplo, si confiáis un talento a los que manejan las rentas públicas, aunque se lo entreguéis delante de diez escribanos, aunque le exijáis diez firmas, y aunque lo atestigüéis con veinte testigos, no podréis conseguir la fidelidad. Por el contrario en Roma, siendo así que en las magistraturas y embajadas se manejan cuantiosas sumas de dinero, la religión sola

del juramento les hace observar una fe inviolable. Y lo que en otros pueblos sería un prodigio, hallar un hombre que se hubiese abstenido del dinero público y estuviese limpio de tal crimen, en Roma al contrario, es muy raro encontrar un reo de peculado manifiesto.

Mas que todas las cosas de este mundo perecen y están sujetas a mudanza, es excusado advertirlo; bastante prueba de esto es la misma ley de naturaleza. De dos formas parece todo gobierno: la una le viene del exterior, la otra le nace dentro. El conocimiento de la exterior es vago e incierto, pero el de la interior fijo y determinado. Ya hemos manifestado antes cuál es la primera forma de gobierno, cuál la segunda, y cómo se transforman unas en otras; de suerte que en esta materia el que consiga unir los principios con el fin, podrá asimismo predecir lo que ocurrirá en lo futuro. Al menos, a mi modo de entender, es evidente. Porque cuando una República, después de haberse liberado de grandes y terribles vaivenes, llega a su mayor elevación y a conseguir un poder incontrastable, no hay duda que, como la abundancia llegue a hacer

asiento en ella mucho tiempo, el lujo se introducirá en las costumbres, y la ambición desmedida de honores y otros desordenados deseos se apoderará de sus particulares. Con los progresos que cada día harán estos desarreglos, la pasión de mandar y la especie de mengua que se tendrá en obedecer empezarán el trastorno del gobierno; el fausto y el orgullo llevarán adelante lo comenzado; y el pueblo, cuando la avaricia de unos se crea ofendida, y la ambición de otros lisonjeada y satisfecha, dará la última mano. Entonces irritado, y consultando sólo con la cólera, ya no sólo rehusará obedecer y dividir por igual la autoridad con los magistrados, sino que querrá disponer de todo o de mayor parte. Después de lo cual, el gobierno toma el más bello nombre, esto es, de estado libre y popular; pero en realidad no es sino la dominación de un populacho el peor de todos los estados.

Ahora, pues, hemos expuesto la constitución de la República Romana, sus progresos, su apogeo, su estado actual, y su superioridad o inferioridad respecto de las otras, daremos aquí fin al discurso. Pero antes, a semejanza que un buen artífice saca al

público una pieza por muestra de su habilidad, referiremos también nosotros brevemente un hecho, tomado de aquella parte de la historia que pertenece al tiempo de donde nos hemos separado, para que, no sólo las palabras, sino las obras hagan evidencia del alto grado de poder y vigor que tenía entonces esta República.

Aníbal, tras de la derrota de los romanos en Cannas (217 años antes de J. C.), habiendo hecho prisioneros ocho mil hombres que habían quedado para guarda, del campo, los dejó ir todos libres a Roma para procurar su libertad y rescate. Ellos eligieron diez de los más principales, a los cuales Aníbal tomó juramento de que regresarían, y permitió que marchasen. Uno de los elegidos, luego que estuvo fuera del real, cuando diciendo que se le había olvidado una cosa, tornó al campamento, cogió lo que había dejado y volvió a emprender su viaje, creyendo que con este regreso había cumplido con el pacto y se había eximido de la fe del juramento. Llegados a Roma, suplicaron y exhortaron al Senado que no negase a unos prisioneros la vuelta a su patria, que les permitiese

pagar tres minas por cada uno y volver a ver sus parientes, que esto era en lo que se habían convenido con Aníbal; que ellos eran tanto más acreedores a esta gracia, cuanto que no habían temido venir a las manos ni hecho cosa indigna del nombre de romano, sino que dejados para custodia del campo, después de muertos todos sus compañeros, la desgracia les había reducido a venir a poder del enemigo. Los romanos habían sufrido por entonces grandes pérdidas, se veían casi privados de todos sus aliados, y amenazaba a la sazón a la patria un peligro cual nunca se había imaginado; sin embargo, oída la propuesta, inflexibles a la desgracia cuando se atraviesa el desdoro, ni hicieron caso de la demanda, ni omitieron providencia de las que pudieran conducir a la República. Por el contrario, conociendo que el propósito de Aníbal con esta acción era tener abundancia de dinero y apagar al mismo tiempo en sus contrarios aquel ardor y emulación en los combates, dándoles a entender que aún quedaba esperanza de salud a los vencidos, estuvieron tan distantes de otorgar lo que se les pedía, que sin compadecerse de sus parientes ni estimar los

servicios que pudieran obtener de estos prisioneros; al contrario, les negaron el rescate y dejaron frustradas las intenciones y esperanzas de Aníbal. Promulgaron después una ley que obligaba a las tropas a vencer o morir, para quitar todo otro recurso de salud a los vencidos. Tomada esta decisión, despacharon los nueve diputados, que voluntariamente se retiraron por cumplir con lo pactado, y al que había pretendido eludir el juramento le remitieron atado a los cartagineses; de suerte que Aníbal no tuvo tanto gozo de haber vencido a los romanos, como consternación y espanto de haber visto la constancia y magnanimidad que brillaba en sus deliberaciones. ...

... .. Necesario es a los que desean adquirir buena educación aprender y ejercitar desde la infancia las demás virtudes, especialmente el valor.

... .. El que asegura cosas no sólo falsas, sino imposibles, comete una falta sin excusa.

... .. Como sabio y prudente obra quien, según Hesiodo, sabe cuándo vale más la

parte que el todo. Aprender a no mentir a los dioses es base del culto de la verdad entre los hombres. Hay un sitio llamado Rhuncus en las inmediaciones de Stratum en Etolia, según dice Polibio en el libro sexto de su historia. Olcium, ciudad de Etruria.

CAPÍTULO XVIII

Constitución y revolución de la República Romana. Sé cuán difícil resultará a algunos explicarse por qué interrumpo

el hilo de mi narración, para referir el expresado sistema político; pero creo haber manifestado varias veces que desde el principio me impuse una obligación, y forma parte integrante de mi plan general, dándola a conocer en el comienzo y en la exposición de mi historia, donde dije que la mejor y

más preciosa enseñanza de las que puede ofrecer esta empresa mía a los lectores de mi obra será la de saber por qué medios y con cuál forma de gobierno lograron los romanos, después de someter en menos de cincuenta años a casi todo el mundo conocido, sujetarlo a su dominio, cosa de que no existe ejemplo en los pasados siglos. Tomada esta determinación, no he encontrado momento más oportuno que el actual para fijar la atención en el examen de la constitución romana. Efectivamente, al juzgar las virtudes y vicios de las personas, para que haya verdad y certidumbre en el juicio, necesario es tomar por dato de observación no la parte de existencia que transcurre en tranquila prosperidad, sino la agitada por alternativas de éxitos y contrariedades; que sólo da pruebas de entereza de carácter quien soporta con magnanimidad y constancia los cambios completos de fortuna. Del mismo modo debe ser juzgada una constitución. No pudiendo ocurrir cambios mayores ni más rápidos que los efectuados en nuestros días en la fortuna de los romanos, dejé para este momento detalles y pruebas de lo antedicho. Puede juzgarse la grandeza de la revolución por los hechos siguientes...

CAPÍTULO XIX

Conjugación de lo agradable con lo útil .
Característico es de un ánimo sediento de instrucción gozar

observando las causas y procurar en cada circunstancia hacer la elección más acertada. Lo mismo puede decirse de los estados en los que este estudio es el primer elemento de buen éxito y su olvido causa segura de reveses y catástrofes. Este principio es un manantial no sólo de nuestros designios y propósitos sino de su realización.

En la mayoría de las cosas humanas, los que por sí adquirieren una fortuna, inclinados son a conservarla, y los que de otros la reciben hecha, propicios a disiparla.

CAPÍTULO XX

*Alusión a las campañas de Jerjes en Grecia.-
Apogeo de la República
Romana.*

Ya habían transcurrido treinta años de la expedición de Jerjes a Grecia, desde cuya época hemos separado cuidadosamente cada acontecimiento particular... El gobierno de Roma había alcanzado el apogeo de la perfección y belleza en la época de Aníbal, punto de partida para hacer esta digresión. Explicada ya su forma, diré ahora lo que era cuando los romanos, reunidos en Cannas, vieron su imperio completamente arruinado. No ignoro que lo expuesto parecerá insuficiente, por haber omitido algunos detalles, a los hombres nacidos bajo esta constitución. Poseedores en este asunto de conocimientos completos y de consumada experiencia, que deben a la ventaja de vivir desde la infancia dentro de las costumbres e instituciones de su patria, tendrán menos estimación a lo que he dicho que afición a buscar lo omitido: no supondrán que el escritor ha desdeñado de intento debates de escaso interés, sino le acusarán de callar por ignorancia las causas y ligazón de los hechos: sin

aprobar las consideraciones que haya expuesto, por juzgarlas mediocres y superfluas, aplicáranse a notar sus omisiones, calificándolas de esenciales, inspirándoles tal crítica el deseo de aparecer más sabios que el autor. Mas un juez imparcial debe juzgar al escritor por lo que dice y no por lo que omite. Si el censor advierte algún error en los hechos referidos, sabrá que las omisiones proceden de ignorancia; pero si lo que dice es cierto, conceda al menos que lo callado es por discernimiento, no porque lo ignore. Con esto basta para aquellos que critican a los historiadores con más animosidad que justicia.

LIBRO SÉPTIMO CAPÍTULO PRIMERO

Noticia de los habitantes de Capua, en la Campania.- Alusión a los habitantes de Crotona y Sibaris.

Las gentes de Capua en la Campania acopiaron, por la feracidad del suelo, tanta riqueza, que entregados a la molicie y al lujo más suntuoso, superaron cuanto se refería de los crotonatas y sibaritas, célebres por sus vicios. No pudiendo, dice, soportar el peso de su opulencia, llamaron a Aníbal y por ello les causaron los romanos los más duros y atroces sufrimientos. Los petelenios, por el contrario, fieles observadores de la jurada fe a los romanos, con tan grande valor y constancia resistieron a Aníbal cuando fue a sitiarles, que después de comerse todos los cueros encerrados en la ciudadela, y las cortezas y raíces tiernas de los árboles que crecían en el interior del recinto amurallado, tras de once meses de sitio sin recibir socorro alguno, reducidos se vieron a rendirse a los cartagineses, con el consentimiento de los romanos, que hicieron los mayores elogios de su fidelidad.

CAPÍTULO II

Hierónimo de Siracusa, por propia falta de prudencia en parte, y en parte por malos consejos,

rompe el convenio que su abuelo Hierón había llevado a cabo con los romanos y se une a los cartagineses. Transcurrida la conjuración contra la vida de Hierónimo, rey de Siracusa, y muerto Thrason, Zoippo y Andranodoro convencieron a este príncipe para que despachara al instante embajadores a Aníbal. Escogidos para esta embajada Policretes de Cirene y Filodemo de Argos, recibieron orden de partir para Italia y concertar alianza con los cartagineses. Al mismo tiempo envió el rey a sus hermanos a Alejandría. Recibió Aníbal amablemente a los embajadores, ponderándoles las ventajas que al joven monarca produciría la proyectada alianza, y les envió acompañados de embajadores suyos, que eran Aníbal de Cartago, comandante entonces de las galeras, Hippocrates y Epicides, su hermano menor, ambos siracusanos. Estos hermanos militaban hacía tiempo a las órdenes de Aníbal, y aún se habían establecido en Cartago porque su abuelo, acusado de atentar contra la vida de Agatharco, hijo menor de Agathocles, vióse obligado a expatriarse. Llegaron los embajadores a Siracusa, y Aníbal de Cartago refirió al rey las órdenes que le diera el general de los cartagineses.

Predispuesto Tierónimo a aliarse con éstos, dijo a Aníbal que convenía partiera inmediatamente para Cartago, prometiéndole que le acompañarían embajadores suyos para tratar con el gobierno de este pueblo.

Llegó a Lilibeia la nueva de esta alianza, y el pretor, partidario de los romanos, envió al instante al rey de Siracusa un comisionado para inducirle a que renovara los tratados efectuados por sus antepasados en Roma. La embajada no agradó al príncipe. «Lamento mucho la suerte de los romanos, respondió, y es de sentir que los cartagineses les destrocen en Italia.» Admiró a los embajadores la insensata respuesta, y preguntaron al rey quién le había asegurado tal cosa. «Los cartagineses, contestó; y si lo que os dije no es cierto, ellos son los culpados de la mentira.» Replicaron los embajadores que no acostumbraban los romanos a dar fe a informes de sus contrarios, y que por lo demás le aconsejaban no faltar a los antiguos tratados, porque la justicia y su propio interés le obligaban a cumplirlos fielmente. «Deliberaré sobre este asunto, replicó el rey, y os diré mi decisión

definitiva. Pero decidme vosotros por qué antes de la muerte de mi abuelo volvisteis a Siracusa, de donde habíais partido con cincuenta barcos y hasta llegasteis al promontorio de Pachynum.» Era, efectivamente, positivo y cierto que poco antes de esta embajada, habiendo oído decir los romanos que el rey Hierón había fallecido, volvieron a Siracusa, temiendo que el poco respeto que inspirase un rey niño fuera motivo de revolución; pero informados de que Hierón vivía, volvieron a Lilibea. Los embajadores confesaron el hecho, diciendo que fueron a Siracusa con el único propósito de auxiliarle en su juventud y de conservarle su reino. «Pues bien, replicó el rey; sufrid ahora, romanos, que por la conservación de mi reino cambie de ruta y que me ponga de parte de los cartagineses.» Comprendieron los embajadores al oír esta frase que la determinación del rey era definitiva, y sin contestar a ella se despidieron, regresando a Lilibea, para dar cuenta al pretor de cuanto habían oído. Desde entonces los romanos vigilaron la conducta de este príncipe teniéndole por enemigo declarado.

Escogió Hierónimo para embajadores suyos en Cartago a Agatharco, Onegiseno e Hipposthenes, a quienes ordenó que partiesen con Aníbal de Cartago, y concertaran con la citada República un tratado, conforme al cual «los cartagineses le darían tropas de mar y tierra para arrojar a los romanos de Sicilia, y logrado este resultado, partiría con ellos la dominación de la isla, de modo que el Himero, que casi por mitad la atraviesa, sirviese de límite a las provincias cartaginesas y a las suyas.» Propusieron tales condiciones los embajadores, aceptáronlas gustosos los cartagineses y el tratado quedó hecho.

Hippocrates, asiduo cortesano del joven príncipe, le engañaba con adulaciones y falsedades, refiriéndole cómo Aníbal había pasado a Italia, y los combates y batallas que allí dio a los romanos. Convencióle de que era la única persona con derecho a reinar en toda Sicilia; primero por ser hijo de Nereis, hija de Pyrrho, y que los sicilianos voluntariamente y por afecto eligieron rey, y además porque su abuelo Hierón había reinado en toda la isla. Consiguió por tales medios alucinar al monarca, hasta el extremo de que a nadie sino a él

escuchaba. El carácter ligero e inconstante del príncipe contribuía mucho a que incurriese en error, pero fue causa principal aquel adulator, alentando su vanidad con las esperanzas más ambiciosas. Antes de que Agatharco concluyera las negociaciones en Cartago, despachó Hierónimo nuevos embajadores para decir a los cartagineses que pretendía reinar en toda Sicilia, pareciéndole justo que éstos le ayudaran en la reconquista de sus derechos a toda la isla, prometiéndoles en cambio la suya para la realización de sus proyectos en Italia. Comprendieron perfectamente los de Cartago la ninguna seriedad de este príncipe, mas importaba por muchas razones a la República tener Sicilia de su parte, y concedióle cuanto deseó, aprovechando los buques equipados y las tropas reclutadas para trasladar rápidamente un ejército a la citada isla.

Al tener noticia de ella los romanos, enviaron nuevos embajadores al rey de Siracusa para advertirle que no debía romper los tratados que sus padres habían concertado con la República romana. Reunió el rey el consejo. Los habitantes de aquella comarca, temerosos á de las iras del príncipe,

guardaron silencio. Aristomaco de Corinto, Danippes de Lacedemonia y Autono el Tesaliano opinaron en pro de la alianza con los romanos. Sólo Andranodoro creyó que la ocasión era demasiado propicia para desaprovecharla, y el momento por demás oportuno para extender la dominación del príncipe a toda Sicilia. Consultado en seguida Hippocrates, respondió únicamente que opinaba lo mismo que Andranodoro. Así finalizó la deliberación, decidieron declarar la guerra a los romanos. No quiso, sin embargo, el rey romper los tratados sin alegar pretextos que aparentemente explicaran su cambio de actitud, pero fueron tales, que en vez de satisfacer ofendieron a los romanos. Manifestó que cumpliría los tratados si los romanos le devolvían el oro que recibieron de su abuelo Hierón; además el trigo y los regalos que Hierón les había hecho desde el principio de la alianza, y que se reconociera que todas las ciudades y tierras de esta parte del Himero pertenecen a los siracusanos. Dicho esto, los embajadores romanos fueron despedidos y se disolvió la asamblea. Hierónimo hizo en seguida preparativos de guerra, alistó tropas y reunió las provisiones necesarias.

CAPÍTULO III

Ubicación de la ciudad de Leoncio en Sicilia.

Considerada su posición en general, Leoncio se halla mirando al

Septentrión. La atraviesa por medio un llano valle, donde están las casas de Ayuntamiento, los Tribunales, y por último el mercado. De uno y otro lado del valle se extienden sin interrupción unos collados escarpados, cuyas planas cimas se encuentran cubiertas de casas y templos. La ciudad tiene dos puertas, de las cuales la una está al extremo meridional del dicho valle y conduce a Siracusa; la otra al extremo septentrional y guía a los campos llamados Leontinos y tierras de labor. Por bajo de una de estas cordilleras escarpadas, la que está hacia el Ocaso, corre el Lisso, sobre cuyas márgenes y al pie mismo de la montaña se extiende una hilera continuada de casas, entre las cuales y el río media el camino que hemos dicho.

CAPÍTULO IV

Opiniones acerca de Hierónimo, su abuelo Hierón y su padre Gelón. Ciertos historiadores que han referido la muerte de Hierónimo, se

valieron, para admirar a las gentes, de profusas descripciones, bien sobre los prodigios que precedieron y anunciaron su tiranía, bien sobre las desdichas de los siracusanos, apelando a veces a exagerados detalles, propios de poetas trágicos, para representar la crueldad de su carácter o de sus actos impíos, o los extraordinarios y atroces sucesos que a su muerte acaecieron, hasta el punto de que se crea que ni los Falaris ni los Apollodoro ni ninguno de los tiranos conocidos le sobrepusieron en crueldad. No obstante, este príncipe ocupó el trono siendo niño, y murió a los trece meses de reinado, en cuyo breve plazo habrá ocurrido ciertamente algún caso de aplicación del tormento, y aun de la pena de muerte a algunos de sus propios amigos o de los demás siracusanos, mas la inaudita crueldad y la ponderada impiedad que a Hierónimo atribuyen es

increíble. Es indudable su carácter ligero e injusto, pero tampoco se le puede comparar con cualquiera de los tiranos antes citados. Los autores de historias particulares, por lo limitado del asunto y la escasez de acontecimientos, vense, a mi juicio, obligados a exagerar cosas de poca importancia y a narrar extensamente sucesos indignos de mención. Por falta de juicio incurren asimismo otros historiadores en igual defecto. Con mayor exactitud y elocuencia hubieran podido aplicarse a la historia de Hierón y Gelón, sin recordar a Hierónimo, las reflexiones añadidas para llenar libro, como complemento a la narración histórica; más agradable y útil fuera esto a los hombres ávidos de leer e instruirse.

Por propio mérito llegó, efectivamente, Hierón a reinar sobre los siracusanos y sus aliados, porque la fortuna no le dio ni nombre ni riqueza, ni otra clase de bienes; y su mejor título a nuestra admiración es el de llegar a rey de los siracusanos por el solo esfuerzo de su genio, sin matar ni desterrar ni hacer daño a nadie.

Cosa no menos admirable es que, adquiriendo así el trono, lo conservara de igual modo. En los cincuenta y cuatro años que duró su reinado procuró a su patria continua paz y vida exenta de todo temor de conspiraciones, librándose hasta de la envidia que de ordinario ataca a cuanto es grande y noble. Muchas veces quiso abdicar el poder, pero en todas ellas la muchedumbre de todos los ciudadanos se lo impidió. Mostrándose liberalísimo con los griegos y ávido de adquirir gloria entre ellos, logró para él la celebridad, y para los siracusanos la benevolencia de todos. Viviendo rodeado de las delicias que procuran la abundancia de todos los bienes y las inmensas riquezas, prolongó su existencia hasta los noventa años, conservando todos los sentidos y miembros sanos y útiles, lo que, en mi opinión, es la mejor prueba de la moderación y templanza de sus costumbres.

Respecto a Gelón, puede decirse que en toda su vida, de más de cincuenta años, se propuso, como el fin más noble que podía alcanzar, imitar a su padre, posponiendo las riquezas, la majestad real y

cualquier otro bien al cariño y confianza debidos al autor de sus días.

CAPÍTULO V

Fórmula del juramento con que Aníbal, general de los cartagineses, concertó la paz con Jenofanes, embajador de Filipo.

«Juramento con que hace la paz (216 años antes de J. C.) el general Aníbal, Magón, Mircan, Barmocar, todos los senadores que se hallan con él, y todos los cartagineses que militan en su ejército, con Jenofanes, ateniense, hijo de Cleomaco, embajador que nos ha enviado el rey Filipo, hijo de Demetrio, en su nombre, y en el de los macedonios y aliados.

»En presencia de Júpiter, Juno y Apolo; en presencia de la diosa de los cartagineses, de Hércules y Iolao; en presencia de Marte, Tritón y Neptuno; ante los dioses protectores de la expedición, del Sol, la Luna, y la Tierra; ante los

ríos, prados y aguas; ante cuantos dioses tiene por tutelares Cartago; ante cuantos venera Macedonia, y el resto de la Grecia; finalmente, ante todos los dioses que presiden la guerra y están presentes en este tratado; el general Aníbal, todos los senadores que le acompañan, y todos los cartagineses que militan bajo sus banderas, dicen:

»Para que en adelante seamos amigos, parientes y hermanos, hágase con vuestra voluntad y la nuestra este tratado de alianza y amistad sincera; con condición que el rey Filipo, los macedonios y todos los demás griegos sus aliados, defiendan a los señores cartagineses, al general Aníbal, a las tropas que le acompañan, a los gobernadores de las provincias cartaginesas que usan de unas mismas leyes, a los uticenses y a todas las ciudades y pueblos sujetos a Cartago, a los soldados, socios y todas las ciudades y naciones con quienes mantenemos amistad en Italia, Celtia y Liguria, y a cualquiera otra que contraiga alianza con nosotros en este país. Y asimismo los ejércitos cartagineses, Utica, todas las ciudades y pueblos de la dominación cartaginesa con sus aliados y soldados, todas las

naciones y ciudades que al presente tenemos por aliadas en Italia, Celtia y Liguria, y demás que podamos tener en el futuro en la Italia, protejan y amparen al rey Filipo, a los macedonios y demás griegos sus aliados. No maquinaremos, ni pondremos asechanzas unos contra otros; por el contrario, con toda eficacia y sinceridad, sin dolo ni fraude, nos los macedonios seremos enemigos de los enemigos de Cartago, a excepción de los reyes, ciudades y puertos con quienes tenemos pacto y alianza: y nos los cartagineses seremos enemigos de los enemigos del rey Filipo, menos de los reyes, ciudades y pueblos, con quienes tenemos confederación y alianza. Entraréis vos, macedonios, en la guerra que sostenemos contra los romanos, hasta que quieran los dioses darnos un feliz éxito. Nos suministraréis lo que sea necesario, y obraréis según el tenor del pacto. Si los dioses nos negasen su protección en la guerra contra los romanos y sus aliados, y llegásemos a tratar de paz con ellos, la concertaremos de tal suerte, que seáis vosotros igualmente comprendidos en el tratado, y con la condición que jamás les será lícito declararos la guerra, ni ser dueños de los corcireos, ni de los

apoloniatas, ni de los epidamnios, ni de Faros, ni de Dimala, ni de los parthinos, ni de Atintania; y que restituirán a Demetrio de Faros cuantos parientes tiene detenidos en los Estados romanos. Caso que los romanos declaren la guerra, o a vosotros o a nosotros, nos ayudaremos mutuamente según la necesidad de cada uno. Lo mismo se hará si cualquiera otro nos atacase, excepto los reyes, ciudades y pueblos de quienes somos confederados y amigos. Si tuviésemos a bien quitar o añadir alguna cosa a este tratado, se hará con consentimiento de unos y otros.»

CAPÍTULO VI

Filipo en Messena. Al triunfar la democracia entre los messenios y ser desterrados los

hombres más ilustres, poniéndose al frente de los negocios de la ciudad los que por sorteo se distribuyeron sus bienes, los antiguos ciudadanos que habían permanecido en Messena vieron con

pena a estos hombres gozar de los mismos derechos que ellos.

CAPÍTULO VII

Aptitudes políticas del atleta Gorgo. Gorgo el messenio no era inferior a ninguno de sus

conciudadanos por sus riquezas e ilustre progenie, y como atleta fue en su juventud el más célebre de cuantos lucharon por la corona de los juegos gimnásticos. Ciertamente, ni por la nobleza de sus formas, ni por su constante conducta, ni por el número de coronas que había conseguido, a ninguno de su edad cedía. Muy al contrario, cuando retirado de los combates de la gimnasia dedicóse al gobierno de la República y a la administración de los asuntos de su patria, no logró menor gloria en estas tareas que en las de su vida anterior. Lejos de mostrar la ignorancia y rusticidad que casi siempre caracteriza a los atletas, alcanzó en la República reputación de hombre muy hábil y prudente en el manejo de los negocios públicos.

CAPÍTULO VIII

Demetrio de Faros induce a Filipo, rey de Macedonia, a que introduzca guarnición en Ithome, ciudadela de Messena.- Arato sugiere lo contrario. El rey de Macedonia, Filipo, que quería apoderarse de la ciudadela de los messenios, manifestó a las personas principales de la ciudad su deseo de visitarla y hacer allí un sacrificio a Júpiter. Subió a ella con su acompañamiento.

Presentadas a Filipo según costumbre las entrañas de las víctimas sacrificadas (216 años antes de J. C.), las recibió en sus manos, y volviéndose un poco, las mostró a Arato, y le preguntó, qué juicio hacía de los sacrificios, si indicaban levantar el sitio de la ciudadela o tomarla. Entonces Demetrio, aprovechándose de la ocasión, dijo: «Si pensáis como adivino, levantad el sitio cuanto antes; pero si como rey que entiende sus intereses, mantenedle; no sea que malograda la ocasión presente, no encontréis otra tan oportuna. Sólo teniendo asidos fuertemente ambos cuernos, tendréis sujeto al buey.»

Entendía con este enigma por cuernos a Ithome y el Acrocorinto, y por buey al Peloponeso. Entonces Filipo, volviéndose hacia Arato, le preguntó: «Y tú, ¿me aconsejas lo mismo?» Pero viendo que callaba, pidió le manifestase su parecer. Arato, después de haber meditado un rato, dijo: «Si lo puedes hacer sin violar la fe a los messenios, toma a Ithome; mas si de ocuparla con guarnición ha de resultar la pérdida de todas las ciudadelas y del socorro que has recibido de Antígono para defender los aliados (en esto le insinuaba la importancia de guardar su palabra), mira no tenga ahora más cuenta hacer desfilar las tropas, y dejar aquí una prueba de buena fe con que conservar los messenios y demás aliados.» Filipo, a dejarse llevar de su pasión, hubiera quebrantado sin reparo los tratados, como quedó de manifiesto por lo que hizo después. Pero reprendido poco antes agriamente por el joven Arato de haber sido causa de la pérdida de alguna gente, y viendo la libertad y entereza con que el viejo le advertía y rogaba ahora no despreciase su aviso, desistió del empeño; y cogiéndole de la mano le dijo: «Está bien; volvamos por donde vinimos.»

CAPÍTULO IX

Filipo, rey de Macedonia. Hagamos una interrupción momentánea en el hilo de nuestra

narración para hablar algo de Filippo, por ser ésta la época del cambio fatal que hizo en su conducta y manera de gobernar. No puede presentarse ejemplo más ilustre a quienes, estando al frente de los negocios públicos, procuran instruirse con la lectura de la historia. Dueño al nacer de un poderoso reino y con las mejores inclinaciones, le conocen los griegos por sus buenas cualidades y sus defectos, por los afortunados que aquéllas le proporcionaron y las desdichas que éstos le produjeron. Joven ascendió al trono, y a ningún rey amaron tanto en Tesalia, Macedonia; las demás comarcas sometidas a su dominación. ¿Se quiere de ello innegable prueba? Mientras guerreó con etolios y lacedemonios, casi siempre se hallaba fuera de Macedonia; a pesar de ello, ni los citados pueblos, ni los bárbaros vecinos de su reino se atrevieron a poner en éste los pies. ¿Qué diré del afecto y

solicitud que mostraron en servirle Alejandro, Crisógenes y todos sus otros amigos? Pródigo en beneficios, consiguió en breve tiempo la adhesión por reconocimiento vivo y sincero de los pueblos del Peloponeso, la Beocia, el Epiro y la Acarnania, y me atreveré a decir que era por su carácter servicial y benéfico el amor y delicia de toda la Grecia. Admirable prueba del crédito que da a los príncipes la reputación de probidad y rectitud, es la de que los habitantes de Creta le escogieran unánimemente como jefe y señor de su isla, y cosa nunca vista, que esto se hiciera sin armas ni combates. Mas después] de su conducta con los messenios, todo cambió de aspecto, y el odio que desde entonces le tuvieron igualó al cariño que antes inspiraba; y así debió esperarlo. Con determinaciones contrarias a las primitivas y actos conformes a las determinaciones, natural era que perdiese la reputación conseguida, y que sus negocios tuvieran distinto éxito al anterior a este cambio. Así ocurrió, efectivamente, y se verá en el curso de esta historia.

CAPÍTULO X

Arato. En el momento en que Filipo se declaró francamente hostil a los

romanos y cambió por completo de conducta respecto a sus aliados, le expuso Arato mil motivos, razones mil para disuadirle de tal empresa. Lo alcanzó, no sin trabajo. Ruego aquí a mis lectores, para que de nada les quede duda, recuerden una promesa que les hicimos en el libro V de esta historia. Al referir la guerra de Etolia, manifestamos que si Filipo había destruido pórticos y otros adornos de la ciudad de Therme, no debía imputarse estos excesos a él, cuya juventud era incapaz de cometerlos, sino a los amigos que le acompañaban; y siendo estos excesos incompatibles con el carácter dulce y moderado de Arato, correspondía sólo la censura a Demetrio de Pharos. Lo dicho entonces prometimos probarlo después. Ahora bien; visto está en lo relatado de los messenios que Arato se encontraba a una jornada de distancia, y Demetrio junto al rey, cuando este príncipe empezó a gustar, por decirlo así, la sangre humana, a faltar a la fe con sus aliados y a degenerar en tirano. Mas lo que mejor caracteriza la diferencia entre ambos es el

consejo que cada uno dio al rey respecto a la ciudadela de Messena. Siguiendo el de Arato, no se apoderó de ella Filipo, y así consoló en cierto modo a los messenios de la carnicería que en la ciudad había llevado a cabo; y por escuchar el de Demetrio contra los etolios entregóse a una violencia impropia en él, y se hizo detestar de los dioses y de los hombres; de los dioses, profanando sus templos; de los hombres, excediendo las leyes de la guerra. La isla de Creta proporciona nueva prueba de la sabiduría de Arato. Mientras Filipo le consultó los negocios de ella, no haciendo a nadie daño o perjuicio, vio a los cretenses recibir sumisos sus órdenes, y por la benignidad de su gobierno a todos los griegos ponerse de su parte; pero al seguir los consejos de Demetrio, les llevó los horrores de la guerra, convirtiéndose en enemigo de todos sus aliados, y destruyó la confianza que en él tenían los demás pueblos de Grecia. ¡Tan importante es para un rey joven elegir sus consejeros, pues de ello depende la felicidad o ruina de sus Estados, y, no obstante, la mayoría de los príncipes ni siquiera se dignan pensar en cosa de tan graves consecuencias!

CAPITULO XI

Antíoco se apodera de Sardes mediante un ardid de Lagoras Cretense. Producíanse en torno a Sardes continuas escaramuzas y refriegas

sin cesar noche y día (215 años antes de J. C.) No existía género de asechanzas, emboscadas y ataques que los soldados no excogitasen unos contra otros. Efectuar una relación circunstanciada de todo esto, sería no solo infructuoso, sino demasiado prolijo. Ya era el segundo año que duraba el asedio, cuando Lagoras Cretense, hombre de bastante experiencia en el arte de la guerra, puso fin a la contienda. Había observado que las más fuertes ciudades vienen por lo regular con más facilidad a poder del enemigo; porque la negligencia de los habitantes, satisfecha de la fortaleza natural y artificial de la plaza, descuida y abandona del todo su custodia. Había notado también que las plazas tal vez se toman por la parte más fuerte y menos esperada en el concepto de los enemigos. En este supuesto, viendo que la antigua opinión en que se hallaba Sardes de su fortaleza

había hecho desconfiar a todos de poderla tomar por asalto, y que sólo el hambre era el arbitrio de rendirla, se aplicó tanto con mayor intensidad a examinar e inquirir si por algún medio le fuera dable tomarla. Advirtió que aquella parte del muro que une la ciudad con el alcázar, llamada *Sierra*, no estaba custodiada: no fue menester más para entregarse a este pensamiento y esperanza. El descuido de las centinelas lo infirió de un indicio semejante. Aquel sitio era un lugar sumamente escarpado, al pie del cual existía un abismo, donde se acostumbraba arrojar de la ciudad los cadáveres, y viera tres de caballos y bestias muertas. Allí se reunían diariamente un gran número de buitres y otros géneros de pájaros. Lagoras había reparado en que después de saciados estos animales, se iban de continuo a descansar sobre la roca y la muralla. De aquí infirió que aquella parte de muro indefectiblemente estaba abandonada y desierta la mayor parte del tiempo. Esto bastó para que todas las noches fuese a aquel sitio, y examinase con cuidado por dónde se podría entrar y poner las escalas. Cuando ya hubo encontrado un paraje

accesible en una de aquellas rocas, dio cuenta al rey de su propósito.

Antíoco aceptó el pensamiento, y exhortó a Lagoras a llevar al cabo su proyecto, prometiéndole que haría cuanto estuviese de su parte. Lagoras rogó al rey le diese por socios y compañeros en la acción a Teodoto el etolio, y a Dionisío capitán de guardias, por parecerle que uno y otro tenían el valor y audacia que se requería para la empresa proyectada. Conseguida la venia del rey, conferenciaron los tres, y después de sopesadas entre sí todas las circunstancias, aguardaron a una noche en que al amanecer no hubiese luna. Llegada ésta, el día antes del que habían de poner por obra su propósito, al ponerse el sol, eligieron los quince hombres más robustos en fuerzas y espíritu de toda la armada para llevar a un tiempo las escalas, subir por ellas, y acompañarles en la empresa. A más de éstos, entresacaron otros treinta, que dejaron emboscados a cierta distancia, para que después que los primeros, superado el muro, hubiesen llegado a la puerta contigua, los segundos procurasen por la parte exterior forzar y romper los quicios y umbrales,

mientras que aquellos por la parte interior hacían lo mismo con los cerrojos y pestillos. En pos de éstos había de ir caos mil, los cuales tenían orden de atacar y ocupar la cima del Teatro, sitio que domina ventajosamente la ciudad y la ciudadela. Para que por este destacamento no se sospechase de modo alguno la verdad de la acción, se esparció la voz que los etolios pensaban arrojarse en la ciudad por cierto barranco, y para precaver con eficacia lo que se presumía, se habían escogido estas gentes.

Preparado todo lo necesario, lo mismo fue ocultarse la luna, Lagoras y sus gentes se aproximaron silenciosamente a las rocas con las escalas, y se refugiaron bajo una prominencia. Llegado el día y retiradas las centinelas de este lugar, el rey destacó según costumbre parte de las tropas a sus puestos, sacó el resto al Hipódromo y lo formó en batalla. Al principio nadie sospechó lo que era; pero igual fue aplicarse las dos escalas por donde subían delante Dionisio y Lagoras, que alborotarse y conmoverse todo el campo. Porque aunque ni desde la ciudad ni desde la ciudadela se veía a los que montaban el muro, a causa de la punta

que sobresalía en la roca; desde el campo se percibía muy bien el denuedo de los que subían, y se exponían al peligro. Por eso unos, asombrados de lo extraordinario del hecho, otros pronosticando y temiendo sus consecuencias, fluctuaban entre el temor y la alegría. Entonces el rey, viendo la sensación que esto había causado en todo el campo, a fin de disuadir tanto a sus tropas como a los sitiados de lo que tenía proyectado, hizo avanzar el ejército, y lo llevó a una puerta que se hallaba al lado opuesto, llamada Persida. Aqueo, que advirtió desde la ciudadela un movimiento tan poco acostumbrado en los enemigos, quedó dudoso y perplejo por mucho tiempo, sin poder adivinar lo que sería. Sin embargo, destacó a la puerta tropas que contuviesen al contrario, pero como la bajada era estrecha y escarpada, el socorro llegó tarde. Aribazo, que gobernaba la ciudad acudió inocentemente a la puerta a donde vio que se dirigía Antíoco, y haciendo montar a unos sobre el muro, y sacando a otros por la puerta, ordenó hacer frente al enemigo que se aproximaba, y venir con él a las manos.

Entretanto Lagoras, Teodoto y Dionisio, superados aquellos precipicios, llegan a la puerta contigua; y mientras que unos pelean con los que habían salido al encuentro, otros hacen pedazos los cerrojos. Al mismo tiempo llegan los que estaban en el exterior designados para esta empresa; empiezan a hacer lo mismo, y abierta rápidamente la puerta, entran los dos mil, y se apoderan de la cima del Teatro. No bien había pasado esto, cuando todos los cercados acudieron con diligencia desde los muros y desde la puerta Persida, a cuyo socorro había marchado anteriormente Aribazo, para contener a los que habían penetrado. Con este retroceso quedó abierta la puerta, y entraron algunas tropas de Antíoco en seguimiento de los que se retiraban. Una vez apoderados de ésta, al punto unos entran en la ciudad, otros fuerzan las inmediatas. Aribazo y los sitiados hacen alguna resistencia, pero prontamente se retiran a la ciudadela. Con esto Teodoto y Lagoras se hacen fuertes en lo alto del Teatro, observando con prudencia y sagacidad todo lo que ocurría; y el resto del ejército se esparce por todas partes y se apodera de la ciudad. De allí adelante, unos matando a los que encontraban, otros

prendiendo fuego a las casas, otros entregándose al robo y al pillaje, toda la ciudad fue saqueada y destruida. De este modo se apoderó de Sardes Antíoco.

CAPÍTULO XII

Los pueblos habitantes del Oricón. Los pueblos que habitan Oricón se hallan situados en el mar

Adriático a la derecha del navegante que entra en él...

LIBRO OCTAVO CAPÍTULO PRIMERO

Advertencia de Polibio acerca de la confianza, y reprensión de los que

de modo temerario e indiscretamente se fían de otros.

Resultaría muy arriesgado decidir en general qué personas merecen vituperio, y cuáles perdón en tales casos. Vemos a muchos que, luego de tomadas todas las precauciones que dicta la razón, vienen con todo a ser despojo de los que sin reparo violan los derechos establecidos entre las gentes. Esto no obstante, sin eludir la dificultad, daremos rápidamente nuestro juicio, y con respecto a las ocasiones y circunstancias, vituperaremos a unos jefes y perdonaremos a otros. Los ejemplos siguientes evidenciarán lo que digo.

Arquidamo, rey de Lacedemonia, temeroso de la ambición de Cleomenes, huyó de Esparta; pero poco después, dejándose otra vez persuadir, se entregó en manos de su enemigo; con lo cual, privado del reino y de la vida, ni aun disculpa dejó de su credulidad a los siglos venideros. Porque subsistiendo las mismas disposiciones, y yendo en aumento la ambición al mando de Cleomenes, pregunto: ¿será de extrañar le ocurriese lo que hemos manifestado, poniéndose en manos del que poco antes había escapado y por un milagro había salvado la vida?

Pelópidas el Tebano, conociendo la malignidad del tirano Alejandro, y firmemente persuadido de que todo tirano reputa por sus mayores enemigos a los promovedores de la libertad, empeñó a Epaminondas a que tomase a su cargo la defensa, no sólo de la república de Tebas, sino la de toda la Grecia; y hallándose ya dentro de la Tesalia para destruir la monarquía de Alejandro, tuvo la debilidad de ir dos veces en calidad de embajador a verse con el tirano. Así fue que, venido a poder de su enemigo, perjudicó infinito a los intereses de los tebanos, y fiándose necia e indiscretamente de quien menos convenía, oscureció la gloria de sus anteriores acciones. Igual desgracia sufrió Cneio Cornelio, cónsul romano en la guerra de Sicilia, por haberse fiado imprudentemente de sus contrarios. Esta flaqueza la han tenido otros muchísimos.

Convengamos, pues, en que se debe vituperar a los que sin consideración se fían de sus enemigos, pero no se ha de culpar a los que toman las medidas posibles. Porque no fiarse absolutamente de ninguno, es no terminar jamás los negocios; y así, no se debe culpar al que, tomadas las precauciones

convenientes, obra lo que la razón dicta. Las seguridades necesarias contra la mala fe son los juramentos los hijos, las mujeres, y sobre todo, la conducta pasada. Si a pesar de estas prevenciones se falta a la fe y se cae en el lazo, esto ya no es culpa del engañado, sino del que engaña. Por eso es preciso tomar tales resguardos por los cuales aquel en quien se fía no pueda faltar a la palabra. Pero como es difícil hallarlos de esta naturaleza, por eso se podrá usar otro arbitrio, y es tomar todas las precauciones razonables, para que, caso que seamos engañados, al menos merezcamos perdón con los extraños. De esta sabia conducta ha habido infinitos ejemplos en la antigüedad, pero el más ilustre y más próximo a los tiempos de que vamos hablando es el que sucedió a Aqueo; el cual, después de no haber omitido precaución ni seguridad de cuantas puede prever la prudencia humana, sin embargo vino a ser cebo de sus contrarios. Pero este accidente, al paso que le atrajo la compasión y perdón de los extraños, excitó el odio y aborrecimiento contra los autores.

CAPÍTULO II

Grandes batallas de romanos y cartagineses.-
Constancia de una y otra república en sus
empresas.- Sabidas ventajas de una historia
universal. Debo decir que no me parece ajeno del intento y objeto general que me propuse al principio, excitar la atención de los lectores sobre las grandes acciones de Roma y Cartago, y sobre la obstinada perseverancia de uno y otro gobierno en sus empresas. Porque a la verdad, ¿no se admirará que teniendo una y otra república encendida una guerra principal dentro de Italia, otra de no menor importancia dentro de España, ambas con inciertas esperanzas aún de sus resultados, y ambas amenazadas de iguales peligros, con todo, no contentas con estos vastos proyectos, se hayan lanzado a disputar la Cerdeña y la Sicilia, y hayan acudido a todo, no sólo con los deseos, sino con las provisiones y pertrechos necesarios? Pero aun causará más admiración si se considera el por menor de las cosas. Los romanos tenían a la sazón dos ejércitos completos con sus cónsules en la Italia, otros dos en la España, uno de tierra a cuyo frente estaba Cn. Cornelio Scipión, y otro de mar que mandaba P. Scipión. Los cartagineses mantenían

igual número de ejércitos. Había asimismo al ancla en las costas de la Grecia, para observar los propósitos de Filipo, una escuadra que primero mandó M. Valerio, y después Publio Sulpicio. A más de estos aparatos, Appio y M. Claudio cubrían la Sicilia, aquel con cien quinquerremes, y éste con un ejército de tierra. Amílcar hacía lo mismo por parte de los cartagineses.

A la vista de esto, me parece que se ve ahora comprobado por los mismos hechos lo que tantas veces hemos repetido en el prólogo de nuestra obra; a saber, que no es posible por las historias particulares comprender la disposición y economía de todo lo que ha sucedido. Y a la verdad, ¿cómo es posible que con la mera lectura de las cosas de Sicilia y de España, cada una de por sí, se conozca y entienda la grandeza de los hechos pasados, y lo principal, de qué modo y de qué género de gobierno se ha servido la fortuna para obrar en nuestros días el mayor prodigio, esto es, haber reducido a un solo imperio y poder todas las partes conocidas del universo, cosa que carece de ejemplo en la historia? Cómo tomaron los romanos a Siracusa, y cómo se

apoderaron de la España, se puede saber tal cual por las historias particulares; pero cómo llegaron a dominar el orbe, qué circunstancias particulares acaecieron en pro y en contra para su universal designio, y en qué tiempo; esto sin una historia universal es muy dificultoso comprenderlo, así como lo es también concebir la grandeza de las acciones y la actividad de un gobierno. Porque que los romanos fuesen a conquistar la España o la Sicilia, y que hiciesen la guerra con ejércitos de mar y tierra, estas noticias, consideradas cada una de por sí, no tienen nada de extraordinario; pero si se considera que junto con estas expediciones se realizaban otras muchas por el mismo poder y por el mismo gobierno, y se considera que al mismo tiempo los que manejaban todas estas empresas se veían agobiados de sediciones y guerras dentro de su propio país, ya entonces penetraremos el espíritu de las acciones y nos parecerán admirables. Ésta es la única forma de dar a las cosas el aprecio que se merecen. Se ha dicho esto contra los que presumen que por la historia particular se puede adquirir conocimiento de la común y universal.

CAPÍTULO III

Ataque de Marco Marcelo por mar contra la Achradina de Siracusa. Descripción de la máquina llamada Sambuca.- Invenciones de Arquímedes contra las máquinas de Marcelo y Appio. Al mando de la expedición de tierra, Appio tenía acampadas sus tropas en torno al pórtico Scithico, lugar por donde la muralla tocaba con la lengua misma del agua. Como era grande el número de operarios, en cinco días quedaron dispuestos los cestones, armas arrojadas y demás prevenciones para un asedio, esperando por esta prontitud coger desprevenido al enemigo. No contaban con la habilidad de Arquímedes, ni preveían que en ocasiones un buen ingenio puede más que muchas manos; mas entonces los desengañó la misma experiencia. Pues a más de que la ciudad era fuerte por estar contruidos sus muros en redondo sobre un terreno elevado y tener su barbacana, a la cual, aun sin oposición de los de adentro, era difícil aproximarse como no fuese por ciertos y determinados sitios, Arquímedes había hecho tales prevenciones dentro

de la plaza contra los ataques de mar y tierra, que nada se echaba de menos de lo que pedía urgencia, y se podía acudir rápidamente a cuanto intentasen los contrarios. A pesar de estos obstáculos, Appio previno sus cestones y escalas, y emprendió aplicarlas al muro contiguo a las Hexapilas por la parte de Levante.

Marcelo atacó por mar la Achradina con sesenta quinquerremes, todas bien tripuladas de soldados armados de arcos, hondas y flechas para reprimir a los que peleasen desde las almenas. A más de éstas había ocho quinquerremes, a las cuales se les había quitado de un lado los bancos de remos, a las unas del derecho y a las otras del izquierdo; y unidas de dos en dos por el costado que estaba sin ellos acercaban a la muralla las sambucas, a impulsos de los remeros del costado exterior. La construcción de esta máquina es como sigue: se construye una escalera cuatro pies de ancha, la cual, derecha, iguale con la altura del muro. Se la coloca unas barandas por ambos lados, y se la cubre por cima con cotas bien altas. Después se la tiende a lo largo sobre los costados de las dos embarcaciones

emparejadas, de suerte que sobresalga mucho fuera de los espolones, y en lo alto de los mástiles se clavan unas poleas con sus cuerdas. Cuando es necesario ponerla en uso, se atan las cuerdas a la punta de la escalera; y mientras que unos desde la popa tiran de ellas por medio de las poleas, otros en la proa, empujando igualmente con palancas, ayudan a levantar la máquina. Una vez levantada, los remeros de uno y otro costado exterior acercan a tierra las quinquerrems y procuran fijarla al muro. En lo alto de la escalera hay un tablado guarnecido de zarzos de mimbres por tres lados, en el cual van cuatro hombres para pelear y desalojar de las almenas la gente que sirva de impedimento a que se arrime la sambuca. Ya que, fijada ésta, se ven los cuatro sobre la muralla, quitan los balaustres de uno y otro para atacar las almenas o merlones. Los demás van siguiendo por la máquina arriba, sin peligro de que falle, por estar bien afirmada con maromas la escalera sobre las dos embarcaciones. Con razón se denomina así esta máquina; porque después de levantada, el conjunto de la embarcación y de la escalera representa una figura parecida a la sambuca.

Prevenido todo del modo referido, los romanos pensaban atacar las torres. Pero Arquímedes, que tenía prevenidas máquinas para arrojar dardos a todas distancias, mientras los enemigos se hallaban lejos, hiriéndoles con ballestas más elásticas y catapultas de mayor alcance, los reducía al último apuro. Si veía que los tiros pasaban de la otra parte, usando de otros de menor calibre a proporción de la distancia, los ponía en tal confusión, que desbarataba del todo sus empresas y ataques; de suerte que Marco Marcelo, rodeado de dificultades, se vio en la precisión de hacer acercar silenciosamente sus galeras durante la noche. Atracadas éstas junto a tierra debajo de tiro, Arquímedes tenía flecha otra prevención contra los que atacasen desde las embarcaciones. Había llenado el muro de troneras del tamaño de la estatura de un hombre, pero por la parte exterior solo un palmo de anchas. Había colocado allí, por la parte de adentro, gentes con flechas y escorpiones que arrojándolos por las troneras frustrasen los esfuerzos de los romanos. De suerte que bien los contrarios estuviesen lejos, bien cerca, no sólo utilizaba sus intentos, sino que les mataba mucha gente. Para el

caso en que intentasen los romanos levantar las sambucas, tenía prevenidas por todo el muro máquinas que, ocultas todo el tiempo restante, sólo en la ocasión se dejaban ver sobre la muralla con los extremos bien sacados a la parte exterior de las almenas. Unas de éstas sostenían peñascos que pesaban diez talentos, otras pedazos de plomo de igual tamaño. Cuando se aproximaban las sambucas, se conducían estas máquinas a donde era necesario por medio de maromas que tenían atadas a sus extremos, y dejando caer la piedra sobre la sambuca, no sólo desbarataba esta máquina, sino que ponía en un sumo peligro a la galera y a la gente que estaba dentro.

Existían también otras máquinas contra los que atacaban, las cuales, bien que los enemigos se hallasen cubiertos con sus escudos y seguros de ser ofendidos de los tiros que se disparaban desde la muralla, sin embargo, arrojaban peñascos tan desmesurados, que hacían huir de la proa a los combatientes. Al mismo tiempo dejaban caer una mano de hierro atada a una cadena, con la cual aquel que gobernaba la máquina, así que con la parte

anterior de ésta había agarrado la proa del navío, bajaba la posterior por dentro de la muralla. Una vez levantada la proa, y puesto el buque perpendicular sobre la popa, quedaba inmóvil la parte anterior de la máquina; pero mediante cierta polea se aflojaba la mano de hierro y la cadena, con lo cual unos navíos caían de costado, otros de espaldas, y la mayor parte, dejaba caer la proa desde lo alto, eran sumergidos y echados a pique. Marcelo no sabía qué hacerse con los inventos de Arquímedes; veía que los sitiados eludían todos sus intentos con menoscabo y oprobio propio; y aunque sufría con impaciencia lo que ocurría, no obstante, mofándose de las invenciones de Arquímedes, decía: «Este hombre se sirve de nuestros navíos como de pucheros para sacar agua; y castigando a nuestras sambucas, las desecha con ignominia como indignas de su compañía.» Tal fue el éxito del asedio por mar.

Appio, embarazado con semejantes dificultades, había tenido que desistir del empeño. Porque sus tropas, mientras estuvieron a larga distancia, habían sido incomodadas por los tiros de los pedreros y

catapultas; tan admirable era la estructura, el número y la eficacia de los dardos, como que Hierón había hecho los gastos, y Arquímedes había sido el arquitecto y artífice de semejantes inventos. Y cuando ya estuvieron próximos a la ciudad unos, rechazados con los dardos que de continuo se arrojaban por las troneras del muro, como hemos dicho, no habían podido acercarse; otros, que habían pasado adelante cubiertos con sus escudos, habían sido acogotados con peñascos y vigas que dejaban caer sobre sus cabezas. «No habían causado menores daños las manos de hierro que pendían de las máquinas, y de que ya hemos hablado anteriormente; porque con ellas levantaban en alto los soldados con sus armas, y los estrellaban contra la tierra. Finalmente Appio tuvo que retirarse a su campamento, y después de haber deliberado con los tribunos, unánimes convinieron en que, no siendo sitio formal, todo lo demás se debía aventurar por tomar a Siracusa, como al cabo pusieron por obra. En ocho meses que tuvieron bloqueada la ciudad, no hubo stratagema o acción de valor que se perdonase; pero jamás osaron intentar un asedio a viva fuerza. Tanto y tan admirable es el poder que

tiene en ciertos lances un solo hombre y un solo arte empleado a propósito. Sáquese un solo viejo de Siracusa; con tantas fuerzas de mar y tierra, sin dilación se hubieran apoderado de la ciudad los romanos; pero estando dentro, ni aun intentar osaban el ataque, al menos del modo que Arquímedes pudiese prohibirlo. Así fue que, persuadidos a que sólo la hambre podía reducirles la ciudad por la mucha gente que en sí encerraba, a esta sola esperanza se atuvieron, cortándoles los víveres que les podían venir por mar con la escuadra, y los de tierra con el ejército. Para no pasar infructuosamente el tiempo que habían de permanecer delante de Siracusa, sino al mismo tiempo adelantar exteriormente algún tanto sus conquistas, los dos cónsules dividieron el ejército. Appio con dos partes quedó delante de Siracusa, y Marcelo con la tercera taló las tierras de los siracusanos que tenían el partido de los cartagineses.

CAPÍTULO IV

El historiador sigue tratando de Filipo.- Los biógrafos de este famoso príncipe: los entusiastas y los detractores.- El autor pondera la objetividad que debe presidir el cultivo de la Historia.- El caso representado por Teopompe, como biógrafo contradictorio de Filipo. Una vez hubo llegado Filipo a Messena, saqueó toda la comarca, produciendo en ella terribles destrozos. El arrebató de la ira le privó de reflexión en esta violencia. ¿Esperaba acaso que las infelices poblaciones continuamente atropelladas sufrirían los daños sin quejarse ni odiarle? Me induce a referir francamente en este libro y en el anterior lo que conozco de las malas acciones de Filipo, además de los motivos antedichos, el silencio de ciertos historiadores acerca de los asuntos de los messenios, y la flaqueza de otros que por inclinación al príncipe o por temor a desagradarle, en vez de censurar sus actos reprobables, los convierten en mérito. Como en los historiadores del rey de Macedonia, notase este defecto en los de otros príncipes, siendo más bien que historiadores, panegiristas.

Jamás se debe en la historia de un monarca censurar ni elogiar contra la verdad, cuidando no desmentir en una parte lo afirmado en otra, y describir al natural sus inclinaciones. Ciertamente es tan fácil dar este consejo, como difícil realizarlo; que en determinadas circunstancias no se puede decir o escribir lo que se piensa. Perdono, pues, a algunos escritores no observar las prescritas reglas de buen sentido, mas no se debe perdonar a Teopompe que las viole tan groseramente.

Da a entender que emprendió la historia de Filipo, hijo de Amintas, por no haber nacido en Europa hombre alguno que pudiera compararse a este príncipe, y no obstante, desde las primeras páginas y en el curso de su obra, nos le presenta excesivamente aficionado a las mujeres, y expuesto por ello a perder su propia casa. Descríbele injusto y pérfido con sus amigos y aliados, sometiendo a servidumbre las ciudades por engaño o violencia, y aficionado al vino hasta el punto de mostrarse ebrio en mitad del día. Vea el que leyere cómo empiezan los libros nueve y cuarenta, y admirará el arrebató

de este escritor, vea lo que entre otras cosas tiene la osadía de decir:

«Si existe entre griegos y bárbaros insignes disolutos, absolutamente desprovistos de pudor, tales hombres en Macedonia se agrupaban a Filipo y eran sus favoritos. El honor, la prudencia, la probidad, no penetraban en su corazón. Para ser bien recibido en su casa, atendido y elevado a los más importantes cargos, precisaba ser pródigo, borracho o jugador, y alentaba estas criminales inclinaciones en sus amigos, prefiriendo al de más desordenadas costumbres. ¿Qué vergüenza o infamia no manchaba en efecto sus almas? ¿Qué sentimiento de honor o de virtud podía penetrar en sus corazones? Afeminados unos en el vestir, entregados otros a los más asquerosos vicios antifísicos, les acompañaban a todas partes dos o tres niños, tristes víctimas de su detestable lubricidad. Al ver aquella corte sumida en la molicie y en los placeres más vergonzosos, podía decirse que Filipo tenía en vez de favoritos, amantes en vez de soldados, prostitutas, siendo los cortesanos que le rodeaban crueles y sanguinarios por naturaleza, y afeminados y disolutos en sus

costumbres hasta donde cabe imaginar. En resumen, porque la necesidad de hablar de muchas cosas me impiden detenerme largo tiempo en cada asunto, los llamados amigos y favoritos de Filipo eran peores que centauros y fieras.»

¿Es posible sufrir tales exageraciones, tanta hiel, tan envenenado lenguaje?

Varias son en este caso las culpas de Teopompe: no está de acuerdo consigo, es calumnioso lo que de Filipo y sus amigos dice, y además calumnia en términos indignos de un escritor que se estima. Ni para pintar a Sardanápalo y su corte, a ese Sardanápalo tan vituperado por su molicie y lujuria, a ese rey en cuya tumba se lee el epitafio «Llevo conmigo todos los placeres que los excesos del amor y de la mesa han podido darme», se hubiera atrevido acaso a emplear tales colores. Filipo y sus amigos no merecen censura alguna de cobardía o deshonra, y el escritor que quiera elogiarles, nada dirá de su valor, firmeza y demás virtudes que supere a sus merecimientos. Con su intrepidez y esfuerzo

ensancharon los límites de Macedonia, y sin mencionar lo que hicieron en tiempo de Filipo, después de su muerte, ¡cuántas veces no han sobresalido por su valor en las batallas a las órdenes de Alejandro! Cierto es que a este príncipe cabe la principal parte en las victorias; pero asimismo es innegable que sus amigos le ayudaron eficazmente, derrotando repetidas veces al contrario, sufriendo las mayores fatigas y exponiéndose a toda clase de peligros. Poseedores de grandes Estados en época posterior, y con sobrados medios para satisfacer todas sus pasiones, jamás se dejaron dominar por ellas hasta el punto de alterar su salud o de hacer algo contrario a justicia o a la pública conveniencia. Siempre mostraron en tiempo de Filipo o en el de Alejandro igual nobleza de sentimientos, la misma grandeza de alma, la misma prudencia, el mismo valor. No les nombro, porque harto conocidos son sus nombres.

Muerto Alejandro, disputáronse entre sí las mayores partes del universo, y ellos mismos con gran número de monumentos históricos nos

transmitieron la gloria alcanzada durante estas guerras.

Traspasa Timeo contra Agatocles, tirano de Sicilia, los límites de una justa moderación; mas no sin motivo, porque referíase a un enemigo, a un mal hombre, a un tirano. Para Teopompe no hay justificación posible. Propónese escribir la historia de un príncipe que parece formado por la naturaleza para la virtud y no hay acusación vergonzosa o infame que no le dirija. El elogio que de Filipo hace al principio de su historia es mentida y baja adulación, y en el curso de su obra pierde el ingenio hasta el punto de creer que, censurando, a veces sin razón ni justicia, a su héroe, acredita de imparcialidad las alabanzas que le prodiga en otros capítulos.

No se puede, en mi concepto, aprobar el plan general de este historiador. Empieza a escribir la historia de Grecia a partir de donde la dejó Tucídides, y cuando se esperaba verle describir la batalla de Leuctras y las acciones más brillantes de

los griegos, abandona a Grecia y se aplica a narrar las empresas de Filipo. Más atinado hubiera sido, en mi opinión, incluir la historia de Filipo en la de Grecia, que envolver la de Grecia en la de Filipo. Por mucho que ofusque la dignidad y acaso el poder real, nadie censurará a un historiador que al hablar del rey mencione los asuntos de Grecia; pero ningún historiador sensato, después de empezar y escribir en parte la historia de Grecia, la interrumpirá para narrar la de un rey. ¿Por qué no ha reparado Teopompe en hacer esto? Porque la gloria estaba de un lado y su interés de otro. En último caso, si se le preguntara por qué cambió de plan, quizá tuviera razones en su defensa, pero ninguna tiene, en mi sentir, para difamar tan cruelmente a la corte de Filipo, faltando a la verdad y a su deber de historiador.

CAPÍTULO V

*Filipo da muerte a Arato con un veneno.-
Moderación de éste y
hombres heroicos que se le tributan.*

En verdad jamás pudo Filippo tomar un castigo conveniente de los messenios, sus enemigos declarados, por más esfuerzos que hizo para asolar su país (539 años antes de J. C.); mas fue pública a todos la demasiada insolencia con que trató a sus más íntimos amigos. Hizo envenenar al viejo Arato, por no haber aprobado lo que él había llevado a cabo en Messena, valiéndose para esta bajeza de los servicios de Taurión, que en su nombre gobernaba el Peloponeso. Por el pronto estuvo oculta la acción entre los extraños, pues la actividad del veneno no era de las que matan al momento, sino de las que hacen su efecto transcurrido algún tiempo. Pero no se le ocultó a Arato esta perfidia. La causa de haberse publicado fue que aunque quiso ocultarla a todos no pudo menos de descubrirla a Cefalón, uno de sus domésticos con quien tenía confianza. Este tal le había asistido cuidadosamente durante toda su enfermedad, y habiendo reparado en un esputo que había en la pared mezclado en sangre, Arato le dijo: «Cefalón estas son las recompensas de la amistad que he tenido con Filippo»: tan grande y admirable es el efecto de la moderación, causar mayor vergüenza al injuriado que al autor de la ofensa. Tal fue el pago

que recibió Arato de la amistad de Filipo, después de haberle acompañado en tantas y tan gloriosas empresas con gran ventaja de sus intereses. Pero bien que muriese este Arato, que tantas veces había obtenido la pretura entre los aqueos, y que había hecho tantos y tan señalados servicios a su nación; sin embargo, la patria y la República aquea le tributaron los aplausos debidos, le decretaron sacrificios, le señalaron honores heroicos, y, en una palabra, cuanto podía contribuir a hacer inmortal su memoria. De suerte que si queda alguna sensación a los muertos, no puede menos que Arato, al ver el reconocimiento de los aqueos, haya dejado de complacerse con las penalidades y peligros que sufrió por ellos durante la vida.

CAPÍTULO VI

Ocupación inesperada de Lisso y de su ciudadela por Filipo. Hacía ya largo tiempo que Filipo maquinaba y revolvía en su idea

cómo apoderarse de Liso y de su ciudadela, cuando al fin se dirigió allá con ejército (540 años antes de J. C.) Tras dos días de camino y haber cruzado los desfiladeros, sentó su campo en las riberas del Ardajano, no lejos de la ciudad. Al ver el ámbito de ésta y lo bien fortificada que la naturaleza y el arte la habían hecho, tanto por el lado del mar como por el lado de tierra; y al considerar que la ciudadela que tenía contigua, por su encumbrada altura y demás fortaleza daba de sí una idea que quitaba aun la esperanza de poder ser tomada por fuerza, renunció del todo al empeño cuanto a esta parte, pero no desesperó enteramente de tomar la ciudad. Había observado que entre ésta y el pie de la montaña donde se hallaba la ciudadela mediaba un espacio muy a propósito para un ataque. Allí se propuso trabar una escaramuza, para lo cual se valió de un ardid oportuno. Después de haber dado un día de descanso a los macedonios y haberles exhortado según pedía la ocasión, emboscó antes de amanecer la mayor y más fuerte parte de su infantería ligera en ciertos barrancos montuosos, hacia el interior del país y por cima del espacio de que ya hemos hablado. Al día siguiente condujo por la orilla del

mar su infantería pesadamente armada, y el resto de la ligera del otro lado de la ciudad. Ya que hubo dado la vuelta, y apostándose en el sitio que hemos dicho, nadie dudó que por allí intentaría el ataque.

Como había sido pública la llegada de Filipo, se había reunido en Lisso un gran número de ¡lirios de todos los contornos. Satisfechos de la fortaleza de la ciudadela, no habían puesto en ella sino una guarnición muy corta. Y así, lo mismo fue acercarse los macedonios, que fiados en el número y ventajas del terreno, lanzarse fuera de la ciudad. El rey situó su infantería pesada en el llano y ordenó avanzar la ligera hacia las eminencias y batirse con vigor con el enemigo. Obedecida la orden, la acción estuvo dudosa por algún tiempo; pero al fin los de Filipo, cediendo a la desigualdad del terreno y al número de enemigos, tuvieron que volver la espalda. Refugiados éstos en los rodeleros, los sitiados, llenos de desprecio, pasan adelante, descienden al llano y cierran con la infantería pesada. La guarnición de la ciudadela, al ver que Filipo iba retirando lentamente una por una sus cohortes, creyendo que esto era ceder el campo, abandonó

imprudentemente su puesto, persuadida a que la naturaleza del lugar bastaría a su defensa. Efectivamente, estas tropas desamparan unas tras otras la ciudadela y bajan por caminos extraviados a un sitio llano y descampado, con la esperanza de algún botín después de ahuyentados los enemigos. Pero a este tiempo los que estaban emboscados en el interior del país, saliendo de repente, hacen un vigoroso ataque y al mismo tiempo la infantería pesada vuelve a la carga. Este accidente desconcertó al enemigo; la guarnición de Lisso se retiró en desorden, y se salvó en la ciudad; pero la que había abandonado la ciudadela fue cortada por los que salieron de la emboscada. De aquí provino lo que menos se esperaba: que la ciudadela se tomó al momento sin riesgo alguno y la ciudad al día siguiente, después de vivos y terribles ataques. Dueño Filipo de Lisso y de su ciudadela de un modo tan extraordinario, por el mismo hecho lo vino a ser de todos los alrededores, ya que los más de los ilirios le vinieron a ofrecer de grado sus ciudades. Una vez tomadas por fuerza estas fortalezas, se vio claramente que ya no había asilo contra el poder de este príncipe ni defensa que le pudiese resistir.

CAPÍTULO VII

Aqueo cercado en la ciudadela de Sardes es puesto en poder de sus enemigos por alevosía de Bolis el Cretense y sentenciado a muerte vergonzosa por Antíoco. En realidad, Bolis era un personaje de nacionalidad cretense, pero que había vivido mucho tiempo en la corte con los primeros cargos del gobierno (214 años antes de J. C.) Pasaba por hombre inteligente, de espíritu fogoso, y experimentado en la ciencia militar como ninguno. Sosibio supo ganarle a fuerza de un largo trato, y luego de haberle tenido afecto y propenso a sus ideas, le declaró que en nada podía dar más gusto al rey en las actuales circunstancias como en excogitar un medio de salvar a Aqueo. A esta propuesta Bolis respondió que pensaría en ello, y se retiró. Después de haberlo bien reflexionado, fue a los dos o tres días a casa de Sosibio y le dijo que tomaba por su cuenta el asunto, que había vivido mucho tiempo en Sardes, que tenía noticia del terreno, y que Cambilo, gobernador de las tropas cretenses a sueldo de Antíoco, era no sólo su paisano, sino también su

pariente y amigo. Daba la casualidad que a Cambilo y a los cretenses de su mando estaba encomendada la guarda de uno de los fuertes situados a espaldas de la ciudadela, los cuales, por no admitir fortificación alguna, tenían que estar custodiados de continuo por la tropa de Cambilo. Sosibio se alegró infinito con esta circunstancia, y se llegó a persuadir, o que era imposible sacar a Aqueo del peligro en que se hallaba, o una vez dable, ninguno lo podía ejecutar mejor que Bolis. Como en éste se advertía tal anhelo, al punto se promovió con empeño la empresa. Sosibio, al paso que le ofrecía dinero para que no faltase requisito al propósito, y le prometía mucho más si llegaba a tener buen éxito, le exageraba por añadidura las recompensas que recibiría del mismo rey y de Aqueo, con lo cual hinchó el corazón de Bolis de magníficas esperanzas. Efectivamente, pronto a la ejecución, después de haber tomado el salvoconducto y las credenciales necesarias, se hizo a la vela sin dilación; primero para Rodas, a verse con Nicomaco, que en afecto y confianza hacía con Aqueo veces de padre; y después para Éfeso, a tratar con Melancoma. Éstos eran los dos confidentes de

quienes Aqueo se había servido en los tiempos anteriores, tanto para los asuntos pertenecientes a Ptolomeo, como para los demás negocios externos.

Llegado Bolis a Rodas y después a Éfeso, comunicó el asunto con estos dos personajes, y habiéndolos hallado dispuestos para su empresa, despachó uno de los suyos llamado Ariano a Cambilo, con orden de decirle que había venido de Alejandría a reclutar tropas extranjeras, pero que deseaba comunicarle ciertos asuntos importantes; y así, le suplicaba se sirviese señalarle tiempo y sitio en que pudiesen verse sin testigos. No bien hubo llegado Ariano y mostrado las cartas a Cambilo, cuando éste accedió a lo que le pedía, y señalado día y lugar en que los dos pudiesen verse durante la noche, volvió a enviar al mensajero. Bolis, cretense en efecto, y por consiguiente doble por naturaleza, había rumiado bien el asunto, y tenía atados todos los cabos. Por fin llegó a verse con Cambilo según le había prevenido Ariano, y le entregó una carta, sobre la que tuvieron un consejo propio de dos cretenses. Lo que menos cuidaron ellos fue de sacar a Aqueo del inminente riesgo, y guardar la fe a los

que les habían confiado tal empresa; sólo consultaron su seguridad y su propia conveniencia. Y así a pocas razones, como buenos cretenses, convinieron en un mismo parecer; a saber, que repartirían por igual los diez talentos, que ya habían recibido de Sosibio; que descubrirían a Antíoco todo el asunto, y siempre que éste les diese por el pronto dinero, y para el futuro esperanzas proporcionadas a tan gran servicio, le prometerían poner en sus manos a Aqueo, prestándoles su ayuda. Dispuesto así el negocio Cambilo tomó por su cuenta manejar el asunto con Antíoco; y Bolis ofreció por la suya, que en pocos días enviaría a Ariano con una cifra y unas cartas para Aqueo de parte de Nicomaco y Melancoma, pero que él tuviese cuidado de introducir y sacar a Ariano de la ciudadela con seguridad. Y caso que Aqueo, aprobado el pensamiento, respondiese a Nicomaco y Melancoma Bolis por sí solo se encargaría de la ejecución y vendría a reunirse con Cambilo. Hecha esta repartición, se separaron, y cada uno pensó en ejecutar lo que le tocaba.

A la primera ocasión que se presentó, sacó Cambilo la conversación al rey. Éste, con una oferta tan lisonjera e inesperada, por una parte, alegre en extremo, todo lo prometía; por otra, desconfiado, examinaba con individualidad el proyecto y medios de conseguirlo. Pero al fin asintió, y persuadiéndose que los dioses favorecían la empresa, rogaba e instaba encarecidamente a Cambilo llevase la acción a efecto. Bolis practicaba iguales oficios con Nicomaco y Melancoma, los cuales, creyendo que esto iba de buena fe, despacharon sin recelo a Ariano con unas cartas para Aqueo, escritas con ciertas cifras en que estaban convenidos según su costumbre. Las tales cartas le exhortaban a que se fiase en un todo de Bolis y Cambilo, y estaban escritas con tal arte, que aunque fuesen interceptadas era imposible descifrar su contenido. Ariano, introducido en la ciudadela por medio de Cambilo, entregó las cartas a Aqueo; y como desde el principio había presenciado toda la conjuración, daba razón exactamente de todo. Preguntado sobre varias y diferentes cosas de Sosibio y de Bolis, de Nicomaco y Melancoma, y sobre todo de Cambilo, respondía con sinceridad y sobre sí a todo lo que se

le preguntaba, porque se hallaba ignorante de lo principal que Cambilo y Bolis tenían entre sí concertado. Aqueo, a la vista de las respuestas de Ariano, y sobre todo convencido con las cifras de Nicomaco y Melancoma, respondió a las cartas y despachó al instante a Ariano. Esta correspondencia se repitió muchas veces de una y otra parte, y finalmente Aqueo, como no le quedaba otra esperanza de salud, se entregó a Nicomaco, y le ordenó que enviase a Bolis con Ariano una noche sin luna, para ponerse en sus manos. El propósito de Aqueo era, primero, evitar el peligro que le amenazaba, y después, penetrar sin dilación en la Siria. Tenía bien fundadas esperanzas que si mientras Antíoco se hallaba delante de Sardes se dejaba ver a los sirios de repente y cuando menos lo pensaban, su presencia causaría una gran conmoción, y daría mucho gusto a las gentes de Antioquía, de la Cæle-Siria y de la Fenicia.

Lleno de estas expectativas y pensamientos, aguardaba con impaciencia la llegada de Bolis. Melancoma recibió a Ariano, y leídas las cartas, le despacha a Bolis, a quien exhorta encarecidamente,

y ofrece magníficas esperanzas si consigue su propósito. Éste, con el aviso anticipado que por medio de Ariano había dado a Cambilo de su llegada, fue por la noche al lugar señalado. Pasaron allí todo el día en deliberar el expediente de cada una de las circunstancias, al cabo del cual se retiraron por la noche al campamento. La cosa se hallaba dispuesta de este modo: que si Aqueo salía de la ciudadela solo o acompañado de otro con Bolis y Ariano, era fácil a los emboscados burlarse y apoderarse de su persona; pero si salía con mucha gente, ya era negocio arduo, cuando sólo aspiraban a cogerle vivo, por consistir en eso principalmente la gracia que se prometían de Antíoco; que por esta razón era preciso que Ariano, una vez fuera de la ciudadela Aqueo, fuese guiando, ya que conocía aquella senda por donde tantas veces había ido y venido; y que Bolis siguiese detrás, para que cuando se llegase al lugar donde habían de estar los emboscados dispuestos por Cambilo, éste agarrase y echase mano a Aqueo, no fuese que en la confusión y con la oscuridad se les escapase por sitios montuosos, o desesperado se arrojase por algún despeñadero, y se frustrase el propósito de cogerle

vivo. Dispuesto así el lance, fue Bolis a verse con Cambilo, quien aquella misma noche le condujo a Antíoco, y le dejó con él a solas. El rey le recibió con mucho agasajo, le confirmó sus promesas, y después de haber exhortado encarecidamente a uno y otro a que no retardasen el proyecto, se retiraron a su campo. Bolis, al amanecer, marchó con Ariano y entró en la ciudadela antes del día.

Aqueo recibió con mucho obsequio y urbanidad a Bolis, le examinó muy por menor sobre cada una de las circunstancias, y advirtiendo en su rostro y conversación que era hombre de la firmeza requerida para el caso, a veces se alegraba con la esperanza de la salud, y a veces quedaba atónito y lleno de inquietudes a la vista de las grandes consecuencias. Sin embargo, como a una penetración singular unía una experiencia en los negocios nada común, decidió no abandonarse enteramente a la fe de Bolis. Por esta razón le manifestó que por el momento no le era posible acompañarle, pero que enviaría con él tres o cuatro amigos suyos, y después de haber conferenciado éstos con Melancoma se hallaría él dispuesto a la

salida. Efectivamente, Aqueo tomaba todas las precauciones posibles, mas no sabía que trataba con un cretense, porque Bolis se había prevenido para todo lo que se le pudiera ofrecer sobre el caso. Llegada la noche en que había dicho que le acompañarían cuatro de sus amigos, envió por delante a Ariano y a Bolis a la salida de la ciudadela, y les mandó esperar allí hasta tanto que llegasen los que habían de partir con ellos. Mientras que éstos obedecían la orden él descubrió su pecho a Laodice, su mujer, la cual quedó fuera de sí con una nueva tan extraordinaria. Después de haberla consolado y mitigado su dolor con las ventajas que se prometía, en lo que se detuvo algún tiempo, acompañado de sus cuatro amigos, a quienes dio vestidos medianos, tomó para sí uno vil y despreciable, y reducido a condición humilde echó a andar, previniendo a uno de ellos que él solo respondiese a todas las preguntas de Ariano, que siempre se informase de él para lo que sucediese y dijese que los otros eras bárbaros.

Después que llegaron a donde estaba Ariano, éste echó adelante por la noción que tenía del camino,

pero Bolis se quedó atrás, según estaba dispuesto, dudoso e inquieto sobre el éxito de la acción. Porque aunque era cretense y, por consiguiente, propenso a sospechar todo mal de su prójimo, con todo, la oscuridad no le dejaba distinguir, no digo quién era Aqueo, pero ni aún si venía en la compañía. Aunque como la mayor parte del camino era una bajada pendiente y escabrosa y a trechos tenía precipicios muy resbaladizos y peligrosos, le fue fácil distinguir cuál de ellos era Aqueo; porque siempre que se llegaba a uno de estos parajes, unos le agarraban, otros le sostenían, no pudiendo aún aquí dejar de prestarle aquel respeto que tenían de costumbre. Ya que hubieron llegar al lugar señalado por Cambilo, Bolis hizo señal con un silbato, y al punto salieron los emboscados y se apoderaron de los otros cuatro. Bolis mismo agarró a Aqueo, que tenía las manos envueltas con el ropaje, receloso de que, conocido el engaño, no intentase darse muerte con una espada que traía encubierta. En un momento se vio Aqueo rodeado por todos lados en poder de sus enemigos y llevado sin dilación con sus amigos a presencia de Antíoco. Ya hacía tiempo que este príncipe se hallaba suspenso y pendiente del éxito de la acción.

Despedidos los comensales, se había quedado solo y despierto en su tienda con dos o tres guardias de su persona. Cuando hubo entrado a su presencia Cambilo y dejado Aqueo atado sobre la tierra, la admiración le embargó el habla de tal modo que por mucho tiempo estuvo callando, y por fin, enternecido, se le cayeron las lágrimas. A mi modo de entender, procedió esta compasión de contemplar cuán inevitables e inopinados son los acasos de la fortuna. Aqueo, que era hijo de Andrómaco y hermano de Laodice, mujer de Seleuco; que había contraído matrimonio con Laodice, hija del rey Mitrídates; que había sido dueño de todo el país de parte acá del monte Tauro, y que a la sazón, en opinión de sus tropas y las de sus contrarios, se hallaba en la plaza más fuerte del universo; este mismo Aqueo yacía ahora atado en tierra, hecho despojo de sus contrarios, sin tener alguno otro noticia de la traición más que los que la habían cometido.

Lo mismo fue amanecer, acudieron los cortesanos a la tienda del rey, como tenían por costumbre, y al contemplar un espectáculo

semejante les ocurrió lo mismo que había pasado por Antíoco. La admiración fue tal, que dudaban de lo que veían. Reunido el consejo, hubo muchos altercados sobre el castigo que se le había de imponer. Finalmente se decidió que se mutilase a este desgraciado príncipe, y después de cortada la cabeza y cosida en una piel de asno, se pusiese en una cruz el resto de su cuerpo. No bien conocieron las tropas la ejecución de la sentencia, cuando se esparció tal furor y enajenación por todo el ejército, que Laodice, que sabía sola la salida de su marido, conjeturó desde la ciudadela lo que sucedía por el alboroto y conmoción de la armada. Al poco rato fue un trompeta a darle cuenta de la suerte de su marido y ordenarle que sobreseyese en los negocios y evacuase la ciudadela. Por el pronto la guarnición no dio otra respuesta más que gemidos y sollozos inexplicables, no tanto por el amor que profesaba a Aqueo, cuanto porque nada menos esperaba que un fracaso tan extraordinario e inesperado; pero después se vieron en una extrema dificultad y embarazo los sitiados. Antíoco, después de haberse deshecho de Aqueo, estrechaba de continuo la ciudadela, persuadido a que los mismos de adentro,

y principalmente los soldados, le darían ocasión de tomarla, como sucedió al cabo. Porque sublevada la guarnición, se dividió en bandos, unos en favor de Ariobazo y otros de Laodice. Este accidente causó una mutua desconfianza, y al punto unos y otros rindieron al rey sus personas y la ciudadela. Así acabó la vida Aqueo, príncipe que, a pesar de haber tomado cuantas precauciones dicta la prudencia, vencido al fin por la perfidia de aquellos de quienes se había fiado, vino a servir de ejemplo provechoso a la posteridad de dos formas: una, que nos enseña a no fiarnos fácilmente de cualquiera, y otra, a no ensoberbecernos en la prosperidad, sino a temerlo todo como mortales.

CAPÍTULO VIII

Cavarus, gobernador de los galos.- Sus virtudes

En verdad, Cavarus, gobernador de los galos que habitaban la

Tracia, pensaba con nobleza y poseía sentimientos dignos de un rey. Procuró que las

mercancías pudieran navegar sin riesgo por el Ponto Euxino, y prestó gran auxilio a los bizantinos en el transcurso de sus guerras contra tracios y bitinios.

CAPÍTULO IX

Corrupción de Cavarus El galo Cavarus, hombre virtuoso, fue pervertido por Sócrates de

Calcedonia.

CAPÍTULO X

Antíoco se dispone a sitiar a Armosata.- Magnanimidad de Antíoco. Habiendo acampado Antíoco junto a Armosata (ciudad situada

entre el Éufrates y el Tigris, en el territorio llamado Bella Llanura), disponíase a sitiarla. El gobernador de esta plaza, Jerjes, comprendió los preparativos del rey, y al principio quiso huir. Temiendo después que, tomada la capital, le

arrebataran todos sus Estados, solicitó una conferencia a Antíoco. Opinaron los cortesanos del rey que debía apoderarse de este joven príncipe al presentársele voluntariamente y entregar el reino a su sobrino Mitrídates; pero en vez de aceptar estos consejos de violencia, el rey de Siria recibió al príncipe, concertó paces con él y le perdonó la mayor porción de los tributos que su padre le debía, contentándose con trescientos talentos, mil caballos y mil mulas con sus arneses. Puso además en orden los asuntos de este reino, y dio su propia hija en matrimonio a Jerjes. Mucha honra ganó por tan noble y generosa conducta y la estimación y afecto de todas las poblaciones de aquella comarca.

CAPÍTULO XI

Aníbal se apodera por traición de la ciudad de Tarento. En los primeros días (213 años antes de J.C.) los tarentinos no

salían de la ciudad sino para hacer alguna correría. Una noche que se aproximaron al

campamento de los cartagineses se quedaron todos ocultos en cierto bosque que se hallaba a orillas del camino, menos Filemenes y Nicón, que pasaron al campo. Las guardias, como no decían de dónde venían ni quiénes eran, sólo sí significaban que querían hablar al general, les cogieron y los condujeron a Aníbal. Apenas le fueron presentados, manifestaron que deseaban hablarle a solas, y admitidos sin dilación a una conferencia, hicieron una apología de su conducta y de la de su patria, acriminando al mismo tiempo a los romanos en muchos y diferentes puntos, para darle a entender que no sin motivo habían tomado la decisión de abandonarlos. Aníbal, después de haberles aplaudido la decisión y haberlos recibido en su amistad, los despidió, previniéndoles que volviesen cuanto antes a tratar con él sobre el asunto. Por lo pronto, les ordenó que después que estuviesen a una buena distancia del campo, se llevasen por delante los primeros ganados que encontrasen, con los hombres que los guardaban, y regresaran sin temor a los suyos, que él cuidaría de su seguridad. Su propósito en esto era tomarse tiempo para rumiar lo que los jóvenes le habían propuesto y hacer creer a

los tarentinos que éstos únicamente habían salido por el pillaje. Efectivamente, Nicón cumplió exactamente lo que se le había encargado, y Aníbal estaba sumamente gozoso de que al cabo se le hubiese presentado oportunidad para lo que proyectaba, Filemenes, por su parte, promovía aún con más calor el negocio, ya por la seguridad que tenía de tratar con Aníbal y la buena acogida que en él había hallado, ya también porque el mucho ganado que robaba le había afianzado suficientemente el crédito para con sus ciudadanos. En efecto, con los sacrificios y convites que hacía del ganado robado no sólo tenía sentada su fe con los tarentinos, sino que había excitado la emulación de otros muchos.

Realizada después una segunda salida, y practicadas puntualmente las mismas diligencias, dieron sus seguridades a Aníbal, y éste las recibió de ellos con estos pactos: que Aníbal pondría en libertad a los tarentinos; que por ningún acontecimiento exigiría Cartago tributos de Tarento, ni impondría otros nuevos, mas que sería lícito a los cartagineses, después de apoderarse de la ciudad,

saquear las casas y habitaciones de los romanos. Convinieron asimismo en la señal que habían de dar para que las guardias los recibiesen sin detención en el campo cuando volviesen. Por este medio consiguieron la libertad de venir a verse frecuentemente con Aníbal, ya con el pretexto de hacer correrías, ya con el de salir a caza. Tomadas estas medidas para el futuro, mientras los demás conjurados aguardaban la ocasión, se ordenó a Filemenes que saliese de caza. Porque como ésta era su pasión dominante, todos creían que lo hacía por un efecto de predilección a este ejercicio. Con este motivo se le encargó que con las fieras que capturase ganase primero la amistad de Cayo Livio, gobernador de la ciudad, y después la de los centinelas de la puerta llamada Temenida. Filemenes, después de haberse adquirido esta confianza, introducía de continuo caza en la ciudad, ya la que él cogía, ya la que Aníbal le tenía preparada. Daba una parte al gobernador y otra a las guardias de la puerta para que estuviesen dispuestas a abrirle el postigo, porque por lo regular entraba y salía de noche, pretextando en la apariencia el temor a los contrarios, y en realidad disponiéndose para lo

que tenía proyectado. Cuando ya tuvo acostumbradas las centinelas a no poner reparo en abrirle el postigo al punto que se acercase al muro y diese un silbido, entonces los conjurados, que ya tenían observado que en cierto día había de ir el gobernador con grande acompañamiento a lo que se llama el Museo, cerca de la plaza, señalaron con Aníbal aquel día para la ejecución de su propósito.

Aníbal tenía ya buscado de antemano un pretexto de indisposición, a fin de que los romanos no extrañasen la noticia de que se detenía más tiempo en un mismo lugar; pero entonces fingió más grave enfermedad, y separó su campo de Tarento tres días de camino. Llegado el día señalado, eligió entre su caballería o infantería los diez mil hombres más ágiles y bravos y les ordenó tomar ración para cuatro días. Con esto levantó el campo al amanecer y echó a andar con diligencia, previniendo a ochenta caballeros nómadas escogidos que marchasen delante del ejército, a distancia de treinta estadios, y talasen los parajes de uno y otro lado del camino para que nadie percibiese el grueso del ejército; y de los que hallasen, unos fuesen cogidos, otros, caso

que escapasen, sólo contasen en la ciudad que era una cabalgada de los númidas. Ya que estuvo esta caballería a ciento veinte estadios de distancia, Aníbal hizo cenar a sus gentes a la orilla de un río, de donde con dificultad podía ser visto, por correr por un barranco. Allí reunió sus capitanes, y sin descubrirles del todo el pensamiento, únicamente les exhortó: primero, a que obrasen como buenos, pues jamás se habían presentado a su valor mayores recompensas; segundo, a que cada uno contuviese en buen orden a sus soldados durante la marcha, y castigase severamente a los que se desmandasen de sus líneas; y últimamente, a que estuviesen atentos a las órdenes y no obrasen cosa por sí sin mandato de sus jefes. Dicho esto, despidió los capitanes, y luego que anocheció, hizo avanzar la vanguardia, a fin de estar junto al muro a medianoche. Llevaba por guía a Filemenes, a quien tenía prevenido un jabalí para que le abriesen la puerta.

Livio había pasado todo aquel día con sus amigos en el Museo, según los conjurados se lo habían imaginado; y ya al ponerse el sol, cuando el vino hacía su mayor efecto, le trajeron la noticia de

que los núbidas corrían la campiña. Únicamente atento a lo que le referían, y por consiguiente, más satisfecho con esta nueva de todo lo que podría ser, llamó a algunos capitanes y dispuso que con la mitad de la caballería saliesen al amanecer a contener la tala del enemigo. Apenas anoheció, Nicón, Tragisco y demás conjurados, reunidos en la ciudad, se pusieron a observar la vuelta de Livio a su casa. No tardó éste en levantarse de la mesa, porque el convite había sido por el día. Entonces, mientras unos se quedan a cierta distancia, salen otros a divertir a Livio con obscenidades y chocarrerías que se dicen unos a otros, como para imitar a los que salían del convite. Así que estuvieron cerca de Livio, a quien el vino tenía más enajenado, todo fue risa y algazara de una y otra parte; y vueltos hacia atrás, le restituyeron a su casa, donde, sin pensamiento que le inquietase o entristeciese, rebosando alegría y deleite, quedó durmiendo la borrachera, como suelen los que se exceden en el vino por el día. Después, Nicón y Tragisco vuelven a incorporarse con los compañeros de quienes se habían separado, y divididos en tres trozos, procuran ocupar las avenidas más cómodas

de la plaza para que no se les ocultase cosa de cuanto pasase fuera o dentro de la ciudad. Apostaron unos cuantos junto a la casa del gobernador, firmemente persuadidos que, si se suscitaba alguna sospecha de lo que iba a ocurrir, primero habían de ir a parar las nuevas a Livio y de él habían de salir las providencias. Ya que todos se habían retirado del convite, la algazara toda había cesado y el pueblo se hallaba durmiendo, como a eso de medianoche, viendo que todo estaba como se habían prometido, se reunieron y marcharon a ejecutar su propósito.

Estaban convenidos con los cartagineses en que Aníbal se aproximaría a la ciudad por aquel lado del Oriente que desde el interior del país viene a parar a la puerta Temenida; que encendería una antorcha sobre el túmulo llamado por unos de, Hyacinto y por otros de Apolo Hyacinto; que Tragisco, al punto que la viese, le correspondería con otra dentro de la ciudad, y que a consecuencia de esto Aníbal apagaría su fuego y se encaminaría a lento paso hacia la puerta. Tomadas estas medidas, los conjurados cruzan la parte habitada de la ciudad y vienen a parar a los cementerios. Es de suponer que

los tarentinos tienen aquella parte de la ciudad que mira al Oriente llena de sepulcros, por enterrar aún hasta el día de hoy a todos sus muertos dentro de los muros, en cumplimiento de un antiguo oráculo que les había predicho *que cuantos más habitantes fuesen, serían más dichosos y felices*; y ellos, entendiendo que la manera de llegar a ser su ciudad la más dichosa era si retenían consigo a los que morían, sepultan aún hasta el día de hoy sus cadáveres dentro de las puertas. Apenas llegaron al túmulo de Pithionico, aguardaron la señal. Efectivamente, se acerca Aníbal y enciende su antorcha, la cual apenas fue vista por Nicón y Tragisco, cuando llenos de confianza le corresponden con la suya, y después de apagada la de Aníbal echan a correr con diligencia a la puerta para degollar la guardia antes que llegasen los cartagineses que, según lo convenido, habían de venir a lento paso y sin meter ruido. La cosa sale felizmente, sorprenden las centinelas, las degüellan, rompen los cerrojos, abren las puertas sin tardanza y viene Aníbal al momento crítico, habiendo dispuesto su marcha con tanto pulso, que no se tenía en la ciudad la más mínima sospecha de su llegada.

Efectuada la entrada con seguridad y sin alboroto, como se había propuesto, Aníbal creyó que lo principal del propósito estaba conseguido y echó a andar lleno de confianza por una ancha calle, llamada la Batea, que conduce a la plaza. Había dejado fuera de la muralla su caballería, que ascendía a dos mil hombres, para que sirviese de retén contra las incursiones exteriores o cualquier otro lance imprevisto de los que suceden en semejantes empresas. Ya que estuvo en la plaza, ordenó hacer alto a las tropas para esperar atener noticia de Filemenes. Se hallaba inquieto por saber cómo habría salida esta otra parte de su proyecto. Porque mientras que él encendía el fuego y echaba a andar a la puerta Temenida, había destacado a Filemenes con su jabalí en unas angarillas y mil africanos a la puerta contigua, a fin de que, según su primer designio, no dependiese el proyecto únicamente de un solo arbitrio, sino de muchos.

Filemenes, cuando ya estuvo próximo a la muralla, dio un silbido según costumbre, y al momento bajó el guarda a abrirle el postigo. Para obligarle a que lo abriese pronto, le dijo desde fuera

que venía cargado y traía un jabalí. El guarda, prometiéndose que le tocaría alguna parte de la presa, porque siempre participaba de lo que Filemenes introducía, alegre con estas palabras, se dio prisa a abrirle. Efectivamente, entran cogidos de los brazos delanteros de las angarillas Filemenes y otro vestido de pastor que figuraba un hombre del campo, y después de ellos otros dos que llevaban la fiera asidos de los brazos posteriores. Así que estos cuatro se hallaron dentro del postigo, matan a puñaladas al que les había abierto, que inocentemente se entretenía en mirar y palpar el jabalí, e inmediatamente hacen entrar en silencio a otros treinta africanos que venían en pos de éstos y delante del resto del escuadrón. Efectuado esto, sin dilación unos rompen los cerrojos, otros matan las centinelas, otros hacen señal a los africanos que estaban fuera para que vengan, y ya que también estuvieron éstos dentro, echan a andar sin peligro hacia la plaza, como estaba dispuesto.

Lo mismo fue incorporarse estas tropas con las demás, Aníbal, alegre en extremo de que la acción le salía a medida del deseo, procedió a lo que faltaba.

Dividió en tres trozos los dos mil celtas que tenía, y puso al frente de cada uno dos de los conjurados. Destacó en compañía de éstos algunos de sus capitanes con orden de ocupar las avenidas más ventajosas de la plaza. Ya que estuvo esto prevenido, mandó a los conjurados que libertasen y salvarsen las vidas delos ciudadanos que encontrasen, avisándoles desde lejos que se estuviesen quietos, que no había que temer; pero dio orden a los oficiales cartagineses y celtas para que matasen a cuantos romanos se pusiesen delante. Efectivamente, esparcidos por diversas partes, se puso en ejecución la orden.

Cuando ya fue cierto que los enemigos habían penetrado en la ciudad, todo fue clamores y alboroto. Livio, advertido del suceso, conociendo que el vino no le tenía en estado de obrar, salió al momento de casa con sus criados y se encaminó a la puerta que conduce al puerto. El guarda se la franqueó, salió por ella, y metiéndose en un esquife de los que se hallaban anclados, pasó con sus gentes a la ciudadela. Poco después, Filemenes, que tenía prevenidas unas trompetas romanas y algunas gentes

enseñadas a tocarlas, hizo una llamada desde el teatro, con lo cual, acudiendo a la ciudadela los romanos a tomar las armas, como lo tenían por costumbre, todo salió como los cartagineses tenían pensado. Porque conforme iban llegando de tropel y sin orden a las plazuelas, unos se encontraban con los cartagineses, otros con los celtas, que de este modo hicieron una gran carnicería. Llegado el día, los tarentinos permanecían quietos en sus casas, sin poder adivinar a punto fijo lo que ocurría. Porque al considerar la trompeta y el ningún desorden ni pillaje que existía en la ciudad, presumían que el alboroto provenía de los mismos romanos; pero cuando vieron muertos en las plazas a muchos de éstos y a algunos galos que los despojaban, entonces ya sospecharon que habían entrado los cartagineses.

Cuando ya fue de día claro, Aníbal, formadas en batalla sus tropas en la plaza y retirados los romanos a la ciudadela donde tenían guarnición, ordenó por un pregón que todos los tarentinos se reuniesen en la plaza sin armas. Al instante los conjurados discurrieron por toda la ciudad proclamando libertad e infundiendo buen ánimo, pues que los cartagineses

habían venido para su remedio. Aquellos de los tarentinos que tenían alguna conexión con los romanos, lo mismo fue oír el pregón, que retirarse a la ciudadela; pero los demás se congregaron sin armas, como prevenía el edicto. El cartaginés les habló con dulzura, y ellos, unánimes, aplaudieron sus razones por una salud tan inesperada. Entonces despidió la reunión, previniendo a cada uno que tan pronto llegase a su casa pusiese sobre la puerta esta palabra, *Tarentino*, e imponiendo pena de muerte al que escribiese lo mismo sobre la habitación de algún romano. Después distribuyó las tropas que le parecieron más a propósito para el caso, las envió a saquear las casas de los romanos, que reconocerían no viendo rótulo alguno escrito sobre las puertas, y retuvo consigo los demás en batalla para auxiliar a estas gentes.

Efectuado de este saqueo un rico botín de alhajas de todas clases, y tal que llenaba las esperanzas que los cartagineses habían concebido, pasaron aquella noche sobre las armas; pero al día siguiente Aníbal, tenido consejo con los tarentinos, decidió levantar un muro entremedias de la ciudad y de la ciudadela,

a fin de que los ciudadanos no tuviesen que temer en adelante de los romanos que ocupaban ésta. Al principio se propuso levantar un vallado paralelo al muro de la ciudadela, y al foso que éste tenía por delante; pero no dudando que los contrarios, lejos de permitirlo, harían todos los esfuerzos por estorbarlo, escogió sus mejores tropas, en la opinión de que no había cosa más conducente para el futuro que aterrar a los romanos, e inspirar confianza a los tarentinos. Efectivamente, lo mismo fue empezarse a hacer la trinchera, que atacar los romanos con intrepidez y valentía. Aníbal al principio trabó sólo una leve escaramuza, para provocar el ardor de los romanos; pero cuando ya estuvieron los más fuera del foso, da la señal a los suyos y rompe con el enemigo. El combate fue rudo, ya que se luchaba en un corto recinto, y ese murado; pero al fin forzados los romanos volvieron la espalda. Muchos quedaron sobre el campo de batalla, pero la mayor parte pereció rechazada y precipitada en el foso.

De allí adelante Aníbal, viendo cumplidos sus deseos, continuó su vallado, libre de que le inquietasen. Con esto, encerrados los romanos, los

forzó a vivir dentro de los muros, por temor no sólo de aventurar sus personas, sino de perder la ciudadela; y a los tarentinos infundió tal espíritu, que con ellos solos sin el auxilio de los cartagineses se creía capaz de hacer frente a los romanos. Después cavó un foso un poco más acá del vallado hacia la ciudad, paralelo a la trinchera y muro de la ciudadela, y al borde de éste que estaba de parte de la ciudad, levantó con tierra... *un parapeto*, sobre el cual formó una trinchera poco menos fuerte que una muralla. Contiguo a ésta y dentro del corto espacio que mediaba hasta la ciudad, emprendió construir un muro, que principiaba desde el sitio llamado Soteira, hasta la calle Batea; de suerte que sólo estas fortificaciones, sin necesidad de gentes que las defendiesen, bastaban por sí a poner a cubierto los tarentinos de todo insulto. Efectuado esto, dejó una buena guarnición de a pie y de a caballo para custodia de la ciudad y defensa de sus muros, y fue a acampar a cuarenta estadios de distancia, sobre las márgenes de un río que algunos llaman Galeso, y los más Eurotas, denominado así de otro que pasa por Lacedemonia del mismo nombre. Existen en Tarento y sus alrededores otras muchas cosas

semejantes a las de aquella ciudad, tanto porque es colonia de lacedemonios, como porque tiene un parentesco indudable con aquella república. Terminada la muralla, que no fue tarde, a causa de la actividad y diligencia de los tarentinos y la ayuda que los cartagineses prestaron, Aníbal pensó después en tomar la ciudadela.

Ya que tenía dispuestos todos los pertrechos para el asedio, llegó de Metaponte un socorro por mar a la ciudadela; con el cual alentados algún tanto los espíritus de los romanos, hacen una salida de noche alas obras, arruinan todos los trabajos, y destruyen las máquinas. Este accidente hizo desistir a Aníbal del asedio pero como ya tenía completamente concluida la muralla, congregó a los tarentinos y les manifestó que lo que más les importaba en tales circunstancias era hacerse señores del mar. Porque dominando como dominaba la ciudadela la entrada del puerto, según dijimos, ellos no podían absolutamente hacer uso de sus embarcaciones ni salir al mar, en vez de que a los romanos les venía por mar cuanto necesitaban sin peligro; y mientras esto subsistiese, era imposible asegurar la libertad

de Tarento. En vista de esto Aníbal les mostró que si quitaban este recurso a los sitiados, al punto tendrían que rendirse, abandonar la ciudadela, y entregarla. Los tarentinos bien hubieran asentido a su discurso; mas no podían comprender cómo pudiera esto hacerse, a no presentarse una escuadra cartaginesa, lo cual por entonces era imposible. Y así no acababan de concebir a dónde iba a parar Aníbal con estas palabras. Pero cuando les hubo dicho que ellos solos, sin necesidad de los cartagineses, eran capaces de adueñarse del mar, entonces creció más la sorpresa, sin poder adivinar su pensamiento. Aníbal había observado que de esta parte del muro que había fabricado había un llano, que extendiéndose a lo largo de la muralla desde el puerto hasta el mar exterior, era muy a propósito para transportar los navíos desde el puerto al lado meridional de la ciudad. Así fue que al instante que descubrió el pensamiento a los tarentinos, no sólo aprobaron lo que decía, sino que llenos de admiración por este grande hombre, reconocieron que no había cosa tan ardua que no cediese a su penetración y audacia. Efectivamente, construidas prontamente máquinas con ruedas, concebirse la

idea y llevarla a cabo, todo fue uno: tanta era la actividad, y tanto el número de manos que cooperaron al proyecto. Los tarentinos, habiendo transportado de este modo sus navíos al mar exterior, y privado a los romanos de todo socorro extranjero, estrecharon el sitio de la ciudadela sin peligro. Aníbal, dejada guarnición en la ciudad, se puso en marcha con sus tropas, y llegó al tercer día a su primer campo, donde pasó tranquilamente el resto del invierno.

CAPÍTULO XII

Prosíguese la historia del asedio de Siracusa.
Mas supo por un tráfuga que los siracusanos celebraban una

fiesta pública, y que economizando los víveres, a causa de la escasez a que se hallaban reducidos, derrochaban sin embargo el vino, y decidió atacar la ciudad.

CAPÍTULO XIII

Efecto de la conquista de Epipolis en los romanos. Tomada Epipolis, recuperaron los romanos el valor y la audacia.

CAPÍTULO XIV

Importancia del silencio. Así la mayoría de los hombres no se deciden a cosa tan fácil

como lo es guardar silencio.

CAPÍTULO XV

Los tarentinos y Pirro, rey de Epiro. Cansados los tarentinos por lo excesivo de su dicha, llamaron a

Pirro, rey de Epiro. Natural es, efectivamente, a todos los hombres que gozan libertad, unida a largo ejercicio de ilimitado poder, cobrar despego a su

situación presente y buscar amo; mas, si le encuentran, pronto le odian, por advertir que el cambio empeora su estado. Así ocurrió a los tarentinos. Lo porvenir parece siempre mejor que lo presente...

CAPÍTULO XVI

Ancara y sus habitantes. Ancara, ciudad de Italia. Los habitantes llamábanse ancarios.

CAPÍTULO XVII

Los Dessaritas. Los Dessaritas- o mejor, Dessaretas-, pueblo de Iliria...

CAPÍTULO XVIII

Hiscana. Hiscana, ciudad de Iliria...

LIBRO NOVENO CAPÍTULO PRIMERO

Digresión en que Polibio defiende el modo que ha tenido en escribir su

historia.- De las numerosas partes que forman la historia. La esencial, según Polibio, es la que relaciona los hechos, porque entre otras razones ocasiona una notable utilidad a los lectores. He aquí los hechos más ilustres que incluyen en la mencionada olimpiada, o en el espacio de cuatro años, a que hemos manifestado que equivale cada una; hechos que servirán de materia a los dos libros siguientes. Bien sé que mi modo de escribir tiene algún tanto de desagradable, y que por la uniformidad de su estilo sólo acomodará y gustará a una clase de personas. Todos los demás historiadores, o al menos la mayoría, como hacen uso de todas las partes de la historia, atraen a la lectura de sus obras un gran número de personas. Efectivamente, el que sólo lee por afición, gusta de genealogías de familias y de naciones; el

investigador y curioso apetece establecimientos de colonias, fundaciones de ciudades y conexiones de unas con otras, como se ve en Eforo; y el político ama las acciones de pueblos, de ciudades y de reyes: y como nosotros solamente nos hemos atendido a estas últimas, y de ellas hemos hecho el objeto principal de nuestra obra, de aquí es que nuestra historia únicamente cuadrará a una clase de sujetos y para el mayor número será una lectura desagradable. Ahora, qué motivos nos hayan impelido a desechar las otras partes de la historia, y ceñirnos solamente a relatar los hechos, esto ya lo hemos manifestado a lo largo en otra parte; sin embargo, no hallo inconveniente en apuntarlo aquí por mayor a los lectores, para refrescar la memoria.

En el supuesto de que son muchos los que nos han contado de diversas maneras lo perteneciente a genealogías, fábulas, colonias, parentescos de unos pueblos con otros y fundaciones de ciudades, un historiador que emprenda ahora tratar de esto, una de dos, o ha de vender lo ajeno como propio, la mayor vergüenza para un escritor, o cuando no, tomarse un trabajo ciertamente vano en escribir y

romperse la cabeza sobre cosas sabidas, que sus predecesores expusieron con bastante claridad y transmitieron a los venideros. He aquí el motivo, entre otros muchos, por qué hemos omitido estas materias. Por el contrario, hemos preferido la relación de los hechos; primero, porque como dl estos son siempre nuevos, requieren asimismo narración nueva, pues no es menester tocar lo de antes para contar lo que ha sucedido después; segundo, porque de este modo de escribir ha sido siempre y es el más provechoso, principalmente cuando en nuestra era han hecho tales progresos las ciencias y las artes, que para cualquier caso que sobrevenga, puede hallar reglas de conducta el que las busque. Por lo cual, no tanto atentos al placer, como a la utilidad de los lectores, sin contar con las demás partes, nos hemos ceñido a ésta; y sobre esto cualquiera que lea atentamente nuestra historia apoyará lo que decimos con su voto.

CAPÍTULO II

Asedio de Capua por los romanos tras la derrota de Cannas.- Inútiles esfuerzos de Aníbal por librarla del cerco. Retirada de este general y marcha contra Roma. Parangón de Epaminondas con Aníbal, y de los lacedemonios con los romanos.

De este modo, Aníbal tirada una línea todo alrededor del campo de Appio (213 años antes de J. C.), trababa escaramuzas y tentaba a los romanos a fin de provocarlos a un combate; mas viendo que Appio no hacía caso, entabló al cabo un asedio como si fuera a una ciudad. La caballería atacaba por escuadrones, y disparaba tiros con algazara contra el campo. La infantería en batallones se lanzaba y hacía esfuerzos por arrancar el atrincheramiento. Pero nada de esto era capaz de mover a Appio de su propósito. Por el contrario, rechazaba con la infantería ligera a los que se aproximaban al real, y defendiéndose con los pesadamente armados del ímpetu de los tiros, les hacía permanecer formados bajo sus banderas. El cartaginés, desesperanzado de salir con su designio, porque ni podía entrar en la plaza ni desalojar a los romanos, consultó con los suyos qué había de hacer en tales circunstancias. En mi opinión, lo que

entonces sucedió es capaz de embarazar no sólo a Aníbal, sino a cualquier otro hombre que lo entienda. Porque ¿quién no extrañará que los romanos tantas veces vencidos por los cartagineses, y sin osar ponérseles por delante, no quieran ceder ni abandonar la campiña, y que aquellos los que poco antes andaban sólo costeano las laderas, bajen ahora al llano y pongan sitio a la ciudad más célebre y poderosa do Italia, viéndose rodeados por todas partes de unos enemigos a quienes ni aun por el pensamiento se atrevían a mirarles a la cara? Mas los cartagineses, aunque constantemente victoriosos en los combates, a veces no se veían menos afligidos que los vencidos. A mi modo de entender, esto provino de la conducta de unos y otros. Unos y otros se hallaban enterados que la caballería de Aníbal era causa de las victorias de los cartagineses y de las pérdidas de los romanos. Por eso, así que vieron éstos vencidas sus legiones, se propusieron marchar por las laderas al lado de Aníbal; porque en tales lugares no había nada que temer de la caballería enemiga.

Efectivamente, no pudo menos de ocurrir a unos y otros lo que entonces sucedió en Capua. Los romanos no se atrevían a salir a una batalla por temor a la caballería cartaginesa; pero dentro de su campo vivían muy confiados, porque sabían fijamente que la que los había vencido en batallas campales, aquí no era capaz de acarrearles el menor daño. Por otra parte, los cartagineses tenían fuertes motivos para no poder permanecer acampados mucho tiempo en un mismo sitio con su caballería; ya porque con esta prevención tenían los romanos talados todos los forrajes de la comarca, y no era fácil traer a lomo de tan larga distancia el heno o cebada que bastase a tanto número de caballos y acémilas; ya porque sin el auxilio de ésta no se atrevían a sitiar dentro de sus fosos y trincheras a los romanos, contra quienes, siempre que habían entrado en acción con sola la infantería, había quedado dudoso el éxito de la jornada. A más de esto aquejaba al cartaginés el temor de que no viniesen sobre él nuevas tropas, acampasen al frente, y cortado el transporte de los víveres, le pusiesen en grande aprieto. Consideradas estas razones, Aníbal, teniendo por imposible hacer levantar el sitio a viva

fuerza, cambió de pensamiento. Discurrió que si realizaba una marcha oculta y se dejaba ver de repente delante de Roma, acaso aterrados sus moradores con la novedad conseguiría alguna ventaja sobre esta capital; y cuando no, forzaría a Appio, o a levantar el cerco para venir rápidamente al socorro de su patria, o a dividir su armada; y en este caso, le sería fácil vencer a los que viniesen al socorro y a los que quedasen en Capua. Con este propósito despachó un correo a Capua; y para su mayor seguridad, le persuadió de que se pasase a los romanos, y desde allí a la plaza. Se temía en gran manera que los capuanos, desesperanzados al ver su retirada, no le abandonasen y se entregasen a los romanos. Por eso les descubrió su pensamiento en una carta, que envió por un africano el día después de su marcha, para que sabido el designio y el motivo de su retiro, sufriesen el asedio con constancia.

Así que se conoció en Roma lo que sucedía en Capua, y que Aníbal acampado al frente tenía sitiadas sus legiones, todo fue temor y sobresalto, como si ya hubiese llegado el día que iba a decidir

de su suerte. La remisión de víveres y el acopio de municiones ocupó las atenciones de todos y de cada uno. Los capuanos, recibida la carta por el africano, supieron el modo de pensar de Aníbal, y decididos a probar aún este arbitrio, persistieron en su resolución. Aníbal, al quinto día de haber llegado, da de cenar a sus gentes, y dejando los fuegos encendidos, levanta el campo con tal silencio, que nadie supo su ausencia (212 años antes de J. C.) Después que en continuas y forzadas marchas hubo cruzado la Samnia, y hubo reconocido y tomado con la vanguardia todos los lugares que se hallaban sobre el camino; y mientras que duraba aún en Roma la inquietud de Capua y de lo que allí pasaba, vadea el Annio, se aproxima a Roma, y sienta su campo a cuarenta estadios cuando más de esta capital. Conocida en Roma esta noticia, fue tanto mayor la turbación y sobresalto, cuanto tenía el caso de imprevisto e inesperado, porque jamás se había acercado tanto Aníbal a sus muros. Al mismo tiempo se les representaba la idea, que no era posible se hubiesen atrevido los contrarios a pasar tan adelante, a no haber vencido antes las legiones que sitiaban a Capua. Al punto los hombres montan

sobre los muros, y ocupan los puestos ventajosos de la ciudad. Las mujeres corren a los templos, hacen votos a los dioses, y barren con sus cabellos los pavimentos de los templos, como tienen por costumbre cuando la patria se ve amenazada de un gran peligro.

Ya tenía Aníbal fortificado su campo, y estaba pensando cómo dar un asalto a la ciudad al día siguiente, cuando inopinadamente y sin saber cómo sobrevino un acaso que fue la salud de Roma. Ya hacía tiempo que los cónsules Cneo Fulvio y Pub. Sulpicio tenían alistada una legión, que en aquel mismo día estaba obligada con juramento a ir a Roma con sus armas, y a la sazón estaban haciendo el encabezamiento de otra y probando a los soldados. De suerte que casualmente se halló en Roma al tiempo preciso un gran número de tropas, que sacadas por los cónsules con buen ánimo y acampadas frente a la ciudad, contuvieron el ardor de Aníbal. El cartaginés al principio había emprendido esta expedición no del todo desesperanzado de tomar a Roma por asalto; pero visto que los enemigos formaban sus haces, e

informado poco después por un desertor de lo que sucedía, depuso su intento contra la ciudad y se lanzó a talar la campiña e incendiar los edificios. En los principios recogió y reunió en su campo un prodigioso botín, ya que había ido a robar un país a donde jamás se creyó pudiese llegar enemigo alguno.

Pero después, como los cónsules hubiesen tenido el osado arrojo de apostarse a diez estadios del real enemigo, Aníbal, que por una parte había acumulado un inmenso botín, y por otra se veía sin esperanzas de tomar a Roma, levantó el campo al amanecer. El principal motivo para esto fue la cuenta que tenía echada de los días en que, según su opinión, esperaba que Appio, informado del peligro de su patria, o levantaría del todo el sitio para acudir a Roma, o dejadas en Capua algunas tropas vendría al socorro en diligencia con la mayor parte; y en cualquiera de los dos casos, se prometía tener de su parte la fortuna. Mas Publio, destruidos los puentes del Anio, le forzó a vadear el río, dio sobre sus tropas cuando pasaban, y le puso en una gran dificultad. Es cierto que no hizo daño considerable a

causa del gran número de caballos que Aníbal poseía, y la facilidad de maniobrar de los númidas en cualquier terreno, pero por lo menos le quitó una buena parte del botín y le tomó prisioneros trescientos hombres, con lo cual se retiró a su campamento. Poco después, en la opinión de que un regreso tan precipitado en los cartagineses procedía de miedo, echó a andar en su alcance de cerro en cerro. El cartaginés al principio caminaba a largas marchas, con el anhelo de realizar lo que se había propuesto; mas al quinto día, con el aviso que tuvo de que Appio persistía sobre el cerco, ordena hacer alto para esperar a los que venían detrás, ataca durante la noche el campo romano, mata a muchos y desaloja a los restantes del campamento. Llegado el día, advirtió que los romanos se habían acogido a una eminencia fortificada, y no teniendo por conveniente detenerse en su asedio, rompió por la Daunia y el país de los brucios, y sin ser sentido se dejó ver delante de Regio tan de repente, que por poco no se apodera de la ciudad. Sin embargo, mató a todos los que habían salido a la campiña, e hizo prisioneros a muchos ciudadanos de Regio en esta jornada.

Creo que con justa razón se aplaudirá el valor y emulación con que los cartagineses y romanos se hacían la guerra por este tiempo; del mismo modo que se celebra a Epaminondas el Tebano. Este general, habiendo llegado a Tegea con sus aliados, y visto a los lacedemonios y a sus aliados congregados en Mantinea en acción de hacerle frente, ordenó cenar temprano a los suyos, y los sacó a la prima noche simulando que iba a apoderarse de ciertos puestos ventajosos para formarlos en batalla. Todo el ejército se hallaba eficazmente persuadido de esto; cuando tomando el camino en derechura a Lacedemonia, llega allá a la tercera hora de la noche, coge a Esparta desprevenida de defensores con tan inopinada llegada, entra a la fuerza hasta la plaza, y se apodera de todo aquel lado de la ciudad que mira al río. Por desgracia llegó a Mantinea aquella misma noche cierto desertor, y dando cuenta al rey Agesilao de lo que ocurría, se acudió rápidamente al socorro, al tiempo mismo que se estaba tomando la ciudad. Epaminondas, malograda esta esperanza, hace tomar un bocado a los suyos en las márgenes del Eurotas, y recobrado algún tanto el ejército de la fatiga pasada, vuelve a tomar el

camino mismo que había traído, conjeturando lo que sucedería, que los lacedemonios, por haber marchado al socorro de Esparta, habrían dejado desierta a Mantinea, como sucedió en efecto. Con esta mira exhorta a los tebanos y al cabo de una marcha forzada de toda la noche, llega a Mantinea a la mitad del día y la halla completamente falta de defensores. Mas dio la casualidad que los atenienses, con el deseo de tener parte en la guerra contra los tebanos, llegaron a esta sazón para auxiliar a los lacedemonios. Ya la vanguardia tebana tocaba con el templo de Neptuno, distante siete estadios de la ciudad, cuando se dejaron ver los atenienses sobre un collado que domina a Mantinea, como si expresamente los hubieran llamado. Lo mismo fue divisarlos los que habían quedado en la ciudad que al punto se animaron, aunque con trabajo, a subir a los muros, para contener el ímpetu de los tebanos. Por eso los historiadores se quejan con justa razón de la desgracia de estas expediciones, y sientan que Epaminondas ejecutó por su parte cuanto pudiera un perfecto capitán... pero aunque vencedor de sus enemigos, fue vencido por la fortuna.

Lo mismo se puede decir de Aníbal. Porque al ver a este general que ataca a los romanos por ver si con pequeños combates puede hacerles levantar el cerco; que frustrado este intento marcha contra la misma Roma; que no dejándole salir tampoco la desgracia con su propósito, vuelve sobre sus pasos y destaca la mayor parte de su ejército a Capua, mientras que él permanece como en centinela de los movimientos de los sitiadores; que, por último, no desiste del empeño, antes de destruir a los romanos, y por poco no desalojar de su ciudad a los de Regio, pregunto: ¿quién no admirará y aplaudirá al cartaginés en estas acciones? Pero cualquiera conocerá que los romanos en este lance se condujeron mejor que los lacedemonios. Porque aunque éstos al primer aviso echaron a correr de tropel, por salvar a Esparta; pero en cuanto estuvo de su parte, dejaron abandonada a Mantinea: en vez de que aquellos guardaron su patria sin levantar por eso el asedio, permanecieron inmóviles y firmes en su decisión, y de allí adelante estrecharon a los capuanos con más confianza. Se ha dicho esto, no tanto por hacer el encomio de los romanos y cartagineses, cosa que ya hemos hecho repetidas

veces, cuanto por elogiara las cabezas de uno y otro pueblo, y a los que en adelante hayan de manejar los negocios públicos en cualquiera otro, a fin de que, acordándose de estos grandes generales y tomándolos por modelos, emulen... *sus esclarecidas acciones* las cuales, aunque en sí parezcan tener alguna cosa de arrojadas y peligrosas, sin embargo no tienen riesgo en emprenderse, se miran con admiración, y bien se consigan, bien no, adquieren gloria inmortal y buena fama, si las acompaña la prudencia.

CAPÍTULO III

Siracusa y sus virtudes. Siracusa debe su belleza a la virtud de sus habitantes, no a los

objetos de arte que de fuera llevaron.

CAPÍTULO IV

Si los romanos procedieron bien y en favor de sus intereses en trasladar a su patria los tesoros de las ciudades conquistadas.

Ese es el motivo que indujo a los romanos a llevar a su patria los mencionados adornos y a no dejar alhaja en las ciudades vencidas. Lo cual, si fue bien hecho y conducente, o al contrario, es materia que admite muchas disputas, bien que hay más razones para probar que ni entonces entendieron ni ahora entienden su propia conveniencia. Porque si llevados de este atractivo hubieran engrandecido su patria, no tiene duda que hubieran tenido justa razón para transportar a Roma lo que pudiera enriquecerla; pero si con el más simple modo de vida, si infinitamente distantes de la profusión y lujo, dominaron sin embargo aquellos pueblos, entre quienes se encontraba el mayor y más precioso número de estas alhajas, ¿cómo no se ha de calificar éste por un yerro de su política? Desnudarse de las costumbres del pueblo vencedor por vestirse de las del vencido, y atraerse sobre sí la envidia que por lo común acompaña a este exterior extranjero, la cosa

de que más se deben precaver los que gobiernan; esta sin disputa es una conducta errada de quien tal hace. El que contempla en estos adornos forasteros, jamás bendice la fortuna de los que poseen lo ajeno, sin que la envidia al mismo tiempo deje de suscitarle alguna conmiseración de los infelices a quienes antes se quitaron. Cuando la dicha va en aumento y una nación ha llegado a atesorar las riquezas de las otras, si por algún accidente concurren éstas a ver este espectáculo, nacen de aquí dos males. Porque los espectadores ya no se conduelen de los males ajenos, sino de los propios, renovando la memoria de sus propias infelicidades. De aquí nace no sólo la envidia, sino que se fomenta una cierta rabia contra los dichosos; pues la memoria de las propias calamidades induce, digámoslo así, al aborrecimiento de los autores. Para que los romanos hubiesen atesorado en Roma el oro y la plata, ya había algún motivo; pues no era posible llegar al imperio universal sin disminuir primero el poder de los otros pueblos, privándolos de estos recursos y apropiándolos para sí. Pero para todo lo que no es el poder real que hemos dicho, más glorioso les hubiera sido el dejarlo donde estaba, con la envidia

que a esto se sigue, y adornar su patria, no con pinturas y efigies, sino con la gravedad de costumbres y nobleza de sentimientos. Esto se ha dicho para los conquistadores que vengan en el futuro, a fin de que no despojen las ciudades que sometan, ni se persuadan a que sirven de adorno a sus patrias las calamidades ajenas.

CAPÍTULO V

Rivalidad entre los jefes cartagineses. Después de triunfar de sus contrarios, no pudieron los jefes

cartagineses triunfar de sí mismos. Mientras se les creía en guerra con los romanos, peleaban unos contra otros. Las sediciones causadas por la ambición y avaricia innatas en los cartagineses desolaban a Cartago. Asdrúbal, hijo de Giscón, abusó del poder hasta el extremo de exigir crecida suma de plata a Indibilis, el más fiel aliado de los cartagineses, a Indibilis, que permitió ser arrojado de su reino antes de faltar a la adhesión que les tenía, y a quien por reconocimiento restablecieron

en el trono. Creyendo dicho príncipe que la República tomaría en cuenta su constante amistad, no se apresuró a cumplir las órdenes de Asdrúbal; mas éste, para vengarse, inventó contra él atroz calumnia, obligándole a dar sus hijas en rehenes.

CAPÍTULO VI

Digresión acerca de los primordiales elementos del arte militar.- En asuntos de guerra, una cosa son acciones y otra azares o casualidades.- Condiciones que ha de poseer un general, práctica, historia y ciencia adquirida por principios.- Precisión para este último de las matemáticas, y particularmente de la astrología y geometría. Precisión de la astrología para concertar la estación a las empresas militares.- Ejemplos de generales que han frustrado sus propósitos por este defecto.- Utilización de la geometría.- Forma de medir las escalas.- Diversos modos de situar un campamento y forma de conjeturar su magnitud por el ámbito.- Refutación de los que creen que los pueblos de suelo desigual y quebrado poseen más

casas que los de terreno llano, y demostración lineal de lo contrario.

En verdad mucha reflexión requieren los accidentes de las empresas militares; pero se puede salir bien de todos si se realiza con prudencia lo proyectado. Es fácil conocer por lo pasado que en la guerra son menos las acciones que se ejecutan a las claras y por fuerza que las que se hacen con astucia y ocasión, y que de las que ofrece la ocasión más son las que se han malogrado que las que se han conseguido. Para convencerse de esta verdad, no es menester más que mirar al éxito. Se convendrá también en que las más de las faltas se cometen por ignorancia e indolencia de los jefes. Ahora vamos a ver cuál sea el modo de remediarlas.

Todo lo que se lleva a cabo en la guerra sin propósito no merece el nombre de acción, sino más bien el de azar o de accidente. Estos, como no tienen regla fija ni estable, se nos permitirá pasarlos en silencio y solamente atenernos a los que se ejecutan con objeto determinado, que serán la materia del

presente discurso. Toda acción pide tiempo determinado, espacio cierto, en que se ha de hacer lugar, secreto, señales fijas, y a más por quiénes, con quiénes y de qué modo se ha de realizar. Seguramente, al que combine bien cada una de estas circunstancias, no le desmentirá su designio; mas con una que omita, le fallará todo el proyecto. Tal es la disposición de la naturaleza para malograrse una empresa, basta una friolera o la más mínima circunstancia; cuando para su consecución apenas bastan todas. Por eso los generales no deben omitir ninguna en semejantes ocasiones.

La principal circunstancia de las que hemos apuntado, es el secreto; de suerte que ni la alegría de un acontecimiento inesperado, ni el temor, ni la familiaridad, ni el afecto a los suyos, sea capaz de descubrirlo al extraño, sino únicamente comunicarlo a aquellos sin los cuales no es posible llevar a cabo lo proyectado, y aun a éstos de ningún modo antes que lo exija la necesidad de cada cosa. El secreto consiste no sólo en la lengua, sino mucho más en el ánimo. Porque hay muchas gentes que, aun con la boca cerrada, ya con el semblante, ya con las

acciones, descubren el interior. La segunda es conocer los caminos diurnos y nocturnos, y el modo de andarlos, tanto por tierra como por mar. La tercera y principal es tener noticia de las estaciones por las observaciones del cielo, para poderlas acomodar a sus propósitos. Asimismo es de considerar el mecanismo de la acción, pues muchas veces consiste en esto parecernos los imposibles facilidades y las facilidades imposibles. Últimamente, se debe cuidar de las señas y contraseñas, así como de la elección de quiénes y con quiénes se ha de ejecutar lo proyectado. Todos estos requisitos se adquieren, unos por la práctica, otros por la historia y otros por el arte y los preceptos.

Lo mejor sería que el mismo general conociese los caminos, el sitio a donde se había de ir, la naturaleza del terreno, y a más por quiénes y con quiénes se había de hacer la cosa; pero cuando no, al menos es preciso se informe de todos los detalles no dé crédito así como quiera, y tome seguridades de las guías que preceden al ejército en semejantes lances. Todos estos conocimientos y otros

semejantes los pueden aprender los jefes, o por propia experiencia adquirida en el mismo ejercicio militar, o por la historia; pero otros necesitan estudio y observación, principalmente en la astrología y geometría. Estas ciencias, aunque en sí no muy importantes para esta profesión, con todo, son de un grande uso y conducen muchísimo para conocer las revoluciones que antes hemos dicho. Su principal necesidad consiste en enseñarnos la duración de los días y de las noches. Porque si esta duración fuera siempre igual, no se necesitaría trabajo en adquirir un conocimiento que sabrían todos. Pero como no sólo se encuentra diferencia entre el día y la noche, sino también entre un día y otro día, una noche y otra noche, es indispensable conocer las crecientes y menguantes denos y de otras. Sin echar cuenta con estas alteraciones, ¿cómo se ajustará el camino y la marcha de un día o una noche? Es imposible sin este conocimiento llegar jamás al tiempo preciso, sino que necesariamente se ha de llegar o antes o después, y en estas solas ocasiones es más falta llegar temprano que tarde. Porque el que llega tarde es cierto se le malogra la esperanza, pero conocido a tiempo su yerro se retira sin peligro; en vez de que

el que llega temprano, como es descubierto, a más de frustrársele la empresa, se pone en peligro de una entera derrota.

Todas las acciones humanas dependen de la ocasión, pero mayormente las de la guerra. Por eso el general debe tener suma facilidad en conocer los solsticios del verano y del invierno, los equinoccios y las crecientes y menguantes de los días y de las noches que entre éstos medían. Esta es la única forma de medir justamente el paso de una parte a otra, bien sea por mar, bien por tierra. Es también preciso conocer las diversas partes del día y de la noche, para saber a qué hora se debe levantar y a cuál ha de ponerse en marcha. Porque sin buen principio no es posible conseguir el fin. Las horas del día es posible conocerlas por la sombra, por el curso del sol y por los espacios del camino que se encuentran marcados sobre la tierra; pero las de la noche no es tan fácil, a no ser que, mirando al cielo, se comprenda toda la disposición, y economía de los doce signos del Zodiaco; aunque esto no tiene nada de dificultoso para los que han llevado a cabo algún estudio en la esfera. Porque aunque las noches sean

desiguales, como en toda noche aparecen sobre el horizonte seis de los doce signos, se sigue por precisión que a las mismas partes de cualquiera noche se han de descubrir partes iguales de los doce signos. Una vez conocido qué espacio del Zodíaco ocupa el sol durante el día, no hay más que, después de puesto, tirar una línea diametral por el círculo, y todo cuanto se descubra haber ascendido el Zodíaco por encima de esta línea, otro tanto se habrá pasado siempre de la noche. Después de sabido el número y magnitud de los signos, se conoce con facilidad las diferentes partes de la noche. Si la noche está nublada, se ha de atender a la luna, porque como es tan grande, por lo regular siempre se percibe su luz en cualquier parte del cielo que se halle. Unas veces se han de computar las horas por el tiempo y lugar inmediato a su oriente, otras por el inmediato a su ocaso; pero antes es menester haber adquirido un tan gran conocimiento sobre esto, que se comprendan bien todas las diferencias que suceden al salir la luna. En fin, las observaciones sobre este astro son fáciles. Todo su estudio se halla reducido, como si dijéramos, a un solo mes; y para la inteligencia todos los demás son semejantes.

Por eso se aplaudirá siempre en Homero el habernos representado a Ulises, aquel sobresaliente capitán, conjeturando por los astros no sólo lo perteneciente a la navegación, sino lo tocante a las acciones de tierra. Se pueden prever exactamente los acontecimientos más extraordinarios y capaces muchas veces de arrojarnos en la mayor dificultad, como son las lluvias, las inundaciones, las excesivas escarchas, las nevadas, los aires condensados y nebulosos y otros semejantes meteoros. Y si de lo que se puede prever no hacemos caso, ¿no seremos con razón culpables del mal éxito de la mayor parte de nuestros propósitos? Convengamos en que nada se debe despreciar de cuanto se ha dicho, para liberarnos de las faltas en que tantos otros han caído, como los que ahora vamos a poner por ejemplo.

Arato, pretor de los aqueos, habiendo intentado tomar por trato la ciudad de Cineta, dispuso con aquellos de la ciudad que apoyaban su intento, el día en que estaría por la noche junto al río que baña la ciudad, y esperaría allí algún tanto con sus tropas; que los conjurados, así que hallasen ocasión, destacarían sin estrépito por la puerta a la mitad del

día uno de los suyos con capa, para advertir a Arato que se aproximase a la ciudad y se apostase sobre un sepulcro en que estaban convenidos; que los otros echarían mano durante la siesta a los polemarcos, que acostumbraban a estar de guardia; y que efectuado esto, Arato había de salir prontamente de la emboscada para apoderarse de la puerta. Tomadas estas medidas, ya que fue el tiempo preciso, viene Arato, se oculta en las márgenes del río y espera la señal. Para entonces cierto ciudadano que tenía un rebaño de ovejas pastando alrededor de la ciudad, queriendo saber de su pastor cierta cosa, salió por la puerta con su capa, y se puso sobre el mismo sepulcro, por si mirando en derredor, podía encontrarle. Arato, que se persuadió a que esta era la señal, acudió prontamente a la puerta; pero cerrada ésta por las centinelas, porque todavía no tenían nada dispuesto los de adentro, no sólo malogró la acción, sino que fue causa de que los cómplices de la ciudad sufriesen los mayores castigos, porque convictos de traición, fueron inmediatamente sacados al suplicio. Y ¿cuál diremos fue la causa de esta desgracia? El haberse fiado de una simple señal el general, joven aún y poco experto en la exactitud

de las señas y contraseñas dobles: tan poco necesitan a veces las acciones militares para su malogro o su consecución.

Cleomenes, rey de Esparta, formó también el propósito de tomar por inteligencia a Megalópolis. Para ello concertó con los guardas del muro que iría una noche con gente a un lugar llamado la *Cueva*, a eso de la tercera vigilia, tiempo en que habían de montar la guardia los conjurados. Mas no previó que al nacimiento de las pléyades son sumamente cortas las noches, y levantó el campo de Lacedemonia al ponerse el sol. ¿Y qué ocurrió? Que no pudiendo llegar con tanta presteza que no fuese ya de día claro, en medio de los temerarios y vanos esfuerzos que hizo, fue repelido vergonzosamente con pérdida de muchos, y a riesgo de haberlo perdido todo; aquel que, si hubiera ajustado bien con el tiempo su designio, una vez apoderados los cómplices de la entrada, hubiera introducido su ejército y no le hubiera fallado su proyecto.

Ya hemos dicho anteriormente cómo también el rey Filipo, tramada inteligencia con algunos de la ciudad de Melita, cometió dos yerros: el uno en haber traído escalas más cortas que las que pedía la urgencia; el otro en haber ido antes de tiempo. Porque habiendo quedado en que iría a media noche, cuando todos estuviesen durmiendo, salió de Larissa antes de la hora precisa, llegó al país de los melitenses, y como no podía ni detenerse, por temor de que la noticia llegase a la ciudad, ni volver atrás para ocultarse, forzado a proseguir siempre adelante, llegó a Melita cuando todos se hallaban despiertos. De aquí provino que ni pudo forzar el muro con las escalas por la desproporción, ni entrar por la puerta, a causa de no haber tenido tiempo los de adentro para ayudarle. Por último, irritados los de la ciudad, mataron muchos de los suyos, y él tuvo que retirarse con la vergüenza de haber errado el golpe y haber advertido a los melitenses y a los demás pueblos la desconfianza y precaución que habían de tener con su persona.

Nicias, general de los atenienses, pudo muy bien salvar el ejército que tenía frente a Siracusa, y tomar

durante la noche el tiempo oportuno para engañar al enemigo y ponerse a salvo. Pero habiéndose eclipsado entonces la luna, la superstición le hizo temer no fuese presagio de alguna desgracia, y suspendió la marcha. De que se siguió que levantando el campo la noche siguiente, los soldarlos y los jefes tuvieron que rendirse a los siracusanos, que ya estaban advertidos. Aunque si sobre esto hubiera consultado únicamente a los peritos, hubiera podido, no digo no dejar pasar la ocasión oportuna por tales accidentes, pero aun servirse de la ignorancia de los enemigos en su provecho. Porque la impericia del contrario es para el hábil general tener andado lo más para la consecución de sus propósitos. He aquí hasta dónde se ha de extender el conocimiento de la astrología.

La medida de las escalas se ha de tomar de este modo. Si por alguno de los que están de inteligencia se sabe la altura del muro es fácil ajustar la medida de la escala. Porque si el muro tiene, por ejemplo, diez pies de altura, es preciso dar a la escala doce bien cumplidos. La distancia a que ha de estar el pie de la escala respecto de la altura del muro, ha de ser

la mitad de su longitud; para que ni más separada se rompa con el número de los que suben, ni más recta esté demasiado perpendicular y resbaladiza a los que montan. Si no se puede medir el muro ni aproximarse a él, tómesese desde lejos la medida de cualquier altura que se eleve perpendicularmente sobre un terreno llano. El modo de tomarla es fácil, en queriéndose aplicar un poco a las matemáticas.

Por aquí se ve claramente que para el buen éxito de las empresas y acciones militares se necesita el estudio de la geometría, no quiero decir perfecto, pero al menos el que baste a tener conocimiento de las proporciones y relaciones. Y no sólo se limita a esto este estudio, sino que es necesario para acomodar al terreno la figura de un campamento. De esta forma se podrá unas veces mudar el campo en cualquier figura, guardando siempre proporción con lo que contiene dentro; otras reteniendo la misma figura, aumentar o disminuir el área, con respecto a los que entran o salen. Pero esta materia ya la hemos expuesto más ampliamente en nuestro tratado de las *Formaciones de batalla*.

No creo se me pueda hacer cargo con razón de que pido tantos requisitos en un general, exigiendo de los candidatos la astrología y la geometría. Ciertamente así como no puedo ver que a la profesión que cada uno tiene se añadan conocimientos inútiles únicamente por vanidad y charlatanería, igualmente soy acérrimo defensor y promovedor para que aquellos que son propios de nuestro instituto se lleven al más alto grado. Sería un absurdo que cuando los que aprenden a bailar o tocar un instrumento toleran instruirse primero en la cadencia y la música, y aun en los movimientos de la lucha, por creer que esto ejercicio contribuye a la perfección de los dos anteriores; los que aspiran a mandar ejércitos llevasen a mal el tomar una tintura en otras ciencias; de suerte que los artistas viniesen a ser más diligentes y aplicados que los que se proponen brillar en la más ilustre y honrosa carrera. Esto no habrá hombre de entendimiento que lo conceda. Pero sobre esta materia baste lo manifestado.

La mayor parte de los hombres infiere la magnitud de una ciudad o de un campo por la

circunferencia. Por eso cuando oyen que Lacedemonia, que tiene cuarenta y ocho estadios de circuito, es doble mayor que Megalópolis, teniendo ésta cincuenta, les parece haber oído un absurdo. Y si alguno, por aumentar la dificultad, añade que es dable que una ciudad o un campo de cuarenta estadios de circuito sea doble mayor que otro de ciento, esto para ellos es una paradoja. Ello proviene de que no se acuerdan de los principios de geometría que aprendieron cuando muchachos. Me ha movido a tratar de esta materia el ver que no sólo el vulgo, sino también los magistrados y algunos de los que gobiernan ejércitos, se sorprenden y admiran al considerar unas veces cómo pueda ser que Esparta sea mayor, y aun mucho mayor que Megalópolis con una circunferencia más corta, cómo por el ámbito solo de un campamento se pueda calcular el número de hombres. Aun hay otro error semejante cuando se trata de ciudades. Los más están en el concepto de que las desuelo quebrado y desigual contienen más casas que las de terreno llano, y no es así. Porque los edificios no se construyen con relación al declive del suelo, sino con respeto a la superficie plana donde están fabricados

perpendicularmente, y sobre la cual yacen los cerros. Cualquier muchacho se convencerá de lo que digo sólo con verlo. Y si no, figúrese cualquiera una manzana de casas fundadas de tal suerte sobre un declive, que todas tengan igual altura; es claro que todos los tejados harán una superficie igual y paralela al área plana, sobre la cual yace el cerro y el cimientto de las casas. Esto se ha dicho por aquellos que, a pesar de ignorar y extrañar estas materias, pretenden con todo mandar ejércitos y gobernar pueblos.

CAPÍTULO VII

*Aníbal su gran personalidad militar y política.-
Sus rasgos físicos.- La
influencia de las circunstancias en su vida.*

Ciertamente Aníbal era autor y alma de cuanto sucedía entonces en Roma y Cartago. Todo lo hacía en Italia por sí, y en España por medio de su hermano mayor Asdrúbal y por el segundo Magón. Estos dos capitanes fueron quienes derrotaron en

Iberia a los generales romanos. Por sus órdenes obraron en Sicilia, primero Hipocrates, y después el africano Mytton. Él fue quien sublevó Iliria y Grecia, y quien concertó alianza con Filipo para asustar a los romanos y obligarles a separar sus fuerzas. ¡Tan fácil es al genio de un grande hombre abarcar con energía cuanto emprende y ejecutar con talento la decisión tomada!

Conducido por los asuntos que refiero a hablar de Aníbal, no creo ocioso describir los rasgos característicos de este hombre, objeto de tan contrarias opiniones.

Júzganle unos extremadamente cruel, acúsanle otros de avaro; y es lo cierto que apenas se puede averiguar la verdad respecto de él, y de cuantos dirigen los negocios públicos. Apreciando el carácter de los hombres por el distinto éxito de los acontecimientos en que toman parte, unos se fijan en el momento de su mayor poder, y otros atienden sólo al del infortunio. Este procedimiento lo juzgo inexacto, pareciéndome más atinado tener en cuenta

que los consejos de los amigos y la multitud de variadas circunstancias en que el hombre se encuentra, obliganle a decir y hacer muchas cosas contra su natural inclinación. En prueba de ello, recordemos acontecimientos pasados.

El tirano de Sicilia Agatocles adquirió fama del más cruel de los hombres mientras asentaba su dominación; mas cuando la consideró firme y segura, gobernó a sus súbditos tan benéfica y blandamente que nadie alcanzó, por cosa idéntica, mejor reputación. El excelente rey Cleomenes, de Esparta llegó a ser un tirano inhumano. Cuando perdió el mando fue en la vida privada el hombre más atento y bondadoso, y como no es fácil que se cambie de genio e instintos espontáneamente, preciso es buscar en el cambio de los negocios la causa de las contradicciones que con frecuencia se advierten en los grandes caracteres. De esto deduzco que las situaciones varias en que el hombre se halla, no sirven para conocerle, sino mejor para impedir que se le juzgue con imparcialidad.

Y no son sólo los jefes los poderosos, los reyes quienes por consejo de sus amigos obran contra sus naturales inclinaciones; los mismos Estados experimentan tales cambios. En la época de Arístides y de Pericles, casi nada se ordenó en Atenas que no fuera prudente y moderado; en la de Cleón y Charés, ¡qué diferencia! Mientras la república de Lacedemonia ocupó el primer rango en Grecia, cuanto hacía el rey Cleombrotos, hacíalo por consejo de sus aliados y en tiempo de Agesilao sucedía todo lo contrario. ¡Así varía con sus jefes la conducta de los Estados! Nadie más injusto que Filipo cuando sigue los consejos de Taurión y de Demetrio; nadie más suave y pacífico cuando acepta los de Arato y Crisógenes.

Algo parecido ocurre respecto a Aníbal. Encontróse en infinidad de circunstancias distintas, muchas de ellas extraordinarias. Los amigos que le acompañaban tenían caracteres diversos y aun opuestos, y de aquí que aprovechen poco las empresas del general cartaginés en Italia para dárnosle a conocer. Vióse en trances espinosos, que conocerá quien lea esta historia; y en cuanto a los

consejos que sus amigos le daban, júzguese por este hecho la índole de los consejeros.

Cuando decidió Aníbal pasar de España a Italia con un ejército, hubo una dificultad que al pronto pareció invencible. En tan largo camino, por entre tantos bárbaros, groseros y feroces, ¿dónde encontrar las municiones y víveres necesarios? De esta dificultad trató ser diferentes veces en consejo. En uno de ellos, Aníbal apodado Monomaco, dijo que sólo veía un medio de resolver la dificultad. Ordenóle el general que se explicase, y añadió Monomaco, que era el de acostumbrar a las tropas a alimentarse con carne humana. Se convino en que este recurso obviaba todos los obstáculos; pero ni Aníbal ni sus oficiales atreviéronse a ensayarlo. Dícese que este Monomaco fue autor de las crueldades hechas en Italia y atribuidas a Aníbal. Las circunstancias no influyen menos que los concejos. Paréceme cierto que Aníbal fue muy avaro, y entre sus íntimos amigos había un tal Magón, prefecto de los Brutianos, muy avaro también. Lo sé por los mismos cartagineses; y los indígenas de un país, no sólo conocen, como dice el

proverbio, los vicios que en él reinan, sino también las costumbres de los ciudadanos. Con mayor exactitud lo supe por Massinisa, que me citaba muchos ejemplos de avaricia de los cartagineses en general y especialmente de Aníbal y Magón. Decíame que estos dos hombres desde que pudieron sostener las armas, habían mandado juntos, y que en España y en Italia tomaron muchas ciudades, unas por asalto, y por capitulación otras, pero que jamás se encontraron unidos en la misma acción de guerra, y que no cuidaban tanto los contrarios de separarles, como ellos mismos lo procuraron para no tomar juntos cualquier plaza, por temor de desacuerdo en el reparto del botín, pues su avidez igualaba a su rango.

Visto está en lo que hemos dicho, y aún se verá en lo que diremos, que los consejos de los amigos y las circunstancias influyeron en las determinaciones de Aníbal. Dueños los romanos de Capua, las demás ciudades amenazadas buscaban ocasión y pretexto para rendirse a aquellos. Se comprenderá bien la alarma de Aníbal en tal momento. No le era posible en tierra enemiga concentrar sus fuerzas ocupando

posición segura y a la vez guardar ciudades muy alejadas unas de otras, mientras él se veía rodeado de legiones romanas. Distribuyendo sus fuerzas, ni podría hacer nada con las que conservara bajo su mando, ni auxiliar, caso necesario, a las alejadas, corriendo el riesgo de caer en poder de los enemigos. Veíase, pues, obligado a abandonar completamente algunas ciudades, a evacuar otras por miedo de que al cambiar de señor los habitantes, les imitaran las tropas. En tal situación, tuvo que violar los tratados por necesidad, trasladar los ciudadanos de unas poblaciones a otras, y permitir el saqueo de sus bienes. Esta conducta perjudicó mucho sus intereses, acusándole unos de impiedad, de cruel otros, porque los soldados al trasladarse de población ejercían violencias apoderándose de cuanto en sus manos caía, sin compadecerse de habitantes próximos, en su concepto, a ser auxiliares de la dominación romana. Teniendo, pues, en cuenta lo que le aconsejaron los amigos y lo que llevó a cabo por la necesidad de los tiempos y de las circunstancias, difícil es desentrañar de tantas influencias exteriores el verdadero carácter de Aníbal. Puede decirse únicamente que entre los

cartagineses tenía opinión de avaro, y entre los romanos de cruel.

CAPÍTULO VIII

Superioridad de Agrigento con respecto a casi todas las ciudades de Sicilia en fortaleza, belleza y edificios.

Verdaderamente Agrigento no sólo aventaja a las más de las ciudades en lo que hemos dicho, sino en fortaleza, hermosura y construcción de edificios. Está fundada a dieciocho estadios del mar, y por consiguiente, provista de cuantas ventajas éste presta. La naturaleza y el arte han concurrido a porfía a defender su circuito. Porque las murallas se hallan edificadas sobre una pelada, roca que a trechos la naturaleza y a trechos la industria han hecho escarpada. La rodean dos ríos: por el Mediodía el que lleva el mismo nombre que la ciudad, y por el Occidente, mirando al África, el que se llama Hipsas. La ciudadela está al Oriente del estío, por el exterior ceñida toda de un barranco

inaccesible, y por dentro con una sola entrada para los de la Ciudad. Sobre la cima de la roca se ven dos templos, el de Minerva y el de Júpiter Atabirio como en Rodas. Pues era razón que, siendo Agrigento colonia de los rodios, tuviese este dios el mismo nombre que entre aquellos isleños. La adornan a más otros soberbios edificios, como templos y pórticos. El templo de Júpiter Olímpico, aunque no compite en magnificencia, a lo menos en arranque y magnitud no cede a ninguno de los de la Grecia.

CAPÍTULO IX

Agatirna. Agatirna, ciudad de Sicilia...

CAPÍTULO X

Una promesa de Mario Valerio Livino. Mario Valerio Livino les garantizó el éxito, persuadiéndoles de

que fueran a Italia, a condición de ponerse a sueldo de los de Regio, talando la comarca en las tierras del enemigo.

CAPÍTULO XI

Discurso de Chleneas el Etolio, embajador por su nación en Lacedemonia, contra Filipo y toda la casa real de Macedonia.

Así creo, lacedemonios, que nadie se atreverá a contradecir que el poder de Macedonia ha sido el origen de la esclavitud de la Grecia. Esto es fácil hacéroslo ver. Hubo en otro tiempo entre los griegos que habitaban la Tracia una especie de cuerpo político compuesto de colonias que enviaron los atenienses y calcidenses, entre los cuales Olintia era la ciudad de más esplendor y fuerza. Reducida ésta a servidumbre por Filipo, el temor de un ejemplo parecido sojuzgó no sólo las ciudades de Tracia, sino que sometió asimismo a las de Tesalia. Poco después, vencidos en batalla los atenienses, aunque

usó con moderación de su ventura, no fue por hacerles bien, de lo cual estuvo muy distante, sino por excitar con este beneficio a los otros pueblos a que voluntariamente le rindiesen obediencia. Conservaba aun vuestra república un tal poder, que presumía con el tiempo llegar a ser el amparo de la Grecia. Pero Filipo, en quien todo pretexto se reputaba por bastante, llegó con ejército, asoló vuestros campos, arruinó los edificios, arrasó vuestras ciudades y campiñas, adjudicó unas a los argivos, otras a los tegeatas y megalopolitanos y las demás a los messenios, queriendo contra toda justicia ser liberal con todos, siempre que fuese a costa vuestra. Sucedióle en el reino Alejandro, quien en la opinión de que, mientras Tebas subsistiese, durarían en la Grecia, aunque leves, algunas chispas de sublevación, la destruyó, todos conocéis con qué crueldad.

Pero, ¿a qué fin referir con detalle la conducta que los sucesores de éste han observado con la Grecia? Ninguno de los presentes hay tan poco instruido que no haya oído cuán indignamente trató Ontipatro a los infelices atenienses y demás pueblos

después de la victoria de Lamia sobre los griegos; que llegó la insolencia y crueldad al extremo de nombrar pesquisidores que fuesen por las ciudades contra los que habían sido del bando opuesto o habían pecado en algo contra la casa real de Macedonia. Unos fueron sacados de los templos por fuerza, otros arrancados de los altares, y todos perdieron la vida en el suplicio. Los que se salvaron fueron desterrados de toda la Grecia, sin tener más asilo que la Etolia. ¿Quién ignora las acciones de Cassandro, Demetrio y Antígono Gonatas? Como hace tan poco tiempo que pasaron, dura aún una exacta noticia de sus hechos. Unos con meter guarnición en las ciudades, otros con fomentar la tiranía, ninguna ciudad hubo que se eximiese del odioso nombre de la esclavitud. Mas dejémonos de esto, y volvamos a las últimas acciones de Antígono, no sea que algunos de vosotros, al considerar inocentemente lo que entonces hizo, estéis en el entender de que sois deudores de algún favor a los macedonios. Antígono, si tomó las armas contra vosotros, no fue con el fin de salvar a los aqueos, ni porque disgustado de la tiranía de Cleomenes, desease ponerlos en libertad. Ésta es una

forma muy superficial de hacer concepto de las cosas. Los verdaderos motivos fueron el considerar que jamás estaría seguro su poder si vosotros establecíais el vuestro en el Peloponeso, y el ver las bellas cualidades de Cleomenes, y cuán favorablemente os soplabla la fortuna. Estos estímulos de miedo y envidia le hicieron venir, no para auxiliar a los peloponesios, sino para ahogar vuestras esperanzas y humillar vuestra elevación. En este supuesto, no tenéis tanto motivo para amar a los macedonios, porque dueños de vuestra ciudad no la saquearon, como le tenéis para reputarlos por enemigos y aborrecerlos, porque pudiendo vosotros dominar la Grecia os lo han estorbado ya tantas veces.

Pues los crímenes de Filipo, ¿qué necesidad hay de referirlos? Los sacrilegios que cometió en los templos de Termas dan una suficiente idea de su impiedad contra los dioses, y la doblez y perfidia que usó con los messenios, manifiestan su crueldad contra los hombres, De todos los griegos, solos los etolios se atrevieron a oponerse a Antipatro por la defensa de los que injustamente se veían oprimidos;

ellos solos resistieron la irrupción de Brenno y demás bárbaros que le acompañaban; y de cuantos socorros implorasteis, ellos solos prestaron sus armas para recobraros el imperio de la Grecia que habían poseído vuestros mayores. Pero esto baste sobre este asunto. Cuanto a la deliberación presente, en tanto es preciso hablar y opinar, en cuanto se va a consultar sobre una guerra, bien que en la realidad no se haya de estimar por tal. Porque los aqueos, lejos de hallarse en estado de infestar vuestro país después de tantas pérdidas, creo que darán mil gracias a Dios si pueden defender el propio, cuando se vean atacados a un tiempo por los eleos y messenios, nuestros aliados, y por nosotros los etolios. Igualmente vivo en la inteligencia que se apagará el ardor de Filipo cuando se vea invadido en tierra por los etolios y en la mar por los romanos y el rey Attalo. Por lo pasado se puede inferir lo venidero. Porque si no teniendo que contender más que con los etolios no ha podido sujetarlos, ¿cómo será capaz de sostener una guerra contra tantos pueblos juntos?

Mi principal objeto en apuntaros estas razones ha sido el que sepáis todos que aun en el caso de que se os propusiese de nuevo la consulta de este asunto, sin estar ligados de antemano por algún tratado, os tendría más cuenta confederaros con los etolios que no con los macedonios. Pero si, preocupados, tenéis ya tomada resolución sobre esto, ¿para qué más palabras? Porque si la alianza que ahora tenéis con nosotros hubiera estado concertada antes de los beneficios que Antígono os ha hecho, vendría bien la duda si convendría ceder a los empeños presentes y despreñar los antiguos. Pero cuando después de esta libertad tan decantada que habéis recibido de Antígono, y esta salud que os está echando en rostro a cada paso, formado consejo, habéis consultado tantas veces con cuál de los dos pueblos os tendría más cuenta unir vuestros intereses, si con los etolios o con los macedonios, y habéis preferido a los primeros, los habéis prestado vuestros seguros, los habéis recibido de nuestra parte y habéis unido vuestras armas en la guerra que acabamos de tener contra los macedonios, ¿qué duda razonable os puede quedar sobre esto? Todos los vínculos de amistad que teníais con Antígono y Filipo quedaron

prescritos. Sólo resta que probéis o que los etolios después acá os han agraviado, o que los macedonios os han obligado con algún nuevo beneficio. Pero si nada de esto ha habido, ¿cómo pensáis en violar los pactos, los juramentos y los empeños más sagrados que existe entre los hombres, por admitir la amistad de un pueblo que poco antes justamente despreciasteis cuando erais libres en aceptarla?

Así habló Chleneas, y pareciéndole que no tenían respuesta sus razones, finalizó el discurso. A poco rato se presentó Licisco, embajador de los acarnanios, el cual por el pronto estuvo callado a causa del gran murmullo que la precedente arenga había causado; pero ya que hubo calmado, empezó a hablar de esta manera.

CAPÍTULO XII

Alocución de Licisco el Acarnanio, embajador por su nación en Lacedemonia, cuyos dos esenciales puntos se limitan a defender a Filipo y toda la casa real de Macedonia de las denuncias de Chleneas y a

promover la unión y acuerdo contra los romanos.

Yo, varones lacedemonios, he venido a vosotros enviado de la república de Acarnania; mas como casi siempre nosotros y los macedonios hemos tenido unión de intereses, creo que esta embajada nos es común a unos y otros. Así como en la guerra su prepotencia y excesivo poder hace que nuestra seguridad esté fundada en su valor, del mismo modo en las disputas de los congresos las conveniencias de los acarnanios están embebidas en los derechos de los macedonios. En este supuesto, no hay que extrañar emplee la mayor parte de mi discurso en defender a Filipo y los macedonios. Cíneas, al concluir su arenga, hizo una compendiosa recapitulación de los derechos que teníais con los etolios. «Si después, dijo, de concertada la alianza con los etolios, éstos os han hecho algún daño o agravio, o los macedonios algún beneficio, con justa razón pondréis ahora de nuevo el negocio en consulta; pero si nada de esto ha ocurrido, si solamente alegáis contra Antígono lo que ya tenéis aprobado de antemano, somos sin duda los más necios del mundo en lisonjearnos poder dar por el pie los juramentos y tratados.» Efectivamente, si no

ha sucedido novedad, según Chleneas, y los negocios de la Grecia permanecen en el mismo estado que tenían antes, cuando contrajisteis alianza con los etolios, confieso que soy el más insensato de los hombres y que es inútil cuanto voy a decir; mas si éstos han tomado una constitución diversa, como os manifestaré en el transcurso de esta oración, me prometo hacer ver que entiendo a fondo vuestros intereses y que Chleneas los ignora. Éste puntualmente es el objeto de nuestra embajada, haber creído era nuestra obligación haceros patente en una arenga que, atentas las circunstancias en que se halla la Grecia, os conviene y tiene cuenta, si ser puede, abrazar un honesto y saludable partido, uniendo con nosotros vuestra fortuna, o cuando no, vivir neutrales en la estación presente.

Pero puesto que desde el principio se ha osado acriminar la casa real de Macedonia, me parece indispensable decir antes dos palabras para desimpresionar del error a los que han dado crédito a estas columnas. Ha sentado Chleneas que con la toma de Olintia, Filipo, hijo de Amintas, sometió la Tesalia; y yo estoy en el entender que por Filipo se

salvaron entonces no sólo los tesalios, sino los demás griegos. ¿Quién ignora que cuando Onemarco y Filomelo, apoderados de Delfos, se hicieron dueños, con impiedad e injusticia, de las riquezas de este templo, se elevó a tal grado su poder que ningún griego se atrevía a hacerles frente?, ¿que no contentos con este sacrilegio amenazaban apoderarse de toda la Grecia? Pues en esta ocasión Filipo se expuso voluntariamente al peligro, destruyó los tiranos, aseguró el templo y fue el autor de la libertad de los griegos, como los mismos hechos lo testificaron a la posteridad. No fue por opresor de la Tesalia, como se ha osado decir, el que todos le eligiesen por general de mar y tierra, honor jamás concedido antes a ninguno, sino por bienhechor de la Grecia. Ciertamente si vino con ejército a la Laconia no fue por propia voluntad, como os consta; fue sí llamado e instado repetidas veces por sus amigos y parciales del Peloponeso, lo que al fin le hizo decidir. Y ya que estuvo aquí, ¿cómo se condujo? Escucha, Chleneas. Habiéndose podido valer de los deseos de los pueblos próximos para talar el país lacedemonio y humillar el poder de Esparta, y en esto haberles hecho el mayor servicio,

jamás se prestó a semejante consejo. Por el contrario, los atrajo a un ajuste común por el terror de sus armas y los obligó a concluir amigablemente sus diferencias, no constituyéndose él juez de sus contestaciones, sino erigiendo un tribunal público de todos los griegos. En verdad que esta acción no merece oprobio ni vituperio.

Se acrimina amargamente a Alejandro de haber castigado a los tebanos, de quienes se creía ofendido, y no se hace mención de que vengó a la Grecia de los insultos de los persas, ni de que os liberó a todos de las mayores miserias con haber esclavizado los bárbaros y haberles privado de aquellas riquezas con que, constituidos jueces de las controversias de los griegos, corrompían unas veces a los atenienses y sus mayores, otras a los tebanos; ni de que al fin hizo que el Asia prestase homenaje a la Grecia. Pues a sus sucesores, ¿cómo os atrevéis a mentarlos? Porque si, según las revueltas de los tiempos, fueron causa de los adelantamientos de unos y de los atrasos de otros, esta queja estaría bien en boca ajena, no en la vuestra, que jamás habéis sido autores de algún bien y sí de la ruina de

muchos. Y si no, ¿quiénes fueron los que incitaron a Antígono, hijo de Demetrio, a destruir la república de los aqueos? ¿Quiénes pactaron, bajo juramento con Alejandro el epirota el poner en subasta y dividir la Acarnania? ¿No fuisteis vosotros? ¿Quién, sino vosotros, ha enviado a campaña tales jefes, que se propasen a poner la mano en los templos inviolables? Dígalo Timeo, cuando en Tenaro saqueó el templo de Neptuno, y en Lisso el de Diana. Díganlo Farico y Policrito, el uno profanador del santuario de Juno en Argos y el otro del de Neptuno en Mantinea. ¿Y qué diré de Lattabo y Nicostrato? ¿No violaron éstos en plena paz la asamblea general de los beocios, como si fueran ascitas o gálatas? Los sucesores de Alejandro jamás hicieron otro tanto.

Después de tantos crímenes que no podéis excusar, os gloriáis de haber sufrido la impresión de los bárbaros en Delfos, y pedís que la Grecia os sea deudora de este beneficio. Mas si debe estaros obligada por este servicio, ¿cuánto más lo deberá estar a los macedonios, que gastan sin cesar la mayor parte de la vida en batirse con los bárbaros

por la seguridad de la Grecia? ¿Quién no ve el inminente riesgo en que se hubiera visto ésta en otro tiempo, si no hubiéramos tenido por barrera a los macedonios, y aquella noble emulación de sus reyes? Prueba la más convincente de esta verdad es que lo mismo fue comenzar los galos a menospreciar los macedonios, después de la derrota de Ptolomeo, por sobrenombre Cerauno, cuando al punto, sin hacer caso de los otros griegos, entraron con ejército, Brenno al frente, a través de la Grecia, irrupción que se hubiera repetido muchas veces a no estar los macedonios sobre nuestras fronteras. Otras muchas cosas pudiera apuntar sobre lo pasado, pero creo haber dicho lo suficiente. Para calificar a Filipo de impío le acumulan los etolios la destrucción de un templo, sin añadir las infamias e injusticias que ellos cometieron en los templos y santuarios de Dío y Dodona. La razón pedía que se dijera esto antes. Vosotros referís lo que habéis sufrido, exagerándolo más allá de la verdad; pero lo que habéis hecho antes y repetido en diferentes partes, esto lo calláis, porque sabéis ciertamente que las injurias y los agravios se atribuyen a los que primero dieron motivo.

Por lo que hace a Antígono, en tanto haré mención en cuanto no parezca que desprecio sus acciones ni que reputo por de poco momento un tan señalado servicio como el que os ha hecho. Vivo persuadido a que no se encuentra beneficio mayor en la historia. En mi opinión, la acción no admite exceso, y si no, véase la prueba. Antígono os hace la guerra, Antígono os vence a fuerza de armas en batalla ordenada, Antígono se apodera de vuestro país y ciudad, Antígono puede valerse de los derechos de conquistador; pero tan lejos está de hacerlo, que, prescindiendo de otros beneficios, destrona al tirano y os restablece en las leyes y gobierno antiguo. En reconocimiento de esto le aclamasteis por vuestro bienhechor y libertador en una asamblea general, donde toda la Grecia fue testigo. ¿Y qué debierais haber hecho? Diré mi sentir, y vosotros, lacedemonios, tendréis paciencia, pues no lo hago con ánimo de injuriaros intempestivamente, sino porque las circunstancias de los negocios me fuerzan a mirar por el bien público. Pero ¿qué es lo que voy a proferir? ¡Qué! que en la guerra pasada debierais haberos confederado no con los etolios, sino con los

macedonios, y que al presente, que sois solicitados, debéis uniros antes a Filipo que a los etolios. Así es, se me dirá; pero eso es faltar a la fe de los tratados. Y pregunto: ¿cuál es mayor crimen, romper un tratado particular concertado entre vos y los etolios, o uno hecho en presencia de toda la Grecia, grabado en una columna y consagrado a la inmortalidad? ¿En qué consiste que teméis violar la fe a un pueblo de quien no habéis recibido favor alguno, y no hacéis caso de Filipo y de los macedonios a quienes debéis la facultad de estar ahora deliberando sobre este asunto? ¿Juzgáis acaso que es indispensable guardar fidelidad a los amigos... *y que no hay la misma obligación respecto de los que os han salvado?* Pues ciertamente no es acción tan santa observar las convenciones escritas, como impía la de tomar las armas contra sus libertadores. Esto es cabalmente lo que los etolios han venido a suplicaros.

Permítaseme el haber dicho estas cosas, y quede a juicio del rígido censor si he hablado fuera de propósito. Ahora volvamos al punto principal, como éstos dicen; y es, si los negocios están ahora en el mismo estado que cuando hicisteis alianza con los

etolios, debéis permanecer firmes en vuestra decisión; pero si la faz de la Grecia se halla totalmente demudada, es justo que empecéis ahora a deliberar de nuevo sobre nuestras pretensiones. Decidme ahora, Cleonices y Chleneas, ¿qué aliados teníais cuando persuadisteis a los lacedemonios a entrar en vuestra compañía? ¿Por ventura no eran todos los griegos? ¿Y ahora con quién estáis confederados, o a qué alianza convidáis a los lacedemonios? ¿No es a la de los bárbaros? ¿Es esto estar las cosas en el mismo estado, o totalmente diverso? Antes disputasteis la primacía y gloria de mandar con los aqueos y macedonios, gentes de una misma nación, y con Filipo, conductor de estos últimos; pero en la guerra actual se trata de liberrar la Grecia de la esclavitud que la amenaza de parte de una nación extranjera, que vos creéis haber llamado contra Filipo, pero que en realidad no habéis previsto que vendrá contra vosotros mismos y contra toda la Grecia. En las urgencias de la guerra se suele meter en las plazas para su seguridad guarniciones aliadas más fuertes que las del país, de que resultan a un tiempo dos efectos: librarse del temor del enemigo, y someterse al poder de los amigos. Pues

esto es cabalmente lo que han hecho los etolios. Por querer vencer a Filipo y humillar a los macedonios, no han advertido que han traído del Occidente una nube, que aunque por ahora cubrirá primero a la Macedonia, en la consecuencia se extenderá y será causa de grandes males para toda la Grecia.

A todos los griegos incumbe precaver la tempestad que amenaza, pero especialmente a vos, lacedemonios. Y si no, ¿qué motivos os parece tuvieron vuestros padres para arrojar en un pozo y cubrir de tierra al embajador que les envió Jerjes a pedir el agua y la tierra y mandarle dijese a su señor que ya había conseguido de los lacedemonios lo que les había demandado? ¿Qué impulso pensáis fue el de Leonides y el de sus compañeros en arrojarse espontáneamente a una muerte manifiesta? No fue porque creyesen que se exponían únicamente por su libertad, sino por la de todos los griegos. ¿Y será digno que ramas de tales troncos se asocien con unos bárbaros, militen bajo sus banderas, y hagan la guerra a los epirotas, aqueos, arcanianos, beocios, tesalios y a casi todos los griegos, a excepción de los etolios? Bien está que en las costumbres de éstos no

exista acción torpe si se atraviesa la ganancia; pero vos no tenéis ese carácter. ¿Qué se puede esperar que harán, después de unidos con los romanos, unos hombres que con el débil socorro de los ilirios se atrevieron contra todo derecho a forzar por mar a Pilo, sitiar por tierra a Clitoria y reducir a servidumbre a los cinetas? ¿Unos hombres que, concertado antes un tratado con Antígono para perder a los aqueos y arcananios, como hemos dicho, lo hacen ahora con los romanos contra toda la Grecia?

¿Se podrá esto oír sin presumirse ya encima la irrupción de los romanos y sin dejar de aborrecer la imprudencia de los etolios, que se atrevieron a acabar semejantes tratados? Ya han quitado a los arcananios a Oeniadas y Najo, y poco antes retuvieron para sí la desgraciada ciudad de Anticira, habiéndola reducido a servidumbre junto con los romanos. Éstos se llevaron los hijos y las mujeres, para hacerlos sufrir lo que regularmente se padece bajo una dominación extranjera, y el suelo de estos infelices se repartió entre los etolios. ¿Y sería honroso entrar de grado en una tal alianza, sobre

todo vosotros, lacedemonios, vosotros que en otro tiempo, porque solos los tebanos entre todos los griegos, forzados de la necesidad, decidieron vivir neutrales en la irrupción de los persas, decretasteis inmolarlos de diez en diez a los dioses, si salíais con la victoria? Lo que sí os tiene cuenta y conviene, es que, acordándoos de vuestros mayores, evitéis la irrupción de los romanos, os receléis de la depravada intención de los etolios, y sobre todo, acordándoos de los beneficios recibidos de Antígono, los aborreczáis ahora y siempre, detestéis la amistad de tales gentes y unáis vuestros intereses con los aqueos y macedonios. Si no obstante hubiese alguno, de los que tienen más autoridad entre vosotros, que se oponga a esta decisión, por lo menos abrazad el partido de la neutralidad, y no toméis parte en la injusticia de los etolios... La propensión de los amigos, demostrada a tiempo, nos sirve de provecho; pero forzada y fuera de sazón, es del todo infructuoso el alivio que nos procura. Si estuvieran en ánimo de observar la alianza no de palabra, sino de obra...

CAPÍTULO XIII

Desesperada decisión de los acarnanios contra los etolios.- Su ejemplo.

Al conocer los acarnanios la expedición de los etolios contra ellos, impulsados en parte por la desesperación, y en parte por el furor y odio que les inspiraba el enemigo, tomaron la desesperada decisión de que si eran vencidos, nadie recibiría en la ciudad a los que sobrevivieran a la derrota, privándoles del uso del fuego. Añadiendo imprecaciones a este decreto, indujeron a los demás pueblos, y sobre todo a los epirotas, a que rechazaran de su territorio los fugitivos de la batalla.

CAPÍTULO XIV

Asedio de Egina, ciudad de la Filiotida, por Filipo. Forma de estar

construidas y utilización de las Tortugas para terraplenar.

Decidido Filipo a hacer los aproches contra dos torres de Egina, situó al frente de éstas sus Tortugas de terraplenar y sus arietes (213 años antes de J. C.). En el espacio que había de torre a torre y entremedias de los arietes, levantó una galería paralela al muro. Concluido su propósito, el aspecto de todo lo trabajado se asemejaba a una muralla. Porque las obras hechas con las *Tortugas* representaban la especie y figura de una torre, con la disposición en que estaban entretejidos los zarzos; la galería que mediaba entre las dos torres se parecía a una muralla; y la división y enlace de la parte superior de los zarzos figuraba las almenas. En la parte inferior de las torres se hallaban los que terraplenaban las desigualdades del terreno con las espuestas de tierra que conducían, y al mismo tiempo empotraban los arietes. En el segundo alto, a más de las catapultas, se habían colocado cubetos de agua y demás prevenciones contra un incendio. Y el tercero, que igualaba con las torres de la ciudad, estaba coronado de buen número de gentes, para

contener cualquier insulto de los sitiados contra los arietes. Desde la galería que estaba entre las dos torres hasta el muro de la ciudad, se tiraron dos caminos de comunicación, donde se situaron tres baterías de ballestas, de las cuales la una arrojaba piedras de un talento de peso, y las otras dos de peso de treinta minas. Desde el real a las *Tortugas* se hicieron caminos cubiertos, para que ni los que viniesen del campo a los trabajos, ni los que tornasen de los trabajos al campo, fuesen incomodados por los tiros de la plaza. En muy poco tiempo se llevaron las obras a su perfección, porque el país proveía abundantemente de todos los materiales necesarios. Egina yace en el golfo Maliaco, hacia el Mediodía, y frente por frente de la provincia de los tronios. El país produce todo género de frutos, causa porque Filipo no echó de menos cosa para su propósito, por lo cual, concluidas que fueron las obras, asestó sus máquinas e instrumentos de minar.

CAPÍTULO XV

Estrategia del romano Publio Sulpicio Galba y del etolio Dorimaco contra Filippo en Egina.- Operaciones ofensivas y defensivas de Filippo.

Por aquel entonces era general de los romanos Publio Sulpicio Galba, y Dorimaco jefe de los etolios. Llegaron a Egina mientras Filippo la sitiaba, y después que éste se puso en seguridad contra las tentativas de los sitiados y los ataques exteriores, protegiendo su campamento por la parte de la llanura con un muro y un foso. Publio con una flota y Dorimaco con tropas de infantería y caballería, atacaron el campamento de Filippo, que les rechazó. Después de la victoria impulsó el cerco con mayor vigor, y los eginetas, desesperanzados, se rindieron. Dorimaco, efectivamente, no podía vencer por hambre a Filippo, que recibía por mar toda especie de provisiones.

CAPÍTULO XVI

*Origen del Éufrates, regiones por donde discurre
y naturaleza de este
río.*

Teniendo su origen en la Armenia, el Éufrates atraviesa la Siria y todos los países que se siguen hasta Babilonia. Se cree que desemboca en el mar Rojo; pero no es así. Porque antes de desaguar en el mar le agotan varios fosos y canales repartidos por los campos. De aquí proviene suceder a este río lo contrario que a los otros. Los otros aumentan a medida que discurren por más países, crecen en invierno y disminuyen en la fuerza del verano. Éste, por el contrario, su mayor altura es al principio de la canícula, su mayor extensión en la Siria, y cuanto más avanza más se aminora. La causa de este fenómeno es porque su aumento no proviene de la reunión de lluvias del invierno, sino de la rarefacción de nieves del verano... y su decrecimiento lo causan los varios desagües por los campos y repartimientos para los riegos. Por eso en esta estación es muy lenta la conducción de ejércitos por el río abajo; porque como los navíos van muy

cargados y el río muy bajo, el impulso de la corriente ayuda muy poco a la navegación.

CAPÍTULO XVII

El hambre en Roma.- El río Ciato. Desprovistos de trigo los romanos porque los ejércitos se habían

apoderado de cuanto existía en Italia, hasta las puertas de Roma, acudieron a Ptolomeo, enviándole embajadores para que les diera el que necesitaban, por no poder esperarlo ni aun de las provincias de fuera de Italia. Todo el universo, a excepción de Egipto, se hallaba entonces en armas y cubierto de soldados. Tan grande era el hambre en Roma que el medimno de Sicilia costaba quince dracmas. A pesar de tan premiosa extremidad, los romanos prosiguieron la guerra con vigor.

CAPÍTULO XVIII

Más sobre el río Ciato. El río Ciato, que corre, en Etolia, cerca de la ciudad de Arsinoe...

CAPÍTULO XIX

Arsinoe. Arsinoe, ciudad de Libia. Llámense sus habitantes arsinoetas...

CAPÍTULO XX

Atella. Atella, ciudad del país de los opies en Italia, entre Capua y

Nápoles; sus habitantes llámense atellanos.

CAPÍTULO XXI

Forunna. Forunna, ciudad de Tracia. Sus habitantes llámense forunnenses...

CAPÍTULO XXII

Cautiverio de los eginas y dureza de Publio Sulpicio Galba. En el momento en que los romanos se apoderaron de Egina, todos

los eginetas, que vendidos en subasta se hallaban hacinados en los barcos, solicitaron permiso al general para enviar emisarios a las ciudades donde tenían parientes, a fin de obtener su rescate. Empezó Publio contestándoles con dureza que cuando aún eran libres debieron enviar los emisarios para tratar de su salvación con los vencedores, y no ahora que estaban ya en servidumbre, sobre todo los que poco antes ni siquiera se habían dignado responder a sus embajadores. Añadió que teniéndoles ya en su poder parecía demasiado cándida la pretensión de enviar comisionados a sus parientes; y dicho esto despidió a los peticionarios. Pero al día siguiente reunió a todos los prisioneros y díjoles que los eginetas no merecían piedad, pero que en consideración a los demás griegos, concedía la facilidad de enviar comisionados para procurar su rescate, por ser costumbre admitida.

CAPÍTULO XXIII

Situación de los romanos y los cartagineses. Ésta era la situación de romanos y cartagineses, y cuando el flujo

y reflujo de los acontecimientos impulsados por la fortuna les hacía ser alternativamente vencedores o vencidos, claro es que, según la frase del poeta, La alegría y el dolor llenaban a la vez el alma de ambos partidos.

CAPÍTULO XXIV

Visión fragmentada de los acontecimientos. Es indudable, según he manifestado, que cuando se acude a

autores que presentan los acontecimientos aisladamente, y por lo que atañen a un partido, es imposible abarcar y contemplar con el ánimo el

bello espectáculo de los acaecimientos en su conjunto y general sentido.

CAPÍTULO XXV

La olimpíada como medida de tiempo. Decimos que llámase olimpíada a un periodo de tiempo que abarca cuatro años.

CAPÍTULO XXVI

Condiciones morales para el mutuo auxilio humano. Cuando los hombres no se conducen con benevolencia y abnegación, difícil es que sean en la acción auxiliares sinceros y seguros.

LIBRO DÉCIMO CAPÍTULO PRIMERO

A pesar de que la costa de Italia, desde el estrecho hasta Tarento

carece de puertos, esta ciudad posee uno excelente y cómodamente ubicado para su opulencia.

No obstante que la costa de Italia, que está opuesta al mar de Sicilia y mira a la Grecia se extiende desde el estrecho y ciudad de Regio hasta Tarento por espacio de más de dos mil estadios, con todo no tiene puerto alguno, a excepción del de Tarento. Está poblada de muchísimas naciones bárbaras, y los griegos tienen en ella las ciudades más célebres. Los brucios, los lucanos, una parte de los samnitas, los calabros y otros muchos habitan esta región: Regio, Caulón, Locres, Crotona, Metaponte y Turio, ciudades griegas, pueblan su costa. De suerte que cualquiera que venga de Grecia

a uno de los pueblos mencionados, por precisión ha de fondear en el puerto de Tarento y celebrar aquí los cambios y negociaciones que tenga con todas las demás ciudades de esta costa. Se puede inferir la bella situación de esta ciudad por la fortuna que hicieron en otro tiempo los crotonianos; los cuales, no teniendo más que unos fondeaderos de verano, adonde abordaban poquísimas embarcaciones, consiguieron sin embargo inmensas riquezas, no por otra causa, en el concepto común, sino por la oportunidad del lugar, la cual de ningún modo merece entrar en parangón con la de Tarento. Aun el día de hoy es excelente la disposición en que se halla respecto de los puertos del mar Adriático, pero estuvo mucho más en tiempos pasados. Porque como entonces no estaba aún fundada Brudusio, ninguno venía de los países de la región opuesta que hay desde el promontorio Iapige hasta Siponte, que no pasase por Tarento para entrar en Italia, y no se sirviese de esta plaza como de mercado para sus permutas y cambios. Por eso Fabio, que conocía la importancia de este pasaje, postpuesto todo otro propósito, se aplicó únicamente a conservarlo.

CAPÍTULO II

Proceder de Escipión el Africano para adquirir tanto renombre.- La religión de que Licurgo y Escipión hubieron de valerse para sus propósitos.- Primera acción memorable de aquel.- Solicitud que hace a la dignidad de Edil y obtención de ésta.- La plebe atribuye a designio divino lo que sólo era resultado de su prudencia y sagacidad. Me parece oportuno, antes de referir las empresas de Publio Escipión en España, y en general cuanto en su vida realizó, describir el carácter y genio de este gran ciudadano. Siendo superior a casi todos los hombres célebres de la antigüedad, es general el deseo de conocer este héroe, su carácter, sus costumbres, y de qué suerte llegó a efectuar tan grandes cosas. Los escritores que hasta ahora hablaron de él se apartan de la verdad, librando al lector de la ignorancia para inducirle a error. El curso de mi narración lo probará así a cuantos desean conocer y saben estimar las grandes y nobles acciones.

Algunos desean saber de este general qué conducta siguió para hacerse tan famoso (219 años antes de J. C.), y qué cualidades naturales o adquiridas para emprender tal carrera. Todos los demás escritores nos lo pintan como un hombre afortunado, en quien la temeridad y el azar tuvieron la mayor parte para el logro de sus ideas. En opinión de éstos, semejantes héroes como que tienen más de divino y portentoso que los que gobiernan sus acciones por la razón. Ignoran que en el paralelo antecedente una cosa es lo laudable y otra lo feliz; que esto es común a cualquiera de la plebe, pero aquello sólo peculiar de los hombres prudentes y juiciosos, a quienes debemos mirar propiamente como divinos y favorecidos de los dioses. A mi entender, Escipión tuvo una índole y conducta semejante a la de Licurgo, legislador de Lacedemonia. Porque ni se debe presumir que éste, nimiamente supersticioso, se atuviese en un todo a la Pitia para establecer el gobierno de Esparta, ni que aquél se dejase llevar de los sueños y presagios para adquirir tan gran poder en su patria. Por el contrario, conociendo uno y otro que el común de las gentes ni admite con docilidad lo extraordinario,

ni osa arrostrar los peligros sin la esperanza de la asistencia de algún dios, Licurgo autorizaba siempre sus pensamientos con el oráculo de la Pitia para hacer más aceptables y fidedignas sus decisiones; y Escipión del mismo modo fomentaba siempre en el pueblo la creencia de que obraba asistido de algún dios, con lo cual inspiraba más confianza y aliento en sus tropas para los mayores empeños. Pero la consecuencia manifestará que este cónsul se condujo siempre por la razón y prudencia, y que todas sus acciones tuvieron un éxito proporcionado a los medios. Se conviene desde luego en que era liberal y magnánimo; pero en cuanto a la penetración, sobriedad e intensidad en los negocios, ninguno acaso le concederá estas virtudes, sino los que vivieron con él y contemplaron de cerca su índole. Cayo Lelio fue uno de éstos, y asimismo el que me hizo concebir esta idea, tanto más justa, cuanto que, habiendo sido testigo desde muchacho de todas sus obras y palabras hasta la muerte, me pareció que la relación correspondía exactamente con sus acciones. Refería que el primer hecho señalado que Escipión hizo fue cuando su padre sostuvo aquel combate de caballería con Aníbal en las márgenes del Pó.

Contaba entonces, según parece, diecisiete años; era ésta la primera campaña a que salía; el padre le había dado una escuadra de caballos escogidos para su custodia; pero viendo a su padre en peligro, rodeado con otros dos o tres caballeros por los contrarios y gravemente herido, por el pronto exhortó a los suyos a acudir al socorro; mas notando el temor que tenían por el gran número de los enemigos, él mismo embiste al contrario con temeridad y arrojo, los suyos se ven en la precisión de hacer lo mismo; el enemigo, arredrado, se retira, y salvando el padre contra toda esperanza, confiesa éste en alta voz, en presencia de todos, que debe la vida al hijo. Adquirida una reputación general de valor por esta acción, de allí adelante no hubo peligro a que personalmente no se expusiese, siempre que la patria le confió el remedio de su salud. En verdad que esto no es propio de un general afortunado, sino de quien tiene capacidad.

Poco después excogitó otra acción semejante (213 años antes de J. C.) Tenía un hermano mayor llamado Lucio Escipión, que pretendía la edilidad, cargo el más honroso entre la juventud romana.

Había la costumbre de nombrar dos patricios para esta dignidad, y a la sazón eran muchos los pretendientes. Al principio Publio no se atrevió a declararse competidor de la misma magistratura con su hermano. Pero llegado el día de los comicios, conjeturando por las disposiciones del pueblo que no era fácil a Lucio obtener el cargo, según el grande afecto que a él le profesaba, discurrió que el único medio de conseguir la edilidad para el hermano era si convenidos ambos a dos la pretendían a un tiempo. Para esto, habiendo advertido que su madre (sólo había que ganar a ésta, porque el padre había sido a la sazón enviado a España con el mando de los negocios) andaba de templo en templo sacrificando a los dioses por Lucio, y que le tenía en grande inquietud este acontecimiento, le dijo: que le parecía haber visto dos veces en sueños a él y a su hermano creados ediles, volver de la plaza a casa, y que ella salía a recibirlos a la puerta para abrazarlos y besarlos. A estas palabras la madre, llevada del afecto de mujer, exclamó: «¡Ah! ¿Y llegaré yo a ver ese día?- ¿Queréis, la respondió Escipión, que hagamos la experiencia?» La madre accedió, creyendo que

jamás se atrevería a esto y tomándolo por juguete propio de la temprana edad que entonces tenía. Pero él al momento ordenó le dispongan una toga blanca, hábito propio de los que pretendían los cargos; y una mañana que su madre se hallaba en la cama, sin acordarse siquiera de lo que había pasado, toma su vestidura y se presenta en la plaza. El pueblo, que ya de antemano le quería bien, recibió con admiración una acción tan extraordinaria. Pero él después echa a andar al sitio señalado de los candidatos, se pone al lado de su hermano, el pueblo le confiere el cargo, no sólo a él, sino a su hermano en atención suya, vuelven los dos a casa creados ediles, y la madre, fuera de sí con la repentina noticia del suceso, sale a la puerta a abrazar con ternura a sus dos hijos. De suerte que aquellos que ya habían oído hablar de los sueños de Escipión, con este suceso creyeron ahora que no sólo en sueños sino realmente y de día conversaba con los dioses. Mas lo cierto es que Escipión no había tenido sueño alguno; sólo sí, benéfico, liberal y afable con todo el mundo, había sabido conciliarse el afecto de la plebe. De esta forma, aprovechándose con maña de las disposiciones del pueblo y de la ocasión que su

madre le presentaba, logró no sólo su deseo, sino que hizo creer que obraba inspirado de algún dios. Efectivamente, cuando no se saben discernir a fondo las ocasiones, las causas y diversidad de circunstancias de cada cosa, bien sea por vicio de la naturaleza, bien por falta de experiencia o por desidia, regularmente se atribuyen a los dioses y a la fortuna las acciones que sólo son debidas a la sagacidad, hija del entendimiento y de la prudencia. He advertido esto a mis lectores, no fuese que, prevenidos de la falsa y común opinión que de Escipión se tiene, desatendiesen lo más brillante y estimable que en él hubo, esto es, la sagacidad e intensidad en los negocios. Pero sus mismos hechos harán esto más palpable.

CAPÍTULO III

Razones que tuvo Escipión para acometer los negocios de la España y especialmente el asedio de Cartagena. Ubicación de Cartagena e

increíble ocupación de esta ciudad en un solo día.- Disciplina de los romanos en el saqueo de las ciudades conquistadas.- Ejemplos de prudencia, templanza y moderación que dio Escipión en la ocupación de Cartagena. Una vez que Escipión tuvo reunidas sus tropas (212 años antes de J. C.), les dijo: que no había que acobardarse por la derrota precedente, pues no era el valor de los cartagineses el que había vencido a los romanos, sino la perfidia de los celtíberos y la ligereza con que los jefes se habían separado unos de otros por fiarse de la alianza de éstos; que al presente se hallaban los contrarios en una y otra circunstancia, pues acampaban a mucha distancia unos de otros, y con el mal trato habían enajenado los ánimos de todos los aliados y les habían convertido en otros tantos enemigos; que a este fin habían ya tratado con él algunos de ellos, y los demás, al primer viso de esperanza, o así que viesen a los romanos del otro lado del Ebro, se vendrían con gusto, no tanto por amor que les profesasen, cuanto por vengarse de la insolencia de los cartagineses; y sobre todo, que estando discordes entre sí los jefes de los enemigos, no querrían venir juntos a atacarle, y si lo hacían

separados, con facilidad serían vencidos. Por lo cual les exhortaba que en vista de estas razones pasasen el Ebro con confianza, y lo demás lo dejaran a su cargo y al de los otros jefes. Dicho esto, dejó a Marco Silano, que mandaba con él, en el paso del Ebro con tres mil infantes y quinientos caballos para cubrir a los aliados de esta parte del río. Él pasó del otro lado con el resto del ejército, sin descubrir a nadie su propósito. Tenía decidido no hacer nada de cuanto había dicho a los soldados; por el contrario, estaba en ánimo de sitiar de improviso a Cartagena, rasgo primero y principal de la descripción que hicimos poco ha de este grande hombre. Contaba entonces Escipión veintisiete años, cuando se encargó de unos negocios que por la magnitud de las pérdidas precedentes pasaban por desesperados en opinión de todos; y ya que se hubo encargado, abandona los caminos trillados y sabidos, y excogita y se propone uno desconocido de sus contrarios y... *predecesores*. En verdad que esto no lo podía hacer sin una reflexión muy madura.

Desde que tomó el mando, y antes de salir de Roma, inquirió y se informó con cuidado de la

traición de los celtíberos y de la división de las legiones romanas; y sacando por consecuencia que de aquí había provenido la derrota de su padre, desde entonces ya no temió a los cartagineses ni se abatió su espíritu, como lo estaba el común de las gentes. Después habiendo sabido que los aliados de esta parte del Ebro permanecían fieles a Roma, que los jefes cartagineses no estaban de acuerdo entre sí, y que trataban duramente a sus súbditos, se dispuso con buen ánimo para la partida, fiado no en la fortuna, sino en sus reflexiones. No bien llegó a España, cuando todo lo puso en movimiento, e informado con detalle del estado de los enemigos, halló que tenían divididas sus fuerzas. Supo que la una, a cargo de Magón, se hallaba de esta parte de las columnas de Hércules, en unos pueblos llamados Conios; que la otra, al mando de Asdrúbal, hijo de Giscón, acampaba en la embocadura del Tajo, en la Lusitania; que el otro Asdrúbal, con la tercera, sitiaba cierta ciudad en la Carpetania, y que ninguna de ellas distaba menos de diez días de camino de Cartagena. Desde luego reflexionó que, si se proponía venir a una batalla con los contrarios todos juntos, era aventurarlo todo, tanto por las

derrotas precedentes, como porque los enemigos tenían mucha más gente; y si pensaba en atacarlos separados, temía que, ahuyentando el uno y venidos los demás a su socorro, no le encerrasen y cayese en las mismas desgracias que Cneio su tío y Publio su padre.

En vista de esto, desechado este partido, se informó de las grandes ventajas que acarrearía Cartagena a los contrarios, del mucho perjuicio que le podría causaren la guerra presente, y se instruyó muy minuciosamente durante el cuartel de invierno por los prisioneros de todo lo concerniente a esta ciudad. Supo que era la única plaza casi de España que tenía un puerto capaz para una escuadra y una armada naval; que se hallaba cómodamente situada, tanto para venir de África, como para pasar del otro lado; que éste era el almacén del dinero y equipajes de todos los ejércitos, y que allí se guardaban los rehenes de toda España; y lo que era más importante, que sólo defendían la ciudadela mil hombres de armas, por no haber ni la más leve sospecha de que, dueños los cartagineses casi de toda España, se le pasase siquiera a alguno por la

imaginación poner sitio a esta ciudad; que el demás vecindario, aunque en sí muy numeroso, todo se componía de artesanos, menestrales, gentes de mar, todos inexpertos en materia de guerra, y que servirían de daño a la ciudad si se presentaba de improviso. No ignoraba la situación de la plaza, el estado de sus municiones, ni el estero que la circunda. Se había informado de ciertos pescadores que se ganaban la vida en aquellos parajes, que el estero en general era pantanoso, en muchas partes vadeable, y por lo regular todos los días, a la caída de la tarde, se retiraba la marea. De aquí infería que si salía con su intento, no sólo perjudicaría a sus enemigos, sino que haría tomar un grande ascendiente a sus negocios; y si se le frustraba la empresa, podría, dueño del mar, sacar salvas sus gentes, únicamente con tener bien fortificado el campo; cosa bien fácil, atenta la gran distancia a que estaban los ejércitos contrarios. Por lo cual, abandonados otros negocios, solamente se entregó a los preparativos de éste durante el invierno.

Ocupado Escipión en este propósito, a pesar de no tener más edad que la que hemos dicho, a nadie

descubrió el secreto sino a C. Lelio, hasta que le pareció hacerlo público. Todos los historiadores están de acuerdo que éstas fueron las medidas que tomó; y, no obstante, cuando llegan a referir el hecho, sin saber por qué atribuyen el buen éxito de la empresa, no a la prudencia del que la condujo, sino a los dioses y a la fortuna; y esto sin alegar razón alguna probable, ni haber testigos contemporáneos que lo digan, antes por el contrario, habiendo una carta del mismo Escipión a Filipo, en que expresamente le dice que todo el plan de operaciones en España, y en particular el sitio de Cartagena, lo había formado sobre las reflexiones que hemos apuntado.

Una vez que hubo ordenado en secreto a C. Lelio, comandante de la escuadra y el único que sabía su propósito, que dirigiese el rumbo hacia Cartagena (211 años antes de J. C.), él, a la cabeza de sus tropas de tierra, compuestas de veinticinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, se puso en marcha a largas jornadas. A los siete días de camino llegó a la ciudad y acampó al lado del Septentrión. Por detrás del campamento hizo tirar

dos fosos y dos trincheras de mar a mar, y por delante, mirando a la ciudad, lo dejó sin defensa, porque la misma naturaleza del terreno le ponía bastante a cubierto de todo insulto. Pero pues vamos a referir el sitio y toma de esta plaza, será conveniente demos alguna noticia a los lectores de su situación y contornos.

Yace Cartagena a la mitad de la costa de España, opuesta al viento de África, en un golfo que, introduciéndose tierra adentro por espacio de veinte estadios, sólo tiene diez de anchura a la entrada; causa porque todo él forma la figura de un puerto. En la embocadura misma se halla una isla, que por uno y otro lado franquea sólo un pasaje estrecho para la entrada. En esta isla vienen a estrellarse las olas del mar, de que proviene que todo el golfo está siempre tranquilo, a menos que soplen por una y otra boca los vientos de África y alteren las olas. Con todos los de-más vientos el puerto está siempre en calma, por estar rodeado del continente. Desde el fondo del golfo se va elevando una montaña a manera de península, sobre la cual está fundada la ciudad, rodeada al Oriente y Mediodía por el mar, y

al Occidente por un estero que aun toca algún tanto con el Septentrión; de suerte que el restante espacio que existe desde el estero al mar, y une la ciudad con el continente, no tiene más que dos estadios. El centro de la ciudad está en hondo. Por el lado de Mediodía tiene una entrada llana viniendo del mar; pero por las partes restantes está rodeada de colinas, dos altas y escabrosas, y otras tres mucho más bajas, bien que están llenas de cavernas y malos pasos. De éstas, la mayor está al Oriente, se extiende hasta el mar, y sobre ella se ve el templo de Esculapio. Hacia el Occidente la corresponde otra de igual situación, sobre la cual está erigido un magnífico palacio, obra, según dicen, de Asdrúbal cuando afectaba la monarquía. Las otras colinas menos altas circundan la ciudad por el Septentrión. De las tres, la que mira al Oriente se llama la colina de Vulcano; la contigua a ésta se llama la de Aletes, quien por haber hallado las minas de plata, según dicen, alcanzó los honores divinos; y la tercera tiene el nombre de Saturno. El estero inmediato al mar se comunica con éste por medio de una obra que se ha hecho para comodidad de las gentes de playa; y sobre la lengua de tierra que separa al uno del otro, se ha construido un

puente para transportar por él en bestias y carros lo necesario desde la campiña.

A la vista de una disposición de terreno semejante, aun sin defensa alguna, estaba bien asegurado el campo romano de parte de la ciudad, sólo con tener a un lado el estero y al otro la mar. El espacio intermedio que unía la ciudad con el continente, y venía a parar al centro de su campo, lo dejó sin trinchera alguna, bien fuese por aterrar a los sitiados, bien porque conviniese a su intento no tener estorbos para las salidas y retiradas al campamento. El circuito de la ciudad no tenía antiguamente más que veinte estadios. No ignoro que muchos la dan hasta cuarenta, pero se engañan. Pues nosotros no hablamos de oídas, sino que la hemos examinado atentamente con nuestros propios ojos. Al presente aún es más reducida.

Una vez que llegó la escuadra al tiempo oportuno, Escipión reunió sus tropas y empezó a animarlas, valiéndose para esto no de otras razones que las que a él mismo le habían persuadido, y que

ya hemos referido en detalle. Después de haberlas hecho ver que la empresa era posible, y haberlas mostrado en pocas palabras los perjuicios que se seguirían de su buen éxito a los cartagineses y ventajas a los romanos, prometió coronas de oro a los que primero montasen el muro, ofreció los premios acostumbrados a los que se distinguiesen, y, por último, dijo que Neptuno se le había aparecido en sueños desde el principio, le había inspirado este pensamiento y le había ofrecido que le asistiría tan visiblemente en lo crítico del lance, que todo el ejército conocería los efectos de su presencia. Las razones que expuso en la arenga, las sólidas reflexiones con que las mezcló, las promesas de las coronas de oro, y sobre todo la providencia del dios, inspiraron en los soldados un extraordinario ardor y alegría.

Al día siguiente, después de provista la escuadra de todo género de tiros, dio orden a Lelio, que la mandaba, para que bloquease la ciudad por el lado del mar. Él por tierra, elegidos dos mil hombres, los más esforzados, para que apoyasen a los que llevaban las escalas, emprendió el asedio a la tercera

hora del día. Magón, gobernador que era de la ciudad, dividió los mil hombres que tenía, dejó la mitad en la ciudadela, y apostó el resto en la colina que está al Oriente. Dos mil ciudadanos, los más robustos, a quienes proveyó de las armas que había en la plaza, fueron situados en la puerta que conducía por el istmo al campo enemigo. Los restantes tuvieron orden de acudir como pudiesen a cualquier parte del muro que fuese necesario. Lo mismo fue dar Escipión la señal con las trompetas para el ataque, que sacar Magón los dos mil hombres que guardaban la puerta, persuadido a que aterraría al contrario y frustraría del todo su propósito. Estas tropas dieron con valor sobre los romanos, que estaban formados en batalla sobre el istmo. Se trabó un atroz combate y una terca emulación por ambas partes, animando tanto los del campo como los de la ciudad cada uno a los suyos. Pero los refuerzos que acudían no obraban igual efecto. Los de los cartagineses no podían salir sino por una puerta, y tenían que andar casi dos estadios hasta el campo de batalla; por el contrario, los de los romanos estaban a la mano y podían venir por muchas partes, lo que hacía desigual el combate.

Escipión de propósito había formado los suyos al pie del mismo campo, a fin de atraer al enemigo a la mayor distancia. Estaba bien seguro que una vez deshechos éstos que eran como la flor de los ciudadanos, se llenaría de confusión toda la ciudad y ninguno de los sitiados se atrevería a salir por la puerta. Sin embargo, como por una y otra parte peleaban tropas escogidas, estuvo por un rato neutral la batalla; pero finalmente, rechazados los cartagineses con los poderosos refuerzos que acudían desde el campo, tuvieron que volver la espalda. Muchos murieron en el campo de batalla y en la retirada, pero los más se atropellaron unos a otros a la entrada de la puerta. Este accidente consternó tanto a todo el vecindario, que aun los que guarnecían la muralla desampararon sus puestos, y poco faltó para que los romanos no entrasen en tropel con los que huían, aunque aseguraron al muro las escalas sin peligro.

Escipión estuvo presente en el combate, pero con el resguardo posible de su persona. Llevaba consigo tres soldados armados, los cuales cubriéndole y defendiéndole con sus broqueles de los tiros que

venían del muro, procuraban su seguridad. Así unas veces dejándose ver en los costados, otra sobre los lugares eminentes, contribuía infinito al buen éxito del combate. Porque al paso que veía lo que sucedía, y era visto de todos, inspiraba ardor en los combatientes. De aquí provenía que nada era omitido de cuanto podía conducir para el caso; por el contrario, lo mismo era presentarla la ocasión algún proyecto, que al momento era efectuado como convenía. Los primeros que intentaron con osadía subir por las escalas, no tuvieron que sufrir tanto de la multitud de defensores al aproximarse, como de la altura de los muros. Los que coronaban las murallas conocieron bien la incomodidad que ésta causaba a los romanos, y eso mismo les infundió más aliento. Efectivamente, como las escalas eran altas y subían muchos a un tiempo, algunas se hacían pedazos. En otras sucedía que después de estar arriba los primeros, la misma elevación les hacía perder la vista, y si a esto se añadía el más leve impulso de los defensores, venían rodando por la escalera abajo. Si se arrojaba por las almenas alguna viga o cosa semejante, entonces todos a un tiempo eran derribados y estrellados contra el suelo. A pesar de

estos obstáculos, nada era bastante a contener el ímpetu y vigor de los romanos; al contrario, derribados los primeros, subían a ocupar su lugar los inmediatos; hasta que ya entrado el día, y fatigada la tropa con el trabajo, el general mandó tocar a retirada.

Con esto los sitiados se alegraron muchísimo, creyendo que ya habían alejado el peligro. Pero Escipión, que ya estaba aguardando el tiempo del reflujo, tenía dispuestos quinientos hombres con escalas por el lado del estero. En la puerta de tierra y frente del istmo había puesto tropas de refresco, y después de exhortadas las había dado más escalas que antes, para que a un tiempo se montase el muro por todas partes. Lo mismo fue darse la señal de acometer, y aplicarse al muro las escalas para subir con intrepidez por todas partes, que todo fue confusión y alboroto dentro de la ciudad. Ya se creían libres del infortunio, cuando he aquí nuevo peligro y nuevo ataque, que junto con la falta de tiros y el desaliento que les causaba tanto número de muertos, les puso en un gran conflicto, bien que se defendieron lo mejor que pudieron. En lo recio del

combate de la escalada llegó el reflujo. Las aguas fueron dejando en seco poco a poco las orillas del estero, pero congregadas en la boca salían con ímpetu al mar contiguo, de suerte que los que ignoraban la causa, tenían por increíble este fenómeno. Escipión entonces, que ya tenía dispuestas las guías, ordena entrar por la laguna sin recelo a los que ya estaban prevenidos para esta acción. Entre otras dotes, no parece sino que la naturaleza la había criado especialmente para inspirar ardor e impresionar de los mismos afectos a los que exhortaba. La tropa obedece, se pone en marcha con emulación por el pantano, y se persuade que esto es efecto de alguna providencia divina. Efectivamente, acordándose de lo que Escipión les había dicho en la arenga de Neptuno y de su asistencia, se inflamó tanto su espíritu, que hecha la tortuga, arremeten contra la puerta, e intentan por defuera hacerla pedazos con hachas y azuelas. Los que iban andando por el pantano, como hallaron desiertas las almenas, no sólo aplicaron las escalas sin peligro, sino que subieron y se apoderaron del muro sin sacar la espada. Estaban tan ocupados los sitiados en la conservación de otros puestos,

particularmente del istmo y de la puerta contigua; era tan inesperado el caso de que el enemigo se acercase a la muralla por el lado del estero; y sobre todo, era tan excesiva la gritería y confuso tropel del populacho, que ni entender ni ver podían lo que pedía la urgencia.

Apoderados del muro los romanos, sin dilación discurrieron por todas partes a fin de llamar la atención del contrario, para lo cual les sirvió muchísimo su modo de armarse. Una vez que estuvieron en la puerta, bajaron unos a romper los cerrojos, y penetraron en la ciudad los que se hallaban fuera. Los que por el lado del istmo intentaban subir por las escalas, vencidos los defensores, atacaron las almenas. De esta forma fue ocupada por último toda la muralla. Los que entraron por la puerta tomaron la colina de parte del Oriente, después de desalojados los que la guarnecían Escipión, cuando ya le pareció que habían entrado los suficientes, destacó la mayor parte contra los vecinos según costumbre, con orden de matar a cuantos encontrasen, sin dar cartel a ninguno ni distraerse con el saqueo, antes que se

diese la señal. En mi opinión, obran así por infundir terror. Por eso se ha visto muchas veces que los romanos en la toma de las ciudades, no sólo quitan la vida a los hombres, sino que abren en canal los perros, y hacen trozos los demás animales; costumbre que en especialidad observaron entonces, por el gran número que habían capturado. Después Escipión se dirigió con mil hombres a la ciudadela. A su llegada, Magón intentó por el pronto ponerse en defensa; pero considerando después que la ciudad estaba ya enteramente tomada, pidió seguridad para su persona, y entregó la ciudadela. Tomada ésta, se dio la señal para que cesase la carnicería y se entregaron al saqueo. Llegada la noche permanecieron en el campamento los que tenían esta orden. El general con los mil pasó la noche en la ciudadela. A los demás se dio orden, por medio de los tribunos, para que saliesen de las casas, y reunido en la plaza todo el botín que se había conseguido, hiciesen allí la guardia por cohortes. Se trajo del campamento a los flecheros y se les apostó en la colina que estaba al Oriente. De este modo se apoderaron los romanos de Cartagena en España.

Al día siguiente, reunido en la plaza el equipaje de la guarnición cartaginesa y todas las alhajas de los ciudadanos y menestrales, pasaron los tribunos a hacer la distribución entre sus legiones según costumbre. Tal es la economía que observan los romanos en la toma de las ciudades. Cada día se saca para este efecto, bien de las legiones en general, bien de las cohortes en particular, un número de hombres según la extensión de la ciudad, pero nunca se destina más de la mitad. Los demás quedan de guardia en sus puestos, unas veces fuera de la ciudad, otras dentro, según lo exige la necesidad. Como regularmente está dividido su ejército en dos legiones romanas y dos aliadas, bien que tal vez aunque rara se junten las cuatro, todos los que se destinan para el saqueo traen lo que cogen cada uno a su legión. Después de vendido el botín, los tribunos lo distribuyen por partes iguales entre todos, no sólo los que han quedado de centinela, sino también los que han custodiado las tiendas, los enfermos y los que han sido destacados a algún ministerio. Para que no se defraude cosa del despojo, se hace jurar a todos, el primer día que se reúnen en los reales para salir a campaña, que se

observará fidelidad; pero de este ramo de policía ya hemos hablado con más detenimiento cuando tratamos de su gobierno. Sucede, pues, que como la mitad del ejército se emplea en el saqueo, y la otra mitad queda guardando sus puestos para cubrir a éstos, jamás la codicia ha puesto en peligro las empresas de los romanos. Porque el no temer ser defraudado del botín, antes bien reinar una esperanza cierta de que tanto los que quedan de centinela como los que van al pillaje han de tener su parte, hace que ninguno desampare los puestos: cosa que a otras naciones ha acarreado muchas veces graves perjuicios.

Efectivamente, por lo común el hombre sufre el trabajo y se expone al peligro por la esperanza del lucro; y es evidente que cuando se presenta una ocasión semejante, el que queda apostado o de guardia en el campo lleva muy a mal abstenerse de una ganancia que las más de las naciones conceden al primero que la coge. Porque por más diligencia que ponga un rey o un general en que de todos los despojos se haga una cantidad común, sin embargo, lo que se puede ocultar se reputa por propio. Por eso

cuando todos se dejan llevar de la codicia, si ésta no se puede reprimir, se arriesga la salud de todo el ejército. Se han visto muchos capitanes que después de conseguida su empresa, ya entrando en un campo enemigo, ya tomando una ciudad, no sólo han sido desalojados, sino completamente derrotados, y por ninguna otra causa más que por la que hemos manifestado. Por tanto, de nada deben cuidar y atender tanto los generales, como de que en lo posible reine en todos la esperanza de que el botín, en llegando la ocasión, se dividirá por partes iguales.

Mientras los tribunos se ocupaban en repartir los despojos, el cónsul romano, congregados los prisioneros en número poco menos de diez mil, ordenó separar a un lado los ciudadanos, sus mujeres y niños, y a otro puso los artesanos. Efectuado esto, exhortó a los primeros a que fuesen afectos al pueblo romano, y tuviesen presente el beneficio que les hacía, con lo cual los despidió todos a sus casas. Ellos, a la vista de una salud tan inesperada, con lágrimas en los ojos de pura alegría, le hicieron una humilde reverencia y se retiraron.

Por lo que hace a los artesanos, les dijo que por ahora quedaban siervos públicos del pueblo romano; pero si mostraban amor e inclinación a Roma, cada uno en su oficio, les prometía la libertad, después de concluida felizmente la guerra con los cartagineses. Para esto ordenó que todos ellos, en número de dos mil, llevasen sus nombres al cuestor, y divididos de treinta en treinta, los puso un romano por curador. Del resto de prisioneros escogió los más robustos, más bien hechos y de edad más floreciente, y los aplicó a su marina, con lo cual, aumentada ésta una mitad más, tripuló también los navíos apresados; de suerte que cada buque vino a tener poco menos del doble de remeros que antes tenía. Porque los navíos apresados eran dieciocho, y los que él tenía, treinta y cinco. Asimismo prometió también a éstos la libertad después de vencidos los cartagineses, si servían a Roma con fidelidad y afecto. Este modo de portarse con los prisioneros concilió para sí y para su república la benevolencia y fidelidad de los ciudadanos, e inspiró en los artesanos grande ardor de servirle por la esperanza de la libertad, sin contar con la mitad más de fuerzas navales que aumentó con la sabia conducta de que usó en este lance.

Separó después a un lado a Magón y a los cartagineses que con él se hallaban. Había entre ellos dos del Consejo de los Ancianos, y quince senadores. Los entregó a C. Lelio, previniéndole el correspondiente cuidado de estos personajes. Después ordenó venir a los rehenes, que ascendían a más de trescientos, y fue llamando y acariciando uno por uno a los niños, prometiéndoles para su consuelo que dentro de poco verían a sus padres. Mandó a los demás tener buen ánimo, y que cada uno escribiese a su patria que estaban salvos, que lo pasaban bien, y que los romanos estaban prontos a remitirlos todos con seguridad a sus casas, con tal que sus parientes abrazasen la alianza del pueblo romano. Cuando dijo esto ya tenía preparadas de antemano aquellas alhajas de botín que más podían conducir a su propósito, y las comenzó a regalar a cada uno según su sexo y edad; a las niñas retratos y pulseras, y a los niños puñales y espadas.

Durante este tiempo vino a echarse a sus pies la mujer de Mandonio, hermana de Indibilis, rey de los llergetes, para suplicarle con lágrimas que cuidase de que se guardase más decoro con las prisioneras

que el que habían tenido los cartagineses. Escipión, compadecido de ver a sus pies una dama de avanzada edad, y que aparecía en su rostro un cierto aire venerable y majestuoso, le preguntó qué le faltaba de lo necesario. Pero viendo que callaba, envió a llamar a los que habían sido encargados del cuidado de las mujeres, los cuales le dijeron que los cartagineses las habían provisto con abundancia de todo lo preciso. A pesar de esto, como la dama volviese a abrazarle de las rodillas y a repetirle la misma arenga, Escipión entró más en confusión, y sospechando si habría habido algún descuido, y los comisionados de aquel encargo no le contaban por ahora la verdad, le dijo: «Sosegaos, señora, yo os prometo nombrar otras personas que cuiden de que no os falte lo necesario.- Vos no habéis penetrado el fondo de mis palabras, replicó la señora después de un breve silencio, si creéis que nuestra súplica se reduce ahora a la comida.» Entonces, comprendiendo Escipión lo que quería decir la dama, y reparando en la hermosura de las hijas de Indibilis y de otros muchos potentados, no pudo contener las lágrimas al ver que en una sola palabra le había dado una idea de su triste situación. Y así,

dándole a entender que había penetrado su pensamiento, la cogió de la mano, procuró consolarla, y lo mismo a las demás, prometiendo que en adelante él mismo las cuidaría como si fueran sus hermanas o hijas, y las pondría hombres de probidad para su custodia.

Después de esto entregó a los cuestores todo el dinero que había hallado en el erario de los cartagineses, cuya suma ascendía a más de seiscientos talentos, que junto a los cuatrocientos que él había traído de Roma, componían en total la cantidad de más de mil talentos para los gastos de la guerra.

A esta sazón, ciertos jóvenes romanos, bien instruidos de la inclinación de su general al otro sexo, trajeron a su presencia una doncella en la flor de su edad, y de peregrina hermosura, suplicándole admitiese este obsequio. Escipión, absorto con tan raro prodigio de belleza: «Si fuera simple soldado, dijo, no me pudierais hacer presente más dulce; pero siendo general, ninguno más despreciable»; dando a

entender, en mi opinión, con este dicho, que en ciertos momentos de descanso y ocio hallan los jóvenes con el sexo un dulce pasatiempo y alivio de los cuidados; pero en tiempo de negocios, semejantes recreos perturban la tranquilidad del cuerpo y del espíritu. Sin embargo, dio gracias a los jóvenes, y enviando a llamar al padre de la doncella, se la entregó al momento y le ordenó la diese estado con el ciudadano que más gustase. Este rasgo de continencia y moderación le dio mucho honor entre sus soldados.

Arregladas estas cosas y entregado el resto de prisioneros a los tribunos, despachó a Roma a C. Lelio en una galera de cinco órdenes, con otros cartagineses de los más ilustres que se habían capturado, para que llevase a su patria la noticia. Sabía ciertamente que como por lo común en Roma se tenían por pérdidas; las cosas de España, con esta nueva se recobrarían los ánimos y se entregarían con más intensidad a estos negocios.

CAPÍTULO IV

Forma que tuvo Escipión de ejercitar la infantería durante su estancia en Cartagena.- Evoluciones que fue necesario enseñar a la caballería. Costumbre en adiestrar sus tropas. En el corto período de tiempo que Escipión permaneció en Cartagena se ocupó en hacer maniobrar de continuo su armada, y enseñar a los tribunos de qué modo habían de ejercitar las tropas de tierra. El primer día ordenó a las legiones hacer una marcha de treinta estadios con sus armas; el segundo bruñir, limpiar y pasar revista de todo el armamento delante de las tiendas; el tercero descansar y holgar; el cuarto combatir a unos con espadas de madera cubiertas de cuero y botón en la punta, y a otros lanzar chuzos también con botón; el quinto repetir la misma carrera que el primer día. Para que en ningún acontecimiento le faltasen armas, ya para los ejercicios, ya para las batallas verdaderas, hacía un grande aprecio de esta clase de artesanos. Por eso, no obstante que tenía señaladas gentes que privativamente cuidasen de este ramo, iba él, sin embargo, a visitarlos todos los días, y por su mano proveía a cada uno lo necesario. Al ver las tropas de tierra ejercitarse y disciplinarse delante de los muros

de la ciudad, las de mar maniobrar y ensayarse en el remo, los de la ciudad aguzar unos, trabajar otros en hierro o madera, y, en una palabra, ocuparse todos en fabricar armas, no podía menos de aplicarse a Cartagena la expresión de Jenofonte, que era un taller de guerra. Una vez que le pareció que todo estaba en buen estado, y las tropas suficientemente disciplinadas para cualquier función, levantó el campo con los dos ejércitos de mar y tierra, después de asegurada la ciudad con buena guarnición y reparados sus muros, y se dirigió hacia Tarragona, llevándose consigo los rehenes.

Las evoluciones que, en su opinión, eran más oportunas para toda ocasión, y en que debía estar instruida la caballería eran tornar el caballo a izquierda o a derecha y retroceder. En cuanto a los escuadrones enteros, los enseñaba a dar un cuarto de conversión, a recobrar su puesto, a dar media vuelta en dos tiempos, a darla entera en tres, a partir prontamente de las alas o del centro divididos en una o dos escuadras, y a volverse a reunir sin perder el orden en sus escuadrones, bandas o compañías. A más de esto, los hacía formar sobre una y otra ala, a

veces por el frente, y a veces dando un giro por detrás del ejército. No cuidaba mucho de las conversiones de una parte a otra por trozos separados, porque creía que en cierto modo se asemejaban a cuando un ejército va de marcha. A este tenor en todas las evoluciones, bien fuese para avanzar al enemigo, bien para retirarse, los había disciplinado de manera que jamás, aun en la mayor aceleración, se perdiese la latitud y longitud, y al mismo tiempo se guardase siempre de escuadrón a escuadrón el mismo intervalo. Porque no hay cosa más inútil y peligrosa que poner en acción por escuadrones una caballería que ya tiene rotas sus líneas. Después de haber instruido así a los soldados y a los oficiales, recorrió las ciudades para examinar primeramente si el pueblo entraba bien en lo que había ordenado, y en segundo lugar si los gobernadores de las ciudades eran capaces de dar un sentido claro y conveniente a sus mandatos. Porque entendía que para el buen éxito de una empresa nada había más importante que la capacidad de los subalternos.

Preparadas de este modo todas las cosas, sacó de las ciudades la caballería y la congregó en un sitio donde él mismo realizaba las evoluciones y hacía a su vista todo el manejo del arma. Para esto no se ponía a la cabeza, como hacen los capitanes de hoy día, en cuya opinión el primer lugar es el más propio del que manda. Arguye ignorancia, y está muy expuesto un comandante que es visto de todos sus soldados y él no ve a ninguno. En semejantes ejercicios no se trata tanto de hacer ostentación de la autoridad como de la pericia y capacidad para mandar las tropas, poniéndose ya en la vanguardia, ya en la retaguardia, ya en el centro. Esto era lo que hacía Escipión; discurría de escuadra en escuadra, lo veía todo por sí mismo, explicaba las dudas y corregía sobre la marcha cualquier defecto, bien que éstos eran muy leves y raros, por el esmero que había puesto antes en disciplinar en particular a sus soldados. Demetrio Falereo explicó esto mismo en un discurso: así como, decía, en un edificio del cuidado que se pone en situar bien cada ladrillo y trabar una orden con otra, resulta que la fábrica no tenga hendiduras; del mismo modo en un ejército,

del esmero que se tiene con cada soldado y con cada compañía, proviene el vigor de toda una armada.

CAPÍTULO V

Resentimiento de los etolios contra los romanos, explicado en un parangón por un personaje nada afecto a los etolios.

Decía que lo que ahora sucede se asemeja mucho a la disposición y mecanismo de un ejército formado en batalla. Así como en éste, por lo regular, se sitúa al frente para que perezca primero la infantería ligera y las tropas más expeditas, mientras que a la falange y a los pesadamente armados se atribuye todo el honor de la victoria; del mismo modo al presente los etolios, y los pueblos del Peloponeso que sostienen su partido, están expuestos los primeros al peligro, y los romanos, a manera de falange, hacen veces de tropas de reserva. Si los etolios son vencidos, los romanos alzarán la mano y escapan sin lesión alguna; y si aquellos salen

vencedores, lo que no permitan los dioses, entonces éstos reducirán a su dominio a ellos y a los demás pueblos de la Grecia. Las sociedades democráticas necesitan aliados, porque la multitud puede verse con frecuencia impulsada a realizar actos insensatos que pondrían en peligro un Estado sin defensa.

CAPÍTULO VI

Filopemen. Ciertamente, Eurileón, pretor de los aqueos, era hombre sin valor

y sin conocimiento de la guerra. Llegamos al instante en que Filopemen aparece en escena, y justo es que por él hagamos lo mismo que por los otros grandes ciudadanos, dando a conocer su carácter y la escuela en que había sido instruido. Son para mí, en verdad, insufribles los historiadores que refieren larga y minuciosamente el origen de las ciudades, cómo, dónde y por quién fueron fundadas y construidas, y cuáles las variaciones que han tenido,

y descuidan decir quiénes fueron los grandes hombres que administraron la república y por cuáles estudios y trabajos llegaron a puesto tan eminente. ¡Cuánto más útil es esto que aquello! La descripción de un edificio en nada contribuye a nuestra emulación o instrucción moral; pero al estudiar las inclinaciones de un grande hombre, nos sentimos impulsados a imitarle, tomándole por ejemplo. Por tal motivo, si no hubiese tratado ya en un volumen especial de Filopemen, relatando lo que llegó a ser, quiénes fueron sus maestros, cuáles los estudios que le formaron en la juventud, creeríame obligado a entrar aquí en estos detalles; pero referidas en los tres libros que consagré a su memoria su educación y sus acciones más famosas, justo es que omita en esta historia general lo relativo a sus primeros años, y explique con nuevos detalles cuanto hizo en la madura edad, cosa tratada de paso en mi obra precedente. De este modo ambos trabajos obedecerán a las reglas del arte. En el primero sólo podía exigírseme un cuadro entusiasta de sus acciones, porque me propuse hacer un elogio, no una historia; pero al presente escribo la historia, donde el elogio y la censura tienen justo lugar y

donde los hechos deben ser verdaderos, apoyados con pruebas y acompañados de reflexiones. Entremos, pues, en materia.

Hijo de padres ilustres, procedía Filopemen de las familias más distinguidas. Fue su primer maestro Cleandro, noble de Mantinea, que tenía derecho a la hospitalidad en casa de su padre y que se hallaba entonces desterrado de su patria. En la adolescencia recibió lecciones de Ecdemo y Demófanes, que, naturales de Megalópolis y desterrados ambos de su patria por odio a la tiranía, vivían en casa del filósofo Arcesilao. Habiendo tramado durante su fuga una conspiración contra Aristodemo, devolvieron la libertad a su patria y prestaron eficaz auxilio a Arato para librar a los sicionianos de su tirano Nicocles. Llamados después por los cirenenses gobernaron este pueblo con gran sabiduría, manteniendo en él la libertad.

Instruido por estos dos megalopolitanos, sobresalió Filopemen desde la juventud, tanto en la caza como en la guerra, por su valor e infatigable

ardimiento, siendo sobrio en la comida y en el vestir modesto. De sus maestros aprendió que el hombre descuidado en lo que personalmente le atañe es incapaz de gobernar bien los asuntos de un Estado, y que quien gaste para vivir más de lo que sus rentas le producen, pronto vivirá a costa del público. Nombrado por los aqueos jefe de la caballería, encontró esta fuerza completamente desmoralizada, sin disciplina y sin valor, y de tal modo supo excitar en ella la emulación que la hizo no sólo mejor que antes, sino superior a la de los contrarios. La mayoría de los que ocupan este mando, sin conocer los movimientos de la caballería no se atreven a dar órdenes. Hay quienes ambicionan la pretura complaciendo a todo el mundo y procurándose de antemano los sufragios, para lo cual ni reprimen ni castigan con la justa severidad, cuya ausencia pone a un Estado en peligro de ruina. No sólo dispensan las faltas, sino que por hacer un pequeño favor causan infinito daño a quienes les confían el mando. Hay, finalmente, otros bravos, hábiles, desinteresados y sin ambición, pero que por inoportuno y extremado rigor hacen más daño a la tropa que los que no tienen ninguno.

CAPÍTULO VII

Filipo, rey de Macedonia. Una vez celebrados los juegos neemenios, regresó este príncipe a

Argos, donde, quitándose púrpura y diadema, quiso tratarse de igual a igual con todo el mundo, y alardeó de maneras sencillas y populares. Pero cuanto más se identificó con el pueblo por las vestiduras, mayor y más soberano era el poder que ejercía. Apenas hubo viuda o casada a quien no intentara corromper. La que le agradaba recibía orden de ir a verle, y si alguna no le obedecía, inmediatamente penetraba en su casa con un grupo de hombres ebrios, y la violaba. Con fútiles pretextos hacía conducir a su morada los hijos de unas, los maridos de otras, intimándoles con amenazas. No hubo, pues, desorden ni injusticia que no cometiera. Tales excesos irritaron mucho a los aqueos sobre todo a los más sensatos; pero amenazados de guerras por todos lados, preciso les fue sufrir con paciencia el desenfreno de este príncipe.

CAPÍTULO VIII

Más sobre Filipo. En verdad no existió rey de mayor talento para reinar que Filipo,

ni tampoco quien deshonrase el trono con mayores vicios. Creo que el talento lo recibió de la naturaleza y los defectos los adquirió con los años, como ocurre a los caballos cuando envejecen. Ni de sus méritos ni de sus vicios hablamos al empezar su historia, como hacen otros historiadores, por reservar las reflexiones para unirlas a los hechos en el momento de exponerlos. Este método que empleamos, lo mismo respecto a los reyes que a todos los personajes notables, es, en nuestra opinión, el que más conviene a la historia y el más útil para quienes la leen.

CAPÍTULO IX

Superioridad de la Media sobre los demás Estados del Asia. Increíbles riquezas del palacio

real de Ecbatana en la Media. Incursión de Antíoco contra Arsaces, uno de los primeros fundadores del imperio de los Partos. Constituye la Media el más poderoso reino del Asia, tanto por la extensión del país como por el número y valor ya de hombres, ya de caballos. Provee esta provincia a casi toda el Asia de esta especie de animales, y por sus buenos pastos mantienen aquí los demás reyes sus crías de caballos al cuidado de los modos. Se halla rodeada toda de ciudades griegas, precaución que tomó Alejandro para ponerla a cubierto de los bárbaros, sus vecinos, menos Ecbatana. Esta ciudad está fundada al septentrión de la Media, y domina los países de Asia inmediatos a la laguna Meotis y al Ponto Euxino. Fue en otro tiempo corte de los reyes modos, y, según parece, excedió con mucho a las demás ciudades en riquezas y magnificencia de edificios. Situada en la falda del monte Oro, no tiene muros, pero posee una ciudadela que el ingenio ha hecho de una fortaleza prodigiosa, a cuyo pie se halla el palacio real. Tanto el hablar con detalle de las rarezas de esta ciudad como el pasarlas del todo en silencio tiene sus dificultades. Porque así como a los que aman publicar maravillas y acostumbran hablar

con exageración y hacer digresiones abre el más ameno campo Ecbatana, así también a los que en todas sus producciones son reservados y circunspectos todo lo que excede los límites de lo corriente sirve de dificultad y embarazo. Sin embargo, diré que el palacio real tiene casi siete estadios de circunferencia, y que la magnificencia de la fábrica en cada una de sus partes da una grande idea de la riqueza de sus primeros fundadores. Pues a pesar de que todo él era de madera de cedro y de ciprés, no obstante no tenía parte alguna descubierta. Las vigas, los artonados y las columnas que sostenían los pórticos y atrios unas estaban vestidas de planchas de plata y otras de oro. Las tejas todas eran de plata. La mayor parte de estos adornos fueron descortezados en la irrupción de Alejandro y los macedonios, y el resto en el gobierno de Antígono y de Seleuco Nicanor. Aunque cuando vino Antíoco el templo de Ena tenía aún las columnas cubiertas todo alrededor de oro, se encontraban en él muchas tejas de plata y duraban aún algunos ladrillos, bien que pocos, de oro y muchos de plata. De todas estas riquezas se acuñó

moneda con el busto de Antíoco, cuya suma ascendió casi a cuatro mil talentos.

Arsaces bien creía que Antíoco llegaría hasta estos países, pero no el que se atreviese a cruzar con tan numeroso ejército el desierto inmediato a ellos, especialmente siendo tan escaso de agua. Efectivamente, lo que es en la superficie no se ve allí siquiera una gota, pero por bajo de tierra existen muchos conductos y pozos, desconocidos a los que ignoran el país. Sobre esto hay una tradición verdadera entre los naturales, y es, que cuando los persas se apoderaron del Asia dieron a los que hiciesen venir agua perenne a ciertos lugares que antes no la tenían el usufructo de aquellos campos por cinco generaciones; y como del monte Tauro se desprenden tantos y tan copiosos raudales, los habitantes no perdonaron gastos ni fatigas para construir acueductos desde tan lejos; de suerte que hoy día ni aun los que beben el agua saben el origen de estos conductos subterráneos, ni de dónde provengan. Cuando Arsaces vio que Antíoco comenzaba a atravesar el desierto, al punto ordenó cegar y corromper los pozos. Mas el rey, informado

de esto, destacó allá a Nicomedes con mil caballos, los cuales, llegando a tiempo que ya Arsaces estaba de vuelta con su ejército, solamente encontraron alguna caballería que tapaba las bocas de los acueductos, y forzada ésta a volver la espalda al primer encuentro, se retiraron también ellos a su campo. Antíoco atravesó el desierto y llegó a Hecatompila, ciudad situada en medio de la Partia y a quien se dio este nombre por la concurrencia de caminos que parten desde aquí a todas las regiones del contorno.

Aquí, después de haber dado descanso al soldado, reflexionó que si Arsaces estuviera en estado de aventurar con él una batalla no hubiera abandonado y dejado su país, ni andaría buscando lugar más acomodado a sus tropas para el combate que las cercanías de Hecatompila. Y puesto que con su retiro había manifestado al buen entendedor que se hablaba de diverso parecer, decidió pasar a la Hircania. Llegado a Tagas, supo de los naturales la escabrosidad del camino que tenía que atravesar para llegar a las cumbres del monte Labuta que miran a la Hircania y la multitud de bárbaros que

ocupaban aquellos desfiladeros. Con este aviso se propuso dividir en varios cuerpos su infantería ligera, y señalar a sus jefes la ruta que cada uno había de tomar. Lo mismo hizo con los gastadores que debían acompañar a los armados a la ligera y hacer transitable el lugar que éstos ocupasen para que pasase la falange y las bestias de carga. Tomada esta decisión, puso a Diógenes en la vanguardia, compuesta de flecheros, honderos y aquellos montañeses más peritos en disparar dardos y piedras, porque esta clase de gentes, no guardando nunca formación, sino batiéndose de hombre a hombre, según la ocasión y el sitio lo requiere, son de sumo provecho en los desfiladeros. Detrás de éstos situó dos mil rodeleros cretenses, bajo la conducción de Polixenidas el rodio, y en la retaguardia iban los armados de loriga y escudo, al mando de Nicomedes, de la isla de Cos, y de Nicolao el etolio.

No bien habían avanzado algún terreno, cuando se descubrió que la escabrosidad y estrechura de éste era más difícil que la que el rey se había imaginado. La subida toda se extendía a casi trescientos

estudios. En la mayor parte de ésta era preciso caminar por un profundo barranco que un torrente había socavado, en el cual había muchos peñascos desprendidos naturalmente de lo alto de las rocas, y árboles que imposibilitaban el paso. A esta dificultad se añadían otras muchas por los bárbaros. Habían cortado infinidad de árboles, amontonado multitud de grandes peñascos, y a más tenían ocupadas a todo lo largo de esta concavidad las alturas más oportunas y capaces de contribuir a su defensa; de suerte que, a no haber ellos tomado mal sus medidas, desanimado del todo Antíoco, hubiera tenido que desistir del empeño. Porque los bárbaros, en la inteligencia de que todo el ejército enemigo había de subir por precisión por el barranco mismo, se habían preparado, y ocupado los puestos con este objeto. Pero no advirtieron que aunque la falange y el bagaje no podían pasar por otra parte que la que ellos tenían pensada, porque las montañas próximas les eran inaccesibles, la infantería ligera y expedita era capaz de gatear por los más pelados peñascos. Y así lo mismo fue Diógenes, que había emprendido la subida por parte afuera del barranco, dar sobre el primer cuerpo de guardia de los enemigos, que

tomar otro aspecto las cosas. Porque advirtiéndole el lance mismo al primer choque lo que tenía que hacer, pasa adelante, supera aquellas eminencias por caminos extraviados, y puesto de parte arriba de los contrarios, los acribilla con una nube de flechas y piedras arrojadas a mano. Lo que más incomodó a los bárbaros fueron las piedras que despedían las hondas desde lejos. Una vez que estuvieron desalojados los primeros y ocupado su puesto, se dio el encargo a los gastadores de desembarazar y aplanar con seguridad el camino que tenían por delante, operación que se realizó brevemente por las muchas manos que había. De este modo los honderos, ballesteros y flecheros marchan a pelotones por aquellas eminencias, se incorporan y ocupan los puestos ventajosos, mientras que, formados los pesadamente armados, van subiendo poco a poco por el barranco mismo en buen orden. Los bárbaros, lejos de esperar, desampararon todos sus puestos y se acogieron en la cumbre.

Antíoco, finalmente atraviesa el desfiladero sin pérdida, bien que con lentitud y mucho trabajo, pues casi empleó ocho días en llegar a la cima de la

montaña. Allí, reunidos los bárbaros con la esperanza de que impedirían la subida al enemigo, se dio un recio combate, donde fueron rechazados; porque aunque, formados a manera de cuña, pelearon con valor contra la falange, lo mismo fue ver que los armados a la ligera, dado un largo rodeo durante la noche, se habían apoderado de los puestos superiores que caían a su espalda, que al punto desmayaron y emprendieron la huida. El rey, que quería que el ejército bajase reunido y en buen orden a la Hircania, prohibió que se siguiese el alcance y ordenó tocar a retirada. Reglada la marcha como deseaba, llegó a Tambrace, ciudad sin muros, pero de grande extensión y con un palacio real, donde hizo alto. Mas como la mayor parte de bárbaros que habían escapado de la batalla y de aquellos contornos se hubiesen retirado a Siringe, ciudad poco distante de Tambrace y que por su fortaleza y demás comodidad era como la corte de la Hircania, resolvió reducirla por la fuerza. Efectivamente, se dirigió allá con el ejército, y acampado en sus alrededores, comenzó el asedio. La principal fuerza para la consecución de su propósito consistía en tortugas de terraplenar. Porque la ciudad se hallaba

rodeada de tres fosos poco menos de treinta codos de anchos y quince de profundos, sobre cuyos bordes había un doble vallado y por remate un fuerte muro. Se daban continuos combates en torno a las obras, donde ni los unos ni los otros bastaban a transportar sus muertos y heridos, porque no sólo se peleaba sobre tierra, sino también por bajo en las minas. Sin embargo, la mucha gente y la actividad del rey hizo que rápidamente se cegasen los fosos y viniese abajo la muralla socavada con las minas. Este accidente desconcertó del todo a los bárbaros, y degollando a los griegos que había en la ciudad, robaron lo más precioso de sus muebles y huyeron durante la noche. Antíoco, informado de esto, destacó en su alcance a Hiperbasis con las tropas mercenarias. Efectivamente, éste los alcanza, ellos arrojaron los equipajes y se acogen otra vez en la ciudad; con lo cual, forzada después con vigor la brecha por los pesadamente armados, privados de toda esperanza, se rindieron.

CAPÍTULO X

Las ciudades de Achriana y Calliope. Achriana, ciudad de Hircania...

.....

... ..
Calliope, ciudad del país de los partos...

CAPÍTULO XI

Sucumben los cónsules Claudio Marcelo y Crispino por impericia en el arte militar.- Un general no debe entrar en acción que no sea decisiva.- Alabanza de Aníbal. Deseosos, los cónsules Claudio Marcelo y T. Quint. Crispino, de inspeccionar con sus ojos el declive de una montaña que caía hacia el campo enemigo, ordenaron a los demás que permaneciesen dentro del real, y ellos con dos bandas de caballería, los vélites y hasta treinta líctores, marcharon a reconocer el terreno. Por casualidad, algunos nómadas, acostumbrados a tender asechanzas a los que salen a escaramuzar, y, en una palabra, a todo el que se aparta del

campamento, se habían emboscado al pie de la montaña.

Lo mismo fue hacerles la señal el vigía de que por encima de ellos venía aproximándose a la cima de la montaña alguna tropa, que salen y, dando un gran rodeo, cortan a los cónsules y les cierran el paso para su campo. Al primer encuentro perdió la vida Marcelo y algunos otros que le acompañaban; los demás, cubiertos de heridas, se vieron precisados a huir por aquellos derrumbaderos, unos por una parte y otros por otra; y el hijo de este cónsul, también gravemente herido, salió de la refriega como por milagro. Los romanos estaban viendo desde el campo lo que ocurría, pero no pudieron acudir al socorro. Mientras unos daban voces, otros extrañaban el fracaso, unos enfrentaban los caballos y otros tomaban sus armas, la acción se concluyó. Marcelo en esta ocasión pareció más simple e incauto que prudente y hábil capitán, por cuyo motivo le vino esta desgracia. No puedo menos de apuntar a cada paso por toda mi obra a los lectores esta clase de defectos, para que adviertan que entre otros muchos en que pueden incurrir los generales

éste es el más corriente, y en donde se ve más palpable la ignorancia. Porque ¿qué se puede esperar de un jefe o de un general que no sabe que el que manda ha de hallarse muy distante de toda refriega particular que no decida completamente el asunto? ¿Y qué nos debemos prometer de un jefe que ignora que aun cuando las circunstancias le estrechen a mezclarse en una acción particular vale más que perezcan antes muchos soldados que no que alcance el daño al que gobierna? Si se ha de arriesgar algo, dice el adagio, sea antes la mano que la cabeza. Porque decir, *yo no lo pensaba, o quién había de presumirse esto*, es, en mi opinión, la señal más evidente de la ignorancia y falta de talento de un comandante.

He aquí por qué reputo a Aníbal por gran capitán en muchas maneras. Pero especialmente se deja ver en esta: que no obstante haber pasado tantos años con las armas en la mano y haber visto tantos y tan diversos aspectos de la fortuna, su astucia engañó repetidas veces a sus contrarios en encuentros particulares; pero jamás fue él engañado, a pesar de tantos y tan considerables combates como sostuvo:

tanta era la precaución que ponía en el resguardo de su persona. Y en verdad que con sobrado fundamento. Porque libre y salvo un comandante, aunque todo el ejército perezca, la fortuna le ofrecerá mil ocasiones de resarcir sus pérdidas; pero muerto éste, sucede lo mismo que a una nave sin piloto: por más que el ejército gane la victoria contra sus contrarios, nada se adelanta, porque todas las esperanzas de los particulares dependen de las de los jefes. Hemos apuntado esto para aquellos generales que, o por vanagloria, o por ligereza juvenil, o por impericia, o por menosprecio del enemigo, incurren en tales infortunios; porque las muertes de los generales siempre provienen de uno de estos defectos.

CAPÍTULO XII

Medios de que se vale Escipión durante el cuartel de invierno para conseguir la amistad de los españoles.- Edecón, Indibilis y Mandonio,

poderosos caudillos de la España.- Más habilidad y prudencia se precisa para usar bien de la victoria que para vencer.- Consideración de Polibio sobre este punto.- Asdrúbal, hermano de Aníbal, derrotado por Escipión, sale de España.- Magnanimidad admirable de Escipión al rehusar el reino que le ofrecían los españoles. Así, en España, el cónsul Escipión, sentado su cuartel de invierno en Tarragona (209 años antes de J. C.), como hemos dicho anteriormente, empezó por ganar al pueblo romano la amistad y confianza de los españoles, devolviéndoles a cada uno sus rehenes. La casualidad hizo que para esto le sirviese de mucho Edecón, poderoso régulo del país. Este príncipe, tan pronto como supo la toma de Cartagena, y que Escipión se había apoderado de su mujer y sus hijos, presumiéndose la deserción que harían los españoles al partido de los romanos, se propuso ser él el autor de esta mudanza, persuadido principalmente, a que de este modo recobraría su mujer y sus hijos, y daría a entender al cónsul que abrazaba voluntariamente el partido de los romanos sin que la necesidad le forzase. Efectivamente, sucedió así. Porque cuando ya se hallaban las tropas en cuarteles de invierno,

llegó él a Tarragona con sus parientes y amigos. Acudió a una conferencia con Escipión y le dijo: que daba las mayores gracias a los dioses de que fuese él el primero de los señores del país que hubiese venido a su presencia; que los otros potentados, aunque daban la mano a los romanos, mantenían aún correspondencia con los cartagineses, y miraban con inclinación sus asuntos; pero que él había venido a entregar no sólo su persona, sino sus amigos y parientes a la fe de los romanos; en cuyo supuesto, si merecía ser admitido por su amigo y aliado, le prestaría grandes servicios, tanto en la actualidad como en el futuro: en la actualidad, porque al ver los españoles que él había sido admitido y había alcanzado lo que pedía, todos seguirían su ejemplo, llevados del deseo de recobrar sus parientes y entrar en la alianza de los romanos; y en el futuro, porque inducidos de semejante honor y humanidad, le serían unos indefectibles apoyos de las expediciones que le restaban. «Por lo cual os ruego me devolváis mi mujer y mis hijos, y contado en el número de vuestros amigos, me dejéis volver a mi casa, hasta que se presente ocasión oportuna en que yo y mis amigos mostremos cuanto esté de

nuestra parte, el reconocimiento a vuestra persona y a los intereses de Roma.» Así terminó Edecón su discurso.

Escipión, que ya de tiempos atrás se hallaba inclinado a esta entrega, y mucho antes había reflexionado lo mismo que Edecón le decía, entregó a este príncipe su mujer y sus hijos, concertó con él alianza, y cuando ya tuvo ganado, por varios modos que la conversación misma le ofreció, el afecto del español y hecho concebir a sus amigos magníficas esperanzas para el porvenir, los despachó para sus casas. Divulgado prontamente este convenio, todos los pueblos del Ebro para acá que antes no favorecían a los romanos, de común acuerdo abrazaron su partido. Cumplido en esta parte el deseo de Escipión, después de haber resuelto estos asuntos, despidió las tropas navales, visto que no había quien le contrarrestase por parte del mar; pero escogió de ellos los más aptos y los distribuyó en las compañías, con lo cual aumentó el ejército de tierra.

Ya hacía tiempo que Indibilis y Mandonio, los dos más poderosos potentados de la España por aquella era, y tenidos por los más finos amigos de los cartagineses, andaban maquinando ocultamente y aguardando la ocasión de abandonarlos desde aquel lance en que Asdrúbal, bajo pretexto de asegurarse de su fidelidad, les había exigido en rehenes una gran suma de dinero, sus mujeres e hijas, como hemos dicho antes. Entonces, pareciéndoles tiempo oportuno, sacaron una noche sus tropas del campo de los cartagineses, y se retiraron a unos lugares fuertes y capaces de ponerles a cubierto. Esta deserción fue seguida de otros muchos más españoles, que disgustados ya de la altanería de los cartagineses, no aguardaban más que la primera ocasión de hacer públicas sus intenciones, desgracia que ha sucedido a otros muchos.

Hemos manifestado repetidas veces lo importante que es conducir con acierto una guerra, y superar a los contrarios en sus propósitos; pero se requiere mucha más habilidad y prudencia para usar bien de la victoria. Se encuentran muchos más

ejemplos de victoriosos, que no de que hayan sabido aprovecharse de esta ventaja. Buen ejemplo tenemos en lo que entonces sucedió a los cartagineses. Después de haber vencido los ejércitos romanos, después de haber muerto a ambos cónsules Publio y Cneio Escipión, en la opinión de que ya era suya la España sin disputa, trataron con dureza a sus naturales. Y ¿qué ocurrió? que en vez de aliados y amigos se crearon tantos enemigos como súbditos. Era indispensable que así ocurriese a hombres que creían que de un modo se debía conseguir el mando y de otro conservarle. No sabían que el mejor modo de conservar los imperios es mantener constantemente la misma constitución con que se estableció al principio. Es evidente, y comprobado con muchos ejemplos, que se adquiere el mando con beneficios y larguezas a sus semejantes; pero si después de conseguido se obra mal y se gobierna con despotismo, no hay que extrañar que con la mudanza de máximas en los que mandan, se cambien también las voluntades en los que obedecen. Esto es exactamente lo que entonces sucedió a los cartagineses.

En tan horribles circunstancias, Asdrúbal se veía agitado de mil pensamientos sobre el éxito de los negocios que tenía a su cargo. Le acongojaba la deserción de Indibilis, le afligía la oposición y contrariedad de pareceres que reinaba entre los demás oficiales, temía la venida de Escipión, ya le parecía que le tenía delante con su ejército, veía que le habían abandonado los españoles, y que todos unánimes se habían pasado a los romanos. En vista de esto recapacitó, y decidió reunir todas las fuerzas posibles y dar una batalla al enemigo. Si la fortuna le hacía salir victorioso, decía, consultaría después tranquilamente sobre lo que había de hacer; y si quedaba vencido, se retiraría a la Galia con los restos de la acción, y tomando de allí el mayor número de bárbaros que pudiese, pasaría al socorro de Italia y correría una misma suerte con su hermano Aníbal. En estas consideraciones estaba ocupado Asdrúbal, cuando Escipión, instruido de las intenciones del Senado con la llegada de C. Lelio, saca sus tropas de los cuarteles de invierno, se pone en marcha, y encuentra sobre el camino a los españoles, que venían alegres y dispuestos a ofrecerle sus servicios. Indibilis, que con

anticipación le habían avisado, cuando le vio acercarse salió del campo con sus amigos, y en la conversación que con él tuvo le refirió la amistad que había tenido con los cartagineses, le manifestó los servicios y fidelidad que siempre les había prestado, y le expuso las injurias y afrentas que había sufrido. En cuya atención le rogaba se constituyese juez de sus razones; y si hallase ser injusta la acusación que hacía contra los cartagineses, fallase seguramente que tampoco sabría guardar fe a los romanos; pero si a la vista de tantos ultrajes como había contado, la necesidad le había forzado a apartarse de su amistad, se lisonjeara de que el que ahora abrazaba el partido de los romanos les guardaría un afecto inviolable.

Dichas otras muchas más razones al mismo intento, terminó Indibilis, y tomando la palabra Escipión, le respondió que no dudaba de sus palabras, que conocía el genio altanero de los cartagineses, tanto por el desprecio que habían hecho de los otros españoles, como por la insolencia de que habían usado para con sus mujeres e hijas; por el contrario que él, habiéndolas tomado, no en

calidad de rehenes, sino de prisioneras y esclavas, las había guardado tal decoro, que ni ellos con ser padres hubieran hecho acaso otro tanto. Indibilis confesó que así estaba persuadido, le hizo una profunda reverencia, y le saludó por rey. Todos los presentes aplaudieron el dicho; pero Escipión, rehusando semejante nombre, les dijo que tuviesen buen ánimo, que ellos hallarían todo buen tratamiento de parte de los romanos, y sin dilación les devolvió sus mujeres e hijas. Al día siguiente concertó con ellos un tratado, cuyas principales condiciones eran que seguirían a los cónsules romanos y obedecerían sus órdenes. Con esto se retiraron a sus respectivos campos, tomaron sus tropas, volvieron a Escipión, y acampados juntos con los romanos, marcharon contra Asdrúbal. Este general acampaba entonces en los alrededores de Castulón, cerca de la ciudad de Betula y no lejos de las minas de plata. Informado de la llegada de los romanos, cambió de campamento, donde resguardadas las espaldas con un río, tenía por delante del real un espacioso llano, que coronado todo en redondo de una colina, tenía la bastante profundidad para ponerle a cubierto y la suficiente

extensión para formar el ejército en batalla. Allí permanecía quieto, contento sólo con tener apostados ciertos cuerpos de guardia sobre la colina. El primer deseo de Escipión, cuando estuvo cerca, fue batirse; pero se veía perplejo a la vista de la seguridad que la ventajosa situación prestaba al enemigo. Sin embargo, al cabo de dos días de deliberación, temiendo no viniese Magnón y Asdrúbal hijo de Giscón, y le cerrasen por todas partes, decidió probar fortuna y tentar al contrario.

Dada la orden de que estuviese pronto el ejército, él se quedó dentro de las trincheras con las demás tropas, y únicamente destacó los vélites y extraordinarios de infantería para atacar la colina y provocar a los cuerpos de guardia que había en ella. Ejecutada esta orden con vigor, el general cartaginés esperaba al principio el éxito de la refriega; pero viendo oprimidos y malparados a los suyos por el valor de los romanos, fiado en la naturaleza del terreno, saca su ejército y le forma en batalla sobre la colina. En este momento Escipión destaca allá toda la infantería ligera para apoyar a los que primero habían trabado el combate y divididas en

dos mitades las tropas restantes, él con la una, dando un rodeo a la colina, acomete al enemigo por la izquierda, y entrega a Lelio la otra para que igualmente haga un ataque por la derecha. Ya se estaba efectuando, cuando Asdrúbal iba aun sacando sus tropas del campamento, porque hasta entonces había permanecido quieto fiado en el terreno, y persuadido a que jamás osarían los romanos atacarle. Por eso, invadido cuando menos lo pensaba, ya no llegó a tiempo de formar sus haces. Por el contrario, los romanos, dando sobre los flancos de los cartagineses antes que éstos hubiesen ocupado sus puestos en las alas, no sólo ascienden la colina sin peligro, sino que trabada la acción mientras que el enemigo se hallaba aun en movimiento para ordenarse, matan a los que venían a formarse acometiéndolos por el costado, y obligan a volver la espalda a los que estaban formados. Asdrúbal, según su primer propósito, cuando vio arrolladas y puestas en fuga sus tropas, no quiso empeñarse hasta el último aliento. Cogió sus tesoros y elefantes, y reuniendo de los fugitivos los más que pudo, se retiró a las inmediaciones del Tajo para atravesar los Pirineos y llegar a los galos que

habitan aquella comarca: Escipión no tuvo por conveniente seguir el alcance, por temor de que los otros generales no le atacasen, pero dio licencia al soldado para que saquease el campo contrario.

Al día siguiente, congregados todos los prisioneros, en número de diez mil infantes y más de dos mil caballos, trató de su arreglo. Todos los españoles que habían tomado las armas por los cartagineses en aquella jornada, vinieron a rendir sus personas a la fe de los romanos, y en las conversaciones que tuvieron dieron a Escipión el nombre de *rey*. El primero que hizo esto, y le reverenció como a tal, fue Edecón, y después Indibilis siguió su ejemplo. Hasta entonces había corrido la voz sin advertirlo Escipión, pero viendo que después de la batalla todos le apellidaban *rey*, reparó en el asunto. Y así, habiendo hecho reunir a los españoles, les manifestó que quería que todos le tuviesen por un hombre de ánimo real, y serio en efecto, pero que no quería ser rey ni que nadie se lo llamase, y en adelante les ordenaba lo diesen el tratamiento de general. Con justa razón admirará cualquiera la grandeza de alma de un hombre que,

en la flor de su edad, y favorecido de la fortuna hasta el extremo de prorrumpir voluntariamente todos los que estaban bajo sus órdenes en la manía de proclamarle rey, con todo mete la mano en su pecho y desprecia el acaloramiento y oropel con que le quiere honrar el vulgo. Pero más se admirará aún el exceso de magnanimidad de este cónsul, si se vuelve los ojos a los últimos tiempos de su vida. Después de las expediciones hechas en España; después de haber vencido a los cartagineses y reducido bajo el poder de su patria las mayores y más bellas provincias del África, desde los altares de Fileno hasta las columnas de Hércules; después de haber conquistado el Asia, destronado los reyes de Asiria, y sometido a Roma la más hermosa y considerable parte del universo, ¿en cuántas ocasiones no se pudiera haber proclamado rey? Sin duda que en cuantos países del mundo hubiera pensado o querido. Porque ciertamente una fortuna semejante es capaz de tentar y llenar de orgullo, no digo el corazón humano, pero aun el divino, si me es lícito hablar de este modo. Con todo, Escipión fue tan superior a los demás hombres en grandeza de ánimo, que la mayor dicha que se puede conseguir

de los dioses, esto es, la dignidad real, sólo le sirvió para desprecio, no obstante de habérsela ofrecido repetidas veces la fortuna; y pudo más en él la patria y la fe que la había prestado, que no la brillante y feliz soberanía.

Escipión, pues, habiendo separado del número de prisioneros a los españoles, los despachó todos a sus casas sin rescate. Ordenó a Indibilis que eligiese trescientos caballos, y el resto lo dio a los que estaban desmontados. Después, trasladado su campo al de los cartagineses por lo ventajoso del lugar; él se detuvo allí aguardando a los otros generales cartagineses, y destacó alguna tropa a las cumbres de los Pirineos para observar los pasos de Asdrúbal. Pero estando ya a fines del estío, se retiró con el ejército a Tarragona con ánimo de pasar allí el invierno.

CAPÍTULO XIII

Embajadas que llegan a Filipo de casi toda la Grecia, a causa de haberse afiliado los romanos

con los etolios.- Filippo se supera a sí mismo en las desgracias.- Digresión de Polibio acerca de las ahumadas, que comprende las diferentes formas de hacer fuego, y expone la utilidad de esta invención.- Sencillez de los fuegos de los antiguos, generalmente de poco provecho.- Progresos que efectuó sobre los antiguos fuegos Eneas en sus libros De Officio Imperatoris, y lo mucho que le faltó para perfeccionarlos, no obstante mejorarlos en

algún modo.- Otros progresos acerca de esta materia ideados por otros autores, pero perfeccionados por el mismo Polibio.- El ejercicio hace fáciles cosas al parecer imposibles.- Debida admiración que produce la lectura a los que no saben leer. Llenos de soberbia los etolios con la llegada que acababan de hacer a su país los romanos y el rey Attalo (209 años antes de J. C.), tenían atemorizada toda la Grecia, e insultaban a todos por tierra, mientras que Attalo y P. Sulpicio hacían lo mismo por mar. Esto fue causa de que los aqueos fuesen a implorar el socorro de Filippo, no sólo porque temían a los etolios, sino también a

Macanidas, que amenazaba las fronteras de Argos con un ejército. Los beocios, por temor a la escuadra enemiga, le pidieron tropas y quien las mandase. Los que con más instancia le rogaron tomase alguna providencia contra el enemigo, fueron los habitantes de la Eubea; el mismo ruego hicieron los acarnanios. Le llegó al mismo tiempo una embajada de parte de los epirotas. Corría la voz de que Scerdilaidas y Pleurato sacaban sus tropas a campaña, y que los traces limítrofes de la Macedonia, y especialmente los medos, tenían propósito de invadir este reino así que Filipo se alejase algún tanto. Finalmente, los etolios se habían apoderado de los desfiladeros de las Termópilas, y los habían fortificado con foso, trinchera y buenas guarniciones, persuadidos a que de esta forma cerrarían el paso a Filipo y le impedirían absolutamente llevar socorro a los aliados que tenía de esta parte de las Pilas. Me parece que circunstancias tan críticas y tan propias para experimentar y hacer un juicio nada equívoco de las fuerzas... *así intelectuales* como corporales de los grandes capitanes, pararán con justa razón la atención y consideración de los lectores. Así como en las cacerías, entonces se manifiesta el ardor y

valentía de las fieras, cuando las amenaza el peligro por todas partes; lo mismo sucede a los generales. Buen ejemplo nos ofrece Filipo en el comportamiento que observó por aquel tiempo. Despachó las embajadas ofreciéndoles a todas que haría cuanto pudiese, y dedicó todos sus cuidados a la guerra para observar por dónde y contra quién había de romper primero.

Durante este tiempo, informado de que Attalo había pasado a Europa, y que anclado en la isla de Pepareto ocupaba la campiña, envió contra él gentes que custodiasen la ciudad. Destacó a Polifantes con un cuerpo de tropas suficiente para cubrir el país de los focenses y beocios. Despachó a Menippo con mil hombres armados de escudo, y quinientos agrianos, para defender a Calcis y el resto de la Eubea. Él se dirigió hacia Scotusa, a donde había ordenado acudir asimismo a los macedonios. Allí con la noticia que tuvo de que Attalo había fondeado en Nicea, y que los jefes etolios se habían reunido en Heraclea para conferenciar sobre el estado presente, tomó su ejército y partió de Scotusa con la mayor diligencia que pudo, para sorprender y

disolver el congreso. Pero ya era tarde cuando llegó; sin embargo, taló una parte y robó otra de las mieses de los habitantes del golfo Eniense, con lo cual se volvió a Scotusa. Allí, dejado el ejército, se encaminó a Demetriades con sólo la infantería ligera y una banda de guardias de su persona, donde se detuvo para observar los propósitos de los enemigos. Y para que no se le ocultase cosa de cuantas hiciesen, envió orden a los peparetios, focidenses y eubeos, para que le avisasen de cuanto ocurriese por medio de fuegos encendidos sobre el Tiseo, monte de la Tesalia cómodamente situado para dar desde allí estos avisos. Pero puesto que el modo de hacer señales con fuegos, tan provechoso en la guerra, ha sido tratado hasta aquí con poco detalle, juzgo del caso tratarle con detenimiento, para dar de él un conocimiento correspondiente. Todos saben que la ocasión tiene una buena parte en las empresas, pero sobre todo en las que conciernen a la guerra, y para su consecución ningún invento más eficaz que el de los fuegos. Tanto lo que acaba de suceder, como lo que está sucediendo lo puede saber el curioso, aunque esté a tres o cuatro jornadas de distancia, y a veces más; de suerte que se

admirará de recibir siempre el socorro con oportunidad por medio de las señales que hacen los fuegos.

En otro tiempo este modo de avisar era muy sencillo, y por lo regular de ninguna utilidad a los que lo usaban. Porque para ocasionar alguna, era preciso estar convenido en ciertas señales; y como son innumerables los negocios que ocurren, los más no se podían significar por los fuegos. Por ejemplo, en el asunto mismo de que estamos tratando, era fácil advertir, estando convenidos en las señales, que había arribado una escuadra a Oreo, a Pepareto o a Calcis; pero otros acontecimientos que están sucediendo cada día sin poderse prever, y por lo mismo que son inopinados piden una rápida determinación y remedio, como una deserción, una traición, una muerte, u otra cosa semejante, estas cosas, digo, no se podían anunciar por ahumadas. Porque lo que no era posible prever, menos se podría expresar con señales. Æneas, de quien tenemos una obra sobre el arte de conducir los ejércitos, se propuso remediar este inconveniente. No tiene duda que hizo algún adelantamiento, pero

le faltó mucho para perfeccionar la idea; y si no, véase lo que sigue.

Aquellos, dice, que se han de informar mutuamente por fuegos de lo que ocurra, deberán construir unos vasos de barro, exactamente iguales en su anchura y profundidad. Bastará que la altura sea de tres codos, y la latitud de uno. Se tomarán después unos corchos, poco menos anchos que las bocas de los vasos, y en su centro se fijará un bastón, el cual estará señalado por espacios iguales de tres en tres dedos... *con alguna inscripción todo en redondo* que se pueda distinguir bien en cada una de sus partes. En cada uno de estos intervalos estarán escritas aquellas cosas más notables y generales que acontecen en una guerra. Por ejemplo: en el primero, *la caballería ha entrado en el país; en el segundo, la infantería pesadamente armada; en el tercero, la infantería ligera; en el cuarto, la infantería y la caballería; en el quinto, los navíos; después, los víveres, y así sucesivamente, hasta que se haya escrito en todos los espacios aquello que probablemente se presume que sucederá, y que atento a la guerra actual puede acaecer. Hecho esto,*

previene el autor se pongan en ambos vasos unos cañoncitos tan sumamente iguales, que despidan igual porción de agua el uno que el otro; que se llenen los vasos de agua, y se pongan encima los corchos con sus bastones; y que después se dejen correr los cañoncitos a un tiempo. Esto así dispuesto, no hay duda que siendo iguales y semejantes las vasijas, a proporción que vaya saliendo el agua, han de ir por precisión descendiendo los corchos y ocultándose los bastones en los vasos. Cuando ya esté hecho el ensayo de todo lo que hemos dicho con igual prontitud y de concierto, entonces se llevarán los vasos a aquellos sitios en donde han de observar unos y otros las señales por los fuegos, y se pondrán en ambos los corchos con sus bastones. Después, conforme vaya sucediendo alguna cosa de las que están escritas en los bastones, se levantará un fanal y subsistirá levantado hasta que correspondan con otro de la otra parte; e informados ya unos y otros por los fanales, se quitarán, y al momento se destaparán los cañoncitos. Cuando con el descenso del corcho y del bastón haya venido a estar la inscripción de que se quiere informar a nivel con la boca del vaso, se

levantará un fanal, y los de la otra parte taparán al instante los cañoncitos, y verán la inscripción que tiene el bastón enfrente del borde del vaso. Si en ambas partes se ha ejecutado con igual prontitud, unos y otros leerán lo mismo.

Este método, aunque algo diferente del anterior que se hacía por ahumadas, no obstante es imperfecto. Porque ciertamente no se puede prever todo lo que ha de ocurrir, y aunque se pudiese, era imposible escribirlo en un bastón. Y así no hay duda que, si acaeciese alguna cosa inesperada, no bastará para advertiría esta invención. Fuera de que ni aun lo mismo que se halla escrito en el bastón, está bastante especificado. Porque no se puede saber cuánta es la caballería que ha venido, cuánta la infantería, en qué parte del país se encuentra, cuántos navíos, ni cuántos víveres. Antes que sucedan estas particularidades, no se pueden prever, como ni tampoco estar de acuerdo en las señales, y entre tanto esto es lo principal del asunto. Porque ¿cómo se ha de consultar de enviar el socorro si no se sabe el número de enemigos que ha llegado, ni a qué parte? ¿Cómo confiar o desconfiar en sus

fuerzas, y, en una palabra, cómo tomar sus medidas sin saber el número de navíos, ni la cantidad de víveres que ha venido de parte de los aliados?

El último método tiene por autor a Cleóxenes, o como quieren otros a Demóclito, pero nosotros le hemos perfeccionado. Es cierto y determinado, de suerte que con él se puede dar parte con exactitud de todo lo que urja; pero para su manejo se requiere mayor exactitud y vigilancia. Es, pues, de este modo. Se toma todo el alfabeto por su orden, y se divide en cinco partes, cada una de cinco letras. En la última parte faltará una letra, pero esto no importa para el asunto. Después los que quieran informarse mutuamente por los fuegos, prevendrán cinco tablillas, y en cada una de ellas escribirán la parte de letras que toque por su orden. Se convendrán también entre sí en que el primero que haya de dar la señal, levantará dos fanales a un tiempo y los mantendrá levantados hasta que el otro le corresponda con otros dos. Esto servirá sólo para estar de acuerdo entre sí desde cuándo ha de empezar la atención. Quitados estos fuegos, el que ha de dar la señal levantará primero fanales a su

izquierda, para significar qué tabla se ha de mirar, si se ha de mirar la primera uno, si la segunda dos, y así de las demás. Del mismo modo levantará después fanales a su derecha, para dar a entender al que reciba la señal a qué letra ha de acudir de las escritas en la tabla.

Después de convenidos en estas señales, y retirados ambos a sus respectivas atalayas, será preciso que el que da la señal tenga una dioptra con dos fístulas o cañoncitos, que con la una pueda distinguir la derecha, y con la otra la izquierda del que ha de corresponderle. Alrededor de la dioptra se pondrán rectas las tablillas, y se hará un cerco a derecha e izquierda de diez pies de ancho y la estatura de un hombre de alto, a fin de que elevados sobre él los fanales, hagan una luz nada equívoca, y bajados se puedan ocultar. Dispuesto todo de una y otra parte, cuando se quiera advertir, por ejemplo, *que cerca de cien soldados auxiliares se han pasado a los enemigos*, se elegirán primero aquellas voces que con menor número de letras signifiquen lo mismo; como en vez de lo dicho, *kretenses ciento nos han dejado*, que con la mitad menos de letras

explica lo mismo. Escrito esto en una tablilla, se harán las señales de esta forma. La primera letra es una *k*, que está en la segunda parte y en la segunda tablilla. Se levantarán a la izquierda dos fanales, para que el que reciba la señal entienda que ha de mirar la segunda tablilla; y cinco a la derecha, para que conozca que es una *k*, esto es, la quinta letra de la segunda parte, que apuntará en una tablilla. Después levantará cuatro a la izquierda, porque la letra *r* está en la cuarta tablilla; y dos a la derecha, porque la *r* ocupa el segundo lugar de la cuarta parte, que al instante debe apuntar, y así de las demás letras. Con este invento se puede anunciar cuanto suceda a punto fijo.

Es cierto que es mucho el número de fanales, porque cada letra necesita ser indicada dos veces, pero para eso si se aplican los requisitos convenientes, se conseguirá lo que se desea. En uno y otro método necesitan estar ensayados de antemano los que lo han de manejar, para que, cuando llegue el caso, se puedan dar mutuamente las señales sin error. Fácilmente se convencerá cualquiera de la gran diferencia que se encuentra en

una misma cosa, cuando se presenta la primera vez, o cuando ya se tiene de ella algún uso. Lo que al principio parece no sólo difícil sino aun imposible, con el tiempo y el ejercicio viene a ser lo más fácil. Entre innumerables ejemplos que se pudieran traer para prueba de esto, el más convincente es el de la lectura. Supongamos que delante de un hombre que no conoce las letras ni la gramática, pero por otra parte de buen entendimiento, se presenta un muchacho instruido en este arte, y que se le da un libro para que lea: ciertamente este hombre no se podrá persuadir a que para leer se necesita parar la atención, primero en la figura de cada letra, segundo en su valor, tercero en el nexos de una con otra, operaciones todas que cada una pide su tiempo. Y así, cuando vea que el muchacho sin detenerse y sin tomar aliento despacha cinco o siete líneas, no será fácil hacerle creer que no tenía de antemano repasada la lección. Y si a esto se añade la gesticulación, los diversos sentidos, y la diferencia de espíritus ásperos y suaves, acabará de confirmarse en que es imposible. Por tanto, no debemos desistir de lo que es útil, por dificultades que se presenten a primera vista; por el contrario,

debemos poner nuestro esfuerzo, principalmente en aquello de donde depende muchas veces nuestra conservación. Con la perseverancia no hay cosa bella ni honesta que no sea asequible al hombre. Hemos dicho esto de conformidad con lo que ya hemos anunciado antes, que todas las ciencias han tomado en nuestra era tal incremento, que las más se pueden aprender por principios ciertos y sistemáticos; ventaja que compone la parte más útil de una historia bien ordenada.

CAPÍTULO XIV

De qué modo los aspacios númerdas cruzan el río Oxo, y se trasladan a pie enjuto a la Hircania con sus caballos.

El pueblo de aspacios númerdas habita entre el río Oxo y el Tanais, de los cuales el primero desemboca en el mar de Hircania, y el segundo penetra en la laguna Meotis, ambos tan caudalosos, que se pueden navegar. Parece cosa maravillosa cómo cruzan los númerdas el Oxo y entran a pie en la Hircania con sus

caballos. Esto se cuenta de dos formas, la una verosímil, y la otra portentosa, aunque no imposible. Y es, que naciendo el Oxo en el monte Cáucaso, y engrosando mucho en la Bactriana con las aguas que recoge, corre por una llana campiña con ancha y cenagosa madre; y cuando llega a unos peñascos escarpados que hay en cierto desierto, despidе con tanta fuerza el agua por ser tanta y caer desde tan alto, que salva más de un estadio las peñas que están por debajo. Por este sitio arrimados a la misma peña y por bajo de la violencia del río, dicen que los aspacios pasan a pie a la Hircania con sus caballos. El otro modo tiene fundamento más verosímil que el anterior. Cuentan que el lugar donde viene a despeñarse el río tiene unas grandes concavidades que la violencia del agua ha socavado; y habiéndose abierto un paso muy profundo, corre por bajo de tierra un corto espacio, y vuelve después a descubrirse. Por este lugar que deja en seco, los bárbaros que conocen el país atraviesan a caballo a la Hircania.

CAPÍTULO XV

Victoria del rey Antíoco lograda contra el rebelde Eutidemo.-Valor que demostró el rey en el combate.

Llegada la noticia de que Eutidemo acampaba con su ejército en torno a Taguria (209 años antes de J. C.), y que en las márgenes del Ario había diez mil caballos para defender el paso, Antíoco, desesperanzado del asedio, tomó la decisión de atravesar el río y dirigirse directamente al enemigo. Distaba de allí el río tres días de camino. Los dos primeros los anduvo a un paso moderado, pero el tercero después de cenar ordenó a la falange que al amanecer levantase el campo, y él con la caballería, la infantería ligera y diez mil rodeleros se puso en marcha durante la noche con diligencia. Tenía noticia de que la caballería enemiga cubría las márgenes del río durante el día, pero por la noche se retiraba a cierta ciudad, distante poco menos de veinte estadios. Andado el camino que le restaba en el silencio de la noche, como que iba por terreno llano y cómodo para la caballería, cuando amaneció tenía ya del otro lado del Ario la mayor parte del ejército que le acompañaba. La caballería bactriana,

informada de lo sucedido por sus vigías, acudió al socorro, y se encontró con el enemigo sobre el camino. El rey, viéndose en la precisión de tener que recibir el primer choque de los contrarios, anima a los dos mil caballeros que solían pelear alrededor de su persona; ordena a los demás que se formen por banderas y escuadrones y que ocupe cada uno su puesto acostumbrado; y él, saliendo al encuentro con los dos mil caballos, viene a las manos con los primeros que se presentan. Dicen que Antíoco sobresalió en esta jornada más que ninguno. Muchos perdieron la vida de una y otra parte, pero la primera banda de caballería bactriana fue vencida. Entrada en la acción la segunda y la tercera, arrollaron y pusieron en mal estado a los del rey; pero entonces Panetolo, ordenando avanzar a su caballería cuya mayor parte tenía ya formada en batalla, sacó al rey y a los suyos del peligro en que se hallaban, y obligó a volver la espalda a los bactrianos que acometían de tropel y sin orden. Los enemigos, viendo que Panetolo venía en su alcance, y que había muerto la mayor parte de los suyos, no pararon hasta que se reunieron con Eutidemo. Los del rey, después de haber hecho una gran carnicería, y haber capturado

muchos prisioneros, se retiraron, y pasaron aquella noche en las márgenes del río. En esta batalla mataron un caballo a Antíoco, y él recibió un golpe en la boca que le quitó algunos dientes. En una palabra, en esta jornada fue donde adquirió más renombre su valor. Después de la batalla, Eutidemo acobardado se acogió con el ejército en Zariaspa, ciudad de la Bactriana.

LIBRO UNDÉCIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Penetración de Asdrúbal, hermano de Aníbal, con su ejército en Italia.- Victoria que sobre él obtienen los romanos.- Completa derrota de este general.- Magnanimidad con que se porta en el combate, conforme en todo a sus anteriores acciones.- Consideración de Polibio acerca de este suceso.- Diversidad de efectos en Roma con la noticia de la victoria. No hallando Asdrúbal en nada de esto cosa que le satisficiese (208 años antes de J. C.), y viendo por otra parte que no admitían dilación los negocios, porque los enemigos formados en

batalla venían avanzando, se vio forzado a ordenar sus españoles y los galos que le acompañaban. Situó al frente los diez elefantes que tenía, aumentó el fondo de sus líneas para que todo el ejército ocupase un corto espacio, y puesto él en el centro de la formación detrás de las fieras, atacó la izquierda del enemigo, decidido a vencer o morir en esta jornada. Livio se adelantó fiero al enemigo, y trabada la acción con toda su gente, peleó con denuedo. Claudio, que mandaba el ala derecha, ni podía pasar adelante ni rodear al enemigo por la espalda, sirviendo de obstáculo la desigualdad del terreno, en la cual fiado Asdrúbal había empezado el ataque por la izquierda. Le tenía inquieto esta inacción, cuando el lance mismo le advirtió lo que tenía que hacer. Toma sus gentes del ala derecha, da un rodeo por detrás del campo de batalla, y puesto de parte allá de la izquierda del ejército romano, ataca en flanco a los cartagineses que peleaban sobre sus fieras. Hasta entonces estuvo dudosa la victoria. Se peleaba en competencia por ambas partes, porque ni a unos ni a otros quedaba esperanza de vida, si eran vencidos. Los elefantes prestaban igual servicio a unos que a otros, porque cogidos entre los dos ejércitos y

acribillados de saetas, confundían ya las líneas de los romanos, ya las de los españoles. Pero lo mismo fue carear Claudio por la espalda, que perder la acción el equilibrio. Atacados los españoles por detrás y por delante, los más quedaron sobre el campo mismo de batalla. De los elefantes, seis fueron muertos con sus conductores, y los cuatro restantes, que habían roto las líneas, fueron capturados después solos y desamparados de los indios que los gobernaban. Asdrúbal, tanto antes como ahora en el último trance de su vida, se portó como bueno, y perdió la vida en el combate. Pero no es razón que dejemos de hacer el elogio de un tan grande hombre.

Ya hemos dicho antes que fue hermano natural de Aníbal, y que éste, al partir para Italia, le encargó el gobierno de España. Hemos visto también cuántas batallas haya dado a los romanos, con cuántas y cuán diversas dificultades haya tenido que luchar por causa de los jefes que de cuando en cuando enviaba Cartago a España, cómo en todas estas revueltas se portó siempre como digno hijo de Barca, y cómo sobrellevó con firmeza y generosidad

todos los reveses y menoscabos. Ahora sólo hablaremos de sus últimos combates, en los cuales a mi entender merece principalmente que se pare la consideración y se procure imitarle. Se ve que los más de los generales y reyes cuando entran en una batalla general, únicamente se proponen la gloria y utilidad que lograrán ganada la victoria, y sólo paran la atención y echan cuenta cómo se portarán con cada uno, caso que las cosas salgan según sus deseos; pero jamás se les ponen por delante las derrotas, ni extienden la consideración a cómo se conducirán y qué harán en un revés de la fortuna; y esto, porque lo uno se presenta por sí mismo, y lo otro pide mucha previsión. Por eso los más por esta falta de reflexión y este no contar con las desgracias, han sufrido ignominiosos descalabros a pesar del valor de sus soldados, han echado un borrón a sus anteriores acciones, y han sacado un oprobio para el resto de sus días. Es fácil convencerse de que muchos generales han sido víctimas de este descuido, y que en esta previsión consiste principalmente la diferencia que va de hombre a hombre. La edad pasada nos presenta innumerables ejemplos de iguales casos.

Asdrúbal, por el contrario, mientras tuvo probables esperanzas de poder hacer alguna cosa digna de sus primeras expediciones, de nada cuidó más en los combates que de su propia conservación; pero cuando ya, falto de todo recurso para el futuro, le tuvo la fortuna encerrado en el último apuro, sin omitir cosa, sea en los aprestos, sea en la misma batalla, que pudiese contribuir a la victoria, no dejó por eso de premeditar, caso que fuese vencido, cómo se avendría con la adversa fortuna, sin sufrir cosa que deshonrase la vida pasada. Se ha dicho esto en gracia de los que gobiernan ejércitos, para que ni desmientan las esperanzas de los que están fiados a su cargo, por exponerse temerariamente, ni a la derrota añadan la infamia e ignominia por demasiado amor a la vida.

Los romanos, después de obtenida la victoria, saquearon al momento el real enemigo, degollaron como a víctimas a incontables galos, que la borrachera tenía tendidos en sus cañizos, y recogieron el restante despojo de los prisioneros, de cuya venta entraron en el erario más de trescientos talentos. Murieron de los cartagineses no menos de

diez mil, contando los galos, y de los romanos alrededor de dos mil. Se hicieron prisioneros algunos principales cartagineses; los demás fueron pasados a cuchillo.

Llegada a Roma la noticia, al principio no se dio crédito, por lo mismo que se deseaba tanto. Pero después que con la venida de muchos se supo no sólo la victoria, sino sus circunstancias, toda la ciudad se dejó llevar de un gozo inmoderado, todo lugar sagrado fue adornado, todo templo lleno de tortas y víctimas, y, en una palabra, se concibió tan buen ánimo y confianza, que se creyó que Aníbal, a quien hasta entonces se había temido tanto, ya no estaba dentro de Italia.

CAPÍTULO II

Avance de Filipo hacia los pantanos de Triconida.- Sus saqueos. sacrílegos

Filipo, en su avance hacia los pantanos de Triconida, llegó a Therme, en cuya ciudad se elevaba un templo dedicado a Apolo, y saqueó todas las sagradas ofrendas que había respetado en la primera invasión, dominándole, como en otras ocasiones, la violencia de su carácter. Dejarse arrebatado por el odio a los hombres hasta ser sacrílego con los dioses, es la prueba más segura de colmo de demencia.

CAPÍTULO III

Ellopium y *Phytæum*. Ellopium, ciudad de Etolia...

.....
... ..
Phytæum, ciudad de Etolia...

CAPÍTULO IV

Embajadores del rey Ptolomeo, de Rodas, de Bizancio y de otras ciudades a los etolios.- Discurso que uno de éstos les hace, en nombre de toda la Grecia, para que desistan de la guerra contra Filipo, acuerden la paz, y se prevengan de los consejos de los romanos. *Ratificación de los embajadores de Filipo sobre los finales que sobrevendrían en el futuro a la Grecia.* «Los hechos mismos, varones etolios, están manifestando, en mi opinión, que ni el rey Ptolomeo, ni Rodas, ni Bizancio, ni Chío, ni Mitilene miran con indiferencia vuestra amistad. No es esta la vez primera ni la segunda que os hemos hablado sobre la paz. Por el contrario, desde que emprendisteis la guerra siempre os hemos estado instando, sin dejar perder ocasión de recordaros esto mismo, atentos por ahora a la ruina próxima de vos y de los macedonios, y deseosos para el futuro de remediar con tiempo los males que amenazan a vuestra patria y al resto de la Grecia. Así como ocurre en el fuego, que si una vez llega a prender en materia combustible, ya no es posible evitar su efecto, sino que a medida que sopla el viento y se enciende la materia que sirve de pábulo, va tomando cuerpo, y

frecuentemente el mismo autor viene a ser sin saber cómo el primero que prueba su violencia; lo mismo sucede en la guerra: una vez encendida, las primeras víctimas son los mismos que la han suscitado, de allí pasa a asolar sin motivo cuanto encuentra, y como si cobrara siempre nuevas fuerzas, va creciendo con la necesidad de los pueblos contiguos, a manera de si le soplara el viento. En esto supuesto figuraos, varones etolios, que presentes todos los griegos, tanto insulares como habitantes del Asia, os ruegan que abracéis la paz y depongáis la guerra, pues también a ellos ha cundido el daño, y que os piden que toméis mejor acuerdo y creáis sus consejos. Porque si sólo hicierais una guerra perjudicial (en el supuesto de que rara es la que no lo sea), pero por otra parte os fuera gloriosa, tanto en el motivo que dio a ella principio como en el honor que os resultaría después de su terminación, ya entonces se os pudiera perdonar una emulación tan laudable; pero si es la más vergonzosa de todas, si os cubre de infamia y atrae la execración de todos, ¿pide acaso madura reflexión el asunto? Diré francamente lo que siento; y vosotros, si sois cuerdos, recibiréis con paciencia mis palabras. Pues más importante es un

oprobio en tiempo que os salve del peligro, que una lisonja que después os pierda, y envuelva a toda la Grecia en vuestra ruina.

»Ved ahora el error en que estáis. Decís que mantenéis la guerra contra Filipo, para que los griegos no le presten vasallaje; pero con esta guerra esclavizáis y arruináis la Grecia. Esto es exactamente lo que contienen los tratados que habéis concertado con los romanos, tratados que existentes antes únicamente en los archivos, ahora vemos puestos en ejecución; tratados que si escritos sólo os cubrían de ignominia, practicados ahora la hacen pública a todo el mundo. Por otra parte, Filipo aquí no es más que una ilusión y vano pretexto de la guerra, pues que a él no se le sigue perjuicio, mientras que recae todo el daño sobre sus aliados, los pueblos de la mayor parte del Peloponeso, los beocios, eubeos, focenses, locros, tesalos y epirotas. He aquí una de sus condiciones: *Que los hombres y muebles pertenecerán a los romanos, y que las ciudades y tierras serán para los etolios.* Vosotros, después de tomada una plaza, no sufriréis que se ultraje a hombres libres, ni prenderéis fuego a las

ciudades, porque creeréis que esto es una crueldad y acción propia de bárbaros; pues con todo habéis terminado un tal tratado, que abandona a los bárbaros el resto de la Grecia, y la entrega a las afrentas y ultrajes más vergonzosos. Hasta aquí nadie sabía estos vuestros propósitos, pero ahora con lo que acaba de ocurrir a los oritas y a los infelices eginetas, los ha visto todo el mundo; tomando adrede la fortuna por su cuenta representar en público teatro vuestra imprudencia. Tales han sido los principios y sucesos que hasta aquí han pasado de la guerra; ahora, si todo corresponde a vuestros deseos, ¿qué debemos esperar de su conclusión, sino que será el origen de los mayores males para toda la Grecia?

Efectivamente, al punto que los romanos se desembaracen de la guerra que tienen en Italia (lo que se verificará bien pronto, estando como está Aníbal encerrado en un rincón del Abruzo), no hay duda que atacarán después la Grecia con todas sus fuerzas, en la apariencia para auxiliaros contra Filippo, pero en la realidad para someterla toda a su dominación. Una vez dueños de ella, si nos tratan

con benignidad, para ellos será todo el lauro y reconocimiento; y si nos tratan con rigor, todos los despojos de los muertos y el haber de los vivos vendrá a su poder. Entonces vosotros llamaréis a los dioses por testigos, cuando ni los dioses querrán, ni los hombres podrán daros socorro. Debierais haber previsto desde el principio todos estos males, esto os hubiera tenido mucha cuenta, pero pues que muchas cosas futuras se escapan a la comprensión humana, ahora os estaría bien que, infiriendo lo que ocurrirá por lo que pasa, tomaseis mejor acuerdo en lo porvenir. Nosotros no hemos dejado de decir o hacer cuanto correspondía a verdaderos amigos sobre el estado presente, y os hemos dicho con libertad nuestro sentir sobre el futuro. Sólo resta suplicaros y exhortaros que no perjudiquéis la libertad y salud de vosotros mismos ni la del resto de la Grecia.»

Visto que este discurso había hecho alguna impresión sobre el espíritu de muchos, se ordenó entrar a los embajadores de Filipo, quienes en pocas palabras manifestaron que tenían dos órdenes de su soberano: la una para admitir con gusto la paz si los etolios la deseaban; y cuando no, otra para retirarse,

poniendo por testigos a los dioses y a los embajadores que allí se hallaban, de que no se debía atribuir a Filipo, sino a los etolios, la causa de lo que después sucediese a la Grecia.

CAPÍTULO V

La dignidad castrense y los aqueos. Existen ciertamente tres medios para ser dignos del cargo de

general los que por su razón y juicio lo obtienen. Es el primero la lectura de la historia y la sabiduría que con ello se adquiere; el segundo, los preceptos de los hombres hábiles en el arte del mando; el tercero, la costumbre y experiencia propias. Los jefes de los aqueos ignoraban en absoluto todos estos conocimientos. Así emulados por el fausto e intemperancia de otros, la mayor parte de los soldados afectaban cuidadoso esmero en elegir su vestido y amistades, y con frecuencia empleaban en su persona y traje un lujo

superior a su fortuna; pero a las armas ninguna atención prestaban.

CAPÍTULO VI

Actitud equivocada de muchos hombres. En verdad la mayoría de los hombres no procura imitar los actos

serios de los personajes, sino sus niñerías, y de esta suerte exponen a los ojos del mundo su ligereza.

CAPÍTULO VII

El adorno y resplandor de las armas sirve de espanto al enemigo.- Los aqueos, persuadidos por Filopemen, sustituyen el esplendor de las armas en vez del esmero que antes ponían en los vestidos.- Batalla campal de Machanidas contra Filopemen.- Ventaja que el tirano obtiene al principio.- Derrota y muerte que sufre más tarde por el inmoderado

deseo de vencer. Decía Filopemen, mucho contribuye el brillo de las armas para aterrar al enemigo, y mucho importa para el servicio el que estén bien construidas. Por eso sería sumamente conveniente que el cuidado que ahora se pone en los trajes, se pusiese en las armas; y por el contrario, el descuido que ha habido hasta aquí en las armas, se trasladase a los vestidos. De esta forma ahorrarían los particulares muchos gastos a su casa, y podrían subvenir mejor a los públicos del Estado. En este supuesto conviene que el que ha de salir a una expedición o a una campaña, cuando se vaya a poner las botas repare si le están bien ajustadas y más brillantes que los zapatos y calzas; y que cuando tome el escudo, el peto o el morrión, examine si estos arneses están más limpios y aseados que su capote y su túnica. Porque una nación que aprecia más el bien parecer que las cosas útiles, bien da a conocer por sí misma lo que hará en una batalla. En una palabra, les pedía se persuadiesen a que la nimiedad en el vestido es propia de mujeres, y de mujeres no muy recatadas; pero el coste y brillantez en las armas conviene a hombres buenos, que se proponen defender su propia gloria y la de la patria.

Todos los que se hallaban presentes aprobaron lo que decía Filopemen, y aplaudieron la prudencia del que les exhortaba; de suerte que lo mismo fue salir del consejo, se tildaba con el dedo a los nimiamente adornados, y se llegó a echar a algunos de la plaza. Pero donde mejor se observó esta reforma fue en las expediciones y campañas.

Tanto puede una palabra dicha a tiempo por un hombre de autoridad, que a voces no sólo nos retrae del vicio, sino que nos impele a la virtud; sobre todo si la vida particular del que aconseja corresponde a las palabras, porque entonces no pueden menos de tener el mayor imperio sus persuasiones. Éste era precisamente el carácter de Filopemen, sencillo en el vestir, parco en la comida, moderado en el culto de su persona, comedido y nada mordaz en las conversaciones. Su principal preocupación durante toda la vida fue decir siempre verdad. Por eso, la menor palabra que profiriera, aunque fuese por incidencia, se le daba el mayor crédito. Como en todas partes presentaba por modelo su conducta, necesitaba pocas razones para persuadir a los oyentes. Y así, pocas palabras, junto a la autoridad y

peso de sus consejos, bastaban muchas veces para destruir los más largos y al parecer más bien fundados razonamientos de sus antagonistas en el gobierno.

Finalizada la asamblea, todos se retiraron a sus ciudades, sumamente gozosos con lo que habían oído al pretor, y persuadidos a que mientras él estuviese al frente de los negocios, no ocurriría cosa adversa a la República. Filopemen partió sin demora para las ciudades, para visitarlas con mucha prolijidad y cuidado. En cada una reunía al pueblo y le ordenaba... *lo que había de hacer*. Por último, después de haber empleado ocho meses no completos en aprestar y disciplinar sus tropas, reunió un ejército en Mantinea para defender contra Machanidas la libertad de todo el Peloponeso.

Machanidas, que confiaba mucho en sus fuerzas, creyó que aquella expedición de los aqueos le venía muy a cuento. Y así, lo mismo fue saber que los contrarios se habían congregado en Mantinea, que exhortados sus lacedemonios en Tejea, conforme lo

pedían las circunstancias, dirigirse allá al día siguiente al rayar el día. Conducía él mismo el ala derecha de la falange, a uno y otro costado iban en la misma línea de la vanguardia los soldados mercenarios, y detrás se seguían los carros cargados de multitud de catapultas y dardos. Al mismo tiempo Filopemen sacó su ejército de Mantinea, dividido en tres trozos. Los ilirios, los coraceros, todos los extranjeros y la infantería ligera salieron por la puerta que conduce al templo de Neptuno: la falange por la que seguía después hacia el Occidente, y la caballería urbana por la contigua a ésta. Lo primero que hizo fue ocupar con la infantería ligera una colina bastante elevada frente a la ciudad, que dominaba el camino llamado Jenis y el templo de Neptuno, situar en su proximidad los coraceros mirando al Mediodía, y junto a éstos colocar los ilirios. Detrás de estas tropas estaba formada la falange sobre una línea recta, y dividida de trecho en trecho por cohortes a todo lo largo del foso que por medio de los campos de Mantinea se dirige al templo de Neptuno y llega hasta los montes que limitan con el país de los elisfios. No lejos de la falange, sobre el ala derecha, formaba la

caballería aquea al mando de Aristeneto el Dimeo, y él ocupaba la izquierda con todos los extranjeros, cuyas líneas estaban sin intervalos.

Una vez que llegó la hora del combate y los enemigos estuvieron a tiro, Filopemen recorrió los intervalos de la falange alentándola con palabras, pocas por cierto, pero eficaces para el caso. La mayor parte de lo que dijo no se le entendió, porque el afecto y confianza que en él tenía el soldado, hizo concebir tal ardor y excitó tal alegría en las tropas, que como impelidas de una especie de entusiasmo, animaban por el contrario ellas a su general, y le pedían las llevase al enemigo. En resumen, todo lo que se esforzaba hacerlas entender, siempre que podía, era que había llegado el caso que iba a decidir, o de una abominable y vergonzosa servidumbre, o de una libertad gloriosa y memorable para siempre. Machanidas, al principio simulaba querer atacar el ala derecha del contrario, puesta a lo largo su falange; pero cuando estuvo próximo y a una distancia proporcionada, hizo doblar hacia la derecha sus tropas, y prolongando su derecha hasta darle un frente igual a la izquierda de

los aqueos, situó las catapultas de trecho en trecho delante de todo el ejército. Filopemen conoció bien que su intención era disparar piedras con las catapultas sobre las cohortes de la falange, e incomodada ésta, provocar la confusión en todo el ejército. Por eso, sin darle tiempo ni lugar, ordenó empezar la acción con vigor por los tarentinos hacia el templo de Neptuno, sitio llano y cómodo para maniobrar la caballería. A la vista de esto, Machanidas tuvo que hacer lo mismo y destacar allá sus tarentinos.

Así fue que al principio se trabó el combate con vigor por sólo estas gentes; pero acudiendo poco a poco la infantería ligera a sostener los que peligraban, en breve tiempo se vio empeñada toda la tropa extranjera de una y otra parte. Como se peleaba de cerca y de hombre a hombre, la batalla estuvo por largo tiempo tan dudosa, que ni el resto de las tropas que estaba esperando el evento podía distinguir hacia qué lado iba a parar el polvo, porque los combatientes se habían separado mucho... de los puestos que habían ocupado al principio. Pero al fin prevalecieron los extranjeros del tirano, que eran

más en número y tenían más aptitud en el manejo de las armas. Con razón ocurrió esto entonces, y es muy regular que siempre así ocurra. Porque cuanto exceden en las batallas campales los soldados de una República a los que obedecen a un tirano, otro tanto sobrepujan y son superiores las tropas que ganan sueldo de los tiranos respecto de las que se ponen al servicio de las repúblicas. La razón de esto es, porque así como las tropas naturales de una República pelean por la libertad, y las de un tirano por afirmar más su servidumbre, así también las extranjeras de una República se animan únicamente por el sueldo pactado, en vez de que las de un tirano se obstinan por el daño manifiesto que se les sigue. Porque una República, después de deshechos los que maquinaban contra su libertad, ya no se sirve de extranjeros para conservarla; pero un tirano, cuanto más ambicioso, tantas más tropas extranjeras necesita; porque cuantas más injusticias hace, tantos más insidiadores tiene contra su vida. La seguridad de los tiranos estriba por lo común en el afecto y poder de la tropa extranjera.

Así sucedió entonces, que la tropa extranjera de Machanidas luchó con tanta obstinación y valentía, que ni los ilirios ni los coraceros que entraron a sostener los extranjeros pudieron sufrir su ímpetu, sino que arrollados todos, emprendieron la huída de tropel hacia Mantinea, que distaba de allí siete estadios. En esta ocasión todo el mundo vio probada con evidencia aquella máxima tan controvertida por algunos, que los más de los sucesos de la guerra... provienen de la pericia o impericia de los generales. No hay duda que es grande habilidad, después de bien iniciada una acción, hacer que corresponda el éxito; pero mayor lo es aún después de haber tenido lo peor en el primer encuentro, estar sobre sí, advertir con serenidad las imprudencias del victorioso y aguardar la ocasión de sacar partido de sus defectos. Se ven frecuentemente generales que, victoriosos ya en su opinión, poco después han sido derrotados completamente; y otros que, habiendo empezado al parecer con desgracia, han sabido por su astucia hacer cambiar de aspecto las cosas y conseguir una victoria inesperada. Esto es exactamente lo que entonces sucedió a nuestros dos generales. Después de puesta en fuga la tropa

extranjera de los aqueos y derrotada su ala izquierda, Machanidas, en vez de persistir en su propósito, rodear con una parte de los suyos el costado enemigo y atacar con otra de frente para intentar el éxito de la acción, todo lo contrario: sin poderse contener, y llevado del ardor juvenil, se mezcla con sus extranjeros y sigue el alcance de los que huían, como si el miedo mismo en los que una vez vuelven la espalda, no fuera bastante a hacerlos correr hasta las puertas de la ciudad.

Filopemen, por el contrario, hizo cuanto pudo para contener a sus extranjeros, y animó a los oficiales llamándolos por su nombre; pero después que los vio enteramente desalojados, no por eso se turbó ni emprendió la huida, no por eso se desalentó ni desistió de la empresa: nada menos que eso; se metió en una de las alas de la falange, y luego que el enemigo hubo dejado vacío el campo donde había sido la refriega, por seguir el alcance, ordena volver a la izquierda de las primeras cohortes de la falange, y avanza allá corriendo sin perder el orden. Ocupado rápidamente el sitio que Machanidas había abandonado, a un mismo tiempo cortó la retirada a

los que perseguían los extranjeros y quedó dominando el ala de los enemigos. En este estado exhortó su falange a tener buen ánimo y permanecer allí hasta que se diese la señal de acometer unida. A Polibio ordenó que recogiese los ilirios, coraceros y extranjeros que habían quedado y emprendido la huida, que se apostase al costado de la falange y observase con vigilancia la vuelta de los que habían marchado al alcance. Los lacedemonios, engreídos con la ventaja de su infantería ligera, avanzan sin esperar orden contra los aqueos, puestas en ristre sus lanzas. Cuando ya estuvieron junto al borde del foso, sea que estando ya tocando con los contrarios no era tiempo de cambiar de resolución, sea que para ellos fuese objeto de desprecio un foso de fácil bajada, sin gota de agua y sin ninguna maleza, lo cierto es que ellos se arrojaron por él sin reflexión ni reparo.

Filopemen, lo mismo fue presentársele la ocasión de obrar con ventaja que ya de mucho antes tenía prevista, ordena a la falange enristrar las lanzas y cerrar contra el enemigo. Efectuado el ataque a un tiempo y con gritos espantables, muchos

lacedemonios que al bajar al foso habían perdido la formación, emprendieron la huída por temor al enemigo que los oprimía desde arriba. Una gran parte quedó muerta en el mismo foso, unos a manos de los aqueos y otros por los suyos propios. Este suceso no se debe atribuir al azar u ocasión, sino a la penetración del general. Porque Filopemen desde el principio se había cubierto con el foso, no por evitar el combate, como algunos se imaginaban, sino porque como buen capitán había reflexionado atentamente que si llegado Machanidas hacía pasar el foso a sus tropas sin haberle antes reconocido, sucedería precisamente a su falange lo que hemos dicho y entonces acreditó la experiencia; y si, conocida la dificultad de salvarlo, se arrepentía, y por miedo rompía el orden de batalla, se acreditaría de poco experimentado, por haber dado la victoria al enemigo sin combate general, y haber sacado para sí solo la ignominia. En este error ya han caído otros muchos generales, los cuales después de formados en batalla, no creyéndose con fuerzas bastantes para contrarrestar al enemigo, unos por el ventajoso terreno que ocupaba, otros por el número de tropas que tenía, y otros por otras causas, poco peritos en el

arte militar, han deshecho el orden de batalla, en la opinión de que vencerían fiados en su retaguardia, o que se alejarían del enemigo sin peligro; falta la más vergonzosa... *que puede cometer un general.*

Pero a Filopemen todo le salió como tenía previsto, porque los lacedemonios huyeron a banderas desplegadas. Viendo entonces a su falange victoriosa, y que todo le salía a medida del deseo, acudió a lo que le faltaba por coronar la acción, esto es, a no dejar escapar al tirano. Informado de que se hallaba con sus extranjeros en aquel paraje del foso que está enfrente de la ciudad, neciamente empeñado en seguir el alcance, y cerrado el camino de volver a los suyos, se puso a esperarle. Machanidas, a la vuelta de la persecución, advirtió que su ejército huía, y conociendo entonces el error que había hecho y que todo lo había perdido, ordenó en forma de cuña a los extranjeros que con él estaban, e intentó así estrechado atravesar por medio de los enemigos, que desmandados andaban siguiendo el alcance. Al principio se le unieron algunos, en la opinión de que así salvarían la vida. Pero cuando ya cerca advirtieron que los aqueos

guardaban el puente del foso, entonces desanimados le abandonaron, y cada uno cuidó de salvarse como pudo. A este momento el tirano, desesperanzado de atravesar el puente, echó a correr a lo largo del foso, para buscar con diligencia algún paraje.

Filopemen conoció a Machanidas en la púrpura y en el jaez del caballo, y dejando a Anaxidamo con orden de custodiar el puente con cuidado y no dar cuartel a ningún extranjero, pues por ellos se aumentaba cada día más la tiranía en Esparta, él con Polieno el Cipariense y Simias, entonces sus confidentes, atraviesa al otro lado del foso y va costeando de frente al tirano y otros dos que le acompañaban, Anaxidamo y un extranjero, para impedirles el paso. Lo mismo fue hallar Machanidas un paraje cómodo para pasar, que metiendo espuelas al caballo, hacerle dar un brinco y saltar del otro lado. Pero a este tiempo, encarándose a él Filopemen, le da un bote de lanza, y volviéndole a secundar de rebote otro golpe con la asta, mata al tirano. Lo mismo hicieron con Anaxidamo los que acompañaban a Filopemen; el tercero, desesperanzado de poder pasar, emprendió la huida,

mientras mataban a los otros dos. Después de lo cual, Simias despojó los dos muertos, y quitando las armas y la cabeza al tirano, se dirigió corriendo a enseñársela a las tropas que perseguían al enemigo, para que, cercioradas de su muerte, siguiesen sin recelo y con más confianza el alcance de los contrarios hasta Tejea. Esto contribuyó tanto a inspirar ardor en los soldados, que se apoderaron de rebato de esta ciudad, y dueños ya de la campiña sin disputa, acamparon al día siguiente en las márgenes del Eurotas. Así los aqueos, que después de mucho tiempo no habían podido arrojar al enemigo de su país, talaban entonces impunemente toda la Laconia. De éstos murió poca gente en la batalla; pero de los lacedemonios quedaron sobre el campo lo que menos cuatro mil, sin contar muchos más que fueron hechos prisioneros, y sin el bagaje todo y las armas, de que también se apoderaron.

CAPÍTULO VIII

*Alabanza de Aníbal y consideración de Polibio
acerca de la disciplina
de sus tropas en los campamentos.*

Ciertamente no se puede por menos de admirar el talento, el valor y la pericia de Aníbal en acamparse, al considerar el número de años que mantuvo la guerra, las batallas generales y particulares que dio, los sitios de plaza que puso, las ruinas de ciudades que ocasionó, las difíciles coyunturas en que se vio, y, en fin, el cúmulo de propósitos y operaciones que excogitó en el espacio de dieciséis años continuos que llevó las armas contra los romanos dentro de Italia, sin dejar de tener jamás sus tropas a campo raso. Ni se puede dejar de aplaudir el que, como sabio gobernador, supiese mantener obedientes y observar tan exacta disciplina a sus tropas, que jamás se excitase alboroto ni entre sí mis-mas ni contra su persona. No obstante que su ejército se componía, no digo de una nación, sino de un conjunto de pueblos, africanos, españoles, celtas, fenicios, italianos y griegos, entre quienes no mediaba ley, costumbre, lenguaje u otro vínculo de naturaleza; con todo, su astucia hizo que tantas y tan

diversas naciones se redujeran al mandato de un solo jefe y obedeciesen a una sola voluntad; y eso que no le fue siempre una misma la fortuna, pues aunque muchas veces le sopló favorable, algunas la tuvo adversa. A la vista de esto, con justa razón aplaudirá cualquiera la habilidad de Aníbal en el arte de la guerra, y podrá proferir sin reparo, que si después de haber empezado sus expediciones en las otras partes del mundo, por remate hubiera ido a Roma, no le hubiera desmentido ninguno de sus proyectos; pero como comenzó por donde debiera haber terminado, allí tuvieron cuna y sepulcro sus empresas.

CAPÍTULO IX

Batalla perdida por Asdrúbal, hijo de Giscón, frente a Publio Escipión.- Dos ardidés que emplea este general para la victoria.- Uno con que coge desapercibido al enemigo, y otro que le inutiliza lo más escogido del ejército. Habiendo recogido Asdrúbal sus tropas de las ciudades donde se hallaban invernando (207 años antes de J. C.), se

puso en marcha, y acampó al pie de una montaña, no lejos de cierta ciudad llamada Elinga, donde bien atrincherado, tenía frente a sí una llanura cómoda para un encuentro o una batalla. Se componía su ejército de setenta mil infantes, cuatro mil caballos y treinta y dos elefantes. Escipión despachó a M. Junio Silano a Colichas para tomar las tropas que éste le tendría prevenidas, las cuales consistían en tres mil hombres de a pie y quinientos de a caballo. Todos los demás aliados se le incorporaron en el camino, conforme iba marchando a su destino. Una vez que estaba inmediato a Castulón y en las cercanías de Becula, encontró aquí a Silano con la gente que Colichas le enviaba. En este estado empezó a darle mucha inquietud la actualidad de los negocios. Por una parte las legiones romanas, sin las aliadas, no eran suficientes para dar una batalla; por otra, arriesgar un trance decisivo fiado en sus aliados, le parecía peligroso y demasiado expuesto. En esta incertidumbre estaba, cuando forzado de la necesidad decidió valerse de los españoles, de tal modo, que sólo sirviesen para aparentar al enemigo y dar la batalla con sus propias legiones. Tomada esta resolución, hizo levantar el campo a todo el

ejército, que se componía de cuarenta y cinco mil infantes y cerca de tres mil caballos; y una vez que estuvo próximo y en presencia del enemigo, sentó el campo sobre unas colinas que se hallaban a su vista.

Magón, juzgando que era buena ocasión de dar sobre los romanos mientras sentaban los reales, toma la mayor parte de su caballería y a Massanisa con los númidas, y se dirige contra el campamento romano, persuadido a que hallaría a Escipión desprevenido. Pero éste, que ya de antemano tenía previsto lo que había de ocurrir, había emboscado al pie de cierta eminencia un número de caballos igual al de los cartagineses; los cuales, cargando de improviso y cuando menos se pensaba, aunque de momento hicieron volver la espalda a muchos que después fueron despeñados por sus caballos en la huida, con todo, el resto se hizo fuerte y peleó con valor. Pero al fin no pudiendo sostener la agilidad de los romanos en apearse de sus caballos, muertos muchos de ellos, tuvieron que retroceder después de alguna resistencia. Al principio se retiraron en buen orden; pero perseguidos por los romanos, abandonaron sus filas y huyeron de tropel al

campamento. Este suceso aumentó el ardor de los romanos para la batalla, y desanimó a los cartagineses. Sin embargo, por espacio de algunos días después estuvieron sacando ambos generales sus tropas al medio del llano, hubo varias escaramuzas entre la caballería e infantería ligera de una y otra parte, y ensayados ya unos y otros, decidieron llegar a un combate decisivo.

Entonces Escipión se valió de dos estratagemas. Como acostumbraba a retirarse de su campamento más tarde que Asdrúbal, había observado que éste ponía los africanos en el centro y los elefantes sobre ambas alas. Él, llegado el día en que se había propuesto pelear, en vez de situar sus romanos al frente de los africanos y colocar los españoles sobre las alas, hizo todo lo contrario; formación que contribuyó infinito a los suyos para la victoria, e incomodó no poco a los enemigos. Al rayar el día dio orden por sus edecanes para que todos los tribunos y soldados comiesen, y tomadas las armas saliesen fuera del campo. Obedecida la orden rápidamente por presumirse todos lo que sería, destacó por delante la caballería e infantería ligera,

para que, aproximándose al campamento contrario, escaramucease con vigor. Él, con la infantería, avanzó al salir el sol, y puesto en medio de la llanura, ordenó sus haces al contrario que antes, situando a los españoles en el centro y a los romanos sobre las alas. Como la caballería se aproximó de improviso al real enemigo, y el demás ejército se presentó formado a su vista, los cartagineses apenas tuvieron tiempo para tomar las armas. De suerte que Asdrúbal, desprevenido, se vio forzado a enviar de prisa y en ayunas su caballería y los armados a la ligera contra la caballería romana, y entretanto ordenar su infantería cerca del pie de la montaña, en aquel mismo sitio que tenía por costumbre. Hasta cierto tiempo estuvieron quietas las legiones romanas; pero una vez que fue entrado el día, como la refriega de los armados a la ligera estuviese dudosa e indecisa, porque a medida que eran oprimidos se retiraban a sus respectivas falanges y reemplazaban otros su puesto, Escipión recogió adentro por los intervalos de las cohortes a los que escaramuceaban, y distribuidos sobre ambas alas, primero los vélites y después la caballería a espaldas de los que ya estaban formados, avanzó contra el

enemigo, presentándole al principio todo el frente. Cuando ya estuvo a distancia de un estadio, ordenó a los españoles que sin perder la formación fuesen avanzando del mismo modo, y a las cohortes y manípulos del ala derecha que tornasen a la derecha, y los de la izquierda a la izquierda.

En este momento Escipión en el ala derecha, y Luc. Marcio y Mar. Junio en la izquierda, tomaron las tres primeras escuadras de caballería, los vélites, que iban siempre por delante según costumbre, y los tres primeros manípulos, lo cual todo compone una cohorte romana; y tornando aquel sobre su izquierda y éstos sobre su derecha, avanzaron en columna y se dirigieron a paso redoblado al enemigo, yéndose uniendo a los primeros con la misma conversión los que venían detrás. Ya se hallaban éstos no lejos de los contrarios, cuando los españoles, que ocupaban el frente, distaban aún un buen espacio, porque marchaban lentamente. Entonces Escipión atacó a un tiempo ambas alas cartaginesas con sus legiones romanas puestas en columna, según se había propuesto al principio. Las demás evoluciones, por las cuales los que se seguían se iban incorporando

sobre una misma línea recta con los que estaban delante, y viniendo a las manos con el enemigo, parecían opuestas las unas a las otras, bien se las considerase en general de ala a ala, bien en particular de la infantería a la caballería. Porque en el ala derecha, la caballería y los armados a la ligera, conforme se iban uniendo por la derecha con los que estaban delante, procuraban extenderse para rodear al enemigo, y la infantería, por el contrario, iba entrando en formación por la izquierda: en vez de que en el ala izquierda, la infantería iba ocupando sus puestos por la derecha, y la caballería con los armados a la ligera por la izquierda. De suerte que por esta maniobra la caballería y los armados a la ligera de una y otra ala pasaron, los de la derecha a la izquierda, y los de la izquierda a la derecha. Pero no era esto lo que atraía la atención de Escipión; más cuidado le daba ver cómo podría rodear al enemigo. Y a la verdad pensaba con acierto; porque no basta saber las evoluciones si no se sabe adaptarlas al caso presente.

En esta batalla sufrieron mucho los elefantes, que asaeteados por los vélites y la caballería, y acosados

por todas partes, no hacían menos daño a los amigos que a los enemigos. Porque corriendo de una parte a otra sin guía, atropellaban a los que se ponían por delante de uno y otro ejército. Por lo que hace a la tropa, ya estaban rotas las alas de los cartagineses, cuando el centro donde estaban los africanos, la flor del ejército estaba aún mano sobre mano. Porque ni podían, abandonando su puesto, acudir al socorro de las alas por temor de que no se echasen encima los españoles, ni les era dable, permaneciendo en él, contribuir en algo a la victoria, por no estar a tiro los contrarios del frente para venir a las manos. Esto no obstante, las alas, de quienes dependía por una y otra parte el éxito de la acción, se batieron con valor por algún tiempo; pero cuando el calor estuvo en su fuerza, los cartagineses, como que habían salido contra su gusto y sin tener tiempo para tomar un bocado, empezaron a desfallecer; en vez de que los romanos, superiores en fuerzas y buen ánimo, tenían por la prudencia de su jefe la especial ventaja de haber puesto en contraste la flor de los suyos... con lo más débil de los enemigos. Al principio Asdrúbal, estrechado, se fue batiendo en retirada; después, arrollado todo el ejército, se acogió al pie de la

montaña; y finalmente, perseguido con viveza, huyó de tropel al campamento, de donde sin duda hubiera sido al instante desalojado si algún dios no hubiera venido en su socorro. Pero levantándose una furiosa tempestad, cayó una lluvia tan copiosa y abundante, que apenas pudieron los romanos volver a sus trincheras.

CAPÍTULO X

Ilurgia . Ilurgia, ciudad de España...

CAPÍTULO XI

Avaricia de los romanos. Así las llamas consumieron a muchos romanos que andaban en

busca de plata y oro derretidos.

CAPÍTULO XII

Grande inconveniente y embarazo en que pone a Escipión la sedición de una parte de su ejército.- Ardid de este general para hacer venir los amotinados a Cartagena y aprehender a los cabecillas.- Discurso de Escipión a los amotinados.- Perdón de la muchedumbre y castigo severo de los autores. Aunque ya con bastante experiencia en los negocios, Escipión, sin embargo, jamás se vio más confuso y afligido que cuando supo la sedición de las tropas romanas (207 años antes de J.C.) Y con razón: porque así como entre las incomodidades del cuerpo, las exteriores, como el frío, el calor, el cansancio y las heridas, se pueden precaver antes que sucedan, y remediarse con facilidad después de ocurridas, las interiores, como los tumores y enfermedades que dentro del cuerpo se engendran, con dificultad se pueden prever, y con dificultad curar después de originadas; lo mismo se ha de juzgar de un Estado o de un ejército. Es fácil, tomándose el trabajo, prevenir y remediar los malos propósitos y guerras exteriores; pero los bandos, sediciones y alborotos que se originan dentro de un Estado es muy difícil curarlos. Esto pide una grande habilidad y maña extraordinaria. No obstante, existe

un antídoto, en mi opinión adaptable a todo ejército, república o cuerpo político, y es no dejar jamás descansar los miembros por mucho tiempo ni estar mano sobre mano, sobre todo si hay prosperidad y abundancia de lo necesario. Pero Escipión, que a una singular vigilancia unía la astucia y la actividad, para remediar el daño se valió de este expediente. Reunió los tribunos, les dijo que ofreciesen a los soldados la paga de sus sueldos; y para que no se dudase de su promesa, que los impuestos con que antes contribuían las ciudades para la manutención del ejército, éstos ahora se cobrasen públicamente y con maña, a fin de que todos se persuadiesen que esta recolección se hacía para satisfacerles las pagas. Para ello quiso que los tribunos fuesen otra vez a los amotinados y los exhortasen a corregir su error y venir al general cada uno de por sí, si así lo querían, o todos juntos para cobrar sus raciones. Después de efectuado esto, dijo, el tiempo mismo dictará lo que se ha de hacer en adelante.

Tomado este arbitrio, sólo se pensó en recoger el dinero. Cuando ya supo Escipión que los tribunos habían notificado la orden que se les había dado,

reunió el consejo para deliberar lo que se había de hacer. Todos estuvieron de acuerdo en que se fijase día dentro del cual compareciesen todos en Cartagena; que se perdonase a la multitud, pero que se castigase con rigor a los autores en número de treinta y cinco. Llegado el día y venidos los rebeldes para efectuar la pacificación y recibir sus sueldos. Escipión previno en secreto a los siete tribunos que antes habían mediado en el concierto que saliesen a recibirles, y repartidos los autores de la rebelión, cada uno se llevase consigo cinco, los saludasen amistosamente, les ofreciesen su casa para dormir, y aun cuando no aceptasen, al menos los convidasen para merendar o cenar con ellos. Tres días antes había ordenado a las tropas que con él estaban que hiciesen provisión para muchos días, pues tenían que ir con Silano contra Indíbilis, que había dejado el partido de Roma. Esta nueva hizo más insolentes a los rebeldes, ya que así se persuadían a que una vez marchadas las tropas dispondrían de todo a su arbitrio con el general.

Una vez que estuvieron próximos a la ciudad, intimó la orden a las tropas que se hallaban dentro a

partir al día siguiente al amanecer; y a los tribunos y prefectos les previno que después que hubiesen salido enviasen por delante los primeros bagajes, pero ordenasen hacer alto a la tropa sobre las armas, la distribuyesen después por cada una de las puertas y cuidasen de que ninguno de los sediciosos saliese de la ciudad. Los tribunos que tenían el encargo de salir a recibirles, después que los encontraron trataron con mucho agasajo a los autores, y se los trajeron consigo, como estaba dispuesto. Se les había ordenado que a todos los cogiesen a un mismo tiempo, y después de cenar los atasen y custodiasen, sin dejar salir a ninguno de los que estaban dentro más que a aquel que había de llevar al general toda la noticia de lo sucedido con cada uno. Ejecutada así la orden por los tribunos, Escipión al día siguiente al amanecer, viendo a los sediciosos reunidos en la plaza, llamó a junta. Lo mismo fue hacerse la señal, que todos concurrieron según costumbre, suspensos los ánimos hasta ver al general y saber lo que ocurría. Entonces Escipión, que ya había enviado orden a los tribunos que custodiaban las puertas para traer sus tropas sobre las armas y rodear la asamblea, se presentó, y de momento todos se

sorprendieron. Pues como le creían enfermo, al verle ahora de repente bueno y sano, les aterró su semblante.

En este tenor comenzó a hablarles: «No acabo de comprender qué disgustos os he dado, o qué ventajas os han ensoberbecido para intentar esta deserción. Tres son las causas por donde el hombre se lanza a rebelarse contra la patria y contra los jefes: o por tener alguna queja y sentimiento de los que le mandan, o por no estar contento con la situación actual, o por aspirar a fortuna mayor y más placentera. Pregúntoos ahora: cuál de éstas os ha movido? ¿Estabais disgustados conmigo porque no os daba vuestras raciones? Pero yo en esto no tengo la culpa; porque cuando ha estado en mi mano, nunca os ha faltado el sueldo; si alguna existe, es en Roma, que no satisface ahora lo que os está debiendo después de tanto tiempo. ¿Y será éste bastante motivo para rebelaros y tomar las armas contra la patria, que os ha criado y alimentado? ¿No valdría más que hubierais acudido a mí, o que hubierais implorado el socorro e intercesión de vuestros amigos? A mi parecer, éste era camino más

acertado. Que aquellos que están a sueldo de una república extraña la abandonen, vaya enhorabuena; pero que lo hagan hombres que sostienen la guerra por sus personas, sus mujeres e hijos, éste es un crimen irremisible. Esto es como si un hijo, por creerse agraviado de su padre en punto a intereses, marchase con las armas a quitar la vida a aquel de quien él la ha recibido. Por otra parte, ¿os he mandado mayores trabajos, ni expuesto a mayores peligros que a los demás? ¿He repartido mayor parte del botín entre los otros? No me parece que os atreveréis a decir semejante cosa, y aun cuando os atrevieseis no podríais justificarlo. Pues ahora bien: ¿qué sentimiento tenéis contra mí para haberme abandonado? Esto quisiera saber, porque me parece que nada tenéis que decir ni aun pensar contra mi conducta.

»Por otra parte, el estado presente de los negocios tampoco os puede haber molestado. Porque ¿cuándo mayor prosperidad? ¿Cuándo se vio Roma con mayores ventajas? ¿Ni cuándo sus tropas con más lisonjeras esperanzas que ahora? Acaso me dirá alguno de estos desconfiados que se presentan

mayores ganancias y más sólidas esperanzas entre los enemigos. ¿Y qué enemigos son éstos? ¿Son acaso Indibilis y Mandonio? Pero ¿quién no sabe que éstos se pasaron a nosotros cuando ya habían vendido a los cartagineses; y ahora, faltando a la fe del juramento, se han tornado nuestros enemigos? ¡Grande hazaña por cierto! sobre la fe de semejantes hombres haberos constituido traidores de la propia patria. Vosotros de ningún modo esperaríais llegar a apoderaros de España; porque ni unidos con Indibilis, ni obrando por sí propios, seríais capaces de hacernos frente. ¿Pues qué miras eran las vuestras? Porque deseo saberlas. ¿Era la habilidad y valor de los capitanes que ahora habéis elegido lo que fundaba vuestra confianza? ¿O los fasces y hachas que les preceden? Pero es indecoroso hablar más sobre la materia. Nada de esto es, romanos; no tenéis cosa grande ni pequeña que oponer a vuestro general ni a vuestra patria. Yo no hallo otra disculpa de que echar mano para justificaros con Roma y conmigo mismo que aquella común a todos los hombres; a saber: que toda multitud es fácil de ser seducida, que con facilidad se deja llevar a cualquier exceso, y que el pueblo y la mar son susceptibles de

unas mismas impresiones. Así como ésta inocente y quieta por su naturaleza, si una vez se ve impelida por la violencia de los vientos, se porta ella con los navegantes a medida de la agitación que recibe de aquellos, del mismo modo el pueblo obra siempre con sus jefes según los cabezas y consejeros que le influyen. En este supuesto, todos los oficiales del ejército y yo os concedemos ahora el perdón y os damos nuestra palabra de no volvernos a acordar de lo pasado; pero inexorables con los autores de la rebelión, estamos resueltos a imponerles una pena condigna a la ofensa que han hecho a su patria y a nosotros mismos.»

Apenas había terminado Escipión, cuando se hizo la señal para que la tropa que rodeaba la asamblea, puesta sobre las armas, hiciese ruido con las espadas en los escudos. Inmediatamente fueron conducidos atados y desnudos los autores de la rebelión. La multitud cobró tanto miedo con la tropa que estaba alrededor y con el espectáculo que tenía a la vista, que mientras unos eran azotados con varas, y otros acogotados con hachas, ni mudó el semblante, ni profirió la más mínima palabra; por el

contrario, todos quedaron inmóviles y sin chistar, aterrados con lo que sucedía. Mientras que los cabezas de la sedición, atormentados y muertos, eran arrastrados por medio de la asamblea, el general y demás oficiales iban tomando la palabra a los demás soldados de que jamás recordarían a los sediciosos lo pasado; y éstos iban jurando uno por uno, en manos de los tribunos, que obedecerían las órdenes de sus jefes y no maquinarian jamás cosa contra Roma. Así reprimió Escipión con su prudencia una rebelión que pudo ser origen de grandes males, y restableció sus tropas a su antiguo estado.

CAPÍTULO XIII

Incursión de Escipión contra Indibilis y otros españoles que le habían abandonado.- Victoria sobre los rebeldes, con la que, terminadas las expediciones de España, regresa a Roma para recibir el triunfo. Convocadas a junta sus tropas en la misma Cartagena (207 años antes de J. C.), Escipión hizo un discurso sobre la audacia y perfidia

de Indibilis; y con las muchas razones que aportó sobre el asunto, avivó el ardor de la multitud contra este príncipe. Les hizo relación de los combates que antes habían sostenido contra los españoles y cartagineses juntos, siendo éstos quienes mandaban las armas; y que si entonces habían salido siempre vencedores, ahora que sólo tenían que pelear contra los españoles conducidos por Indibilis, no había que dudar de la victoria. Atento a esto, dijo, no he querido valerme para esta empresa del auxilio siquiera de un español, sino echar mano de los romanos solos, para que sepa el mundo que no hemos deshecho y arrojado de España a los cartagineses con ayuda de los españoles, como algunos piensan, sino que es nuestro valor y ardimiento el que ha vencido a los cartagineses y celtíberos. Después de lo cual los exhortó a vivir concordados y marchar a esta expedición con más confianza que a otra alguna, pues a su cargo quedaba la victoria con el auxilio de los dioses. Con esto los soldados cobraron tal ardor y espíritu, que al mirarles a la cara se creería que se hallaban ya en presencia del enemigo y a punto menos de venir a las manos. Dicho esto, despidió la asamblea.

Al día siguiente levantó el real y se puso en marcha. Transcurridos diez días llegó al Ebro, y a los cuatro de haberlo cruzado acampó a la vista del enemigo, mediando sólo un valle entre los dos campamentos. Al día siguiente, después de haber ordenado a C. Lelio tener pronta la caballería y a los tribunos tener dispuestos los vélites, echó al valle algún ganado del que venía en pos del ejército. No bien los españoles se hubieron lanzado sobre la presa, cuando destacó allá algunos vélites, que, venidos a las manos y sostenidos de una y otra parte con más gente, armaron en el valle una atroz escaramuza de infantería. Lelio, que según la orden tenía prevenida la caballería, pareciéndole esta buena ocasión de echarse encima, ataca a los que escaramuceaban, les corta la comunicación con el pie de la montaña y derrota la mayor parte de los que andaban desmandados por el valle. Este accidente irritó a los bárbaros, quienes, por no parecer vencidos y que rehusaban un trance general, sacaron al amanecer toda su gente y la ordenaron en batalla. Escipión, aunque ya estaba dispuesto para el combate, sin embargo, como vio que los españoles bajaban imprudentemente al valle y que ordenaban

en el llano no sólo la caballería, sino también la infantería, se detuvo un rato a fin de que los enemigos formasen la mayor parte. Porque, aunque contaba con su caballería, fiaba aún más en su infantería, la cual en las batallas ordenadas y a pie firme era muy superior, ya en armas, ya en valor, a la de los españoles.

Así que le pareció que ya era tiempo, él se situó al frente de los contrarios, que estaban ordenados al pie de la montaña, y sacando de su campo cuatro cohortes bien unidas, las envió contra la infantería enemiga que había bajado al valle. En este momento, C. Lelio con la caballería avanza por las colinas que desde el campo de batalla se extendían hasta el valle, da por la espalda sobre la caballería contraria y la obliga a pelear con él. Con esto la infantería enemiga, privada del apoyo de su caballería en cuya confianza había bajado al valle, era estrechada y oprimida, bien que también a la caballería alcanzaba la misma suerte. Porque encerrada en un paso angosto y apurada por todas partes, mataba más de sus mismas gentes que la que mataban los romanos, ya que su propia infantería la

incomodaba por los costados, la de los contrarios de frente y la caballería por la espalda. En esta especie de combate perdieron la vida casi todos los que bajaron al valle; pero la infantería ligera que estaba formada al pie de la montaña y imponía la tercera parte de todo el ejército emprendía la huida, y con ella Indibilis, que se salvó en un lugar fortificado. Escipión, después de haber puesto fin a los asuntos de España, alegre sobremanera fue a Tarragona para llevar desde allí a su patria el más glorioso triunfo y la más memorable victoria. Con el anhelo de no llegar tarde a las elecciones de los cónsules, después de haber arreglado todo lo tocante a España y entregado el mando del ejército a Silano y Marcio, se hizo a la vela para Roma con Lelio y otros amigos.

CAPÍTULO XIV

Antíoco, contrariado por la lentitud de la guerra que sostenía contra los sublevados, admite en su gracia a Eutidemo por mediación de Teleas. Entretanto, Eutidemo sostenía con el embajador de

Antíoco que su amo no tenía razón para empeñarse tanto en arrojarle del reino; que él jamás le había faltado a la fe, antes bien, había quitado la vida a los descendientes de otros que contra él se habían rebelado, y de esta forma se había apoderado de la Bactriana. Después de expuestas muchas más razones sobre este asunto, rogó a Teleas que mediase con Antíoco para un ajuste y le exhortase amistosamente a no quitarle el nombre y dignidad de rey, pues de no condescender a sus ruegos, ni uno ni otro estarían seguros; que un gran número de nómadas estaban próximos a entrar en el país, cuya irrupción amenazaba a entrambos; y si una vez llegaban a estar dentro, convertirían en bárbaros a todos los naturales. Dicho esto, despachó a Teleas con la embajada para Antíoco. El rey, que ya hacía días que andaba buscando modo de concluir la guerra, se alegró con el mensaje de Teleas y dio oídos con gusto a las proposiciones de paz. Después de muchas idas y venidas de este embajador a uno y otro soberano, Eutidemo envió a su hijo Demetrio para ratificar el tratado. Antíoco le recibió bien, y pareciéndole que el joven merecía el reino por su presencia, su trato y aire majestuoso, le prometió

una de sus hijas en matrimonio y concedió a su padre el título de rey.

Una vez que estuvieron puestas por escrito las demás condiciones del tratado y firmada la alianza con juramentos, se puso en marcha, habiendo antes provisto de víveres el ejército con abundancia y tomado para sí los elefantes que tenía Eutidemo. Superado el monte Cáucaso, penetró en la India y renovó la amistad con el rey Sophagaseno. Aquí aumentó el número de sus elefantes, de suerte que llegó a tener ciento cincuenta; volvió a proveer el ejército de víveres y levantó el campo, dejando a Androstenes el Ciziceno para conducir el dinero que este rey le había prometido. Cruzada la Arachosia pasó el río Erimantes, y entró por la Drangiana en la Carmania, donde por aproximarse ya el invierno, puso en cuarteles sus tropas. Tal fue el éxito que tuvo la expedición de Antíoco en las provincias superiores; expedición por la que no sólo sometió a su obediencia los sátrapas de las provincias superiores, sino también las ciudades marítimas y potentados de esta parte del Tauro; expedición por la cual su valor y actividad aseguró el reino y puso en

respeto a todos sus vasallos; de suerte que por ella se hizo digno de reinar, no sólo en los países del Asia, sino en los de la Europa.

CAPÍTULO XV

Advertencia del autor. Quizá llamará la atención que no ponga sumario en este libro

como en los anteriores, y que emplee la exposición que agrupa los acontecimientos por olimpiadas. No lo he hecho por juzgar inútil el método de los sumarios, que atraen la atención de los lectores y facilitan encontrar lo que se busca; pero observo que esta costumbre va cayendo en desuso, y acudo al procedimiento ahora empleado. Con la exposición se consigue lo mismo que con el sumario, y bajo algunos puntos de vista es ventajosa. Unida además al cuerpo de la historia, ocupa un sitio más a propósito. Por ello he preferido aplicarla en mi obra, a excepción de los cinco primeros libros, donde puse sumarios por ser allí más convenientes.

CAPÍTULO XVI

Carácter de ciertos discursos. Los discursos pronunciados eran especiosos, y la verdad nunca tiene, dicho está, este carácter...

CAPÍTULO XVII

Utilidad de ciertos relatos. Pero ¿qué utilidad saca el lector de las narraciones de guerras,

combates, asedio y toma de ciudades reduciendo los habitantes a servidumbre, si al mismo tiempo no se le dicen las causas que en cada circunstancia determinan los triunfos de unos y las derrotas de otros? La sencilla narración de los hechos tiene frívolo interés, mientras el juicioso examen del ideal que preside a las empresas es fructífero para quien desea instruirse, y más aún la exposición detallada de la forma en que cada asunto es conducido para que sirva de guía al atento lector.

CAPÍTULO XVIII

Declaraciones de Publio Escipión. Una vez expulsados los cartagineses de España, todo el mundo

celebraba la fortuna de Publio Escipión, aconsejándole el descanso y la tranquilidad, puesto que había concluido la guerra. «Felicito- dijo- a quienes tales esperanzas abrigan; por mi parte, ahora es cuando más me ocupo del giro que va a tomar la guerra contra Cartago. Hasta aquí eran los cartagineses quienes la hacían a los romanos; pero hoy proporciona a éstos la fortuna ocasión favorable para declararla a Cartago.»

CAPÍTULO XIX

Un juicio sobre el decir de Publio Escipión. Así Publio Escipión, insinuante en las conversaciones, tan ameno

y hábil fue en una con Siphax, que pocos días después dijo Asdrúbal a éste: «Paréceme Publio más temible hablando que peleando.»

LIBRO DUODÉCIMO

CAPÍTULO PRIMERO

La ciudad de Hippón.- Otras ciudades y pueblos.
Hippón, ciudad de Lybia... ..
... ..
Tabraca, ciudad de Lybia... Sus habitantes
llamábanse tabracianos.
... ..

Singa, cuyos habitantes llamábanse singeanos...
... ..
... .. Asimismo Polyhistor, en el lib. III
de su *Tratado sobre África*, cita, como Demóstenes,
una ciudad africana llamada Chalcea, pero comete
un error, pues Chalcea no es ciudad, sino una fábrica
donde se trabaja el bronce.

... .. Existe en las inmediaciones de Syrtes una comarca llamada Byssatida, la cual tiene dos mil estadios de circunferencia y figura circular.

CAPÍTULO II

Particularidades sobre los lotos africanos. Los lotos son árboles de poca elevación, retorcidos y espinosos;

sus hojas verdes se asemejan a las del espino, pero son un poco más largas y oscuras; el fruto, cuando empieza a formarse, se parece en el color y en lo grueso a las bayas blancas del mirto cuando están maduras. Al entrar en sazón toma color escarlata y adquiere un grosor casi igual al de las aceitunas redondas; el hueso es muy pequeño. Cógese el fruto cuando está maduro, y triturado, se le hace cuajar en unas vasijas para servir de comida a los esclavos, o quitándoles el hueso, se les conserva para alimento de los hombres libres. Tiene sabor parecido a los higos silvestres y a los dátiles, y

el olor es desagradable. Triturándolo y mezclado con agua se hace un vino de suave y agradable gusto. Bébenle también puro y sin agua; pero esta bebida no se puede conservar más de diez días, por lo cual los habitantes del país la preparan a medida que la consumen. Con este fruto se hace también vinagre.

CAPÍTULO III

Desconocimiento y excesiva credulidad de Timeo cuando trata de los animales de África.- Extraordinaria ficción de este autor acerca de la ferocidad de los animales de Córcega, y diferencia entre el conejo y la liebre.- Razón por que parecen feroces los animales de esta isla.- En Córcega numerosos animales, y en Italia los cerdos, son conducidos al son de trompeta. Del mismo modo que el África es un país de una fertilidad admirable, así también se puede decir que Timeo, cuando nos la describe toda arenisca, seca e infructuosa, se acredita no sólo de ignorante en la historia de esta región, sino de superficial, imprudente y del todo

entregado a antiguas hablillas que no merecen ningún crédito. Lo mismo que digo de la fertilidad de la tierra, digo de los animales. Pues es tanta la multitud de caballos, bueyes, ovejas y cabras que se cría en este país, que no sé si se podrá hallar igual en lo restante del mundo. La causa de esto es que como muchos pueblos del África ignoran el cultivo de la tierra, se mantienen de los ganados, y con ellos pasan la vida. Pero ¿quién no conoce que se dan aquí elefantes, leones, fuertes leopardos, hermosos búfalos y grandes avestruces, animales todos de que carece la Europa, y el África está llena? Con todo, Timeo, sin hablar siquiera una palabra de esto, parece que adrede se propuso contarnos lo contrario a la verdad.

La misma inconsideración con que habla del África demuestra asimismo por lo tocante a la isla de Córcega. De ésta, hablando en el libro II de su Historia, dice: «Se encuentran en ella muchos animales salvajes, como cabras, ovejas, bueyes, ciervos, liebres, lobos y algunos otros; los habitantes se ejercitan en la caza de estas bestias, y no tienen otra ocupación durante toda su vida.» Pero lo cierto

es que en esta isla no se halla animal alguno salvaje, a excepción de la zorra, el conejo y la oveja silvestre. El conejo, visto de lejos, parece una pequeña liebre, pero después de capturado se encuentra en él una notable diferencia en la figura y el gusto. Nace comúnmente debajo de tierra. El que todos los animales de Córcega parezcan fieros consiste en que, como la isla está cubierta de árboles y llena de precipicios y montañas, los pastores no pueden seguir sus rebaños cuando están pastando. Aunque si hallan un lugar de buenos pastos y quieren llamar allí su ganado, tocan una trompeta, y al momento acuden al son de la de su propio pastor, sin equivocarse. Cuando alguna arriba a la isla y ve a las cabras y bueyes estar pastando solos, si intenta atraparlos, como no están acostumbrados a dejar aproximar a la gente, emprenden la huida. Entonces el pastor, si ha visto el desembarco, toca la trompeta y todos acuden corriendo en tropel a su sonido. He aquí por qué parecen salvajes, y por qué Timeo habló sin fundamento por falta de examen.

Que los animales obedezcan al son de una trompeta no es de admirar. Porque en Italia los que

crían puercos no los tienen en pastos separados, ni los porquerizos van detrás de sus manadas como en la Grecia, sino que van delante tocando de tiempo en tiempo una corneta, al son de la cual sigue y va acudiendo el ganado; y cada manada está tan acostumbrada a distinguir la de su pastor, que admira y parece increíble la primera vez que se oye. Como en la Italia se consume y gasta mucha carne de puerco, se cría en ella mucho de este ganado, pero sobre todo en la antigua Italia, en la Etruria y la Galia, donde se veía a una cerda haber criado mil lechones y a veces más. Fuera de las pocilgas están separados por sexos y por edades. De que proviene que, para el caso en que muchas manadas concurran a un mismo sitio, y por no poder estar separadas lleguen a mezclarse unas con otras, sea a la salida, sea en los pastos, o sea a la vuelta, los porquerizos, para distinguirlos sin pena ni trabajo, han excogitado la corneta, al son de la cual, con sólo ponerse uno de un lado y otro de otro, ellos por sí se separan los hatos y se van en pos de sus propias cornetas con tanta rapidez que ninguna fuerza ni obstáculo es capaz de contener su carrera. En Grecia, cuando las manadas pastando por los bosques se llegan a

mezclar unas con otras, aquel que más puercos tiene, cuando halla la ocasión mete e incorpora en su hatu los del vecino. Otras veces se los hurta el ladrón que está emboscado, sin poder conocer el porquerizo cómo faltan, a causa de la distancia que suele haber entre él y el ganado, a quien ha alejado el ansia de hallar el fruto cuando comienza a caer del árbol. Pero de esto baste.

CAPÍTULO IV

Rebatimiento de lo que manifiesta Timeo acerca de la colonia de los locros en Italia.- Ascendencia que traen éstos de los locros de Grecia, mas sin mediar entre ellos alianza.- Cien familias nobles que existieron entre unos y otros.- La doncella Fialefera perteneció a los locros epizefirios.- Engaño de los antiguos locros para convenirse con los sicilianos. En verdad he estado muchas veces en la ciudad de Locros, y he hecho a sus moradores servicios considerables. Por mí se libraron de ir a la expedición de España. Por mí se eximieron de enviar a los romanos para la guerra de Dalmacia las

tropas de mar que debieran según el tratado. También ellos, libres por mí de vejaciones, peligros y gastos no pequeños, me han tributado todo honor y agasajo en reconocimiento. De suerte que más motivos tengo para hablar bien de los locrenses, que para lo contrario. Con todo, esto no me debe impedir de que diga y siente que la historia que trae Aristóteles de su colonia es más verdadera que la que cuenta Timeo. Porque me consta, por confesión de los mismos naturales, que la relación que hace Aristóteles es conforme a la tradición que han recibido de sus mayores, y no la de Timeo. Para esto alegan las pruebas siguientes.

Primeramente, que toda la honra y nobleza que se conserva entre ellos de sus mayores, proviene de las mujeres y no de los hombres. Por ejemplo, se reputa entre ellos por nobles a aquellos que descienden de las que llaman las cien familias. Estas cien familias son aquellas a quienes los locrenses habían ya concedido este honor antes de salir a poblar a Italia, y de las cuales se elegían por suerte, en cumplimiento de un oráculo, las cien doncellas que se habían de enviar a Troya todos los años. De

estas mujeres algunas vinieron con la colonia, cuyos descendientes hasta el día de hoy están tenidos por nobles, y son llamados oriundos de las cien familias.

Vamos ahora a lo que entre ellos se llama *Fialefera*, cuya historia es de esta forma. Cuando desalojaron a los sicilianos de este puesto de Italia que ahora ocupan ellos, había la costumbre entre estos pueblos de presidir en los sacrificios el más noble e ilustre ciudadano. Los locrenses, que no habían recibido de sus padres rito alguno, tomaron de los sicilianos, entre otras, esta costumbre, y la observaron después sólo con la modificación de que en vez de un joven fuese una doncella la *Fialefera*, por provenir la nobleza entre ellos de las mujeres.

Dicen que no tienen alianza alguna con los locrenses de Grecia, ni han oído jamás que la tuviesen; pero saben por tradición que la tenían con los sicilianos. Acerca de esta confederación cuentan que cuando llegaron por primera vez a Sicilia habían hallado a los sicilianos apoderados de este país que ellos habitan ahora, y que amedrentados los

naturales, se habían visto forzados a recibirlos y a concertar con ellos estos pactos: *que vivirían en buena armonía, y el país sería común a unos y otros mientras que ellos pisasen esta tierra y trajesen cabezas sobre los hombros*. Formalizados estos convenios, dicen que los locrenses, antes de hacer el juramento, habían metido un poco de tierra entre la suela de sus zapatos, y habían puesto ocultas sobre sus hombros cabezas de ajos; y que después, arrojando la tierra de los zapatos y las cabezas de ajos de los hombros, habían desalojado a los sicilianos del país a la primera ocasión que habían tenido. Esto dicen los locrenses de su establecimiento.

CAPÍTULO V

Un testimonio de Timeo. Manifiesta Timeo el Tauromenitano en el noveno libro de su

Historias «No era antiguamente costumbre hereditaria en los griegos tener a su servicio esclavos comprados»; y escribe además: «Objeto

fue Aristóteles de públicas censuras por el error que cometió en su tratado sobre las costumbres de los locrenses. Efectivamente, las leyes de este pueblo prohibían tener esclavos».

CAPÍTULO VI

Declaración de Timeo: «La rectitud es de esencia de la regla, y la verdad de la Historia.»- Opinión de Polibio acerca de esta expresión. La falsedad, o proviene de la falta de conocimientos o de la voluntad. De igual manera que la regla, dice Timeo, que sea más corta, que sea menos ancha, con tal que sea recta, siempre es regla y merece este nombre, y por el contrario, si la falta esta cualidad esencial, todo lo puede ser menos regla; así también la Historia, sea el que fuere su estilo y disposición, o tenga cualquier otro defecto en sus partes integrales, como guarde verdad, merece el nombre de Historia; pero si ésta le falta, es indigna de semejante nombre. Convengo en que en esta clase de escritos ha de reinar siempre la verdad, y aun yo mismo he manifestado en cierta parte de esta obra, que así

como un animal sin ojos queda del todo inservible, del mismo modo una Historia sin verdad no viene a ser más que una narración infructuosa. Pero con todo, digo que existen dos formas de faltar a la verdad: una hija de la ignorancia, otra hija de la voluntad; y que aquellos que se separan de la verdad porque no la conocen, merecen excusa, pero aquellos otros que mienten de propósito, son las gentes más abominables.

CAPÍTULO VII

Errores del historiador Timeo.- Teorías sobre la Historia.- Referencias de Aristóteles.

La historia de Timeo está llena de idénticos errores, y no incurre, al parecer, en tal defecto por ignorancia de los hechos, sino por espíritu de partido; pues siempre que alaba o censura a alguno, olvida lo que a sí mismo se debe, e infringe todas las leyes del decoro. Aristóteles no necesita justificación, y ya se ha visto por qué y con cual

fundamento habló de los locrenses, como hemos referido.

Ocasión es esta de que juzguemos a Timeo y toda su historia, hablando al mismo tiempo del deber de un historiador. Creo haber demostrado que ni Timeo ni Aristóteles se dejaron guiar por conjeturas, y que la opinión de éste es más verosímil que la de aquel. Basta la verosimilitud para aceptarla, cuando no es posible saber la verdad. Pero concedamos a Timeo, que se aproximó más a ella. ¿Le da esto derecho a denigrar, zaherir y condenar a muerte, por decirlo así, a los menos afortunados que él? No por cierto. Cabe ser riguroso, implacable con los historiadores que de meditado intento dicen falsedades, pero se debe dispensar a los que incurren en error por equivocados informes, corrigiendo benévolamente sus faltas y perdonándolas. Esto sentado, preciso es probar que lo que dijo Aristóteles de los locrenses fue por agradar a alguno, o por gratificación o por enemistad con ellos. No siendo nadie osado a atribuirle tales móviles, convéngase en que los intencionados

ataques de Timeo sólo prueban lo poco atento que era a sus deberes. Veamos, si no, el retrato que traza.

Aristóteles, de dar crédito a Timeo, era hombre osado, aturdido, temerario que cometiendo imprudente calumnia llama a los locrenses colonia de fugitivos esclavos y gente corrompida, y de tal suerte asegura esta falsedad, que parece, al oírle, un general al frente de un ejército que en campal batalla acaba de vencer a los persas a las puertas de la Cilicia. «Todos saben, continúa Timeo, que es un ignorante y odioso sofista que en la vejez, de acreditado boticario, se ha dado maña para elevarse a historiador; cata salsas en todas las mesas, goloso, entendido en culinaria, dispuesto a todo por una buena tajada.» ¿Qué tribunal sufriría a un hombre de la hez del pueblo vomitar tales injurias? ¿Pueden sufrirse estos excesos? El historiador que conoce sus deberes ni mancha sus manuscritos con tales groserías, ni siquiera se atreve a pensarlas.

Examinemos las razones de Timeo comparándolas con las de Aristóteles, y veamos

quién de ambos merece censura. Asegura que, desdeñando referencias, fue a Grecia para preguntar a los locrenses el origen de su colonia, quienes primero le enseñaron las actas auténticas que aún subsisten, y empiezan así: «Conviniendo a los padres, respecto de sus hijos, etc.»; después vio las leyes vigentes entre los locrenses y sabedores éstos de lo que Aristóteles había dicho de su colonia, les admiró la temeridad del escritor; que de Grecia pasó a la colonia locrense de Italia, donde encontró leyes y costumbres dignas de hombres libres y no de pueblos serviles, sufriendo castigo los fugitivos y los de vida airada, lo que no sucedería si todos tuvieran tan censurable origen. Tales son las razones de Timeo. Pero preguntemos a este historiador a cuáles locrenses ha interrogado, quiénes le han informado de estas particularidades. Si tanto en Grecia como en Italia hubiera sólo una nación de locrenses, acaso no dudáramos de la buena fe de Timeo, y por lo menos podríamos enterarnos de ella; pero hay dos naciones locrenses. ¿Cuál de ellas ha visitado? ¿Qué ciudades de la otra nación consultó? ¿Dónde encontró esas actas que tanto avalora? Porque nada de esto nos dice. Sabido es, no

obstante, que la gloria disputada por él a los demás historiadores es la de la exactitud en el orden de los acontecimientos y en la indicación de los documentos de que se ha servido. ¿Por qué no nombra ni la ciudad donde ha descubierto esas actas, ni el sitio donde fueron escritas, ni los magistrados que se las mostraron, ni los que de ellas le hablaron? De tomar tales precauciones, todas las dudas desaparecerían, y de quedar algunas, fácilmente se sabría la verdad. Debemos creer, pues, que no las tomó por temor de ser desmentido, que en otro caso ya hubiese puesto de manifiesto todas las pruebas, según vamos a demostrar.

Cita nominalmente a Echeocrates como la persona con quien habló de los locrenses de Italia, y para probar que este Echeocrates no era un cualquiera, cuida de decirnos que su padre fue embajador del tirano Dionisio. ¿Olvidaría un historiador que atiende a estos detalles un acta pública, un monumento auténtico? Un historiador que compara los eforos de los primeros tiempos con los reyes de Lacedemonia; que cita por orden de tiempo los arcontes de Atenas, las sacerdotisas de Juno en

Argos y los vencedores en los juegos olímpicos; que rectifica hasta un error de tres meses en los monumentos de estas ciudades; que desentierra los comprobantes más ocultos; que es el primero en encontrar en los lugares más recónditos de los templos los monumentos de la hospitalidad pública; un historiador, repito, que esto hace, no tiene excusa si ignora los detalles que le pedimos, o si, sabiéndolos, dice falsedades. Duro e inexorable con los demás, merece ser tratado con igual rigor.

Después de mentir en cuanto a los locrenses de Grecia, al pasar a los de Italia acusa a Aristóteles y a Teofrasto de presentar erróneamente las leyes y costumbres de ambas naciones, y preveo verme obligado, aunque del asunto principal me aparte, a probar lo que sé de ambas colonias. Me he detenido bastante tiempo en este punto para evitar frecuentes digresiones.

CAPÍTULO VIII

Demasiada mordacidad de Timeo.- Falsas acusaciones que levanta contra Demochares.- Maledicencia torpe y calumniosa que emplea contra Agatocles.- Un escritor, exacto investigador de la verdad, no debe omitir lo digno de alabanza aun de los impíos. Refiere Timeo que Demochares se había prostituido hasta el extremo de no permitírsele encender con su soplo el fuego sagrado, hallándose en sus escritos más obscenidades que en los de Botris, Filenis y otros autores lascivos. Admira que un hombre bien educado emplee frases que causarían rubor en un lupanar. Comprendiendo el horror de esta calumnia, y temeroso de que se le atribuya la invención, toma Timeo por testigo un poeta cómico sin nombrarle. Persuadido estoy de que Demochares no es culpado de estas suciedades. Le justifica pertenecer a ilustre familia, siendo sobrino de Demóstenes, y haber recibido excelente educación, como asimismo que los atenienses le confiaran el mando de sus tropas, concediéndole otras dignidades: inverosímil es que honraran tanto al autor de tales infamias. Timeo no advierte que al maltratar con tanta crueldad a Demochares, a quien más daña es a los atenienses, que estimaron a este

historiador hasta el punto de confiarle la defensa de la república y de la propia vida. No es, pues, Demochares merecedor de la censura de Timeo.

Cierto que el poeta cómico Anchedicos propagó contra él necedades, que Timeo ha cuidado recoger y aprovechar, y que no fue el único en tal hazaña, pues también se desencadenaron contra Demochares los amigos de Antipater por haber dicho en público muchas cosas que podían molestar a este príncipe y a sus herederos y deudos, entre éstos a Demetrio de Faleres, de quien dice en su libro Demochares que estando al frente de los negocios públicos se vanagloriaba de su gobierno como pudiera hacerlo de su oficio un banquero o un artesano, alabándose de gobernar de tal forma, que cuanto podía contribuir a la comodidad de la vida encontrábase en abundancia y a bajo precio; que en los días de ceremonia iba delante de él una tortuga artificial escupiendo saliva; que los jóvenes cantaban en el teatro; que cediendo a los griegos las demás ventajas, reservábase Atenas la gloria de estar sometida a Cassander, y que este escritor tenía la imprudencia de oír sin ruborizarse aquellas

pretendidas alabanzas. A pesar de esta sátira, ni Demetrio ni ningún otro ha dicho de Demochares lo que se atrevió a decir Timeo, y el testimonio de la patria merece más crédito que el de este fogoso historiador. ¿Son necesarias más pruebas para asegurar que Demochares es inocente de las obscenidades que se le atribuyen? Y aunque fuera verdad que incurrió en tales faltas, ¿qué ocasión o negocio obligaba a Timeo a revelarlas en su historia?

A la manera que un hombre prudente, cuando piensa tomar venganza de su enemigo no se propone principalmente la pena de que es acreedor su contrario, sino más bien lo que le conviene a él hacer; del mismo modo un murmurador no ha de atender principalmente a lo que merece oír su enemigo, sino a lo que le está bien a él decirle. Esta debe ser su más precisa consideración. Porque los que no tienen otra regla en sus acciones que los impulsos del odio y de la envidia, por precisión han de incurrir en mil despropósitos, y han de exceder los límites de la modestia en cuanto digan. He aquí por qué con justa razón me parece desapruero lo

que Timeo profiere contra Demochares. En esta ocasión no merece excusa ni crédito, porque su genial malignidad le ha hecho prorrumper visiblemente en desvergüenzas, que exceden los términos de la decencia. Lo mismo digo de las calumnias que profiere contra Agatocles; tampoco las apruebo, no obstante que fue el hombre más impío. Hablo de aquellas obscenidades que trae al final de su historia, donde dice que Agatocles desde su primera edad fue un burdel público, un hombre abandonado a toda incontinencia, un grajo, un milano de todo el que quiso conocerle; y que cuando murió, su mujer anegada en sollozos y lamentos le decía: «¿Qué no he hecho yo contigo, y tú conmigo?» En este pasaje no tanto se ve la desvergüenza de que hablábamos poco ha, cuanto se admira la maledicencia que en él rebosa. Pues con la misma relación que hace, se infiere con evidencia que Agatocles no pudo menos de haber estado dotado por naturaleza de prendas muy relevantes. Porque dejar la rueda, el humo y la greda, venirse a Siracusa a la edad de dieciocho años, llegar con tales principios después de algún tiempo a dominar toda la Sicilia, haber suscitado a los cartagineses los

mayores peligros y al fin, envejecido en la tiranía, haber acabado sus días con el nombre de rey; por precisión se ha de confesar que Agatocles fue hombre grande y admirable, y que tuvo de la naturaleza grandes dotes y prendas para el manejo de los negocios. Un historiador no sólo debe dejar a la posteridad lo que puede difamar y desacreditar a un personaje sino lo que puede darle honor. Esto es propio de la Historia. Mas Timeo, ofuscado por su humor mordaz y maldiciente, nos refiere con malicia y exageración los defectos y no nos habla siquiera una palabra de las acciones gloriosas; ignorando que no miente menos un historiador por dejar de contar lo que ha pasado.

CAPÍTULO IX

Ley de Zaleuco acerca de la posesión de la cosa contextada hasta definitiva.- Duda acerca de esta ley.- Otra del mismo Zaleuco, acerca de los que pretenden interpretar las leyes. Seguía-se pleito en Locros entre dos jóvenes sobre un esclavo; el uno que lo había poseído por mucho tiempo, y el otro

que sólo dos días antes de la contestación había salido al campo y se lo había traído por fuerza a casa estando ausente su dueño. El amo, informado del caso, se dirigió a la casa, cogió su siervo, le presentó en el tribunal, y manifestó que él debía ser el dueño dando fianzas; pues la ley de Zaleuco prevenía que se mantuviese en la posesión de la cosa controvertida durante el pleito a aquel en cuyo poder estaba cuando se contextó. El otro, fundado en la misma ley, sostenía que el siervo debía volver a su casa, pues de ella había sido extraído para traerle a juicio. Los jueces ante quienes dependía aquel pleito, no sabiendo qué decidir sobre el asunto, llevaron al esclavo al Cosmopolita, y le refirieron el hecho. Este supremo magistrado interpretó la ley diciendo que aquellas palabras en cuyo poder estaba cuando se contextó, se debían entender de aquel que últimamente hubiese estado en pacífica posesión por algún tiempo de la cosa contextada. Pero en el caso de que uno llevase a su casa una cosa quitándosela a otro por fuerza, y después el dueño se la extrajese para presentarla en juicio, la posesión de aquel no era legítima. El joven que había salido condenado negó que fuese este el sentido del legislador.

Entonces el Cosmopolita propuso si había alguno que quisiese discutir sobre el sentido de la ley, según la fórmula prescrita por Zaleuco. Esta se reducía a que los dos sustentantes explicasen con una soga al cuello el espíritu del legislador en una junta de mil personas; y aquel que peor interpretase el sentido de la ley, fuese ahorcado delante de los mil con su misma soga. A esta propuesta del Cosmopolita replicó el joven, y dijo que no era igual el trato; pues que el Cosmopolita, teniendo ya poco menos de noventa años, apenas le quedarían de vida dos o tres, en vez de que a él le restaba aún probablemente la mayor parte. Con este gracejo el joven redujo a pasatiempo un acto tan serio, y los jueces decidieron según el parecer del Cosmopolita.

CAPÍTULO X

Rebatimiento de lo que Calistenes escribe de Alejandro. Falta de conocimientos de este historiador en la táctica, que le hace cometer innumerables desatinos e imposibles en la descripción de las batallas. Relataremos una sola

batalla que se dio de poder a poder en la Cilicia entre Alejandro y Darío, batalla la más famosa, la menos lejana del tiempo en que nos encontramos, y lo principal, en la que se halló el mismo Calistenes. Ya Alejandro, manifiesta este historiador, había cruzado los desfiladeros llamados en Cilicia las *Pilas*, y Darío emprendida la marcha por las Pilas Amanidas, había llegado con su ejército a la Cilicia, cuando informado este príncipe por los naturales, de que Alejandro iba marchando delante hacia Siria, se propuso seguirle: que llegando a unos desfiladeros, acampó sobre el río Pinaro; que había en aquel lugar un espacio que no tenía desde el mar hasta el pie de la montaña más que catorce estadios, y que el río, naciendo en la montaña entre dos precipicios, corría serpenteando por el llano hasta el mar, metido entre dos colinas escarpadas e inaccesibles. Expuestas estas circunstancias, dice que como Alejandro, vuelto sobre sus pasos, se fuera ya acercando al enemigo, Darío y sus generales decidieron ordenar toda la falange en el mismo campamento; que antes tenían, cubrirse con el río que pasaba por delante, colocar la caballería a la orilla del mar, contiguos a

ésta los extranjeros sobre la margen del río, y los coraceros junto al pie de las montañas.

En verdad que es difícil comprender cómo Darío situó estas tropas delante de la falange, pasando el río por el pie del mismo campo, y siendo tan excesivo el número de sus gentes. Según el mismo Calistenes, tenía treinta mil caballos, y otros tantos extranjeros. Ahora, pues, qué espacio ocupe este número de tropas es fácil saberlo. Regularmente en las batallas verdaderas se forma la caballería sobre ocho de fondo. Entre escuadrón y escuadrón es preciso haya un intervalo proporcionado al frente de cada uno, para mejor efectuar las evoluciones hacia el costado o hacia la espalda. De que resulta que ochocientos caballos ocupan un estadio; ocho mil, diez; tres mil doscientos, cuatro; de suerte que once mil doscientos caballos vienen a llenar el espacio de los catorce estadios. Conque para formar en batalla los treinta mil era preciso con corta diferencia que estuviesen en tres cuerpos en pos los unos de los otros. Y pregunto ahora: ¿dónde estaban situados los extranjeros? Se me dirá acaso que a espaldas de la caballería. Pero esto no puede ser, porque según

Calistenes estas tropas tuvieron que luchar en el combate con los macedonios; de donde es preciso inferir que la mitad del terreno de parte del mar estaba ocupado por la caballería, y la otra mitad de parte de las montañas por los extranjeros. Por aquí se puede sacar la cuenta de cuánta fuese la profundidad de la caballería, y a qué distancia estuviese el río del campamento.

Dice después, que cuando ya estaban a tiro los contrarios, Darío, que ocupaba el centro de su formación, hizo venir los extranjeros que se hallaban en una de las alas. De esta proposición se origina otra duda. Porque los extranjeros y la caballería por precisión habían de estar inmediatos en medio de este terreno. Luego si Darío estaba entre los mismos extranjeros, ¿cómo, para qué, o a qué efecto era llamarlos? Por último, añada que la caballería del ala derecha se adelantó para cargar sobre Alejandro; que éste sostuvo el ímpetu con valor y la atacó asimismo por su parte, de que se originó una atroz refriega. Pero no se acuerda de que había un río de por medio, y un río tal como el que él acaba de describir.

Iguales contradicciones comete en lo que dice de Alejandro. Según él, pasó al Asia con cuarenta mil infantes y cuatro mil quinientos caballos, y cuando ya estaba para entrar en la Cilicia, le vinieron de Macedonia otros cinco mil hombres de a pie y ochocientos de a caballo. Quitémosle tres mil infantes y trescientos caballos, que es lo más que se puede destacar de un ejército para diferentes ministerios; y aun así vendrán a quedar cuarenta y dos mil hombres de infantería. Sentado este principio, añade que Alejandro tuvo noticia de la llegada de Darío a la Cilicia cuando ya sólo distaba de él cien estadios y había cruzado los desfiladeros; que con este motivo tuvo que volver sobre sus pasos y tornar a pasar aquellas gargantas, puesta a la vanguardia la falange, a espalda de ésta la caballería, y detrás de todo, el bagaje; que lo mismo fue verse en campo llano, ordenó formar en batalla la falange, y puso sus líneas al principio sobre treinta y dos hombres de fondo, un poco más adelante sobre dieciséis y al fin cuando ya estaba próximo al enemigo, sobre ocho. Estos aún son más clásicos absurdos que los anteriores. Pues mil seiscientos hombres, puestos sobre dieciocho de altura, con los

espacios correspondientes a una marcha, y dejando sólo seis pies de línea a línea, ocupan un estadio; por consiguiente dieciséis mil cogerán diez, y un número doblado veinte. De donde se ve palpablemente que cuando Alejandro ordenó su ejército sobre dieciséis de fondo, era preciso que llenase un espacio de veinte estadios; y aun todavía sobraba toda la caballería y diez mil infantes.

Poco después dice que cuando Alejandro se vio a cuarenta estadios del enemigo, condujo su ejército de frente; delirio el mayor que se puede excogitar. Porque, ¿dónde es capaz hallar, mayormente en la Cilicia, un llano de veinte estadios de ancho y cuarenta de largo que necesita una falange armada de lanza para marchar de frente? Son tantos los inconvenientes a que está sujeta una formación semejante, que no es fácil enumerarlos. Como prueba de ello bastarán únicamente los que el mismo Calistenes confiesa. Los torrentes, dice, que se despeñaban de aquellas montañas, habían formado tantas cavernas en el llano, que los más de los persas perecieron en sus concavidades cuando huían. Conque, según eso, Alejandro quiso tener

dispuesto su ejército para cualquier lado que el enemigo ya se presentase. ¿Y se puede dar cosa menos dispuesta para esto que una falange cuyo frente está desunido y roto? ¿Cuánto más fácil le hubiera sido ordenarse en batalla, adaptándose a la formación que llevaba en el camino, que no conducir sobre una línea recta sus tropas interrumpidas y divididas en el frente, y emprender la acción en un terreno quebrado y montuoso? Era sin duda mucho más ventajoso haber manchado con su ejército dividido en dos o cuatro falanges, pues no era imposible hallar sitio proporcionado para esto sobre el camino; y le hubiera sido fácil formarse rápidamente en batalla, puesto que podía saber con mucha anticipación por sus corredores la llegada del enemigo. Pero aquí Calistenes, fuera de otros despropósitos, ni siquiera sitúa a la vanguardia la caballería, siendo así que conduce el ejército por tierra llana; sino que la hace marchar al igual de la infantería.

Pero el mayor absurdo de todos es decir que cuando ya estuvo próximo al enemigo, situó sus tropas Alejandro sobre ocho de fondo. De aquí se

sigue, que la falange había de tener por precisión cuarenta estadios de longitud. Demos que se hallase tan del todo apiñada, que estuviesen tocándose los unos con los otros; aun así era forzoso que ocupasen veinte estadios. Es así que Calistenes dice que no llegaban a los catorce; que de éstos una parte hacia el mar... *estaba vacía* y otra a la derecha; y que entre el campo de batalla y los montes se había dejado un espacio conveniente, para no estar dominados del cuerpo de tropas apostadas al pie de las montañas. Pues aunque es cierto que contra este cuerpo opone otro de parte de Alejandro en forma de tenaza, para eso le dejamos diez mil infantes, número mayor que el que él puede apetecer. Conque venimos a sacar, según su propia confesión, que sólo venían a quedar para la falange a lo más once estadios de longitud, dentro de los cuales habían de estar encerrados por precisión treinta y dos mil hombres sobre treinta de fondo. Esto no obstante, dice que en el momento del combate estaba formada la falange sobre ocho de fondo. He aquí una clase de yerros inexcusable. La imposibilidad de los hechos está por sí misma saltando a los ojos. Porque designar los espacios de hombre a hombre, determinar la magnitud del

terreno, contar el número de tropas, y después mentir, no admite excusa.

Sería largo de contar añadir a éstos todos los despropósitos que ha cometido; bastará referir unos cuantos. Manifiesta que todo el empeño de Alejandro al formarse en batalla fue situarse de modo que tuviese que pelear con el mismo Darío, y que la misma intención tuvo Darío al principio contra Alejandro, mas después cambió de parecer; pero no nos dice siquiera una palabra ni de cómo se penetraron mutuamente las intenciones, ni qué puestos ocuparon en sus respectivos ejércitos, ni adónde se transfirió Darío después que mudó de decisión. A más de esto, ¿qué motivo pudo haber para que la falange formada subiese sobre la margen del río, generalmente escarpada y cubierta de jarales? Imputar a Alejandro un absurdo semejante, cuando es notorio que desde niño aprendió y ejercitó el arte de la guerra, sería injusticia; más regular será atribuirlo al historiador, cuya ignorancia no le permitía discernir lo posible de lo imposible en tales casos. Pero esto baste de Eforo y de Calistenes.

CAPÍTULO XI

*Polibio sale en defensa de Eforo y Calistenes
ante las censuras de
Timeo.*

Frecuentemente declama Timeo contra Eforo, sin advertir que él mismo incurre en dos faltas y reprende airado defectos que no supo evitar, empleando frases e inspirando a sus lectores ideas tales, que hacen sospechar extravío en su entendimiento. Si con justificado motivo hizo morir Alejandro a Calistenes en el suplicio, ¿cuál no merece Timeo? Porque, de seguro, más irritada debe hallarse la divinidad contra él que contra Calistenes. Negóse éste siempre a poner a Alejandro en el rango de los dioses, a pesar del general convencimiento de que nunca produjo la naturaleza humana ser que pudiera igualársele, y Timeo, en cambio, pone sobre los dioses mayores a un tal Timoleón, cuyo único viaje militar fue de Corinto a Siracusa. ¡Buen trecho en comparación del universo! Antojárase a Timeo que si por distinguirse en un rinconcillo del mundo,

como lo es Sicilia, merece Timoleón figurar en su historia al nivel de los héroes más famosos, por haber escrito él lo que sucedió en Italia y Sicilia se le compararía a los que han escrito la historia del mundo entero. Paréceme que quedan vengados Aristóteles, Teofrasto, Calistenes, Eforo y Demochares de los insultos que Timeo les prodigó. Lo que he dicho de este historiador basta para desengañar a quienes le creen escritor de ánimo recto y desapasionado.

CAPÍTULO XII

La irreflexión de Timeo se demuestra con sus propios escritos. En verdad cuesta trabajo averiguar el carácter de este historiador.

De darle crédito, conoceríase el de los poetas y otros escritores en determinadas frases que con frecuencia repiten. La de «distribuir la carne», que Homero emplea muchas veces, prueba, a juicio de Timeo, que este poeta era aficionado a comer. Aristóteles habla frecuentemente de condimentos, y

esto basta para persuadirle de que era goloso y aficionado a lo exquisito, defecto que asimismo atribuye a Dionisio, por gustar a este tirano la limpieza de los lechos y buscar con empeño los más variados y ricos tapices. Dada esta manera de juzgar, hay que deducir que Timeo tenía genio adusto y difícil de contentar, porque, grave y severo para la crítica, sus ideas propias son ilusiones, prodigios, cuentos de vieja y supersticiones impropias hasta de una mujer. Por lo demás, lo ocurrido a Timeo prueba que la ignorancia y falta de juicio ciegan a veces a algunos escritores hasta el punto de apartarlos lejos del asunto que han de tratar y de impedirles ver lo que precisan.

CAPÍTULO XIII

Con respecto al toro de Falaris. Fue creencia general antes de Timeo la de que Falaris había

hecho construir en Agrigento un toro de bronce, en el interior del cual introducía a los condenados a muerte, y encendiendo por debajo del toro una

hoguera, calentábase el bronce hasta quemar y consumir a los encerrados en aquel horno. Asegurábase también que el toro estaba construido de forma que los gritos de los desgraciados por la violencia del suplicio parecían mugidos del animal. Decíase igualmente que durante la dominación de los cartagineses en Sicilia fue transportado el toro de Agrigento a Cartago, y que se veía aún la abertura por donde el tirano hacía meter a sus súbditos sospechosos. No hay motivo alguno, para suponer que este toro había sido construido en Cartago. A pesar de la tradición por todos admitida, Timeo niega el hecho, y afirma que los poetas e historiadores al referirlo se engañaron; que nunca fue llevado el toro de Agrigento a Cartago, y que ni estuvo siquiera en Agrigento. No encuentro calificativos para tal osadía, que merece todas las invectivas empleadas por Timeo en sus ataques. Bien se ve, por lo que antes hemos manifestado, cuán característicos eran en este historiador el embrollo y la falta de pudor y de veracidad, y se verá que además era completamente ignorante. Prueba de ello es, entre otras, lo que al fin de su libro XXI hace decir a Timoleón: «Toda la tierra

está dividida en tres partes: una se llama Asia, otra África, y la tercera Europa.» Admiraría oír tal cosa al imbécil Margites, que entre los historiadores es el más ignorante.
... .. Ciertamente tan fácil es censurar los errores como difícil no incurrir en ellos.

CAPÍTULO XIV

Nuestras críticas contra Timeo. Tales faltas de Timeo son inexcusables, sobre todo en él, que

procura curar a costa de los demás los padrastrós que le salen en sus dedos. Censura, por ejemplo, a Teopompe haber dicho que Dionisio volvió de Sicilia a Corinto en un buque redondo, siendo así que hizo la travesía en un buque alargado; califica a Eforo de mentiroso porque dijo que Dionisio el antiguo ocupó el poder a los veintitrés años, reinó cuarenta y dos y murió a los sesenta y tres. Error de esta índole debe atribuirse al copista y no al historiador, que para cometerlo necesitaba ser más

inepto que Cocebos y Margites, por no calcular que cuarenta y dos y veintitrés suman sesenta y cinco. Si de Eforo no puede suponerse tal cosa, claro es que el error lo cometió el copista. ¿Cabe, pues, aprobar en Timeo la ambiciosa pretensión de censurar a todo el mundo?

CAPÍTULO XV

Continuación del anterior. Manifiesta Timeo en su historia de Pirro, que para conmemorar

en determinado día la toma de Troya, los romanos mataban a flechazos un caballo de guerra en un sitio llamado el Campo, porque un caballo que se llamaba *Durius* había sido causa de la toma de esta ciudad. No puede darse explicación más pueril, conforme a la cual todos los bárbaros descenderían de los troyanos, porque todos o casi todos, al empezar una guerra o cuando van a librar batalla decisiva, acostumbran a inmolar un caballo, considerando presagio la manera como cae a tierra.

CAPÍTULO XVI

Más sobre Timeo. Paréceme que, en esta parte de su justificación, Timeo no sólo da

pruebas de impericia, sino de la torpeza hija de instrucción inoportuna y propia de quien, porque los romanos inmolaban caballos, imagina que lo tenían por costumbre, y que un caballo ocasionó la toma de Troya. Claro está que su historia de Libia, de Cerdeña y especialmente de Italia ha de ser defectuosa, por desatender el examen crítico de los hechos, que tan grande importancia tiene. Ocurriendo sucesos al mismo tiempo en muchos lugares, y no pudiendo un hombre estar a la vez en todos ellos y ser testigo ocular de todos los acontecimientos, no queda otro medio al historiador que reunir el mayor número de informes, elegir los testimonios más fidedignos y ser juez imparcial e ilustrado de los actos que relata. En este punto, aunque se rodee Timeo de las más imponentes apariencias, paréceme que se ha apartado mucho de la verdad, no sólo cuando se refiere a testimonios

ajenos sin investigar lo que haya en ellos de verosímil, sino cuando habla de hechos que presenció o lugares que ha visitado. Prueba evidente de ello es lo que dice respecto a Sicilia; y su ignorancia y sus errores acerca de los sitios más célebres donde nació y vivió, excusa demostrar cuánto se equivoca respecto a otras cosas. Pues bien, dice que la fuente Aretusa que se encuentra en Siracusa, tiene nacimiento en el Peloponeso, en las aguas del río Alfeo, que después de recorrer la Arcadia y el territorio de Olimpia penetra bajo tierra en un espacio de cuatro mil estadios, corre por debajo del mar de Sicilia y reaparece en Siracusa, probándolo así el hecho de que, habiendo llovido una vez copiosamente mientras se celebraban los juegos Olímpicos, desbordóse el río, inundando el sagrado recinto, y la fuente Aretusa arrojó gran cantidad de excremento de los toros inmolados en la solemnidad, como además un frasquito de oro, que reconocieron y recogieron por haber pertenecido a la fiesta.

CAPÍTULO XVII

Preferencias por Aristóteles. Por tanto quien juzgue estos hechos opinará como Aristóteles y

no como Timeo. Es de todo punto absurda e inocente la opinión que sigue a la referida, y que intenta demostrar Timeo, de ser contrario a la razón que los esclavos de los lacedemonios, compañeros de armas de sus señores, cobrasen a los amigos de éstos el mismo cariño que a sus amos tenían, porque los que han sido esclavos y sin esperarlo les favorece la fortuna, procuran mantener y estrechar las relaciones de benevolencia con sus amos, y aun crear otras de hospitalidad y parentesco con ellos, por importárseles menos sus antiguos lazos de familia que los medios de borrar el recuerdo de su primera abyección y oscuridad. Prefieren, pues, pasar por descendientes que por emancipados de sus señores.

Es muy probable que sucediera esto a los locrenses. Efectivamente, muchas gentes que se expatrián, pasado algún tiempo y sin temor a testigos de su primera condición, son bastante

cuerdas para no practicar costumbres que hagan sospechar su primitiva bajeza, procurando, por el contrario, borrar todo rastro de ella. Por esto los locrenses dieron a su ciudad nombre femenino, se formaron una genealogía por las hembras y renovaban amistades y alianzas que por esta línea ascendía a sus abuelos. El hecho de que los atenienses arrasaran un territorio no debe haber influido en la opinión de Aristóteles, porque siendo probable, según hemos manifestado, que los locrenses que partiendo de la Lócrida llegaron a Italia se atribuyeran, aunque hubiesen sido diez veces esclavos, relaciones de amistad con los lacedemonios, también lo es que los atenienses, en su rencor contra estos últimos, atendieran más a la atribuida amistad que a la intención con que se manifestaba. Pero, ¿por qué los lacedemonios ordenaron regresar a la patria a los jóvenes para reparar las pérdidas de la población, y no permitieron a los locrenses hacer lo mismo? En ambas cuestiones existe gran diferencia entre lo verosímil y lo verdadero. No debían los lacedemonios impedir a los locrenses hacer lo que ellos mismos hacían, porque era absurdo, y aun

induciéndoles a que les imitasen, no hubieran consentido en ello los locrenses, por causa de que las costumbres e instituciones de Lacedemonia permitían a tres o cuatro hombres, y aun a más cuando eran hermanos, tener una sola mujer, cuyos hijos les pertenecían en común, de igual modo que es frecuente y bien mirado en este pueblo que un hombre cuando tiene número suficiente de hijos ceda su mujer a alguno de sus amigos. He aquí por qué los locrenses, que no se habían comprometido como los lacedemonios con imprecaciones y juramentos a no volver a sus casas sin tomar antes a Messena a viva fuerza, no esperaron a regresar en masa, sino por pequeños y raros destacamentos, dando tiempo a los hombres para tener comercio carnal con esclavas y mujeres casadas, cosa que hicieron especialmente las solteras, y que fue causa de la emigración.

CAPÍTULO XVIII

Mentiras e infidelidades. Declara Timeo que la mayor falta que puede cometer un

historiador es la mentira, y que los historiadores convencidos de impostura pueden elegir para sus obras cualquier otro título, menos el de historias.

Estamos de acuerdo; pero advierto que existe gran diferencia entre la infidelidad cometida por ignorancia y la voluntaria: digna aquella de perdón, debe ser corregida con indulgencia; ésta, por el contrario, es acreedora a justa e inexorable censura, y por ello la merece Timeo. Sirva esto para comprender su carácter.

CAPÍTULO XIX

Explicación de un proverbio. A los que faltan a sus compromisos, se les aplica el proverbio:

«Locrenses en los convenios». Investigando el origen de este dicho, se sabe que los historiadores y los que no lo son afirman de acuerdo lo siguiente: Cuando la invasión de los heráclidas, acordaron los locrenses con los del Peloponeso en levantar farolas en señal de guerra si los heráclidas pasaban, no por

el istmo, sino doblando el cabo Rhion. Advertidos los del Peloponeso de antemano por medio de estas señales, podían prepararse contra el ataque. Pero no sólo dejaron de ponerlas los locrenses, sino que al presentarse los heráclidas pusieron farolas en señal de amistad, y así los heráclidas pasaron sin dificultad alguna; y los del Peloponeso, a causa de la traición de los locrenses, no se informaron a tiempo ni pudieron impedir que el enemigo llegara a sus moradas.

CAPÍTULO XX

Sobre ciertas fantasías. ...Acusar y buscar en las memorias visiones de soñadores y

apariciones de genios... Quienes se permiten no pocas de estas sandeces, en vez de censurar a los demás, como hace Timeo, deberían contentarse con no ser censurados. Manifiesta, efectivamente, que al escribir tales cosas Calistenes, había sido un adulator, y que, apartándose mucho de la filosofía, prestó atención a los cuervos y a las mujeres

delirantes y que recibió de Alejandro justo castigo por haber perjudicado cuanto pudo su gloria y fortuna. Pero Timeo elogia a Demóstenes y a los oradores que en su tiempo florecieron, y dice que se mostraron dignos de Grecia negándose a conceder a Alejandro honores divinos, mientras el filósofo Calistenes, que otorgó a un mortal la égida y el rayo, recibió de la divinidad justo castigo a su cobardía.

CAPÍTULO XXI

Continuación de las censuras contra Timeo.
Hasta el final de un suceso, como se apura la última gota de un

licor, así debe formarse opinión en el asunto de que tratamos. Si, efectivamente, se descubren en una historia dos o tres falsedades de propósito escritas, es evidente que nada de lo dicho por el autor puede inspirar seguridad y confianza. Procuremos desengañar a los partidarios de Timeo, refiriéndonos especialmente a las arengas, a las alocuciones, y sobre todo, a los discursos de los embajadores; en

una palabra, a todas las composiciones de esta clase que son como puntos capitales de los hechos y abarcan toda la historia. Ahora bien: ¿qué lector no comprende que Timeo publica deliberadamente discursos inventados? Porque ni relata lo que se dijo ni cómo se dijo: proponiéndose por el contrario, demostrar cómo se debía hablar, da todos los discursos y enumera todas las circunstancias de los hechos, como pudiera hacerlo en un certamen oratorio sobre asunto dado, para ostentar su talento, no como narración que reproduce el lenguaje del orador sin ofender la verdad.

Deber especial del historiador es conocer primero los discursos tal y como realmente se han pronunciado, e investigar en seguida la causa que ha producido el buen o el mal éxito del acto o del discurso, porque si este género de elocuencia por su misma sencillez interesa, en cambio por sí solo no produce utilidad real, pero añadiéndole la exposición de las causas hace fructífera la lectura de la Historia. Efectivamente, en circunstancias análogas, aplicadas a nuestra situación propia y particular, nos proporcionan medios y datos para

prever el porvenir, y unas veces evitando y otras imitando ejemplos de lo pasado, acometemos con mayor seguridad nuestras empresas. Pero omitiendo Timeo los discursos pronunciados sin dar cuenta de las causas y reemplazándoles con rebuscados argumentos y palabreras digresiones, quita a la Historia su verdadero carácter. He aquí la principal ocupación de este escritor, y ninguno de nosotros ignora que menudean en sus obras los retazos de este género.

Pero acaso se pregunte, por qué siendo Timeo tal y como le presentamos, tiene entra determinadas personas tanto prestigio y autoridad. La causa consiste en que se le juzga, no por lo que él refiere y afirma, sino por las críticas que hace de las obras de otros, para lo cual tiene, en mi opinión, aptitud y energía singulares. Lo mismo sucede al físico Estratón. Cuando analiza o refuta los conceptos de otro está admirable; pero al exponer sus ideas propias, dicen los inteligentes que es más mediano e incapaz que los autores objeto de sus censuras. Así imagino que ocurre a nuestro historiador como a todos nosotros en el curso de la vida, siéndonos fácil

censurar a otros y difícil mostrarnos irreprochables. En general, se advierte, preciso es confesarlo, que los más arrojados para la censura son quienes cometen mayores faltas en su conducta personal.

Además de la referida, ofrece también Timeo otra singularidad. Por haber vivido cerca de cincuenta años en Atenas, se empapó en el estudio de las memorias relativas a los antiguos tiempos, imaginando en seguida que tenía las mejores dotes para escribir la historia. Opino que se engañó, porque teniendo la historia y la medicina la semejanza como ciencias de que ambas se dividen en tres partes completamente distintas, los que al estudio de las dos se dedican lo hacen con idéntico método. La medicina, por ejemplo, se divide en tres partes: es la primera la medicina racional; la segunda la medicina dietética, y la tercera la medicina quirúrgica o farmacéutica. La fanfarronería y la impostura caracterizan por regla general este arte, y sobresale en explotarlas el racionalismo nacido principalmente en Alejandría entre los que allí se llaman herofilianos y calimaquianos, produciendo con sus fastuosas

apariencias y la brillantez de sus promesas tal ilusión, que a su lado parecen ignorantes los demás médicos; pero al llegar a la aplicación, cuando están junto al enfermo, se les ve tan desprovistos de conocimientos prácticos como los que jamás han saludado una obra de medicina. Seducidos por su lenguaje, algunos enfermos de dolencias leves confiáronse a ellos y han visto en peligro su vida, porque estos médicos se parecen a los pilotos que dirigen el barco con un libro. No obstante, cuando recorrían con gran ostentación las ciudades y agrupábase la multitud al pie de los tabladillos desde donde pronunciaban los discursos, ponían en grande apuro a los aficionados a juzgarles por sus obras entregándoles al desprecio del auditorio, ventaja que el lenguaje persuasivo consigue fácilmente de la práctica y la experiencia. La tercera parte del arte de curar, que reúne el carácter de los dos anteriores métodos, no sólo se cultiva poco, sino que, gracias a la falta de juicio del vulgo, la eclipsan con frecuencia el charlatanismo y la audacia.

Ocurre lo mismo con la Historia práctica, que se divide en tres partes: una tiene por objeto investigar

las memorias de pasados tiempos y reunir materiales; otra observar ciudades, comarcas, ríos y puertos, en general las particularidades y distancias de tierra y mar, y la tercera narrar los acontecimientos políticos. Como sucede en la medicina, alentados por la opinión preexistente se dedican muchos a esta última parte de la Historia, sin otros títulos que su destreza, audacia y trapacería, y cual mercaderes de antidotos o específicos, su único objeto es adquirir una reputación que les proporcione, con el favor del público, medios de subsistencia. Hombres de esta especie no merecen que me ocupe más de ellos.

Otros, por el contrario, que al parecer consagran su inteligencia y estudios a escribir una historia cual hábiles médicos, tan pronto como sacan de los libros todos los materiales créense en estado de comenzar su obra.
... .. Útil es referir las vicisitudes del destino de estos hombres y los acontecimientos de los pasados tiempos, porque el conocimiento de lo sucedido nos hace más atentos a las cosas de lo porvenir, siempre que pueda contarse

con la veracidad de la historia; pero cometería insigne error quien creyera, como Timeo, que tenía bastante con esta única competencia para escribir hábilmente la historia: tanto valdría creerse pintor, y pintor hábil, por haber visto cuadros antiguos.

Quedará demostrado esto con lo que he de decir en adelante, y particularmente con lo ocurrido a Eforo en algunos puntos de su historia. Paréceme que este historiador conocía algo las batallas navales, pero no las terrestres. De aquí que cuantas veces habla de los combates por mar próximos a Chipre y a Gnido y de las empresas de los generales del rey de Persia contra Evagoras en Salamina, o contra los lacedemonios, se admira con razón la elocuencia y habilidad del historiador, y su relato sirve de útil enseñanza para casos parecidos; pero cuando refiere la batalla de Tebanos y lacedemonios en Leuctras, o la de Mantinea, en la que Epaminondas perdió la vida, si se atiende a las diversas partes de la narración y se siguen las varias evoluciones y movimientos militares que en el calor del combate describe, adviértese ser aquello tan ridículo e inhábil como si jamás hubiese visto cosa

parecida. Y prueba la ignorancia del historiador, no tanto la batalla de Leuctras (batalla sencilla en la cual se practicó un solo género de operaciones militares), como la de Mantinea, que fue tan variada, manifestándose verdadero talento de mando; todo lo cual desaparece en esta historia por ignorancia del historiador. Lo dicho será evidente para los que, pudiendo darse cuenta del aspecto de los terrenos, quieran representar en ellos la ejecución de los movimientos que Eforo describe.

Lo mismo sucede a Teopompo y a Timeo, y algo diré de este último. Fácil es comprender por qué han obrado todos así, y lo que cada cual ha querido hacer. Por lo demás, todos se portan como Eforo.

CAPÍTULO XXII

Necesidad de conocer el arte militar para tratar de hechos militares. Ciertamente tan imposible es escribir bien de asuntos militares sin

conocimiento del arte de la guerra, como discutir los negocios públicos sin estudiarlos ni practicarlos; por consiguiente, quien se contenta con la lectura de los libros, no puede producir en el género de la historia nada hábil y perfectamente cierto, y de sus escritos no sacará fruto alguno el lector, porque quitando a la historia la utilidad que puede ofrecernos, queda sólo una composición miserable e indigna de persona inteligente. Debo añadir que si se quiere escribir en particular sobre ciudades y países, se cometerán errores de igual índole de no estar perfectamente versado en geografía, por omitir muchas cosas dignas de ser referidas y contar otras que no debían mencionarse. Así sucedió a Timeo por no viajar.

CAPÍTULO XXIII

Sigue la crítica contra Timeo. Timeo, en el libro XXXIV de su historia dice: «Durante cincuenta

años he sido huésped de Atenas, estudiando atentamente todos los usos de la guerra.» No

habiendo visitado nunca ninguno de los países que describe, cuantas veces tiene que dar en su obra alguna noción de geografía incurre en falsedad por ignorancia, y si alguna vez atina con la verdad lo ocurre como al pintor, que para representar animales salvajes copia los domésticos; encontrándose en ellos las formas exteriores, pero no el vigor independiente que caracteriza al animal salvaje, ni la vida real, que es el principal objeto de la pintura.

Esto ha sucedido a Timeo, como a cuantos se fían demasiado de los conocimientos que de los libros sacan. A todas sus narraciones les falta la savia, la vida, que sólo se encuentra en los historiadores que han manejado por sí mismos los negocios, y que son los únicos capaces de inspirar al lector sensaciones útiles y duraderas. Por ello nuestros antepasados buscaban esta cualidad evidente de acción personal en todos los comentarios, queriendo que los que escribiesen de política fueran hombres políticos y hubiesen demostrado habilidad al serlo; los que de guerra, hubiesen batallado arrojando los peligros, y los escritores sobre la vida doméstica supieran por sí lo

que es el matrimonio y la educación de los hijos. De esta suerte, cada composición literaria se acomoda a un género de vida, y es lo cierto que sólo se encuentra utilidad en los que escriben sobre lo que han hecho y se aplican a esta historia práctica. Se me dirá sin duda que es por demás difícil tener conocimientos prácticos de todas las artes y ciencias; pero conviene apropiarse los principales y de más común uso.

Y que esto no es imposible bien lo prueba Homero, en quien brilla extenso y variado conocimiento de todas las cosas. Dedúcese de ello que el estudio de los libros es la tercera de las cualidades del historiador, aunque no tenga tal rango en nuestro autor. Prueban fácilmente esta verdad los discursos, las exhortaciones y las arengas de los embajadores que Timeo escribe. A corto número de lectores agradan sus extensos discursos: la mayoría los prefiere cortos, y algunos que no los hubiera escrito. Nuestro siglo desea una cosa; el pasado deseaba otra. Unas gustaban a los etolios, otras a los del Peloponeso y otras a los atenienses; y los mismos atenienses, según los tiempos, preferían esto

a aquello. Multiplicar tales discursos aprovechando cualquier motivo, como lo hace Timeo, siempre palabrero en lo que escribe, es ocupación miserable y digna de escuela.

Este sistema ha hecho con frecuencia mucho daño a los historiadores, provocando el disgusto del lector; pero es un mérito real escoger oportunamente el momento para los discursos y darles el tono y medida que les convienen.

Siendo el empleo de las peroraciones cosa vaga e incierta, no puede determinarse con precisión ni el número ni la forma. Para que sirvan al historiador en vez de causar daño a su libro, necesita tener conocimientos, habilidad y experiencia literaria. Difícil es enseñar la manera de aplicarlas bien, y no se conseguirá hacer esto sin conocer perfectamente los usos y costumbres. Por lo que al momento presente hace, explicaré mi opinión. Si cuantas veces la ocasión se ofrezca nos transmiten los historiadores deliberaciones y consejos verdaderos, si reproducen los discursos que efectivamente se

pronunciaron, si explican en seguida las causas por las cuales tal o cual orador ha obtenido este o aquel resultado, podrá sacarse conocimiento útil de los negocios, examinando qué discursos son aplicables a otros asuntos o difieren de ellos; pero es muy difícil llegar a las causas de los acontecimientos, y facilísimo hacer ostentación de elocuencia, siendo pocos los hombres capaces de decir lo que conviene en breves palabras y de estudiar con fruto las reglas, y nada tan fácil como decir a tontas y a locas multitud de necesidades.

CAPÍTULO XXIV

Final de las críticas contra Timeo Para finalizar la prueba de mi juicio sobre Timeo y de lo dicho

acerca de su ignorancia y propensión a faltar a sabiendas a la verdad, citaré algunos de sus escritos que pasan por más fidedignos. Sabido es que de todos los que dominaron en Sicilia, los más hábiles fueron Hermócrates, Timoleón y Pirro de Epiro, siendo inconveniente atribuir a tales hombres

discursos dignos de estudiantes. Pues bien, Timeo refiere en su libro XXI, que cuando Eurimedón se trasladó a Sicilia y excitaba a las ciudades a declarar la guerra a los siracusanos, agobiados por el infortunio los ciudadanos; de Gela, enviaron diputados a los camarinienses para obtener una tregua, y éstos se apresuraron a atender su demanda. Ambos pueblos de común acuerdo despacharon embajadores a sus aliados, pidiéndoles que enviasen a Gela ciudadanos escogidos y fieles para concertar las condiciones de la paz con recíprocas ventajas. Cuando los embajadores se presentaron en el Senado y comenzó la deliberación del asunto, Timeo hace hablar de esta manera a Hermócrates:

«Empieza Hermócrates elogiando a los ciudadanos de Gela y a los camarinienses, primero por haber ajustado tregua entre sí, además por proporcionarle ocasión de hablar, y por último por haber tomado sus precauciones para que... porque sabían muy bien la diferencia que existe entre la guerra y la paz. En seguida pone en su boca dos o tres vulgaridades políticas. «Os falta, dice, conocer bien cuánto difieren la guerra de la paz», cuando ya

les había manifestado que sabía muy bien la diferencia entre la paz y la guerra... Da gracias a los ciudadanos de Gela por no usar de la palabra ante el Senado, que está perfectamente informado de todo... Sostengo, pues, que no sólo carece Timeo de conocimientos políticos, sino de los literarios que se aprenden en todas las escuelas. Nadie ignora que al lector se le deben decir las cosas desconocidas o mal sabidas, porque sobre las que todo el mundo conoce, es inútil escribir prolijas arengas; y Timeo por el contrario, incurre en este defecto, escribiendo largo discurso sin perdonar una frase, y con tales argumentos que de seguro nadie atribuirá a Hermócrates, por ser imposible que hablase como un niño quien tan poderoso auxilio dio a los lacedemonios en la batalla naval de EgeosPótamós y quien hizo prisioneras en Sicilia a las tropas atenienses con sus generales».

CAPÍTULO XXV

*Argumentos que puede emplear un embajador
como de principios*

generales para promover la paz o suscitar la guerra.

Procure ante todas las cosas traer a la memoria de los que componen el Congreso, que en tiempo de guerra nos hace levantar de la cama al amanecer el sonido de las trompetas, y en tiempo de paz el canto de los gallos. Expliqué la intención y modo de pensar de Hércules en la institución de los Juegos Olímpicos y solemnidad de esta fiesta; y que si hizo mal a todos los pueblos contra quienes llevó sus armas, fue por necesidad y precepto; pero que voluntariamente jamás hizo daño a mortal alguno. A consecuencia de esto diga, cómo Homero representa a Júpiter airado contra el dios Marte, y diciéndole:

Entre los dioses que el Olimpo habitan, a ti solo aborrezco, porque solo te agradan riñas, choques y batallas.

Traiga aquel otro dicho del héroe más prudente:
Quien la guerra sangrienta y cruel ama,

ni ley, ni hogar, ni tribu reconoce. Añada que del mismo sentir que Homero es Eurípides, cuando dice: ¡Oh dulce paz, emporio de riquezas,

la más grata a los dioses inmortales! Yo por ti anhelo; ¡cómo te detienes! Temo de la vejez ser oprimido, antes que llegue a ver el dulce día en que todo resuena con canciones y convites ceñidos de guirnaldas. Finalmente, diga que la guerra se parece a la enfermedad, y la paz a la salud; que en ésta recobran su salud los enfermos, y en aquella pierden la vida los sanos; que durante la paz los viejos son enterrados por los mozos, pero durante la guerra los mozos por los viejos; y lo principal, que en tiempo de guerra ni aun existe seguridad dentro de los muros, en vez de que en tiempo de paz llega la tranquilidad hasta las fronteras. Y otras cosas semejantes.

... .. Difícil me es decir cuántas más puerilidades pueden añadirse en una amplificación escolástica o en una lección en que se quiera argumentar a propósito de las personas presentes. Los discursos que Timeo atribuye a

Hermócrates parece que han servido para distinto objeto que el atribuido.

En el mismo libro XXI, Timoleón induce a los suyos a dar batalla a los cartagineses, y cuando están a punto de venir a las manos, les aconseja que no atiendan al número de sus adversarios sino a su debilidad, «porque si es verdad que África está por todas partes muy poblada de hombres, dícese proverbialmente de un lugar desierto, una soledad africana, y no nace esta alocución de la soledad de los parajes, sino del corto número de habitantes, dotados de carácter viril». «En una palabra, añade, ¿quién teme a hombres que, olvidando que la naturaleza les ha dado las manos como ventaja sobre los animales, llévanlas ociosas bajo la túnica, y que además, se ponen debajo de éstas lazos para no parecer amedrentados ante el enemigo?»

CAPÍTULO XXVI

Promesas de Gelón para obtener la jefatura de las fuerzas de socorro. Discretas decisiones sobre el particular.- Abusos.

A propósito de haber prometido Gelón socorrer a los griegos con veinte mil soldados de infantería y doscientos barcos si se le concedía el mando en jefe de las fuerzas de mar y tierra, refiérese que el Senado de los griegos, que por entonces residía en Corinto, inspirándose en sabia política, contestó a sus emisarios prescribiendo a Gelón acudir como auxiliar con sus tropas, dejando a los acontecimientos que dieran el mando en jefe a aquel cuya ayuda fuera más eficaz. Con esto quisieron demostrar que no cifraban todas sus esperanzas en el auxilio de Siracusa sino en sí mismos, y que exhortaban a todos sus amigos para acudir a la lucha del valor y a merecer la corona de la virtud. Pero de tal suerte multiplica y alarga Timeo y sus arengas sobre cualquier asunto; con tanto entusiasmo procura ensalzar a Sicilia sobre toda Grecia en esplendor y poder, mencionando cuanto allí se ha hecho como más bello y grande que lo sucedido en el resto del mundo; tanto pondera la sabiduría de los

sicilianos como superior a toda otra sabiduría; habla, en fin, de los siracusanos como de personas tan eminentes y tan maravillosamente propias para los grandes negocios, que no podrían añadir hipérbole alguna los escolares aficionados a ejercitarse en el estilo admirativo con amplificaciones declamatorias llenas de vulgaridades sobre asuntos baladíes, como, por ejemplo, los elogios de Tersites, la crítica de Penélope o cualquiera otra necesidad semejante.

El abuso de este hinchado estilo para presentar hombres y cosas en la narración, expone al ridículo a los que el historiador desea presentar como modelos. Les ocurre lo que a esos académicos deseosos de lucir elocuencia, que afectan cambiar a cada instante de terreno, replegándose en todos sentidos, y queriendo aturdir al adversario en un dédalo de cosas, evidentes unas y oscuras otras, tanto prodigan las fábulas admirables, tanto multiplican los argumentos, que llegan a haceros dudar de si los que viven en Atenas percibirán el olor de los huevos que se cuecen en Efeso, y si en realidad estáis en la Academia conversando de todo esto o sentados tranquilamente en vuestra casa

hablando de cualquier otra cosa. Por este camino no sólo se apartan los académicos de su objeto, sino que además infunden en el temperamento de la juventud una verdadera enfermedad: la de perder el tiempo en la ostentación ridícula de vana palabrería, en vez de aplicarse al estudio de la moral, de la política y de la elocuencia, que es lo único digno de hombre razonable.

Así ha sucedido a Timeo y a los demás historiadores que le imitan. Refiriendo cosas maravillosas, y sosteniendo obstinadamente sus afirmaciones, excita a veces vana admiración y concíliase a los lectores con apariencias de verdad; a veces también desafía las dudas, queriendo persuadir con la fuerza de sus argumentos, siendo esta su costumbre cuando describe colonias y ciudades aliadas. En estas descripciones muéstrase a veces tan minucioso en los detalles de lo que él ha investigado y tan resuelto a criticar a los demás, que pudiera creerse a los otros escritores, en vez de atentos, dormidos como apáticos habitantes del universo, y a Timeo el único escrutador infatigable, juez hábil e historiador inteligente, y sin embargo,

no negando que existen algunas buenas cosas en lo que dice, debo declarar que las falsedades abundan en su historia.

Resulta con frecuencia de la presunción de Timeo, que aquellos de sus lectores más aplicados al estudio de los primeros comentarios en que se describen las cosas de que acabo de hablar, después de haber preparado el espíritu a abarcar la grandeza universal de estas promesas estimándolas fidedignas, sufren con disgusto la contradicción, cuando se les demuestra que Timeo ha errado precisamente en lo que con más acritud censura a los otros historiadores, como lo he demostrado en lo que afirma respecto a los locrenses, no quieren perder la confianza en el historiador y prefieren enemistarse con quien prueba sus errores. Finalmente, y para decirlo de una vez, los que se aplican a estudiar con atención los comentarios de Timeo sacan por fruto de sus arengas y discursos convertirse en argumentadores pueriles y escolásticos.

CAPÍTULO XXVII

Sólo dos son los órganos del saber, el oído y la vista; pero éste más seguro.- Timeo, para investigar la verdad, sólo se valió del oído.- Dos formas de saber por el oído, la una la lectura, y la otra el propio examen.- Negligencia de Timeo con respecto a este último.- Es difícil indagar la verdad por sí misma, pero contribuye en gran manera para escribir bien historias e informarse de los hechos.- Cualidades de un historiador.- Vida de Timeo. De Timeo poseemos, además de los comentarios, una parte de su historia general, llena del mismo fárrago de errores, y ya he juzgado algunos de sus párrafos. Diré ahora a qué atribuyo la falta de Timeo, y aunque a algunos parezca inverosímil, es sin duda la verdadera fuente de sus errores. Haciendo ostentación de asiduidad en las investigaciones, de larga práctica y de genio, y fingiendo los esfuerzos más concienzudos en la redacción de su historia, resulta en ciertas partes de ésta el más inhábil y negligente de los hombres que merezcan nombre de

historiadores. Voy a confirmarlo con los hechos siguientes.

De dos órganos con que parece habernos dotado la naturaleza para informarnos e instruirnos a fondo de las cosas, el oído y la vista, éste es incomparablemente más cierto, según Heráclito, porque los ojos son testigos más exactos que las orejas. De estos dos caminos de inquirir la verdad, Timeo ha elegido el más suave, pero el menos seguro. Por ahorrarse el trabajo de ir a verlo, se ha contentado con oírlo, y de dos formas que podemos percibir las cosas por el oído, a saber, la lectura de los libros y la investigación propia, ha andado muy indolente con esta última, como hemos manifestado anteriormente. La causa que le pudo impeler a esta preferencia es fácil de conocer, si se atiende a que los conocimientos que adquirimos por la lectura nos provienen sin peligro ni fatiga, únicamente con la mera prevención de avecindarnos en un pueblo donde exista copia de libros, o tener a la mano una biblioteca. Con este solo auxilio ya puede cualquiera, tendido a la larga y sin la más mínima incomodidad, investigar lo que pretende, cotejar los

escritores pasados y advertir sus defectos. Pero aquellos otros conocimientos que nos provienen por investigación propia, cuestan muchas penalidades y gastos, bien que contribuyen infinito y constituyen la parte más apreciable de una historia. Esto lo comprueba el testimonio de aquellos mismos que han compuesto este género de obras. Eforo dice que si fuera dable que los historiadores mismos presenciasen todos los hechos, éste sería el mejor modo de conocerlos. Y Teopompo afirma, que aquel es más sobresaliente en el arte de la guerra, que se ha hallado en más combates. Aquel es más elocuente orador, que ha pleiteado mayor número de causas. Lo mismo ocurre en la medicina y el pilotaje. Pero esto mismo quien nos lo expresa con más energía es Homero, cuando queriéndonos mostrar cuál debe ser el hombre político, nos propone el ejemplo en la persona de Ulises, diciendo:

Aquel sagaz varón me acuerda, oh Musa,

que errante discurrió muchos lugares. Más abajo: Varias ciudades vio, y de muchos hombres

conoció las costumbres y las leyes. En el mar de las ondas agitado trabajos padeció muy insufribles.

Después:

Se halló en muchas batallas con los hombres. Y surcó con fatiga muchos mares.

Un personaje como éste pedía, a mi entender, la dignidad de la historia. Platón decía que entonces serían felices los hombres, cuando los filósofos fuesen reyes o los reyes filósofos; y yo pudiera decir ahora, que entonces la historia se vería en su esplendor, cuando los hombres de Estado se propusiesen escribirla, no por pasatiempo, como ahora se hace, sino persuadidos a que entre todas las obligaciones, ésta, como la más necesaria y más honorífica, les debe ocupar toda la vida, sin dejarla de la mano; o cuando los que se ponen a escribirla, reputasen el uso y el manejo de los negocios por prevención indispensable para un historiador. Hasta

entonces no se dejarán de encontrar defectos en las historias. Timeo no se tomó siquiera el más mínimo desvelo para adquirir estas cualidades. Se avecindó y vivió sin salir de un pueblo, casi como un hombre que de propósito hubiese renunciado a la vida activa. Sin conocimiento de las acciones militares, sin manejo de las civiles y sin aquella experiencia propia, hija de los ojos y de los viajes, con todo, y no se cómo llegó a la reputación y consiguió la preeminencia de historiador. Y que todos estos requisitos los exija la historia, es buena prueba su misma confesión en el prólogo del sexto libro. Algunos, dice, están en la opinión de que el género demostrativo pide más talento, más laboriosidad y más aparato que no la historia. Eforo, prosigue, fue el primero a quien chocó esta proposición; pero, no pudiéndola rebatir sólidamente, procuró a menos comparar y cotejar la historia con el género demostrativo.

Esta afirmación es absurda y calumniosa para el historiador, porque Eforo en su Historia universal es verdaderamente admirable por su elocuencia, por la elección de los hechos y por la distribución de los

asuntos; ingenioso siempre en las digresiones y en las máximas, hasta el punto de que cuantas veces, apartándose del asunto principal, adorna pomposamente algún discurso, no sé cómo ocurre que siempre se encuentra placer en comparar los talentos de historiador y de autor. Timeo, sin embargo, para que no parezca que calumnia a Eforo ni a ningún otro historiador, censura en términos generales cuanto hacen bueno los demás. Imagina que hablando mal en conjunto no habrá lector viviente que comprenda su malicia.

Ávido en ponderar la gloria que al historiador corresponde, empieza por decir que hay tanta distancia entre los estilos histórico y oratorio como entre verdaderos edificios y los fragmentos de lugares y casas que forman decoraciones teatrales; y en este camino llega a afirmar que es cosa mucho más difícil sólo el reunir los materiales necesarios para escribir una historia, que llevar a término las composiciones oratorias. Agrega que por su parte ha hecho gastos tan grandes y tantos esfuerzos para reunir los comentarios de algunos autores y obtener informes de los ligurios, galos y, añadiré por mi

parte, hasta de los íberos, que duda haya persona capaz de prestar fe a lo que pueda decir. Cualquier historiador podría preguntarle si cree que cuesta más trabajo y gastos permanecer tranquilamente en una ciudad comprando libros y buscando informes sobre ligurios y galos, que visitar personalmente gran número de estas poblaciones y verlo todo con los propios ojos. ¿Acaso no es mucho más importante oír el relato de los combates de mar y tierra y de los asedios a los que en ellos tomaron parte y adquirir por sí mismo la experiencia de estos terribles acontecimientos y de todos los trabajos militares? No creo que haya tanta diferencia entre los edificios reales y figurados, entre la historia y el género oratorio, como hay en toda composición entre quien la cuenta sin conocimiento personal y probada experiencia y quien la escribe por tradiciones e informes.

Imaginan los inhábiles que nada es tan fácil a los historiadores como reunir los comentarios y aprender de quienes bien los saben el conjunto general de los sucesos, y toman sobre sí esta carga; pero también en este punto se equivocan, porque sin

tener competencia, ¿cómo han de interrogar convenientemente sobre batallas de mar y tierra y sobre asedios de plazas, ni comprender el detalle de lo que les digan? La manera de interrogar es poderoso auxilio para el narrador, y una insinuación sirve de guía para comprender los hechos a quien los ha presenciado; pero el inhábil no sabe preguntar acerca de hechos que no presenciaron personas de su generación, ni comprende los acontecimientos ocurridos en su época, porque, presente de cuerpo, está ausente de inteligencia.

LIBRO DECIMOTERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Cuestiones económicas y morales. Las guerras ininterrumpidas y el desordenado lujo ocasionaron a

los etolios tan enormes dispendios, que sin saberse y sin que ellos mismos lo advirtieran encontráronse al fin agobiados de deudas. En tal estado acudieron, como único recurso, a un cambio

de gobierno, situando al frente de él a Dorimaco y Scopas, dos facciosos que tenían empeñados la totalidad de sus bienes a los acreedores. Constituidos en tan alta dignidad estos dos hombres, dictaron leyes a su patria.

CAPÍTULO II

Opinión de Alejandro el Etolio. Era contrario Alejandro el Etolio a los legisladores Dorimaco y

Scopas, demostrándoles con numerosos argumentos que donde existía germen de este género de leyes no podía ahogarse sin grandes males para los habitantes. Pedíales, pues, no sólo que aliviasen de deudas a la patria, sino precaverla además para lo porvenir, por ser absurdo, manifestaba, dar la vida por la defensa de los hijos en tiempo de guerra, y no cuidar en la paz del porvenir.

CAPÍTULO III

Sobre la destitución de Scopas. Destituido Scopas, legislador de los etolios, de la dignidad en

cuya virtud había escrito estas leyes, dirigióse a Alejandría, esperando conseguir allí bienes que aliviarían su miseria y satisficiesen su avidez. Ignoraba sin duda que del mismo modo que el deseo de beber en los hidrópicos jamás se mitiga ni sacia por más agua que se les aplique por fuera, si no se cura el afecto interior que le motiva; igualmente jamás se satisface la codicia de tener más si la razón no corrige el vicio interior del espíritu. El hombre a que me refiero es notable ejemplo de esta verdad: llega a Alejandría, se le nombra general de las tropas, confíansele los principales negocios, el rey le entrega diariamente diez minas para su comida, mientras los oficiales subalternos sólo perciben una, y todo esto le parecía poco. Tanto extremó la avidez, que se hizo odioso a los mismos que le habían enriquecido, y perdió las riquezas y la vida.

CAPÍTULO IV

La mayoría de las acciones de los políticos y hombres de Estado van acompañadas de la malicia.- Alabanza de la nación aquea, por haber detestado el dolo, tan frecuente en otros pueblos.- Conducta semejante que existió entre aqueos y romanos sobre materia de guerra.

A pesar de que el dolo es cosa tan impropia de los reyes, con todo no ha faltado quien se ha valido de él en el manejo de los negocios públicos; y aun ha habido algunos que, a fuerza de verle tan introducido en el día, han querido defender que era necesario. Los aqueos estuvieron muy lejos de este modo de pensar. Aborrecieron tanto el fraude con los amigos para acrecentar su poder por semejante medio, que ni aun con los enemigos desearon tuviese parte el engaño en la victoria. En su opinión, la victoria no tenía nada de glorioso, nada de sólido, sino se peleaba a cuerpo descubierto y no se debía al valor el vencimiento. Por ese se observaba entre ellos no traer armas ocultas, ni disparar desde gran distancia dardos unos contra otros; persuadidos a que la única forma legítima de decidir sus contiendas era peleando de cerca y a pie firme. Y así

una vez decididos a tomar las armas, no sólo se avisaban mutuamente de la guerra y del combate, sino aun del lugar donde se había de dar. En la actualidad se tiene por necio un general que hace públicos sus propósitos. Aún duran entre los romanos algunos vestigios de este antiguo proceder en la guerra. Porque la anuncian a sus enemigos, usan rara vez de emboscadas, y pelean de cerca y a pie firme. He dicho esto por lo familiarizada que hoy día se ve entre los que gobiernan la excesiva emulación de engañarse unos a otros, tanto en materias civiles como militares.

CAPÍTULO V

Filipo recurre a todo para perjudicar a los rodios.- Suma maldad de Heráclidas Tarentino, famoso capitán de Filipo.

Filipo, por dar motivo a Heráclidas de usar de su genio, le ordenó que excogitase forma como infestar y causar daño a la escuadra de los rodios; y al mismo tiempo despachó a Creta embajadores, para

provocar e irritar los cretenses a la guerra contra este pueblo. Heráclidas, hombre naturalmente inclinado al mal, reputó este mandato por un gran hallazgo, y después de haber estado algún tiempo maquinando medios, se hizo a la vela, y arribó a Rodas. Este hombre era originario de Tarento, nacido de padres humildes, y que había ejercitado artes mecánicas, pero tenía las mejores disposiciones para cualquiera maldad y picardía. En su primera edad había abusado de su cuerpo públicamente. Mucha astucia, gran memoria, terrible y osado con los más bajos, vil y bajo adulator con los más altos. En sus principios había salido desterrado de Tarento, por haberla querido entregar a los romanos; no porque tuviese alguna autoridad en su patria, sino porque siendo arquitecto, con pretexto de hacer ciertas reparaciones en la muralla, se había apoderado de las llaves de la puerta que conducía tierra adentro. Refugiado en los romanos, desde allí mantenía inteligencia por cartas con los tarentinos y con Aníbal, pero descubierta la trama, y pronosticado el golpe huyó a la corte de Filipo, con quien logró tal confianza y poderío, que casi fue la única causa de la ruina de tan poderoso reino.

CAPÍTULO VI

Suspicias de los pritacianos. Mas los pritacianos, que desconfiaban de Filipo por su doblez con

los cretenses, supusieron asimismo que les había enviado a Heráclidas para cometer alguna perfidia.

... ..
... .. Al llegar éste, recordó todos los motivos que determinaron la huida de Filipo.

CAPÍTULO VII

Poder de la verdad, e imperio que ejerce siempre sobre la mentira. En mi opinión, la verdad es la mayor diosa que la naturaleza crió

entre los mortales, y a la que otorgó más poder. Por más que todos se conjuren contra ella, por más que tal vez todas las probabilidades favorezcan la mentira, al fin yo no sé cómo se insinúa por sí

misma en el corazón del hombre, y unas veces ostentando de repente su poder, otras permaneciendo oculta por largo tiempo, al cabo recobra sus fuerzas, y triunfa de la mentira.

CAPÍTULO VIII

Damocles y Pyteon. Ciertamente Damocles era ministro hábil y muy versado en los

negocios. Se le envió con Pyteon para observar los consejos de los romanos.

CAPÍTULO IX

Perversión cruel y horrenda de Nabis, tirano de Lacedemonia.

Máquina llamada Apega, que ideó para atormentar a los espartanos.

Tres años hacía ya que Nabis tiranizaba a Esparta (204 años antes de J. C.), y no se había atrevido a emprender acción alguna ruidosa, por estar aun muy reciente la derrota de Machanidas por los aqueos. Se ocupaba sí en sentar y echar los cimientos de una larga y dura tiranía. Para ello iba aboliendo las reliquias del hombre espartano. Desterraba a los que más sobresalían en riquezas o en origen, distribuía sus bienes y mujeres entre aquellos otros principales de su bando que tenía a sueldo, todos homicidas, salteadores, rateros y forajidos. Sólo esta especie de gentes, cuyas atrocidades y delitos tenía privadas de su patria, era la que cuidadosamente iba recogiendo de todo el mundo. A éstos amparaba y gobernaba, a éstos recurría para satélites y guardas de su persona, y con éstos pensaba hacer duradera la fama de su impiedad y poder. No satisfecho con desterrar los ciudadanos, hacía por donde no hubiese para ellos lugar seguro, ni asilo resguardado. A unos les daban muerte los emisarios que tenía en los caminos, a otros los traía de sus destierros para quitarles la vida. Finalmente, en las ciudades donde había algunos, hacía alquilar por gentes no sospechosas las casas contiguas a las que ellos habitaban, y

enviaba allá cretenses que, u horadando las paredes, o violentando las ventanas, mataban a flechazos, a unos en pie y a otros echados; de modo que no había acogida ni tiempo seguro para los miserables lacedemonios. De esta forma acabó con la mayor parte.

Aparte de esto, construyó una máquina, si merece tal nombre, que representaba una mujer adornada de ricos vestidos, y muy parecida en el rostro a su mujer propia. Cuando quería exigir dinero de algún ciudadano, le llamaba, le hacía un largo y afable razonamiento, exponiéndole el peligro que amenazaba a Esparta y al país de parte de los aqueos, haciéndole ver el número de extranjeros que mantenía para seguridad del Estado, y los gastos que tenía que efectuar en el culto de los dioses y en el bien público. Si se convencía por estas razones, esto le bastaba para su intento. Mas si rehusaba obedecer el mandato, le hablaba en estos términos: «Ya que yo no valgo a persuadiros, pienso que os persuadirá Apega» (así se llamaba su mujer). Lo mismo era decir esto, que al punto aparecía la figura que hemos mencionado. Nabis, cogiéndola de la mano por

obsequio, la levantaba del asiento y hacía que asimismo el infeliz la abrazase y se fuese poco a poco acercando al pecho del ídolo, cuyos brazos, manos y pechos se hallaban erizados de puntas de hierro cubiertas bajo el vestido. Cuando el tal tenía echadas las manos por la espalda del simulacro, entonces el tirano, tirando por ciertas máquinas, le iba arrimando y estrechando despacio contra los pechos de la mujer, y así le obligaba a decir cuanto quería. De este modo murieron muchos que rehusaron condescender con lo que pedía.

Sus demás acciones fueron por el estilo de las referidas, y conformes a su carácter. Participaba en las piraterías de los cretenses. Distribuía en todo el Peloponeso malvados que robaban los templos, salteadores de caminos y asesinos, y después de partir el botín con ellos, dábales en Esparta asilo seguro. Por entonces llegaron a Lacedemonia algunos beocios, e hicieronse tan amigos de uno de los escuderos de este tirano, que le indujeron a viajar con ellos. Tomó al efecto un hermoso caballo blanco, el más hermoso que había en las caballerizas de su amo. Apenas llegados a Megalópolis, se

lanzaron sobre ellos los satélites que envió el tirano, llevándose caballo y escudero e insultando a los que le acompañaban. Comenzaron los beocios por pedir que se les condujese al Tribunal, y en vista de la negativa, uno de ellos gritó: «¡Socorro! ¡Socorro!» Acudieron los habitantes, decidiendo llevar los viajeros al Tribunal, cosa que asustó a los satélites de Nabis hasta el punto de hacerles huir, soltando la presa. El tirano, que buscaba pretexto para atropellar los pueblos próximos, aprovechó este; salió a campaña y persiguió los ganados de Protágoras y de algunos otros, siendo este el inicio de la guerra.

CAPÍTULO X

Acción de Antíoco en Arabia. Era Cattenia la tercera división del país de los guerreanos... A

pesar de que el suelo de Cattenia era estéril, se hallaba cubierto de pueblos y torres a causa de la opulencia de los guerreanos que lo habitaban. Esta comarca está a orillas del mar Eritreno.

Laba es, como Saba, una ciudad de Cattenia, porque Cattenia es una provincia de los guerreanos.

... ..
... .. Suplicaron al rey los guerreanos que no les privase de las ventajas otorgadas por los dioses, y que eran, según decían, el goce de perpetua paz y libertad. Traducida la carta por los intérpretes, respondiéndoles que accedía a la demanda. Asimismo ordenó que se respetase la comarca de los cattenios.

... ..
... .. Ratificada por Antíoco la libertad de los guerreanos, entregáronle éstos cien talentos de plata, mil de incienso y doscientos del aroma llamado *stacta*, porque en las orillas del mar Eritreno encuéntrase toda clase de aromas. El rey se embarcó en seguida para la isla de Tule, desde donde regresó por mar a Seleucia.

CAPÍTULO XI

Algunos datos geográficos. Badiza es una ciudad de los Brutianos.

... .. Meletussa es una ciudad de Iliria.

... ..
... .. Ilattia, ciudad de Creta.

... ..
... .. Sibyrtus, ciudad de Creta.

... ..
... .. Adram, ciudad de Tracia.

... ..
... .. Campo de Marte es un campo inculto de Tracia donde apenas crecen algunos árboles débiles y achaparrados.
... ..

Los digerianos son un pueblo de Tracia.
... ..
... .. Cibyla es una ciudad de Tracia próxima al país de los Astas.

LIBRO DECIMOCUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que manifiesta Polibio hablando de sí y de la exposición de su obra

como la presenta en el sumario de sus libros.

Quizá excitara más la curiosidad por el número e importancia de los acontecimientos exponer lo sucedido en todas las olimpiadas, y visto en conjunto lo ocurrido en toda la tierra, ocuparíanse menos los lectores de lo efectuado en el intervalo de una sola olimpiada. Las guerras en Italia y África se realizan en nuestra época. ¿Quién al leerlas no está impaciente por llegar a la catástrofe, al fin? Es inclinación natural en los lectores conocer el resultado de todos los sucesos; pero el tiempo revela y explica los consejos de los reyes, y cuanto se preparaba antes es hoy claro a los más indiferentes. Deseando relatar cada cosa según su importancia, comprendió en un solo libro, y como había

prometido, los hechos transcurridos durante veintidós años.

CAPÍTULO II

Batallas de Escipión en África contra Asdrúbal y Sifax, rey de los númidas.- Material de que estaban formadas las tiendas de los cartagineses y númidas.- Motivo que de aquí toma Escipión para acometer una acción gloriosa y esforzada.- Escipión simula desear la paz, con lo que hace incauto al enemigo.- Incendio de los campamentos de Asdrúbal y de Sifax.- Espíritu invencible de los cartagineses, y doblado ánimo que recuperan en treinta días.- Victoria de Escipión sobre sus contrarios, y animosidad de éstos aun después de derrotados. En tanto los cónsules se ocupaban en esto (204 años antes de J. C.), Escipión en el África, informado en el transcurso de los cuarteles de invierno de que los cartagineses equipaban una escuadra, pensó él también en hacer lo mismo sin dejar por eso de la mano el asedio de Utica. No tenía perdidas del todo las esperanzas de reducir a Sifax,

antes bien con el motivo de la proximidad de los dos campos, le enviaba continuos emisarios, persuadido a que le haría separar de la alianza de los cartagineses. Porque según la natural veleidad de los númeridas y la facilidad con que faltan a la fe de los dioses y de los hombres, se prometía que rápidamente llegaría a hastiarse este príncipe de la joven doncella que había sido causa de que abrazase los intereses y amistad de Cartago. Estos pensamientos ocupaban su espíritu, y tan buenas esperanzas tenía para el futuro, cuando temeroso de venir a una batalla en campo raso por ser muchos más los contrarios, se valió de este expediente. Algunos de los que había diputado a Sifax le habían traído la noticia de que las tiendas que tenían los cartagineses en sus cuarteles estaban construidas sin lodo, sólo con ramas y hojas de toda especie; que las de los númeridas que habían venido desde el principio, eran de juncos; y las de los que habían acudido nuevamente de las ciudades únicamente se componían de fagina, unas situadas dentro del real, y las más fuera del foso y de la trinchera. Escipión, creyendo que no podía intentar cosa más inesperada para los enemigos, ni más ventajosa para él, que

prender fuego a las tiendas, se entregó todo a este pensamiento. Todas las diputaciones de Sifax a Escipión habían girado sobre un mismo punto, y era que los cartagineses evacuasen la Italia, y los romanos el África, reteniendo uno y otro pueblo lo que poseía entre los dos estados antes de la guerra. Hasta aquí Escipión ni siquiera había prestado oídos a estas condiciones; pero entonces dio a entender al númerida una cierta esperanza de que no era imposible lo que proponía. De aquí provino que Sifax, procediendo irreflexivamente, permitiese con más confianza la comunicación entre los dos campos; que fuesen más y más frecuentes los emisarios que iban y venían; y aun a veces que se quedasen los unos por algunos días en el campo de los otros sin precaución ni reserva. Durante este tiempo Escipión enviaba siempre con sus diputados algunas personas inteligentes, u oficiales disfrazados con hábitos sucios y humildes, a manera de siervos, para que se informasen y registrasen sin peligro las entradas y salidas de ambos campamentos. Porque había dos, uno donde se hallaba Asdrúbal con treinta mil infantes y tres mil caballos, y a diez estadios de distancia otro, donde estaban los númeridas con diez

mil caballos y cincuenta mil hombres de infantería. El acceso a éste era más fácil, y sus tiendas mucho más propensas a la combustión, porque los númidas, como hemos dicho antes, únicamente las habían construido de cañas y juncos, sin tierra ni madera.

Al iniciarse la primavera Escipión, después de averiguarlo todo lo que podía conducir a lo que maquinaba contra el enemigo, sacó sus navíos y los armó de máquinas para cercar por mar a Utica. Ocupó con dos mil hombres de infantería un ribazo que dominaba la ciudad, y le fortificó con un foso hecho a toda costa. En esto daba a entender al enemigo que pensaba en el asedio, pero su verdadero propósito era poner a cubierto los suyos para el tiempo de la acción, no fuese que después de separado él con sus legiones la guarnición de Utica se atreviese a hacer una salida, atacase el campo que se hallaba inmediato, y sitiase la gente que quedaba en su custodia. Mientras realizaba estos preparativos, despachó a Sifax legados para informarse si accedería a sus propuestas, si entrarían en ellas los cartagineses, o si después pedirían nuevas deliberaciones sobre el pacto; previniéndoles

no regresasen sin traer la respuesta sobre estos artículos. Llegados y oídos los diputados, Sifax se persuadió a que Escipión deseaba concertar la paz, ya por la prohibición que traían los embajadores de no volver sin llevar la respuesta, ya por la inquietud en que estaba el romano de si accederían los cartagineses. Por lo cual despachado rápidamente un correo a Asdrúbal, para informarle de lo que ocurría y exhortarle a abrazar el convenio, él descuidó en un todo y permitió alojar fuera del campo los nómadas que iban viniendo. Escipión en el exterior aparentaba el mismo abandono, pero interiormente no dejaba de la mano su proyecto. Ya que supo Sifax que los cartagineses dejaban a su arbitrio el ajuste de la paz, gozoso en extremo se lo participó a los diputados, quienes al punto marcharon a dar cuenta a Escipión de esta nueva. El general romano, después de haberlos oído, los volvió a enviar sin detención a Sifax, para que le advirtiesen que por su parte aprobaba y deseaba la paz, pero que el consejo era de contrario parecer y deseaban persistir en lo empezado. Efectivamente, los legados cumplieron con su comisión. Este paso lo daba Escipión por no parecer que faltaba a la buena fe si mientras se

estaba negociando la paz cometía alguna hostilidad; en vez de que con esta declaración creía poder obrar libremente, sin ser reprendido.

Esta noticia fue de tanto más pesar a Sifax, cuanto tenía mayores esperanzas de la terminación de la guerra. Sin embargo, se abocó con Asdrúbal, y le explicó lo que acababa de saber de los romanos. Después de muchas consultas, deliberaron sobre lo que se había de hacer en adelante, pero todos sus discursos e ideas estuvieron muy lejanas de lo que iba a ocurrir. Ni aun por imaginación siquiera se les pasó precaverse o persuadirse que pudiera haber algún peligro. Todas sus miras y conatos se limitaron a ofender al enemigo, y ver cómo se le podría atraer a campo llano y descampado. Hasta aquí Escipión había hecho creer a todos, según las disposiciones que hacía y las órdenes que daba, que pensaba sorprender a Utica; pero ahora congregando a la mitad del día los tribunos más aptos y de mayor confianza, les descubrió su propósito y les ordenó que después de haber cenado a la hora regular sacasen las legiones fuera del campo, cuando todas las trompetas hiciesen la señal según costumbre. Se

usa entre los romanos que todos los trompeteros y clarineros toquen a la hora de cenar frente a la tienda del general, porque este es el tiempo de apostar en sus puestos respectivos las centinelas de la noche. Después llamó a los espías que había enviado a reconocer los dos campos de los enemigos, cotejó y examinó lo que le decían de los caminos y entradas de los campamentos, consultando en todo el juicio y parecer de Massinisa, por la inteligencia que tenía de aquellos lugares.

Una vez que todo estuvo dispuesto para la ejecución, dejó en el campamento un número suficiente de tropas escogidas, y con el resto del ejército se puso en marcha al fin de la primera vigilia hacia los contrarios, que se hallaban a sesenta estadios de distancia. Llegado que hubo al fin de la tercera vigilia, dio a Lelio y a Massinisa la mitad de las tropas y todos los númidas, con orden de atacar el campo de Sifax; exhortándoles a que se portasen como buenos y no obrasen con imprudencia, pues sabían muy bien que en las empresas nocturnas era preciso supliese la cordura y el valor los impedimentos y obstáculos que la oscuridad causaba

a los ojos. Él con la otra mitad se encaminó hacia el campo de Asdrúbal. Pero como tenía decidido no atacar a éste hasta que Lelio primero no hubiese prendido fuego al de los númidas, atento a este propósito, caminaba a lento paso. Lelio dividió en dos trozos sus soldados, para invadir a un tiempo al enemigo. Así que los primeros aplicaron el fuego, y prendió éste en las primeras tiendas, como parecían estar hechas de propósito para un incendio según hemos manifestado, al punto vino a ser el mal irremediable, ya porque estaban contiguas las unas a las otras, ya por el abundante material que el fuego encontraba. Mientras que Lelio puesto de reserva observaba el lance, Massinisa, que sabía los caminos por donde habían de escapar los que se libertasen, apostó en ellos sus soldados. Ninguno de los númidas, ni aun el mismo Sifax, sospechó de donde pudiera venir el fuego; sólo se creyó que algún azar hubiese dado motivo. Y así sin recelarse otra cosa, unos medio dormidos saltaban de sus lechos; otros, que se hallaban aún bebiendo y emborrachándose, se echaban fuera de sus tiendas; muchos fueron atropellados a las salidas del campo; muchos consumió el fuego y devoraron las llamas, y los que

escaparon del incendio perdieron la vida a manos del enemigo, antes de saber lo que les sucedía o lo que hacían.

Por entonces los cartagineses, que advirtieron el gran fuego y la mucha elevación de las llamas, presumiéndose que por alguna casualidad se hubiese incendiado el real de los númidas, algunos acudieron rápidamente al socorro; pero todos los demás, echándose fuera del campo sin armas, se pararon delante de sus trincheras, atónitos con el acontecimiento. Entonces Escipión, viendo que todo le salía a medida del deseo, da sobre los que habían salido, mata a unos, persigue a otros, y prende al mismo tiempo fuego a sus tiendas. Con esto vino a haber el mismo incendio y el mismo desastre en el campo de los cartagineses que hemos dicho había en el de los númidas. Asdrúbal, conociendo por el efecto que el daño en el campo de los númidas no provenía de la casualidad, como se creía, sino de la astucia y ardor del enemigo, desistió al punto de acudir al fuego, y miró sólo por su salud, bien que aun para esto era muy débil la esperanza que ya le quedaba. Porque el incendio había preso y cundido

por todas partes, los caminos estaban cubiertos de caballos, bestias de carga, y hombres, unos medio muertos y acabados por el fuego, otros atónitos y consternados; de modo que aunque se hubiera intentado hacer algún esfuerzo contra estos obstáculos, el desorden y la confusión no dejaban arbitrio, igual suerte pasaba por los otros jefes, bien que Sifax y Asdrúbal se salvaron con algunos de a caballo. Los restantes millares de hombres, caballos y bestias fueron infeliz y miserablemente reducidas a cenizas, y algunos que escaparon del furor de las llamas en hábitos menos decentes y torpes, fueron degollados por los contrarios, no sólo sin armas, pero aun sin vestidos. En resumen, todo era quejidos, clamores descompasados, pavor, estrépito extraordinario, y a esto se añadía un fuego activo y una llama devoradora; accidentes que cualquiera de ellos era capaz de consternar el corazón humano, cuanto más viniendo todos juntos y cuando menos se pensaba. Efectivamente, ninguno se puede figurar aun por exageración cosa que se le parezca: tanto excedió en horror la presente catástrofe a las demás que hasta aquí se han referido. Y aunque la vida de Escipión esté llena de acciones gloriosas, ésta en mi

opinión se llevó el lauro en lo esclarecida y esforzada.

Apenas llegó el día, Escipión, aunque vio los enemigos unos muertos y otros puestos en fuga, con todo alentó los tribunos para que siguiesen el alcance. Al principio Asdrúbal, fiado en la fortaleza de la ciudad donde se había retirado, aguardó a pie firme, aunque supo que venían; pero después, viendo a los habitantes sublevados, temió el ímpetu del romano, y huyó con los que se habían salvado del incendio, en número de quinientos caballos y dos mil infantes. Sosegado el alboroto, la ciudad se rindió a los romanos, Escipión la perdonó; pero a otras dos que estaban próximas, las entregó al saqueo, después de lo cual se volvió a su primer campo.

Los cartagineses, viendo que todo había salido al revés de lo que tenían proyectado, sintieron en el alma este desastre. Efectivamente, haberse prometido poner sitio a los romanos, haber hecho todos los aprestos para bloquearlos por mar y tierra

en aquella colina cercana a Utica donde se hallaban acampados, y verse ahora obligados por un lance imprevisto y desusado no sólo a dejarles libre el campo, sino a esperar la ruina de sus personas y patria, era motivo para tener los ánimos llenos de consternación y sobresalto. Sin embargo, como los negocios exigían que se tomase providencia y remedio en el futuro, el Senado se vio perplejo, y los pareceres fueron varios y confusos. Unos eran de sentir que se avisase a Aníbal, y se le trajese de Italia, como que ya no quedaba otro recurso más que en este capitán y en su ejército; otros que se pidiese a Escipión una tregua, y se tratase con él de paces y convenios, y no faltaron quienes dijeron que se debía confiar, reclutar nuevas tropas, y despachar legados a Sifax, que retirado a Abba, ciudad contigua a Cartago, iba recogiendo las reliquias que habían escapado del incendio. Al fin este fue el parecer que prevaleció. Se despachó a Asdrúbal para alistar tropas, y se envió diputados a Sifax para rogarle que les prestase su socorro y persistiese en lo empezado según su primer propósito, pues dentro de poco iría a unírsele Asdrúbal con nuevo ejército.

Escipión había pensado siempre en el asedio de Utica, pero cuando supo que Sifax permanecía en el partido de los cartagineses, y que éstos reclutaban otro ejército, lo tomó con más ahínco, sacó sus legiones, y fue a acampar frente a esta ciudad. Al mismo tiempo, repartido el botín entre las tropas, hizo venir al ejército mercaderes que lo comprasen, providencia que le tuvo mucha cuenta. Porque el soldado, que con la precedente ventaja se prometía nada menos que ser dueño de todo, vendía sin reparo y a menos precio a los mercaderes el despojo que acababa de ganar.

Sifax y sus amigos se propusieron al principio retirarse a sus casas sin detenerse; pero habiendo encontrado alrededor de Abba un cuerpo de más de cuatro mil celtíberos que los cartagineses habían alistado, este socorro les recuperó algún tanto el valor, y les contuvo. Añadióse a esto la súplica de Sofonisba, hija de Asdrúbal y esposa de Sifax, que rogando con instancia a su marido que se quedase y no desamparase a los cartagineses en tales circunstancias, al fin consiguió y obtuvo lo que pedía. Los cartagineses por otra parte concibieron

esperanzas no pequeñas con la llegada de los celtíberos. Se decía que en vez de cuatro mil eran diez mil, todos de tal espíritu y con tales armas, que eran irresistibles en los combates. Con esta nueva y esta voz que se había esparcido por todo el pueblo, alentados los cartagineses cobraron doblado ánimo para volver a ponerse en campaña. Transcurridos treinta días levantaron una trinchera en lo que llaman los *Grandes Campos*, y sentaron allí el real con los númidas y celtíberos, en número todos poco menos de treinta mil.

Así que Escipión tuvo esta noticia, pensó en marchar contra el enemigo. Dadas las órdenes de lo que se había de hacer a los que cercaban a Utica por mar y tierra, se puso en marcha con todo el ejército a la ligera. Al cabo de cinco etapas llegó a los *Grandes Campos*, de donde no distaba mucho el enemigo. El primer día acampó sobre una colina, distante treinta estadios de los cartagineses; en el segundo bajó al llano, se formó en batalla, y puso por delante la caballería a siete estadios; en los dos siguientes permaneció en el puesto, y se ensayaron unos y otros en leves escaramuzas; al cuarto ambos

generales sacaron sus tropas, y formaron sus haces. Escipión formó sencillamente, como tenían por costumbre los romanos. En la primera línea los hastatos, en la segunda los príncipes, y en la última los triarios; en el ala derecha la caballería italiana, y en la izquierda Massinisa con la númida. Asdrúbal y Sifax ordenaron los celtíberos en el centro, opuestos a las cohortes romanas, los númidas a la mano izquierda, y los cartagineses a la derecha. Al primer choque la caballería italiana arrolló a los númidas, y Massinisa a los cartagineses, como a tropas desalentadas ya con tantas derrotas. Los celtíberos venidos a las manos con las legiones romanas, pelearon con valor; ya que ni la ignorancia del terreno les dejaba recurso a la huida, ni la perfidia que habían cometido en tomar las armas por los cartagineses en contra de los romanos, de quienes no habían recibido ofensa alguna en el transcurso de la guerra de Escipión en España, les dejaba esperanza de perdón, si eran hechos prisioneros. Pero finalmente, así que cedieron los de las alas, fueron ellos cercados por los príncipes y triarios, y pasados todos a cuchillo a excepción de muy pocos. De esta manera perecieron los celtíberos, después de haber

hecho un gran servicio a los cartagineses, no sólo porque lucharon con valor, sino porque favorecieron su retiro. Pues a no haber hallado esto obstáculo los romanos, y a haber seguido rápidamente el alcance, sin duda hubieran quedado muy pocos con vida. Pero el haberse detenido con éstos, hizo que Sifax se retirase sin riesgo a su casa con la caballería, y Asdrúbal a Cartago con los que se habían salvado.

El general romano, después de haber dado orden sobre los despojos y los prisioneros, llamó a junta, y deliberó sobre lo que se había de hacer en la consecuencia. Se decidió que Escipión con una parte del ejército sometiese las ciudades de los alrededores, Lelio y Massinisa con los númidas y la otra parte de las legiones persiguiesen a Sifax, para no darle lugar a volver en sí ni reponerse. Adoptada esta determinación, se separaron unos contra Sifax con las tropas mencionadas, y el general contra las ciudades. De éstas, unas por temor se le rindieron voluntariamente, otras esperaron al asedio y fueron tomadas por asalto. Todo el país se hallaba dispuesto a cambiar de dominio, ya que se encontraba agobiado de continuos trabajos y

sobrecargado de impuestos por haber sostenido una guerra tan larga en España. En Cartago, aunque ya era grande la inquietud que antes había, ahora vino a ser mayor el alboroto, como que ya era este un golpe repetido que abatía del todo sus esperanzas. Sin embargo, aquellos senadores más esforzados fueron de parecer que se marchase con una escuadra contra los que sitiaban a Utica, que se intentase liberarla del asedio, y dar un combate naval al enemigo que se hallaba desprevenido en esta parte. Determinaron asimismo que se enviase por Aníbal, y sin dilación alguna se probase este recurso, pues probablemente uno y otro pensamiento ofrecerían grandes proporciones de obrar con ventaja. Otros sostenían que ni uno ni otro medio eran practicables en tan urgentes circunstancias; que más valía fortalecer la ciudad y disponerla para un asedio pues la fortuna les presentaría mil ocasiones de salir del apuro, si obraban de acuerdo. Al mismo tiempo aconsejaban que se tratase de paces y convenios, y se viese con qué condiciones y de qué forma se podrían evitar los males de que estaban amenazados. Después de una larga discusión, ambos pareceres fueron aprobados.

Tomada esta resolución, los que habían de partir para Italia se pusieron en marcha desde el mismo Senado a la playa, el jefe de la escuadra a sus navíos, los demás tomaron providencia sobre el resguardo de la ciudad, y cada uno cuidó de atender sin interrupción a su ministerio. Una vez que la armada romana se vio embarazada con tanto botín, por no haber hallado resistencia y haber cedido todo a su poder, Escipión decidió remitir la mejor parte del despojo a su primer campamento, marchar con el ejército desembarazado a ocupar una fortaleza que estaba sobre Túnez y acampar a la vista de los cartagineses, bien seguro que de este modo provocaría entre ellos el espanto y la confusión. Ya los cartagineses, equipados en pocos días sus navíos de víveres y marinería, se iban a hacer a la vela para sus destinos, cuando Escipión llegó a Túnez y se apoderó del puesto que la guarnición, por temor a su esfuerzo, había abandonado. Dista Túnez de Cartago como ciento veinte estadios, está a la vista casi de toda esta ciudad y muy bien defendida por el arte y la naturaleza, como antes hemos mencionado. Apenas habían sentado sus reales los romanos, cuando levaron anclas los cartagineses, dirigiéndose

hacia Utica. Escipión cuando vio esta partida se sobresaltó, y temió no sobreviniese algún descalabro a su armada, que se hallaba del todo desprevenida y sin el menor recelo de lo que la iba a ocurrir. Y así, volvió a levantar el campo y acudió con diligencia al socorro de sus intereses. Encontró varios navíos con puente, convenientes sí para desviar o aproximar las máquinas, y, en una palabra, muy bien acondicionados para un asedio, pero de ninguna forma proporcionados para una batalla naval, en vez de que los enemigos habían estado todo el invierno equipando una escuadra con este objeto. Por lo cual, renunciando al pensamiento de salir a alta mar y batirse con el enemigo, tomó el partido de atracar sobre la costa sus navíos con puente, y colocarles alrededor tres o cuatro órdenes de embarcaciones de carga. Después...

CAPÍTULO III

Ptolomeo Filopator. Filón contrajo amistad con Agatocles, hijo de Osmandia y

compañero del rey Filopator, quien ordenó sin reparo de gasto, se erigieran muchas estatuas en Alejandría a su amiga de festín Cleino, representándola vestida con sencilla túnica y con una copa en la mano. No sorprende esto conociendo que sus más bellos palacios llevaban los nombres de Myrtis, Mneses y Poteina, tocadoras de flauta las dos primeras, y la última, cortesana sacada de casas públicas, y que Ptolomeo Filopator vivió sometido a la voluntad de la cortesana Agatoclea, quien desordenó toda la nación.

Llamará la atención que en un solo lugar reúna, respecto de Egipto, acontecimientos muy lejanos entre sí. No es este el método que de ordinario sigo, prefiriendo por el contrario referir anualmente los sucesos ocurridos; pero me aparto ahora de este plan, porque concluida la guerra que por la Celosiria emprendió Ptolomeo Filopator, cambió el prudente y morigerado proceder, objeto hasta entonces de admiración, por la desarreglada y voluptuosa vida que acabamos de relatar...

Finalmente, el mal estado de sus asuntos le comprometió en la guerra referida, en la cual, exceptuando las crueldades recíprocas, nada digno de recuerdo acaeció por mar y tierra. Esto me ha hecho preferir por propia comodidad y por interés de los lectores la reunión en un solo cuerpo de cuanto podía dar a conocer el carácter y las costumbres de Ptolomeo, a narrar circunstanciadamente hechos insignificantes que ninguna atención merecen.

**FIN DEL LIBRO DECIMOCUARTO Y DEL
VOLUMEN
SEGUNDO**